

HISTORIA

DE

S U I Z A

POR

ENRIQUE GOMEZ DE CÁDIZ



MADRID

1886

IMPRESA DE EL LIBERAL

*calle de la Almudena, núm. 2.*

E GOMEZ DE CADIZ

HISTORIA DE SUIZA

8

8616

—4—

HISTORIA  
DE  
S U I Z A

POR

D. ENRIQUE GOMEZ DE CÁDIZ



MADRID

1886

IMPRESA DE «EL LIBERAL»

calle de la Almudena, núm. 2.



# INTRODUCCIÓN

Para mayor facilidad en el estudio de esta historia, exponemos una ligera idea de la división territorial actual de Suiza, pudiéndose luego seguir fácilmente los acacimientos y tenerlos en la memoria con presencia del mapa.

Suiza está situada entre los 3° 43' y 8° 5' de longitud oriental y los 45° 50' y 47° 49' de latitud, teniendo por límites al Norte la República Francesa, el Gran Ducado de Baden, el Reino de Wurtemberg y el Tirol, perteneciente al Austria; al Este, el Tirol y la Lombardia; al Sur la Lombardia y Cerdeña y al Oeste los departamentos franceses del Ain, del Jura, de Doubs y del Alto Rhin.

La nación suiza consta hoy de veintidos cantones, formando veinticinco repúblicas unidas por un consejo federal. Tres de ellos están cada uno subdividido en dos repúblicas, y son Basilea, Appenzell y Unterwalden. Hay de los veintidos, seis al Norte, cuatro al Este, dos al Sur, cinco al Oeste y cinco en el Centro, como se vé en el siguiente cuadro:

CANTONES	CAPITAL	Habitantes.	Kilóms. cuadrados.
NORTE.—Basilea Ciudad....	Basilea.	54.000	477
— Basilea Campo....	Liesthall.		
— Soleura.....	Soleura.	53.000	638
— Argovia.....	Arau.	150.000	1.300
— Thurgovia.....	Frauenfeld.	81.000	696
— Schaffhausen.....	Schaffhausen	30.000	295
— Zurich.....	Zurich.	218.000	1.773
ESTE...—Saint Gall.....	Saint Gall.	144.000	1.937
— Appenzell Interior..	Appenzell.		
— Appenzell Exterior.	Trogen.	55.000	394
— Glaris.....	Glaris.	28.000	723
— Grisones.....	Coira.	88.000	6.646
SUR....—Tesino.....	Bellinzona.	102.000	2.678
— Valais.....	Sion.	70.000	4.300
OESTE.—Berna.....	Berna.	350.000	6.629
— Neuchatel.....	Neuchatel.	51.500	723
— Friburgo.....	Friburgo.	84.000	1.282
— Vaud.....	Lausana.	170.000	3.062
— Ginebra.....	Ginebra.	52.500	237
CENTRO.—Zoug.....	Zoug.	14.500	219
— Lucerna.....	Lucerna.	116.000	1.519
— Schwyz.....	Schwyz.	32.000	878
— Unterwalden. { Nidwald...	Stanz.		
{ Obdenwald	Sarnen.	24.000	679
— Uri.....	Altorf.	13.000	1.090

## INTRODUCCIÓN

Signese de lo manifestado que la nación Suiza comprende poco más de dos millones de habitantes en una extensión de 38.409 kilómetros cuadrados.

La capital de la nación varía cada dos años entre las ciudades de Zurich, Berna y Lucerna con arreglo al acta federal de 1815, siendo *capital de la confederación Zurich* en 1.º de Enero del citado año.

De los 22 cantones confederados hay uno monárquico constitucional, dependiente del rey de Prusia, y es Neuchatel; ocho repúblicas democráticas que son: Uri, Schwyz, Glaris, Zoug, los dos Appenzell y ambos Unterwalden; los Grisones y el Valais son dos repúblicas democráticas representativas, y los trece restantes son repúblicas representativas.

Surcada Suiza por multitud de cordilleras del sistema alpico, sus montañas principales son: el Simplon, de 1805 toesas (1) de altura, el Finster-Aar-Horn de 2.206, el Recallet de 880, el San Gothardo de 3.229 metros y el de Tendre de 1.690 metros, de cuyas vertientes nacen muchos lagos, de los cuales los más notables son los que siguen: el de Ginebra, de 16 leguas geográficas de longitud, cuatro de ancho y 900 piés de profundidad; el de Lucerna, de nueve leguas de longitud, cuatro de ancho y 600 piés de profundo; el de Neuchatel, de ocho leguas de largo, dos de anchura y 400 piés de profundo; el de Zurich, de nueve leguas de longitud,  $\frac{3}{4}$  de ancho y 600 piés de profundo; el de Zoug, de cuatro leguas de largo, una de ancho y 600 piés de profundo; el de Thoune, de cuatro leguas de longitud,  $\frac{3}{4}$  de latitud y 720 piés de profundidad; el de Bienne, de tres leguas de largo, una de ancho y 200 piés de profundo; el de Vallenstad, de  $3\frac{1}{4}$  leguas de largo, media de ancho y 500 piés de profundidad; y el de Brienz, de tres leguas de largo, media de ancho y 500 piés de profundo.

Los cuatro ríos principales que riegan el país son: el Rhin, que nace en los Grisones y desemboca en el Atlántico (2); el Aar, que nace en el cantón de Berna y desemboca en el mismo mar; el Ródano, que nace en el Valais y desemboca en el Mediterráneo; el Pó, que nace al pié de San Gothardo y muere en el Adriático, y el Danubio que penetra desde Alemania y desemboca en el mar Negro.

Los canales más notables de Suiza son los dos de Linth: uno, de 5.292 metros desde Mallis al lago de Wallenstad; y el otro, de 16.645 metros, desde este pequeño río, unido al Maagh, desde dicho lago al de Zurich.

(1) La toessa mide cerca de siete piés españoles, pues consta de seis piés franceses.

(2) No bañada Suiza por mar alguno, entiéndase que estos ríos mueren en los mares que se citan después de recorrer otros territorios.

---

---

# HISTORIA DE SUIZA

---

## CAPÍTULO I

---

Tiempos primitivos, empresas de los helvecios y su unión á los cimbrios.

Donde el Ródano desemboca en el Mediterráneo principia una cadena de montañas que sale de Francia, corre hacia el Oriente por los límites septentrionales de Italia y creciendo únicamente de altura, cada vez más imponentes sus nubladas cimas cubiertas siempre de nieve y de hielo, penetra hasta el corazón de la Hungría en donde empieza á disminuir su elevación terminando en pequeñas colinas. Estas montañas, que son los Alpes, abrazan en la parte donde sus picos, nevados perpétuamente, son más altos, un país á que se ha dado el nombre de *Helvecia*. Desde los Alpes se extiende hacia el Norte en valles que se ensanchan progresivamente hasta el pié de las montañas calcáreas del Jura, que forman un semicírculo inmenso entre el lago Lemán y el de Constanza. La multitud de ríos que se desprenden de sus neveras, y la de sus lagos, hacen de él una gigante

fortaleza, sirviéndole también como de foso á lo largo del Jura el majestuoso Rhin entre Schaffhausen y Basilea.

En los tiempos de que apenas existe recuerdo este país se hallaba bajo el Océano que alzaba sus olas más de 1.500 toesas sobre los campos hoy en cultivo, formando islas los vértices de sus altísimas montañas que ofrecen en el día vestigios de la presencia de aquellas aguas por plantas y conchas petrificadas formando partes integrantes de las rocas; la transformación geológica está escrita en las capas de los montes y en el fondo de las cavernas.

Retiradas las aguas y desecado el suelo, aún después de cubierto de yerbas, arbustos y bosques, todavía pasaron siglos sin que la voz del hombre resonara en sus soledades. Aún se ignora en qué época los primeros habitantes debieron establecerse en los valles más extensos y templados, ascendiendo más tarde á los puntos casi inaccesibles de las soledades comprendidas entre los Alpes más altos.

Todavía los valles próximos al nacimiento del Rhin estaban despoblados seiscientos años antes de Jesucristo; pero cuenta la tradición que los galos, belicosos y potentes, penetraron en Italia, acuchillaron á sus moradores, y que mucha parte de ellos huyendo del hierro y del fuego, especialmente los del país marítimo de Rasena, donde florecen hoy las ciudades de Génova, y Florencia, se retiraron con sus mujeres, hijos y penates á las gargantas salvajes de los Alpes, en valles encerrados por espesos bosques y altísimas montañas. A estos nuevos moradores se llamó *rhetios*, del nombre Rhetus de su Dios ó de sus héroes, y aún en el día se llama Rhetia la parte á orillas del Rhin y del Inn, hacia su nacimiento, patria de los grisones.

La población entre los Alpes el Jura y los lagos Le-



man y de Constanza fué muy escasa durante muchos siglos. Vivía entre rocas, bosques y ríos, de la caza, del cultivo de la tierra ó apacentando rebaños, ignorada del mundo, pero feliz con su libertad salvaje. Cada valle encerraba una comunidad independiente de las otras, y algunas comunidades, unidas por alianza ofensiva y defensiva, componían un cantón. Sus vestidos erau una piel y sus armas la flecha, la lanza y la maza. Los jóvenes helvecios ejercían el pillaje entre sus vecinos en incursiones hostiles, ó luchaban con cuadrúpedos feroces en las montañas y con terribles serpientes en las cavernas ó pantanos, ó perseguían la caza por los bosques sombríos.

A esta época debió suceder otra en que la agricultura fué la principal ocupación de los habitantes y que manifiesta un principio de civilización, pues en la mayor parte de los lagos los restos de antiguas construcciones hechas sobre pilotes dan luz sobre el término de los tiempos prehistóricos. Ya el hombre tenía una habitación fija, la cabaña de greda con paja mezclada, y dispuesta en alineación con otras cabañas, y todas edificadas sobre estacas clavadas fuertemente en el fondo del lago reunidas por tablas revelaba un arte. Se ignora si el objeto de habitar en los lagos fué la pesca ó huyendo los ataques de las fieras ó de las tribus salvajes; pero es lo cierto, que examinando los utensilios y los restos animales y vegetales hallados en el lugar de estas habitaciones sumergidas en lo profundo de capas de turba ó en el fondo de los lagos, se manifiesta un principio de civilización; ya se cultivaba la tierra, se criaba el animal doméstico y se usaban herramientas construídas con arte, empleando al efecto la madera, la piedra, el hueso ó el asta para el cuchillo, el hacha, la tijera, etc. En los pilotes de los lagos de Neuchatel y de Bienne se ha manifestado que la civilización, partiendo de las már-

genes del Ródano en la Suiza occidental, iba creciendo, pues que el número de habitaciones acuáticas disminuye y crece considerablemente el de las terrestres.

El primer cantón conocido fué el de los tigurinos, á la margen del Thour y del Rhin.

Unos cien años antes de Jesucristo atravesó los bosques de Alemania y se acercó á los Alpes un ejército numeroso, compuesto de unos 30.000 hombres de diversas naciones lejanas que se unieron bajo el nombre de cimbrios, muchos de ellos de la Suecia y de la Frisia, países cubiertos siempre de hielo y de nieve. Se pretendé que acosados por el hambre que siguió á una inundación que convirtió en lagos y pantanos los valles y las alturas de su país, trataron de abrirse otros caminos por medio de las armas, y llegando siempre victoriosos á orillas del Rhin, penetraron en las ciudades de la Galia, Francia hoy, haciendo un enorme botín.

Los jóvenes tigurinos, noticiosos del éxito de los cimbrios, se unieron á ellos á fin de compartir sus glorias y el fruto de sus conquistas (\*).

Aterrados los galos, después de haberse derramado mucha sangre, imploraron el socorro de Roma, la cual les envió un poderoso ejército que atravesó los Alpes y bajó hacia el lago Lemán, y creyendo los tigurinos unidos á los cimbrios que aquel ejército atacaba su

---

(\*) Los celtas (galos) establecidos en el Oeste y en el centro de Europa ocupaban parte de Suiza, pero en ella había muchas poblaciones diversas como los alobrojes (cantón de Ginebra), los sequanés (en Neuchâtel y en el lago de Bienné), los rauracos (en Basilea y Brisach) los rhetios (en los Alpes del Sudeste) y en los lagos de Zug, de Zurich y de Constanza, siendo las principales los helvetas ó helvecios que ocupaban la Suiza Central y el Mediodía de Alemania hasta el Mein. Estaban divididos en distritos casi independientes como los tigurinos, los verbigenes y otros, y los asuntos generales se trataban en asambleas de distrito.

país se llenaron de espanto. Sin embargo, el joven guerrero Divicon se puso al frente de ellos y dando alcance á los romanos cerca de Agen sobre el Garona, vencidos éstos pidieron gracia, después de dejar el campo cubierto de cadáveres. La carnicería fué horrible, y los que sobrevivieron fueron obligados á pasar por debajo de un yugo que Divicon hizo colocar sobre dos postes, para vergüenza de Roma, y luego los obligó á repasar los Alpes.

Orgullosa Divicon por esta victoria alcanzada contra el ejército entónces más poderoso del mundo, se volvió á los cimbrios sus aliados, y juntos asolaron la Galia, atravesando luego los Alpes y cayendo sobre Italia hasta amenazar á Roma. Pero los romanos les dieron terribles batallas y murieron la mayor parte de los cimbrios, buscando el resto su seguridad huyendo con Divicon á la montuosa Helvecia. Este acaecimiento, revelado por los cantos populares de la Frisia occidental, se cree causa del establecimiento en este país de aquellos hombres que arrojó del Norte el hambre y la inundación. Se establecieron primeramente á orillas del lago de los Cuatro cantones, al pié del Hacken y del Mythenberg, cerca de Brouch, cuyo nombre significa país pantanoso, y los habitantes se llamaron Brouchenbouren ó habitantes de la laguna. Se cree que los hermanos Suiter y Swen fundaron á Schwitz, y sus nombres son muy comunes entre las familias suecas.

Habiendo crecido sobre manera la población, parte de ella se exparció por los valles, aún no habitados, cercanos al lago en el país del gran bosque de Kernwald hacia la montaña de Brunig situada en los confines de los cantones de Unterwalden y de Berna, y cruzando luego esta montaña, avanzando hacia Hasli, poblaron al pié de los Alpes los valles de Obersibnen, de Froutingen, de Afflentsch, de Jaun y de Gesnei.

## CAPÍTULO II

## Dominación de los romanos en Helvecia.

Los helvecios conocían desde sus expediciones con los cimbrios, cincuenta años antes de Cristo, la importancia de la Galia, la fertilidad de su suelo, que producía la vid, el olivo y sabrosos frutos, la dulzura de su cielo, casi siempre exento de las brumas del invierno.

Un helvecio poderoso llamado Hordrich, más conocido por Orgétorix, como le nombraron los romanos, concibió el atrevido proyecto de invadir la Galia.

Sus inmensas riquezas le daban gran influencia entre los suyos, pues diez mil esclavos apacentaban sus ganados y cultivaban sus campos; así es, que se trataba con los galos vecinos, y aún con sus pequeños soberanos. Cierta día el ambicioso Orgétorix habló primero á los jefes de su cantón, luego á los de los otros, y por fin al pueblo, diciéndole que no debía atormentarse cultivando un suelo ingrato é insuficiente para alimentar á los hombres y ganados; que pasando á la Galia el valiente pueblo se establecería en campos fértiles. Con tal proposición se excitaron los ánimos y todos asintieron á emprender la marcha, resolviendo las comunidades reunidas hacer una emigración general, y para ella debían proveerse del trigo necesario durante el viaje, cultivando aún las tierras por espacio de tres años, en cuyo intervalo de tiempo dispondrían otros recursos y formarían nuevas alianzas que contribuyeran al mejor éxito de su audaz empresa.

Orgétorix empleó gran actividad, recorriendo con

frecuencia los cantones, pasando al otro lado del Rhin para tratar con los pueblos comarcanos y con sus jefes, les hizo grandes promesas y obtuvo libre paso de su nación por entre ellos. Su orgullo sobrepujo á la prudencia, llevándolo al extremo de parecer soberano de su país. Llegó al punto de dar en matrimonio su hija á uno de los príncipes cercanos, conducta que se hizo sospechosa á sus conciudadanos, juzgando que trataba de hacer traición á sus antiguas libertades erigiéndose en soberano absoluto de su patria; y como una ley cantonal condenaba á la hoguera al que atentase contra la libertad y derechos del pueblo, fué citado para que compareciese ante una asamblea á responder á las acusaciones de que era objeto.

Orgétorix se negó resueltamente á verificarlo, é intentó armar gente para su defensa; entonces las municipalidades se alzaron contra él, y habiendo perdido toda esperanza, tomó el partido de suicidarse.

Pasado el plazo de los tres años para invadir la Galla, el viejo Dívicon se puso al frente del pueblo de los Cuatro cantones seguido de una larga fila de mujeres, niños, carros cargados de objetos preciosos y de víveres y de todos los hombres en aptitud de llevar las armas. Empezó la marcha quemando antes sus habitaciones, en número de doce ciudades y de cuatrocientas aldeas, á fin de que todos perdieran la esperanza de volver á sus hogares, incorporándoseles dos mil aliados de orillas del lago de Constanza y los rauracos, de las del Rhin, que es lo que hoy constituye el cantón de Basilea y el Frickthal.

Unos trescientos sesenta mil emigrantes, llenos de ardor bélico, atravesaron las montañas y valles dirigiéndose á Ginebra, ciudad del pequeño pueblo de los alobroges, aliado de Roma, donde se encontraba para su defensa Julio César.

En este tiempo, unos 60 años antes de Cristo, era Roma la primera potencia del mundo, debido á su libertad y al heroismo y cordura de sus ciudadanos, cuyas armas y leyes dominaban en la Italia y desde la Galia hasta la Judea.

Noticioso César de que los helvecios trataban de pasar el Ródano por Ginebra, cerró la ciudad por la parte del río con una muralla de 16 piés de altura y 19.000 pasos de longitud, coronada de torres para impedirles la marcha; pero los helvecios dieron un rodeo por la garganta del Jura, donde el Ródano precipita sus aguas en la Galia por un terreno escabroso, de estrechas sendas, con mil abismos y el río bajo sus piés.

César los alcanzó al otro lado del Jura en los llanos de la Galia y batió á los tigurinos que formaban la retaguardia é iban retrasados. Entonces Divicon se acercó á César exigiéndole con soberbia paso libre evocando el recuerdo de Leman; pero César se negó con entereza si no se comprometía á respetar á sus aliados y devolverles los bienes de que los había desposeído, dando rehenes hasta el cumplimiento, á lo cual se negó altivamente Divicon.

Los romanos siguieron durante quince días tras de los helvecios, cuya marcha era penosa y lenta á causa de la impedimenta, y ya éstos irritados, vuelven las armas contra César trabándose un combate general en las llanuras de Bibracta, hoy Autun, que duró desde la mañana hasta puesto el sol. Después de una horrorosa matanza quedaron los romanos vencedores, que á más de pelear con tanto valor como sus contrarios, les excedían mucho en táctica y habilidad. Los helvecios se guarecieron en las colinas y encerraron en un recinto de carros á sus mujeres, hijos y riquezas; pero los romanos penetraron en él y degollaron á todo ser viviente, sin atender á sexo ni edad. Muchos helvecios se dieron la

muerte por no sobrevivir á la pérdida del honor y de la libertad; otros que huyeron gritando y buscando errantes un asilo, fueron entregados á los romanos por los galos. César dijo á los vencidos que imploraban clemencia á sus piés, que depusieran las armas y volviendo á su patria reconstruyeran sus cabañas, viviendo como antes en sus montañas y con sus leyes, ofreciéndoles además que no serían esclavos de Roma, pero sí sus aliados, y tendrían su protección.

Los helvecios encerrados otra vez en sus hogares, se vieron reducidos á una tercera parte de los que salieron. César construyó cerca de Ginebra y á orillas del lago la fortaleza de Noviodunum, hoy Nyon, para vigilarlos y estableció acantonamientos en el país. También colocó infantería romana al pié de los Alpes del Bajo Valais, en Octodorum (hoy quizás Martigny), cerrando así el paso hacia Italia.

Los habitantes del extenso valle que cruza el Ródano antes del lago Lemán, que ejercían por lo general el pillaje, eran tan independientes de los helvecios como de los romanos y sometían á todas las mercancías que atravesaban los Alpes á un derecho de peaje; y al ver establecerse extranjeros en su país, toman las armas llenos de furor, y atacan á los romanos en sus mismos atrincheramientos, obligándoles á abandonar las posiciones; pero éstos volvieron inmediatamente en número considerable y toda resistencia fué inútil. Mataron en el combate más de diez mil ciudadanos de los que peleaban por la libertad de su patria. Por todas partes se veían cadáveres y pueblos incendiados, y desde entonces el Valais cayó bajo el dominio de Roma.

Los únicos que se creyeron invencibles detrás de su neveras y de sus lagos fueron los rhetios, gente que llevaba la vida salvaje, saqueando á los viajeros ó saliendo en numerosas hordas y repentinamente de las

gargantas de las montañas á sorprender y arrasar las ciudades de Italia cercanas. Irritado el emperador Augusto con tales gentes, envió un ejército que pasase los Alpes y descendiese hácia el Jura y otro que cruzara el lago de Constanza, á las órdenes de sus nietos Druso y Tiberio, con lo cual, y después de sangrientos combates, quedó todo el país sometido á Roma. Cuentan que se peleó con tal furor, que las mujeres de los rhetios se precipitaban entre los combatientes y estrellaban á sus hijos pequeños contra los rostros de sus enemigos, dando á entender que toda existencia debía acabar antes que la libertad en sus montañas.

Estos hechos ocurrieron al empezar la Era Cristiana, quedando la Helvecia, como toda la tierra desde Oriente á Occidente, bajo el dominio del emperador Augusto, dominación que en todas partes fué un poderoso influjo para la civilización de que carecía el mayor número de los pueblos. La libertad helvética murió, al parecer, conservándose la vida que se creía aniquilada; más no fué así, como luego se verá, sino que experimentó un cambio saludable al pasar de libertad salvaje á libertad racional.

El imperio romano envió prefectos, gobernadores y milicia é hizo construir temibles fortalezas para conservar al pueblo helvético bajo el yugo de la obediencia, á la vez que encontraba en el Jura y la cadena de los Alpes una inmensa é inexpugnable muralla para defensa de Italia, cuya capital era la potente Roma.

Augusto trató á la Helvecia con humanidad, dejándola sus usos, costumbres y leyes hereditarias y magistrados de su elección, á fin de acostumbrarla á su dominio más facilmente. Para deliberar sobre los intereses de cada cantón permitió que se reuniesen los hombres elegidos en cada comunidad; pero se reservó el derecho de dar las leyes generales, decretar las con-



tribuciones é impuestos y de hacer la paz ó la guerra, cuyo tolerante sistema continuaron algunos sucesores de este emperador. Se construyeron numerosas ciudades coloniales, unidas entre sí por grandes vías, magníficas habitaciones, baños, teatros y se poblaron muchas aldeas y pueblos considerablemente convirtiéndose en ciudades magníficas. Los pobres helvecios, groseros y feroces, experimentaron entonces goces que ignoraban y se instruyeron en comercio, artes y ciencias.

La ruda Helvecia cambió de aspecto bajo la influencia de los prefectos, gobernadores y militares romanos, habituados á muchas comodidades de la vida. En ella se plantaron los árboles frutales de la Italia; seconstruyó la ciudad de Aventicum, capital de los helvecios entonces, diez veces mayor que Avenches que la reemplaza hoy, así como Augusta Rauracorum, en la confluencia del Erguelz y del Rhin, donde hoy se ven las dos pequeñas aldeas de Augst en el cantón de Basilea y las ruinas de aquella ciudad atestiguando su antigua magnificencia; pero sobre todas, la más brillante fué Vindonissa en Argovia, en cuyo asiento existen hoy tres aldeas y la ciudad de Brougg.

Aquellos castillos, aquellos palacios, aquellos arrabales cautivaron á los helvecios; las delicias de su nueva vida les hicieron olvidar su libertad perdida por que tanta sangre vertieron sus mayores, y felices con la clemencia de sus conquistadores, pagaban fielmente sus tributos y daban sus hijos á la milicia romana.

Cuando unos setenta años despues de Jesucristo fué asesinado el emperador Galba y reemplazado por Vitelio, al que parte de los romanos no quería reconocer, los helvecios, ignorando la muerte del primero, creyeron que los jefes de las guarniciones romanas, ya coligados en favor de Vitelio, solo trataban de sublevarse contra Galba, y como los soldados romanos de guarni-

ción en Vindonissa, insolentes é indisciplinados, interceptaron los sueldos enviados á la de Baden, compuesta de helvecios, estos se apoderaron en represalia de las cartas y mensajes de Aulio Cecina, gobernador general de Vindonissa, afrenta que encendió la cólera de este y salió con sus tropas, atacó y destruyó la fortaleza de Baden, asoló el país y venció á los helvecios en un combate sangriento, persiguiendo á los fugitivos hasta más allá de Bœtzberg, montaña de la cadena del Jura. Estos al bajar la montaña tuvieron la desdicha de encontrar un grupo numeroso de caballería tracia y perecieron muchos miles de ellos, dispersándose á ocultarse en los bosques y cavernas los que no fueron prisioneros y vendidos luego como esclavos. No se sació la rábía del feroz Cecina con esta cruel expedición, sino que prosiguió arrasando la Helvecia hasta Aventicum, donde residía un anciano muy considerado, llamado Julio Alpinus, del cual se apoderó, é imputándole ser autor de la rebelión de los helvecios, lo cargó de cadenas y lo llevó al suplicio. Inútil fué el testimonio de su inocencia dado por multitud de testigos, inútil el llanto de su jóven y hermosa hija Julia Alpinula que gozaba del caracter de sacerdotisa, y que á los piés del monstruo pedía por su inocente padre; el anciano fué ejecutado.

Tarde conocieron los helvecios que se hallaban á merced de su señor, y que la esclavitud es el patrimonio de los pueblos que prefieren las dulzuras de la vida material á su independencia, así es, que cuando supieron que Vitelio ocupaba el trono de Roma por muerte de su antecesor, al que quisieron permanecer fieles, salieron embajadores á prosternarse ante el nuevo emperador pidiendo gracia. Les fué concedida, más con el desdén que á envilecidos esclavos; y sin embargo, tantos quebrantos y tamañas humillaciones no hicieron

mella en el pueblo helvético. La molicie, el amor del oro, los gustos de la vida sensual extinguieron su antiguo vigor, y olvidando sus pasados males, volvió con la imprudencia que antes á los placeres de la vida cómoda, sin demostrar ni un sólo rasgo del sublime heroísmo de los corazones libres, circunstancia que encantaba á sus opresores los romanos, porque lo tenían tributario y olvidado de la gloria y de la libertad, en vez de buscar su salvación en el acuerdo de los cantones, y que aguardaba silencioso la felicidad ó la desgracia de mano de sus señores.

De aquí la ruina de la Helvecia, indefensa, expuesta á peligro continuo porque olvidando el pasado no miraba el porvenir. Tenía oro y le bastaba para su precaria existencia.

### CAPÍTULO III

---

#### Helvecia invadida por nuevos extranjeros.

(Desde el año 399 al 650 de J. C.)

Durante estos acaecimientos se presentaban en Roma otros terribles é inesperados que minaban su imperio, porque en sus catacumbas se preparó la terrible explosión que debfa dar fin del imperio romano y sustituir á sus leyes despóticas la del verdadero y único Dios, que aniquilarfa los suyos fantásticos y manumitirfa al esclavo.

Roma henchida de poder y de riquezas debfa estar á la acción del fausto y la molicie, agentes eficacísimos de la ruina de los pueblos, pero el cristianismo dividió el pueblo romano, venció al paganismo, y la

hizo entrar en el concierto del mundo, no como dominadora, sino bajo la ley santa de la igualdad y de la fraternidad.

Desde el fondo de lugares desconocidos del Norte y del Oriente salieron á la sazón pueblos, que espada en mano, arrollaron cuanto encontraban á su paso. Los primeros fueron los alemanes, guerreros feroces germanos que tenazmente y durante dos siglos y medio venían penetrando cada vez más en el territorio que dominaba Roma, acercándose insensiblemente á las montañas de la Helvecia, y entrando al fin en ella como torrente devastador, por las gargantas del Jura. Desde la Selva-Negra hasta el pié de los Alpes no se vió más que desolación; Aventicum y Vindonissa fueron escombros; el romano y el helvecio, que aún respiró, fué esclavo; todo el país desde el Rhin y el lago de Constanza hasta el de los Cuatro-Cantones y el Aar, con sus habitantes y sus bienes, se repartió entre los nuevos invasores. Despreciaban las ciudades como prisiones indignas de hombres libres, y sólo buscaban guerra, libertad y ganados. Ni un recuerdo quedaba ya de Roma ni de la antigua Helvecia.

A poco salieron de los desiertos del Asia las hordas de los Hunos á las órdenes del temible Atila, con intento de saquear el mundo. Sus rostros eran tan espantosos que no parecían hombres, y sus acciones aún más horribles que sus rostros. Estos conductores del exterminio atravesaron la Alemania, la Galia y la Italia, y algunas de sus hordas entraron en Helvecia por la Rhetia, á los países situados á orillas del Aar, expandiéndose por los campos de Augst, capital de los rauracos, y por Basilea, sólo de paso, pero llevando el horror á donde imprimían su huella.

Tras ellos vinieron los vigorosos borgoñones á establecerse en las vertientes del Jura, en la Galia, en la Sa-

boya, á orillas del lago Lemán, en el Bajo-Valais hasta el Aar y construyendo fortalezas, sacaron á Ginebra de sus escombros; se cree también que fundaron á Avenches sobre las cenizas de Aventicum, así como Laussana, donde estuvo la ciudad romana Lausonium, en las alturas que dominan el lago Lemán.

Luego bajaron del Norte de Europa los poderosos godos, y atravesando los altos Alpes, penetraron por el Mediodía en la Helvecia. Se apoderaron de la fértil Rhetia, con sus valles y montañas cubiertas de abundantes pastos, y se extendieron hasta más allá del lago de Walleustadt hasta los Sitters, pequeños ríos del Appenzell por encima del San Gothardo, en los valles de Uri y en el país de Glaris.

Demás es advertir que en el estado de civilización en que estaban estos pueblos, el horror y la desolación los acompañaba en todas partes, y sus invasiones borraron en la Helvecia toda huella de antigüedad, artes, leyes, usos, costumbres, lenguaje y hasta el nombre. Sólo se hablaba de los estados de los borgoñones, godos y alemanes.

Donde quiera que llegaban arrasaban las ciudades como innecesarias; sus esclavos les servían de pastores, labradores y artesanos, á los cuales recompensaban á veces con tierras inalienables, que les cobraban en censos ó en productos.

Sus rebaños les daban la carne, leche y queso que necesitaban. Abandonado el cultivo del suelo, los lugares que trabajó el arado romano fueron cubiertos de malezas y de bosques, especialmente en las cercanías del lago de Constanza, en donde se multiplicaron las guaridas de los lobos y de los osos.

Los godos, en la alta Rhetia, fueron más humanos con los helvecios; porque si bien los redujeron á la esclavitud, les permitían sus antiguos usos. De costum-

bres más suaves que los demás invasores, aunque no de genio menos belicoso, no arrasaron ciudades ni fortalezas y, al contrario, construyeron otras nuevas.

Los condes y los señores, retirados en sus castillos feudales, gobernaban los valles tributarios en nombre de su rey, que tenía su asiento en Italia.

Los más humanos de todos estos conquistadores fueron los borgoñones, que se apoderaron solamente del tercio de las tierras y de los esclavos, sin exterminar á los antiguos habitantes, aunque vinieron á ser súbditos suyos y constituían parte de su propiedad. Por lo contrario, se establecieron á su lado y haciéndose comunes los usos y lenguaje de vencedores y vencidos, acabaron por confundirse enteramente, conociéndose estos pueblos hoy entre los demás de la confederación por el dialecto especial del pueblo de los cantones de Friburgo, de Vaud y de Neuchatel derivado del romano que hablaban los borgoñones.

Tras de estos pueblos vino de muy léjos, cruzando los Países-Bajos, otro más audaz y astuto que ellos, poniéndolo todo á sangre y fuego, después de haberse apoderado de la Galia, la cual desde entonces mudó el nombre por el de Francia. Dicho pueblo eran los francos que se establecieron en este país, y al encontrar á los alemanes también establecidos á orillas del Rhin, entablaron con ellos una lucha pertinaz y sangrienta, los vencieron y los borrarón del rango de las naciones. Los que habitaban las orillas del Rhin, la Suabia y el país de los antiguos helvecios, cayeron en poder de los francos vencedores.

Al poco tiempo se apoderaron éstos del resto del reino de Borgoña, y los godos se posesionaron de los Alpes borgoñones y de Ginebra, por la discordia y los vicios de los príncipes de Borgoña.

Solamente los francos, entre tantos invasores, supie-

ron conservar sus conquistas. Los godos, apenas acabaron su dominación en Italia, perdieron sus posesiones del otro lado de los Alpes, pues inmediatamente y con la mayor resolución el rey de los francos, Dietbert, á la cabeza de sus tropas, atacó y sometió la Rhetia y lo demás del país, reuniéndose toda la Helvecia nuevamente bajo un sólo cetro, como en el imperio romano, después de cinco siglos de vicisitudes y cambios políticos.

## CAPÍTULO IV

---

### Dominación de los francos en Helvecia y principio en ella del Cristianismo.

(Desde el año 550 al 900.)

Los francos dividieron la Helvecia en dos partes á causa de los dos lenguajes que en ellas se usaban: la primera se formaba de la Rhetia y el Thourigan, parte que antes ocupaban los alemanes, y en que se hablaba el alemán, la que se unió á la Suabia; pero entonces no comprendía el Thourigan el país comprendido entre el lago de Constanza y el Rhin por un lado y por el otro el Aar y el San Gotardo. La Saboya, Ginebra, el Valais, Neuchatel, tomados á los borgoñones, y en que se hablaba el romano, y lo que hoy forma los cantones de Berna, de Vaud, de Friburgo y de Soleura constituían la segunda, á la cual se llamó la Pequeña Borgoña.

La organización civil que dieron los reyes francos, como guerreros que eran, fué parecida á la militar, poniendo á la cabeza de un gran cantón un general en je-

fe ó *duque*, y al frente de cada distrito de un cantón un comandante ó *conde*, dividiéndose el distrito en grandes dominios, que á falta entonces de moneda, daban los reyes en recompensa á los capitanes valientes por sus grandes servicios militares. Las habitaciones, los hombres y los ganados eran partes integrantes de los dominios; los hombres eran esclavos que no sólo carecían de propiedad sino que pagaban á sus señores los intereses de cuanto poseían. El Thourigan y la Rhetia pertenecían al duque de Suabia y el resto del país al de la Pequeña Borgoña.

Lo que el rey no daba á sus condes, nobles ú oficiales, lo reservaba para su propiedad particular, que era administrada en su nombre y á su costa. La nación la formaban solamente los francos libres, aunque en escaso número, no contándose en ella los habitantes subyugados, que como esclavos sin honor y sin defensa que eran, carecían de todo derecho civil, aunque fueran numerosísimos. La suerte de éstos era tan miserable que sus amos podían castigarlos, darlos, venderlos y hasta quitarles la vida sin forma de procedimiento. Se los consideraba más bien bestias que hombres; así es que se unían los sexos sin ceremonia matrimonial, y los hijos eran propiedad del dueño de la madre si el padre pertenecía á otro dueño.

En esta época de barbarie entraron en Helvecia unos hombres piadosos á predicar á los paganos y anunciarles la crucifixión de Jesús. Eran soldados extranjeros de clase elevada, hasta hijos de reyes, que renunciando á la pompa mundanal quisieron seguir el ejemplo de los Apóstoles de Cristo, y aún hay quien afirme que ya en tiempos de la dominación romana y á los dos siglos de la era cristiana un príncipe llamado Lucius empezó, en medio de gran peligro, á exparcir la semilla del cristianismo. Mas tarde llegaron otros misioneros á los



borgoñones y otros á los alemanes, en el Thourigan, y todos erigían templos para las pequeñas comunidades cristianas, administraban el bautismo á jóvenes y ancianos en nombre de Dios, institufan obispos ó inspectores encargados de vigilar á los predicadores y á las comunidades religiosas, uno de los cuales existía ya antes de la dominación de los francos en Coira, ciudad de Rhetia y cuyo nombre sólo empezó á ser conocido hácia el fin de la dominación romana. También hubo otros en Vindonisa, en Augusta de los Rauracos, en Octodorum, en Aventicum, en Ginebra y en el Valais.

Pero estos sacerdotes no obtuvieron protección hasta que los francos ya convertidos al cristianismo se hicieron dueños del país, enriquecieron las iglesias y conventos, hicieron venerar á los obispos é impulsaron la obra de la predicación y de la conversión. Establecieron el diezmo sobre los productos de la tierra y aumentaron la magnificencia del culto con dones voluntarios. No se creía que estos dones se hacían á los hombres, sino á Dios y á los santos, y que con ellos se recojería después de la muerte una cosecha de alegría celeste é inmortal. El número de predicadores de la cruz que acudían del extranjero para extirpar los restos del paganismo que aún existía era cada vez mayor, pues en los espesos bosques que circundaban el lago de Zurich, y en muchos valles y colinas se sacrificaban á los ídolos, caballos y otras víctimas escogidas entre sus rebaños; estos salvajes al principio de un nuevo año lanzaban gritos y clamores, daban fuertes golpes, entrechocaban instrumentos de ruido con algarabía infernal para ahuyentar los malos espíritus, los hechiceros y los brujos; al entrar la primavera encendían grandes hogueras en las montañas en señal de alegría y en honor de los dioses propicios. Aceptaban todas las imposturas nacidas de la ignorancia, las predicciones y sortile-

gios, la influencia de buenos y malos días y, en fin, se creían atormentados con frecuencia por las ilusiones y fantasías más absurdas.

Los misioneros más notables fueron Gallús, celoso y ardiente cristiano que estableció su ermita en el solitario valle del lago de Constanza, donde luego en su honor se fundó el convento de San Gall, para perpetuar su nombre; en las montañas que ciñen el lago de los Cuatro cantones, en el bosque sombrío cerca del Sil, donde existe el convento de Nuestra Señora de los Ermitaños, tenía su celda el piadoso predicador Meinrad; Sigeberto predicó en los desiertos de la Rhetia y construyó su capillita en el paraje inculto en que se halla el convento de Disentis, y Colomban y Mangold transmitieron la doctrina de Cristo á orillas del Aar, de la Reuss y del lago de Zurich.

En la colina próxima á Zurich fundó un duque un colegio de canónigos, dotándolo de muchas tierras á la falda del Albis, y su hermano un monasterio cerca del lago de los Cuatro cantones, donde en otros tiempos existía solo un faro y hoy se alza la ciudad de Lucerna, y luego el conde Béro construyó otro cerca del anterior; llamado hoy Béromunster.

Con tales medios de excitación, los paganos que escuchaban durante el día la palabra sagrada de Jesús y por la noche los rezos y cánticos del cristianismo, que tanto les enseñaba y de tantos errores los convencía, no pudieron menos de, en gran número, pedir el bautismo si bien el cristianismo no produjo al principio gran efecto; porque siendo los predicadores primeros casi tan ignorantes como el auditorio y las conversiones demasiado precipitadas, éstos cristianos se llamaban así sólo por haber recibido el agua del bautismo, saber hacer la señal de la cruz, recitar una oración y asistir á misa; pero todavía estaban sujetos á la superstición, te-

mían al diablo más que amaban á Dios, creían salva su alma del infierno por medio de ceremonias religiosas que sólo sustituían santos á los ídolos y nombres cristianos á las fiestas paganas que seguían celebrándose, y por ricos dones á las iglesias y conventos. Pero cuando los francos hicieron el cristianismo más práctico, digámoslo así, dulcificando la suerte de sus vasallos, concediendo derechos á sus esclavos que les hicieran más suave la existencia, estableciendo escuelas en los conventos, enseñando al pueblo la agricultura y la economía rural, á preparar la cal y construir con piedra los edificios, antes cabañas de madera, á tejer la lana y hacerse vestidos de paño en vez de las pieles que usaban, entonces comprendieron la sabiduría y la caridad de Jesús, entonces se afirmaron en la idea del Dios único y de que todos los hombres son hijos del mismo padre celestial, contribuyendo los sacerdotes y obispos con sus mujeres é hijos, porque entonces el matrimonio no les estaba prohibido, á la educación y moral del pueblo con su ejemplo.

## CAPÍTULO V

---

### Helvecia bajo el imperio de Alemania.

(Desde el año 900 al 1391)

El más poderoso de los reyes durante mucho tiempo fué el de Francia, especialmente Carlomagno, que se hizo consagrar en Roma como emperador del antiguo imperio romano, que pensó restablecer, juzgando así ser rey de los otros reyes. Pero sus hijos y nietos se desunieron, pretendiendo cada uno parte de la soberanía, y

uno tomó la Francia, otro la Italia y el tercero la Alemania, viviendo en continua discordia y terribles guerras. La porción de Helvecia que perteneció hasta entonces al ducado de Suabia correspondió á la Alemania, y se constituyó así el imperio germánico.

Los duques y condes establecidos como gobernadores por los reyes, léjos de la vigilancia de éstos, que sólo se ocupaban de hacerse la guerra, gobernaban á capricho sus cantones sin temor al castigo. Al morir transmitían sus cargos á los hijos, considerándolos propiedad hereditaria. El duque de Suabia no quiso reconocer soberano; el de Borgoña tomó por sí el título de rey, y así como los duques se revelaban contra sus soberanos, los condes lo hacían contra los duques, tomaban soldados á sueldo y se declaraban independientes. Los obispos imitaron su conducta, y cubriéndose con el casco y la coraza, se hicieron independientes del brazo secular y se presentaron á la cabeza de sus tropas, y lo que los obispos hicieron con los duques y los condes, hizo el papa con los emperadores, reyes y obispos, y se sobrepuso hasta á sus mismos pueblos.

En tal confusión, los señores y condes de la Helvecia acabaron por no respetar á los duques de Suabia erigidos en soberanos por propia autoridad, sin otro temor que á los reyes y emperadores de Alemania, á los que adulaban por ambición. Sólo un peligro inminente podía ya unirlos entre sí, y este se presentó cuando un ejército numerosísimo de caballeros belicosos y salvajes descendió del Oriente por el mar Negro y remontó el Danubio; eran los húngaros que no hallaban barrera insuperable. Recorrieron la Alemania y la Italia á sangre y fuego, librándose sólo de su furor ciego las fortificaciones, porque desconocían el arte de los sitios. Esto acaecía novecientos años después de Cristo.

Entonces ordenó el emperador Enrique, apellidado l'Oiseleur (el pajarero), que toda reunión de habitaciones se cubriera con murallas, baluartes y fosos contra las incursiones del terrible enemigo; así se verificó en San Gall, Basilea y Zurich, que eran fronterizas las dos primeras, y la última á orillas de un lago. La novena parte de los hombres libres y nobles, pero de escasa fortuna, debía defender estas fortalezas en tiempo de guerra y administrarlas en tiempo de paz. Así se formaron las ciudades y sus consejos, y los nobles encargados de la administración se llamaron *patricios*.

Al punto se establecieron muchas plazas fuertes y ciudades, como Soleura y Lucerna y luego Schaffhausen reemplazaron las casas de bateleros y pescadores cerca de la caída del Rhín, en el muelle de mercancías. Lo mismo se practicó en la Helvecia Borgoñona cuando se la agregó al imperio germánico y dotó de los baiños imperiales, los duques de Zæringuen, y en donde ya existían Ginebra y Lausana. Bertoldo, baillío imperial, las agregó á Friburgo como puesto avanzado contra los señores y condes del país, y su hijo edificó á Berna en la península que forma una sinuosidad del Aar.

A todo pueblo que se fortificaba se concedía la organización política y los privilegios de las más antiguas ciudades de Alemania, y el labrador ó artesano que se establecía en una ciudad adquiría el derecho de ciudadano y contraía el deber de tener dispuesta para defender la patria una alabarda y una espada, de pagar contribuciones é impuestos y de tener un cubo para los incendios en casa, puesto que todas eran de madera. Los grandes intereses se discutían en asamblea general de ciudadanos; pero los asuntos de administración se trataban en un Consejo elegido por los ciudadanos, presidido por un burgomaestre que también entendía en las

causas no capitales, porque éstas iban al bailío imperial ó ante el vicario del abad, ó el lugarteniente del conde, ó, en fin, ante el gobernador de la ciudad.

La población rural se acogió en las ciudades al abrigo de los atrincheramientos, y la afluencia contribuyó al impulso de las artes y del comercio. Se establecieron mercados en ellas, donde el labrador cambiaba el exceso de sus productos por los de la industria, la comodidad de los ciudadanos aumentó con la actividad, se morigeraron con el bienestar sus costumbres, y consiguieron, uniéndose, la bastante fuerza para hacerse respetar de los señores que vivían retirados en sus fortalezas. Los duques, reyes y emperadores se detenían gustosos en las ciudades cuando viajaban, y por gratitud á la buena acogida, les concedían muchos privilegios y franquicias.

Los señores miraban con envidia el gran desarrollo de las ciudades, y siempre ansiosos de aumentar sus rentas y sus tierras, servían con más ardor á los reyes, duques y conventos, ó por las armas despojaban á sus vecinos más débiles; pero otros dulcificaban la servidumbre de sus vasallos, y facilitaban el aumento de población distribuyendo sus tierras y pastos entre las familias de sus habitantes, exigiendo por ellas censos ó diezmos que multiplicaban sus rentas.

Toda casa recientemente construída en tierra señorial pagaba un tributo de gallinas y huevos, y al morir un padre de familia siervo, sus hijos entregaban al señor el mejor vestido del difunto, el mejor mueble de la casa y la mejor bestia del establo, y el resto lo reservaban los hijos á título de herencia.

El señor concedía á sus vasallos toda la madera necesaria y á cambio ó como don gratuito la bellota para engordar los cerdos; pero sin autorización del señor nadie podía cortar, quemar ni desmontar en parte ó en

todo el bosque para convertirlo en pradera ó campo; á veces lo autorizaba mediante censo anual y un derecho de desmonte. Así se formaron muchas ciudades, cuyos nombres recuerdan este origen, tales como Schwanden y Schwændi que proceden de *schwanden*, en lengua suiza alemana, *disminuir*, y Ruti y Reuti, de *ruten*, que significan *desmontar*. Si los concesionarios no eran libres antes de sus labores, después seguían esclavos y las posesiones eran del señor, el cual les prestaba el suelo, la madera para casa y establo, el arado, un carro, los granos para siembra, un hacha y una escala para uso doméstico; para el establo facilitaba las primeras vacas, los primeros cerdos y sus crías, el gallo y las gallinas, y en pago obtenían los censos, el diezmo de la recolección, quesos, telas, gallinas y huevos. Tal fué el origen de las primeras ciudades y aldeas de la antigua Helvecia.

Extinguida la familia de los condes de Zæhringen la dignidad de baillío imperial dejó de ser hereditaria, confiriéndose el poder ya á uno ya á otro conde, y desde entonces cada uno se esforzaba por obtenerlo.

Había á la sazón muchas familias nobles que han desaparecido, tales como los condes de Kiburgo, dueños de todo el país comprendido entre Zurich y el lago de Constanza, que construyeron dentro de su territorio las ciudades de Diessenhofen sobre el Rhin y de Winterthour cerca de Zurich, los de Saboya con dominios extensos en el Valais y en el país de Vaud, en que el obispo de Lausana reinaba como soberano; los condes de Neuchatel, que gobernaban países franceses y alemanes, bañados por el lago de Bienne, por el Aar y el Thiele.

En Argovia poseían los condes de Habsburgo inmensos dominios donde existió la antigua Vindonisa, y más tarde obtuvieron el patronato de la rica abadía de Sec-

kinguen con grandes posesiones en el país de Glaris. También fueron muy considerados los condes de Rapperswyl, fundadores de la ciudad del mismo nombre á orillas del lago de Zurich; excedían en riquezas á todos estos, sin embargo, los condes de Tockenburgo que residían en una roca cercana al convento de Fischingen. Allí el conde Enrique vió en el dedo de un criado el anillo nupcial de su mujer Ida, célebre por su extremada belleza, y la arrojó por una ventana á un inmenso precipicio, muriendo el servidor atado á la cola de un caballo que lo arrastró. Providencialmente Ida pudo contenerse en unas matas suspendidas en el talud de la sima, y fué salvada. Un cuervo habia cojido el anillo en una ventana abierta y luego lo dejó caer. Probada la inocencia de Ida, acabó sus días en el convento de Fischingen, desprendiéndose de marido tan colérico y cruel.

Podrían citarse multitud de familias muy poderosas, pero cuyos nombres no son de gran influencia en esta historia, y además, casi todas se extinguieron en este tiempo, especialmente en las guerras de las Cruzadas para arrancar el Santo Sepulcro de manos de los infieles, pereciendo la mayor parte de los señores reunidos en Palestina, ya en el viaje, ya en Asia ó en Africa por el hambre, la peste, el acero, la lepra ó en la cautividad. Pero las Cruzadas mejoraron la suerte de los siervos, porque suavizando el trato que se les daba, evitaban que buscasen su independencia bajo los estandartes de la cruz, reservándolos como soldados para las guerras interiores; los industriales se enriquecieron con el armamento, equipo y provisiones de las fuerzas que salían para la Tierra Santa, y el comercio se extendió por la Hungría hasta Grecia y por la Italia hasta el Oriente. Basilea importaba, en cambio, vino de Chipre, y Zurich empezó á tejer la seda, entonces tan preciada.

Las ciudades, por su riqueza, ensanchaban sus de-



rechos y territorios, sustrayéndose sucesivamente de los soberanos, de los obispos, abades y monasterios, prefiriendo estar sometidas solamente al imperio germánico para no tener otro señor que el emperador ó en su nombre al gobernador ó baillío. Soleura se emancipó del convento de Saint-Ours, que influía en sus asuntos municipales por haber contribuído á la fundación de la ciudad. El abad del convento de Tous les Saints en Allerheiligen poseía derechos señoriales sobre el pueblo de Schaffausen, y ejercidos por su baillío; pero primero se le permitió nombrar sólo la mitad de los miembros del Consejo municipal y el pueblo la otra mitad, y más tarde excluyó al convento de la administración civil, y se puso, como otras ciudades, bajo la protección del emperador, como hicieron los de Basilea con su obispo, y como Berna y Friburgo.

Aprovechando las turbulencias del imperio muchas ciudades pequeñas imitaron á las grandes en la primera ocasión. Si los reyes ó señores necesitaban dinero les abrían el tesoro municipal, y en los peligros comunes sus brazos estaban siempre dispuestos para la causa común. Económico el ciudadano en su casa, para el bien público era liberal. Los edificios particulares eran de modesta apariencia, no así los públicos, las casas comerciales y las iglesias que tenían grandeza y majestad. Los artesanos rivalizaban en la bondad de los productos de sus trabajos á fuerza de perseverancia y de industria, consiguiendo que los oficios fueran honrosos y lucrativos. En el hogar reinaban la lealtad, la piedad y la laboriosidad, y en el consejo la prudencia, la justicia y el desinterés. Todo ciudadano estaba siempre dispuesto á coadyuvar al remedio de las necesidades públicas y á dotar ó al menos á favorecer los establecimientos útiles, pero nadie pensaba en vivir á costa del Estado.

Habiendo crecido las ciudades por estas virtudes,

adquirieron preciosas franquicias, y puestas mediante un tributo bajo la protección del imperio, ellas elegían su gobierno, administraban sus fondos municipales y el emperador confiaba sus derechos á un baillío encargado de juzgar las causas capitales ante la asamblea general del pueblo, creyéndose que siendo extranjero podía ser más imparcial en la causa de un ciudadano que otro ciudadano. Para la guerra elegían las ciudades por general un señor ó conde de valor reconocido y condiciones oportunas, y para más seguridades se aliaban entre sí y con las imperiales de la Suabia y de las orillas del Rhin.

La libertad, pues, se arraigaba otra vez en el suelo helvético, paseando sus estandartes entre castillos y conventos después de tantos siglos de servidumbre y de opresión.

Desde las victorias de los romanos, detrás de los lagos y al pié de los Alpes vivían retirados los descendientes de los cimbrios, sin haberse atrevido á habitar aquellos desiertos pobres y horribles, ni alemán, ni borgoñón, ni franco. Vivían como en los tiempos primitivos, en montañas desconocidas, apacentando sus rebaños, sin encontrarse ni ciudad en el valle ni castillo en las rocas. Los brouchenbouren (habitantes de la laguna), tenían una sola iglesia en el valle Monotta á que asistían los pueblos de Schwyz, de Uri y de Unterwalden, como de la misma raza, y el gobierno, por lo mismo, era también común. Después los últimos se dividieron por intereses en alto y bajo Unterwalden, separados por el bosque Kernwald, teniendo cada uno su consejo y su tribunal. La causa fué que el alto Unterwalden, parte occidental, pagaba dos tercios de gastos comunes con el bajo, parte oriental, por tener doble población; y como luego crecieron la de éste, su poder y su riqueza, no debió subsistir la proporción de gastos;

pero, aunque separados, se reunían como una sola comunidad para los asuntos importantes y aún hoy forman un sólo cantón.

En estas montañas no se conocía otro poder que el del emperador, y las diferencias que surgían en su seno más bien las dirimía un señor del imperio que un conde de Lenzburgo.

Los desiertos y valles desconocidos los consideraron los emperadores como de su propiedad, y de ellos solían hacer donaciones ó los constituían en feudos, percibiendo en cambio censos los reyes ó los condes de Lenzburgo ó los de Rapperswyl, ó las iglesias de Notre-Dame des Ermites de Zurick, de Beromunster ú otros señores eclesiásticos ó seculares autorizados por el emperador. Conrado Seldenburen, varón piadoso, fundó el convento de Enguelberg en un valle sombrío de Unterwalden, al pié del monte Titlis, lo cual satisfizo tanto al Papa que tomó inmediatamente el convento bajo la protección de la Sede romana.

Pero el convento de Notre-Dame des Ermites, más antiguo que el anterior, había recibido en donativo todas las tierras incultas de las montañas circunvecinas, y los ganados del abad pacían en ellas; más los pastores del Schwyz ignoraban tal donación y se opusieron á los derechos del abad, el cual acudiendo al emperador, este lo confirmó en ellos. Los pastores, al conocer el fallo en la cuestión, juzgaron inútiles la protección del emperador y del imperio y que podrían pasar sin ella; sus hermanos de Unterwalden y de Uri opinaron lo mismo, se unieron á ellos y dejaron de obedecer al emperador. Irritado este pidió al obispo de Constanza la excomunión de todo el país, prohibiendo el uso de las campanas y los Sacramentos para vivos ni moribundos, hasta la sumisión de los rebeldes. Los paisanos del Schwyz no se intimida-

ron, obligaron á los sacerdotes á celebrar como antes, y expulsaron de los valles á los que se negaban. A pesar del anatema, el gánado se multiplicaba, los pastos abundaban y los pastores hacían ventajosos negocios en el mercado, y el emperador, necesitando gentes decididas para sus guerras, les dijo por medio del conde de Lenzburgo que estimaba á los valientes, que peleasen como sus padres y no se inquietaran por discursos de curas. Unos seiscientos hombres le siguieron á la guerra buscando gloria y botín, y nadie se ocupó más del anatema.

En los Alpes contiguos del lago de Constanza habitaban muchos hombres libres protegidos del imperio y del emperador, y el abad de San Gall poseía en estas tierras desde muy antiguo grandes dominios y muchos siervos, conocidos por la gente de la Maison-Dieu; y como el abad tenía allí habitación á orilla del Sitter, al pié de una alta montaña y acudía á ella frecuentemente á ejercer sus derechos, se construyeron muchas habitaciones y se formó el pueblo de Appenzell, cuya interpretación suiza es *celda del abad*. El abad estableció un bailío para la gente de la Maison-Dieu, y los libres protegidos del emperador de Appenzell, Houndwyl Urnæschen y Teuffen, como los de Uri, Unterwalden y Schwyz eligieron de su seno su landammann, su consejo y su tribunal, teniendo también un bailío imperial.

Los abades de San Gall adquirieron aún por compras y donaciones gran parte del país y alcanzaron del emperador que les transfiriese el tributo, la jurisdicción criminal y la protección soberana de estos cuatro cantones, á los cuales era indiferente uno ú otro señor; y como el abad de San Gall no tocaba á los derechos del pueblo pastor, les concedió además, porque no tuviesen menos que los otros del país, muchas franquicias y entre ellas el derecho de elegir un landammann en recompensa de la fidelidad que tuvo á los otros abades.

En cambio los desgraciados habitantes de los Alpes Rhetios se hallaban oprimidos por el cinturón de esclavitud que formaban los cientos de castillos de condes y señores que desde lo alto de las rocas dominaban los valles. Todo el pueblo que hablaba la lengua romana era tributario y siervo del despótico obispo de Coira, de los abades de Disentis y de Pfeffers, de los condes de Montfort, de Misox, de Mætsch, de Breguenz y de Wedenberg, y de los barones de Ræzuns, de Montalte, de Aspermont y de otra multitud; los únicos que permanecieron libres en sus tierras y aldeas desde los francos fueron los de Walis. Estos cultivaron ya desde los godos los valles de Avers, Brettigæu y el Rheinwald al pié de la nevera del Rhin, y desmontaron las espantosas soledades de Davos con que les recompensó el barón de Vatz.

El Valais, alto y bajo, tuvo también multitud de condes y señores. El conde de Saboya dominó mucho tiempo en el bajo Valais y los del alto Valais, que hablan la lengua alemana, tenían por soberano al obispo de Sion, ciudad que conservaba á duras penas sus derechos municipales bajo un burgomaestre y un consejo.

Los habitantes del alto Valais tenían dividido el país en siete partes llamadas *dixaine* y cada una daba un número de diputados para el consejo del país, presidido por un capitán general también de su elección. Bajo sus propias leyes sus ganados apacentaban desde las márgenes del Ródano hasta las nieves perpétuas en que nace. Hacia el año 1290 era bailfo de las ciudades de Arau, de Baden, de Mellinguen, de Dissenhofen y otras, el conde Rodolfo de Habsburgo, respetado por su humanidad, su prudencia y su valor, y habitaba su castillo en la montaña Wulpesberg de la Argovia. Uri, Zurich, y Schwyz se habían aliado para oponerse á las usurpaciones de los señores atrincherados en sus castillos; Zurich había nombrado general de sus tropas al conde Rodolfo

y Schwyz le suplicó que fuese su bailío á causa de las turbulencias nacidas de las disensiones entre el Papa y el emperador.

Basilea no le era muy afecta, aunque lo prefería á los demás de la nobleza.

Un día de carnaval faltaron los nobles gravemente á las damas de Basilea, de lo cual resultó grande excitación, causa de la muerte de muchos nobles á manos del pueblo. El conde de Habsburgo quiso vengarlos, deplorando su afrenta, y reunió gran número de tropas contra la ciudad.

Muerto el emperador de Alemania, los duques y príncipes, después de largas discusiones sobre la sucesión al imperio, dieron sus sufragios al conde Rodolfo de Habsburgo atendiendo á sus cualidades, y los de Basilea, al saber la elevación de su enemigo al trono imperial, salieron de la ciudad con muestras del mayor respeto y le invitaron á que entrase en ella con sus tropas, como se verificó, haciéndose juramento por una y otra parte de constante amistad. La Helvecia estaba llena de regocijo; los magistrados de las ciudades y de los campos acudieron al Broug, en Argovia, para saludar á los emperadores consortes.

El emperador Rodolfo, aún en el trono, dió las mayores pruebas de amor patrio; colmó de honores á la nobleza helvética; dió nuevas prerrogativas á las ciudades; Zurich, Schaffausen y Soleura se gobernaron por leyes propias con jueces de su seno; Lucerna y Laupen tuvieron las franquicias que Berna y Bienne, los mismos derechos municipales que Basilea, y así de otras muchas ciudades. El obispo de Laussana y el abad de Notre Dame des Ermites obtuvieron la dignidad de príncipes imperiales; restableció por las armas la dignidad real en la hoy pequeña Borgoña, en donde abusaban los duques de Saboya, y protegió contra las usurpaciones

de esta á Laussana y á Friburgo estándole reconoci-  
das las ciudades y los campos por los auxilios que les  
prestó en hombres y en dinero.

Muerto al poco tiempo el emperador Rodolfo, subió  
al trono imperial su hijo Alberto, príncipe cuyo solo  
pensamiento fué el acrecentamiento de sus dominios y  
arrollar los derechos que disfrutaban las ciudades y los  
campos. Los pueblos de Unterwalden, de Uri y de  
Schwyz se aliaron á perpetuidad con juramento de de-  
fenderse mutuamente para salvar las personas y bienes  
en la previsión de días de peligro.

Esta alianza les dió el nombre de *confederados*. Con  
el mismo objeto se aliaron entre sí el obispo de Constan-  
za, el abad de San Gall, el conde de Saboya y la ciudad  
de Zurich. Odiándole también los príncipes alemanes,  
eligieron por soberano á Adolfo de Nassau.

Dividido el imperio en pro y en contra de Alberto, se  
acudió á las armas. Berna con Friburgo y Soleura to-  
maron partido por el conde de Saboya, y Alberto, á la  
cabeza de un ejército austriaco arrasó los dominios del  
obispo de Constanza y, en una batalla sangrienta, perdió  
el rey Adolfo el imperio y la vida. Los confederados de  
Waldstættten enviaron á Alberto una diputación á Es-  
trasburgo suplicándole que afirmase sus antiguas fran-  
quicias, á imitación de su padre, á lo cual contestó que  
muy en breve les propondría un cambio de situación,  
respuesta que llenó de espanto á los confederados.

Los condes y los señores, desde Soleura al lago Le-  
man, se aliaron al emperador celosos del creciente po-  
der de las ciudades, y marcharon contra Berna; pero  
los animosos hijos de ésta, sostenidos por tropas de So-  
leura y otras al mando del valiente Ulrico de Erlach,  
batieron al enemigo en la batalla de Donnerbuhl y arra-  
saron muchas fortalezas y castillos de los nobles.

Después de esta derrota vino el mismo Alberto á si-

tiar á Zurich, acampando en una colina que dominaba las calles de la ciudad que, aunque preparada para una ruda defensa, no había cerrado sus puertas; los habitantes le dijeron que estaban dispuestos á reconocerle soberano si él reconocía sus derechos y franquicias. Como Alberto contaba con pocas máquinas de guerra para el sitio y veía la ciudad en estado de defensa, pues hasta las mujeres y los niños tomaron las armas, confirmó la libertad de la ciudad.

Después dijo á los confederados de Waldstættten que los adoptaría como á hijos de su real familia y que debían someterse como súbditos fieles de la casa de Austria; que les daría fondos y los enriquecería creando muchos caballeros de entre ellos. Los fieros montañeses contestaron que preferían á tan brillantes ofertas los antiguos derechos de sus padres y la protección inmediata del imperio.

A tal respuesta les envió bailfos austriacos duros y perversos, con el encargo de vejarlos y oprimirlos para que, por desprenderse de sus jefes y separarse del imperio, aceptasen la dominación de la casa de Austria, eligiendo á Hermán Guessler de Brounegg y al caballero Beringuer de Landenberg, los cuales se establecieron en el país de los confederados, cosa que no hicieron los bailfos imperiales. Landenberg se posesionó del castillo real de Sarnen, en el alto Unterwalden y Guessler se hizo construir una fortaleza en el Uri. Trataron á los habitantes con toda insolencia y desprecio; la falta más ligera la penaban con grandes multas y aún con la prisión. Pasando Guessler cierto día á caballo por delante de la casa que Stauffacher acababa de hacerse construir en la aldea de Steinen, dijo con aire insultante: «¿Y se tolera que viles aldeanos construyan tan preciosos edificios?» Condenado Arnolfo de Melchthal, en el país de Unterwalden, á perder por una falta



leve una hermosa yunta de bueyes, un criado de Landenberg desunciéndolos por sí mismo dijo que los aldeanos podían tirar ellos mismos del arado, é irritado de esta ofensa el jóven Arnoldo, castigó al criado, le rompió dos dedos y huyó á las montañas. Mas Landenberg, en venganza, hizo sacar los ojos al padre de Arnoldo.

Los partidarios complacientes de los bailfos eran, al contrario, tratados benignamente y siempre gananciosos en las cuestiones con sus compatriotas, pero á los que abusaban del favor de ellos á veces resultaban funestas consecuencias. El gobernador del castillo de la isla de Schwanau, en el lago de Lowerz, que atentó al honor de una jóven de buena familia de Arth, fué apaleado por los hermanos de ella, y en otra ocasión un amigo de Landenberg, el Sr. de Wolfenchiess, en el Unterwalden, mandó á la hermosa Alzellen, mujer de Conrado de Baumgarten que le preparase un baño y la hizo proposiciones ofensivas. El mandato fué cumplido, más la esposa hizo venir del campo al marido, le refirió el insulto que se le había inferido, y el marido irritado apaleó al insolente ofensor en el baño mismo.

Como no había tribunales ni justicia, cada cual se la administraba por sí propio, resultando de ello los mayores desórdenes. Los bailfos se mofaban de las murmuraciones del pueblo y éste hallaba cada día más insupportable la tiranía, de modo que el encono no debió estallar muy tarde.

## CAPÍTULO VI

## Juramento de Grutli, Guillermo Tell.

(Año de 1307.)

En la aldea de Steinen, en Waldstættén, vivía Werner Stauffacher y un día se quejaba su mujer de la soberbia de los señores y de la humildad del pueblo, que tachaba de cobarde. Werner no respondió, sino bajó inmediatamente á Brounnen, cruzó el lago y se dirigió al país de Uri buscando á su amigo más querido, Walther Turst en Attinghausen, donde encontró al fugitivo Arnolde de Melchthal que atravesó la montaña huyendo de Landenberg.

Hablaron de la miseria del pueblo y de la inutilidad de sus quejas al emperador que se obstinaba en someterlos al Austria por medio de la crueldad de los baillíos, concluyendo que sólo podían esperar en Dios y en sus brazos, y que era necesario dirigirse á hombres de confianza y de corazón que sondeasen si el pueblo se convenía con el yugo que se le imponía ó estaba dispuesto á luchar por su libertad.

Siguieron viéndose con frecuencia durante las noches en una pradera, ocultos por malezas y rocas del Seelisberg, á orillas del lago Waldstættén, enfrente de la aldea de Brounnen, en lugar separado de toda habitación. Allí supieron que el pueblo entero prefería la muerte á la esclavitud.

En la noche del 17 de Noviembre de 1307 cada uno llegó acompañado de diez hombres respetables, para quienes la libertad era todo, y sin ella nada la vida. Los

tres primeros, alzando sus manos al cielo estrellado, juraron á Dios vivir y morir por los derechos del pueblo oprimido, no tolerar ni cometer injusticias, respetar los derechos y propiedades del conde de Habsburgo no causar mal á los baillíos, sino poner coto á su tiranía. Los otros treinta repitieron el juramento y determinaron la ejecución de su designio en la noche del 1.º de Enero, volviendo cada cual á su cabaña guardando hasta entonces sigilo y disimulo.

Uno de los juramentados, notable ballestero, Guillermo Tell, de Burglen, debió llegar á ser el prohombre de la Suiza.

El bailío Herman Guessler empezó á sospechar algo en el pueblo, que le parecía cada vez más altivo, y para asegurarse, y por humillarlo, mandó colocar en el país de Uri un sombrero en lo alto de una percha para que todo el que pasase saludase respetuosamente aquel símbolo de la autoridad austriaca. Así, decía, conoceré á los enemigos del Austria. Guillermo Tell, yerno de Walter Furts, pasó por delante del sombrero, pero no se inclinó y al punto fué cogido y conducido ante el bailío. Este, colérico, le apostrofó brutalmente é impuso al ballestero que su habilidad le sirviera de suplicio disparando á una manzana sobre la cabeza de su hijo, bajo terrible amenaza si llegaba á errarla. Atado el niño al tronco de un árbol, le colocaron una manzana sobre la cabeza, alejaron al padre á distancia considerable, desde la cual apuntó, partió la flecha y atravesó la manzana, causando alegre exclamación del pueblo espectador. Pero Guessler dijo á Guillermo:—¿A qué llevas contigo segunda flecha? A lo cual respondió Tell:—Para que si la primera no hubiera tocado la manzana, la segunda hubiera dado en tu corazón.

Asombrado el tirano de la osada respuesta mandó cargar de hierro al valiente, agarrotarlo en el fondo de

una barca y transportarlo á Kussnacht por no encarcelarlo en el Uri, donde temía del pueblo, aunque se faltaba á las leyes del país conduciéndole á una prisión extranjera. Por temor á la aglomeración de gente el bailío dió orden de partir inmediatamente, á pesar del viento impetuoso y contrario que soplabá. La barca bogaba sobre encrespadas olas que embarcaban en ella mucha agua, y los remeros desesperaban de salvarse temiendo estrellarse en las inmensas rocas que encerraban el lago como una muralla, Guessler, desesperado, hizo quitar los hierros á Guillermo porque su habilidad salvara la barca, y éste la dirigió hácia el costado desnudo del Axemberg, donde una roca aplanada en la superficie superior entra en el lago. Salta á ella, empuja la barca y él queda en salvo mientras Guessler al capricho de las olas.

Huye Tell por la montaña en dirección á Schwyz para escapar del tirano; pero ocurriéndole que por su fuga su mujer y su hijo serían rehenes, como Melchthal sirvió á Landenberg, sin tribunal que la ampare ni ley para el opresor, por la salvación de su patria y de su inocente familia decide la muerte de Guessler, único medio de poner término á sus crímenes. Armó Guillermo la flecha, volvió á Kussnacht, por donde había de pasar el tirano, se ocultó en un recodo del camino y al pasar Guessler, silbó la flecha y atravesó el corazón del opresor.

La noticia llenó al pueblo de asombro y de alegría y se reanimó, pero el 1.º de Enero no había llegado (\*).

---

(\*) «¿Quién oye sin sensación los grandes nombres de Winkelried, Walter Furst, Melchthal y Stauffacher? ¿Quién llegando á la tierra santa de Grutli, sube el escarpado sendero, arrolla con su pié indigno la hierba de la pradera, bebe en las tres fuentes misteriosas, que surgieron, según la leyenda, espontáneamente de la montaña, cuando los tres libertadores juraron la libertad de su patria, quien no siente el corazón henchido, húmedos los ojos al pensar que en este paraje estrecho y sublime, en este lugar, á la vez

## CAPÍTULO VII

1.º de Enero de 1308.—Batalla de Mongarten.

Lucerna en la Confederación.

(Desde 1307 á 1334.)

Al fin llegó tan deseada noche. Un joven de los juramentados en Grutly se dirigió al castillo de Rossberg

encantador y trágico, se cumplió uno de los actos más decisivos para salvar la libertad humana? Pues bien, oyendo á los eruditos este entusiasmo, este piadoso homenaje de nuestros corazones se dirigían á una quimera. Aquí la tradición asurpa el lugar de la historia, según ellos, y sustituye la ilusión á la verdad.»

Tell, cuya imagen está reproducida en los monumentos públicos, en las cabañas, en los palacios; Tell, cuya virtud única está immortalizada por la poesía, la pintura, la música y la escultura; Tell admirado de la posteridad, escoltado de un pueblo que le debe su independencia, y sobre todo la enseñanza, siempre viva, de su generosa abnegación y de su viril sencillez; Tell, según doctores alemanes, no es más que un ente imaginario tomado á los cuentos osiánicos, á las baladas danesas, y tal vez á los ensueños indostánicos. Y todo, ¿por qué? Por el silencio de las crónicas locales para acreditar la existencia de personajes y de hechos que la fé popular y una opinión unánime han colocado hasta el presente por encima de toda controversia. Seguramente las crónicas pueden ser creídas, pero lo que ellas no encierran ¿es imaginario? Esto es absurdo. ¿Quién se atrevería á negar un hecho porque no se ha divulgado? Las crónicas no citan los hechos que han impulsado á la Suiza á tributar á Tell honores casi divinos, honores tributados, no sólo por el pueblo, sino también por sus magistrados, sus sacerdotes, sus doctores, y esto es una historia viviente que supera el silencio de los cronistas. Dicen que su fama se debe á la musa de Schiller; olvidando que dos siglos antes el nombre de Tell estaba en todos los lábios y su imagen en todos los sitios públicos, siendo la palabra de orden de todas las fiestas cívicas.—*Jules Favre.*

donde residía su amada, en el alto Unterwalden, ella lo recibió en su aposento por una cuerda que hizo llegar al foso y que sirvió de paso para otros veinte más que esperaban, y se apoderaron del bailío, de su gente y de la fortaleza.

Llegado el día salió Landenberg del castillo real de Sarnen para oír misa, se le presentaron unos aldeanos de Unterwalden ofreciéndole gallinas, cabras, corderos y otros regalos, y el gobernador los hizo entrar en el castillo. Apenas entrados, uno de ellos sonó el cuerno y armando en palos unos chuzos que llevaban ocultos bajo los vestidos, se apoderaron del castillo ayudados de otros treinta que acudieron de un bosque en que estaban escondidos. Landenberg huyó á Alpnach lleno de espanto; pero lo cogieron y le obligaron á jurar y á su gente, que abandonarían el país, después de lo cual le permitieron marchar á Lucerna, sin atender á su persona ni á los suyos. En los Alpes se encendieron hogueras en señal de regocijo.

Guillermo Tell y su suegro Walther Furst á la cabeza de los de Uri, se apoderaron á viva fuerza del castillo de Guessler, y Stauffacher con los de Schwyz, redujo á escombros el de Schwanan en el lago de Lowenz.

En el domingo siguiente renovaron los diputados de los tres cantones los pactos de su antigua alianza bajo solemne juramento, habiendo recuperado sus antiguos derechos sin derrame de sangre alguna ni el menor daño de las propiedades reales ni de la casa de Habsburgo.

El rey Alberto al saber los acaecimientos se puso frenético y al punto se trasladó á la Argovia con numerosas tropas, acompañado de muchos nobles y señores, entre ellos su sobrino y pupilo el duque Juan de Suabia, á quien negaba su patrimonio desde hacía tiempo. Cuando el rey salió de Baden, al pasar el Reuss por

cerca de Windisch, el duque Juan le atravesó la garganta con su lanza diciendo: «Este es el pago de la injusticia,» el caballero Rodolfo de Balm hundió su lanza en el pecho del rey y Walther de Eschenbach le hendió la cabeza. Los demás, petrificados en vista del atentado, huyeron precipitadamente á pocos instantes. El emperador de Germania espiró solo en los brazos de una pobre mujer que por allí pasó accidentalmente.

Los asesinos vivieron luego errantes, maldecidos de todo el mundo por crimen tan espantoso; el mismo Zurich les cerró sus puertas, y los de Waldstættén negaron asilo á los asesinos de su enemigo; tal era la moral del pueblo helvético. Inés, reina de Hungría y Leopoldo de Austria, hijos de Alberto, lo vengaron sanguinariamente confundiendo á culpables y á inocentes, sobre todo la primera, que por meras sospechas redujo á cenizas multitud de castillos, entre ellos los de Fahrwanguen, Maschwanden, Wart y Altburen, refiriéndose que al ver correr en el primero la sangre de sesenta y tres caballeros, exclamó: «Me estoy bañando en el rocío de Mayo.» La esposa del inocente Rodolfo de Wart abrazó en vano anegada en llanto las rodillas de aquella mujer monstruosa pidiendo la vida de su esposo; fué enrodado vivo y así expuesto á la voracidad de las aves de rapiña. Desde lo alto de la rueda consolaba á su fiel esposa, que lo acompañó orando arrodillada y en un mar de lágrimas, hasta que aquella alma querida abandonó la tierra. La reina viuda Isabel y su hija, la feroz Inés, fundaron un monasterio en el lugar del asesinato, el convento de Konigsfelden (campo del rey) al cual se retiró ésta, é invitando á entrar en su iglesia á los transeuntes, el hermano Bertoldo Strebel de Oftringuen, la dijo extremeciéndose: «Señora, no es edificante derramar sangre inocente, y para purificarse alzar conventos con riqueza injustamente adquirida.»

Tampoco el duque Leopoldo perdonó á los de Waldstættén el separarse de su padre, y sobre todo viéndolos más adictos al emperador Luis de Baviera que á su hermano Federico de Austria, y para vengarse de ello, ordenó al conde Oton de Strassberg que pasara el Brunig con 4.000 hombres, y á los gobernadores de Wollhausen, Willisau, Rotenburgo y Lucerna, con más de 1.000, que sorprendieran á Unterwalden por la parte del lago; él mismo con la flor de sus tropas pasó de Eguéri hacia las montañas del Schwyz por cerca de Mongarten, llevando carros cargados de cuerdas para ahorcar á los jefes del pueblo que él llamaba rebeldes.

Para la resistencia se colocaron 1.300 confederados en la vertiente de la montaña del Sattel, 400 hombres de Uri, 300 de Unterwalden, y 50 desterrados que pidieron hacerse dignos de su pátria, se unieron á los de Schwyz.

El 15 de Noviembre de 1315 al amanecer, subieron la montaña miles de á caballo armados de coraza, y los confederados cayeron sobre ellos. Los 50 desterrados arrojaban desde lo alto de la montaña piedras enormes y grandes bloques de roca que llevaban la muerte sobre los austriacos, el desórden y el terror, mientras su nobleza perecía á manos de los pastores provistos de alabardas y de mazas armadas de puntas. El mismo Leopoldo escapó difícilmente de los enemigos que le perseguían. Los vencedores se dirigieron rápidamente á Unterwalden atravesando el lago y derrotaron á los de Lucerna, muchos de los cuales se ahogaron en el lago. Strassberg huyó espantado al ver tal matanza.

Los confederados, después de la victoria, juraron otra vez que todos serían para cada uno y cada uno para todos y que ninguno serviría á otra potencia sin el consentimiento de los otros, y que respetarían como



los propios los bienes que los extranjeros poseyesen en el país.

El duque Leopoldo de Austria sitiaba en 1318 á Soleura con un ejército numeroso, y los de Berna acudieron en socorro de los sitiados. Durante la batalla, el Aar se desbordó furioso y sus crecidas olas rompieron los puentes de barcas que los austriacos echaron en él, pereciendo gran número de ellos. Pero los generosos ciudadanos de Soleura se arrojaron á nado á salvar á sus enemigos que perecían, rasgo de generosidad que estimó Leopoldo y levantó el sitio confesándose vencido, más que por las armas por la magnanimidad de los sitiados.

Desde la batalla de Mongarten, el nombre célebre de los de Schwytz, se cambió por el de suizos, cuyos hombres, tan solicitados en las guerras del imperio, salvaron á Zurich y á San Gall, cuando acosado el emperador por falta de numerario quiso hipotecarlas á los duques de Austria, de cuya desgracia, y muy á pesar suyo, no pudieron salvarse Schaffhausen, Rheinfelden y Neuchâtel. Los de Lucerna, que también estuvieron bajo el yugo austriaco, se vieron lanzados á la guerra contra los de Waldstæten y en muchas otras, y no pudiéndolo soportar ni los crecientés impuestos de los duques, hicieron, por autoridad propia, una tregua de veinte años con los de Waldstæten; pero luego, viendo que á causa de ella los nobles y señores maquinaban con los duques en perjuicio de su ciudad, se aliaron á perpetuidad con los confederados, jurando que todos defenderían á cada uno y cada uno á todos; pero que no se tocaría á derecho alguno existente.

La nobleza de la Argovia, y con ella la de Lucerna, tomó partido en este asunto por Austria; pero los de Lucerna, ayudados de los confederados, defendieron sus derechos. Los nobles proyectaron una matanza noc-

turna durante el sueño de los partidarios de la confederación, para entregar la ciudad á los duques, y estaban reunidos en armas en un subterráneo cercano al lago, debajo de la sala de la tribu de los sastres. Oído casualmente su proyecto por un joven, se apoderaron de él para darle muerte; pero lo dejaron libre después de hacerle jurar que no revelaría á nadie lo que había oído.

El jóven se marchó á la sala de los carniceros donde algunos hombres del pueblo bebían y jugaban todavía, y allí en alta voz manifestó los proyectos que había sorprendido y el juramento que había prestado; lo cual oído por los asistentes maravillados, salieron presurosos y dieron la alarma á toda la ciudad. Se apoderaron de los conspiradores, pidieron socorro á los de Unterwalden, despojaron para siempre á los nobles del gobierno de la ciudad, y además fueron desterrados. Se formó un consejo de trescientos ciudadanos, y la comunidad se encargó de la administración de los bienes de la ciudad y decretaba los impuestos, la guerra y las alianzas.

Fatigados los duques por otras guerras, acordaron la paz con Lucerna, pero luego que nueve árbitros de Berna, de Basilea y de Zurich declararon que la alianza de los Cuatro cantones ni era hostil ni contraria á los derechos de la casa de Habsburgo.

## CAPITULO VIII

Victoria de Berna sobre la nobleza cerca de Laupen.  
Cambio de la Constitución de Zurich. Alianza perpétua  
de la confederación.

(Desde el año 1335 al 1360.)

El estado floreciente de Berna por las armas, por su industria, por su agricultura, y poderosa por el espíritu y buen sentido de sus ciudadanos, despertó la envidia y el odio de los condes y señores comarcanos. Fortificada la ciudad por el Hasli y por Laupen, que había comprado, era cada vez más considerada en el país. La nobleza tomó el pretexto de no admitir Berna la moneda acuñada por el conde Eberardo de Kyburgo con privilegio imperial, ni reconocer al emperador Luis de Baviera que estaba excomulgado por el Papa. El conde Rodolfo de Neuchatel que fundó ciudades y fortificó sus propiedades de Cerlier y Nidau, reunió en la última á todos los enemigos de Berna que decidieron destruirla desde los cimientos. Juntaron tropas de la Alsacia, de la alta Borgoña y de Oechtland (país entre el Aar y los lagos, al pié del Jura) y de la Argovia, que ascendieron á 700 señores de cascos coronados, 1.200 caballeros acorazados, 15.000 infantes y 3 000 caballos.

Los de Berna esperaron con una tranquilidad suma, pero no imprudente, pues resueltos tanto á satisfacer toda pretensión justa como á rechazar la fuerza por la fuerza, no habiéndose entendido en negociaciones pacíficas, se apeló á la guerra.

El anciano Juan de Boubenberg juró sacrificar vida

y hacienda en defensa de Laupen, al pié de cuyos muros estaban los enemigos, y se dirigió á ella con 600 hombres de refuerzo. Cuando en Berna se deliberaba sobre el general que se encargaría de la guerra, apareció en la ciudad Rodolfo de Erlach á caballo, el hijo de Ulrico, aquel que cuarenta años antes batió á la nobleza en Donnerbuhl. Fué elegido por aclamación, como experto militar que había cóoperado en seis grandes victorias en país extranjero. Uri, Unterwalden y Schwyz auxiliaron con 900 hombres, Siebenthal y Hasli con 600, y Soleura con 80 coraceros en pago á Berna de su socorro en 1318, cuando la sitió el duque Leopoldo. Unidos á estos los campesinos y habitantes de la ciudad en número de 4.000, con este ejército se situó Rodolfo de Erlach frente al enemigo en una altura cerca de Laupen, desde la que dominaba el ejército de los nobles, que apresuradamente subió á la montaña. Comenzó el ataque por los honderos de Erlach, y los carros de guerra descendieron con estrépito rompiendo las filas enemigas, trabándose muy luego la lucha con la acerada maza y la alabarda. La última fila de los de Berna emprendió la fuga á tan terrible choque, pero al grito del valiente Erlach: «La victoria es nuestra; los cobardes nos abandonan, y los héroes quedan,» se rehacen, y los de Berna alcanzan la victoria. Entre los primeros muertos se encontró al conde de Nidau con otros 1.500 de los suyos.

Aunque esta batalla se dió en 1339, todavía duró la lucha otros cuatro años, sufriendo bastante el país y especialmente Friburgo, que tuvo necesidad de seguir la causa de la nobleza; pero al fin se hizo una paz gloriosa para Berna, porque venció á enemigos diez veces superiores en número, llegando á ser temible para ellos por la unión, el valor y el patriotismo de sus ciudadanos que nada querían para sus personas y todo para la patria.

Rodolfo de Erlach se retiró á sus tierras sin pedir recompensa, empleo ni título alguno, y llegó á una vejez dichosa, hasta que su yerno Jobst de Roudenz, de Unterwalden, disputando con él sobre el dote de su hija, cogió la espada del héroe de Laupen, que estaba colgada del muro, y atravesó con ella el corazón de su suegro, huyendo luego perseguido de los perros, y no se le volvió á ver, ni se supo su destino.

Todavía fué más desastroso el fin de Juan de Boubenberg, á causa de su soberbia. Acusado de no gobernar con la sencillez de ciudadano, sino con el orgullo de príncipe, y de concusionario en los negocios, se le desterró de la ciudad y á sus amigos por cien años y un día; pero á los catorce se le indultó por sus virtudes, que borraron sus faltas anteriores.

En Zurich se levantó un clamor contra los consejeros, diciéndose que gobernaban con soberbia, por interés propio y de sus familias, y que no daban cuenta de los fondos que administraban. Estos consejeros elegían por sí mismos cada cuatro meses sus sucesores, cuatro nobles y ocho de los más considerados de la ciudad, de modo que el gobierno estaba vinculado en un reducido número de nobles y militares, llamados *caballeros*, sin tomar parte en él otros ciudadanos distinguidos por su talento, sus riquezas ó su valor, los cuales estaban quejosos. Excitados los ciudadanos por uno de los consejeros, Rodolfo Broun, hombre ambicioso y de talento, intimaron al consejo á que diera cuenta de los fondos de la ciudad. Rudiger Manesse y algunos otros consejeros apoyaron esta reclamación tan justa, pero los otros dijeron que el tiempo calmaría la efervescencia del momento, y se valieron de mil argucias para aplazar el cumplimiento.

A las seis semanas Broun corrió la voz de que el consejo se burlaba del pueblo, y éste irritado, trató de

asaltar la sala de sesiones, haciendo que los consejeros intimidados, unos se declarasen por el pueblo y otros huyeran de la ciudad. Los consejeros y sus parciales fueron condenados al destierro.

Broun y sus amigos formularon una nueva Constitución para la ciudad, dividiendo á los artesanos en trece tribus, cuyos jefes tomarían asiento en el consejo, reuniendo á los caballeros en una sociedad particular para que no tuviesen influencia en las tribus. El consejo, formado por mitad de hombres del pueblo y de nobles, debía renovarse cada seis meses, y Broun fué nombrado burgomaestre vitalicio é investido de gran poder. Se juró esta Constitución en 1336, y por ella los artesanos quedaron satisfechos, pues que podían impedir la importación de mercancías de fabricación extranjera, la exportación de materia bruta, y de consiguiente toda competencia con el extranjero.

Hacia 1340, los consejeros y sus amigos, que desterrados de Zurich se refugiaron en Rapperswyl y en varias fortalezas, no cesaban de causar daños á aquella ciudad, y después de varias tentativas frustradas resolvieron sorprenderla una noche, hacer en ella una gran matanza y abrir las puertas á fuerzas numerosas que tenían preparadas. Al efecto llegaban á Zurich algunos condes y nobles, unos públicamente y otros de incógnito, con diversos pretextos, pero todos en connivencia con los desterrados. Llegó la noche fijada, y reunidos los conjurados en casa de un amigo, un oficial de panadero que estaba medio dormido los oyó conversar, se apoderó del secreto, lo reveló á su amo y este al celoso Broun, el cual se ajustó la coraza inmediatamente, tomó las armas, salió á la calle, dió el grito de alarma que secundaron las campanas con el toque á rebato, y todos los ciudadanos acudieron al punto armados. Apercibidos los conjurados pretendie-

ron huir, pero las mujeres lanzaban sobre ellos desde las ventanas piedras y cuanto hallaban á mano, y Broun á la cabeza del pueblo les dió alcance en la plaza del Mercado, donde tras un combate rudísimo los conjurados quedaron vencidos, dejando muchos muertos y prisioneros. En venganza dispuso Broun que los cadáveres de los enemigos quedasen en la plaza sin sepultura durante tres días, hasta que triturados por los caballos y carros no pudieran ser identificados, y treinta y siete ciudadanos cómplices, entre ellos algunos exmagistrados, fueron decapitados ó enrodados delante de sus casas. En seguida marchó Broun con sus tropas sobre Rapperswyl, tomó por asalto la fortaleza y la demolió, arrojó de ella á los habitantes de la ciudad é inmediatamente la entregó á las llamas. Este acontecimiento, en que fueron envueltos culpables é inocentes, tuvo lugar el año 1350.

Un año después el burgomaestre Broun pedía auxilio á los confederados de Waldstæten y que recibieran á Zurich en la confederación, porque la amenazaba el duque Alberto de Austria con una venganza terrible; y los de Uri, Unterwalden, Lucerna, y Schwyz que les eran muy afectos, por ser Zurich su mercado y su baluarte á la vez, admitieron gustosos la proposición y concluyeron una alianza perpétua, el 1.º del mes de Mayo, de defenderse mutuamente y para que toda cuestion entre los confederados fuera dirimida amistosamente por ábitros componedores. Se determinó también que toda nueva alianza fuera por acuerdo de la confederación, sostener las anteriores y que se respetaran los derechos del rey y del santo imperio romano.

Alberto de Austria, bajo pretexto de que el destruido Rapperswyl había pertenecido á su familia y de que habían maltratado á súbditos de Austria, exigió satisfacción á Zurich, y avanzando con 1.600 hombres sobre Gla-

ris le pidió auxiliares; pero esta respondió que bajo la protección del imperio debería tomar las armas por la abadía de Seckingen, como dueña del país, pero que nada la obligaba á tomar parte en las otras guerras del Austria. A tal respuesta resolvió el duque enviar tropas á Glaris, como patrono que era del convento de Seckingen, para desde allí impedir que Uri y Schwyz socorriesen á los de Zurich; mas los confederados salieron de Waldstätten, aún en el rigor del invierno, y ocuparon el país de Glaris. Este hizo causa común con los suizos, mandó 200 hombres de refuerzo á la guarnición de Zurich; derrotó á Walther de Stadion que invadió el país por la parte de Rapperswyl con tropas austriacas y arrasó el castillo de Nœfels, hechos tan gratos para los confederados que recibieron á Glaris en su alianza, á reserva de que el duque y la princesa-abadesa de Seckingen conservarían su autoridad y rentas, y Glaris sus antiguas libertades, cuyo tratado se concluyó en 1352.

En este año mismo 42 suizos resistieron junto á Kussnacht, á orillas del lago de los Cuatro Cantones, á más de mil austriacos, y vengaron en la altura Rothenfloué, cerca del mismo lago, la destrucción de Habsburgo y el incendio de Kussnacht.

También en este tiempo Rudiger Manesse, de Zurich, con menos de 1 500 hombres derrotó cerca de Tætswyl á 4.000 austriacos.

Los suizos se hicieron simpáticos á todos, porque á su valor heróico en el combate seguía la clemencia en la victoria; nunca saquearon el país conquistado ni hicieron tributarios á los pueblos vencidos; al contrario, les daban la libertad y se hacían amigos de los mismos que poco antes los combatían. Por eso los ribereños del lago de Zoug les eran tan adictos, facilitándoles siempre recursos, consejos y aún confidencias. La ciudad de



Zoug no era así; siempre ligada al Austria, tenía cerradas sus puertas á los confederados; pero cuando llegaron al pié de sus murallas 3.000 suizos acompañados de la población rural del país, aterrada, envió diputados al duque Alberto pidiéndole pronto socorro. Le encontraron cerca de Königsfelden entregado con su halconero al placer de la caza y apenas dió oídos á la diputación. Indignados de su indiferencia los de Zoug abrieron las puertas á los confederados é hicieron con ellos alianza, á reserva de los derechos y rentas de la casa de Austria.

El duque Alberto de Austria sitió á Zurich con un ejército de 34.000 hombres procedentes de la nobleza de Argovia, Thurgovia y Oechtland, de tropas de Schaffhausen de Basilea, de Estrasburgo, y de un refuerzo alemán que le llevó el elector de Brandeburgo. Éste, al ver la bravura de los suizos y la amenaza del hambre, faltando ya víveres para los sitiadores, ofreció su mediación para hacer la paz, envió á los suizos dos hombres de confianza, y aceptadas sus condiciones se levantó el sitio, quedando allí sólo los de Berna.

El tratado de paz lo concluyó el elector en Lucerna bajo la reserva de los derechos y tratados anteriores, según práctica constante de los suizos, y entonces estos recibieron á Berna en alianza perpétua.

Después de esta paz, de 1353, el duque de Austria pretendió separar á los de Zoug de la confederación, y estos contestaron que la alianza con los suizos estaba reconocida en el tratado de paz, y que sólo reconocían al duque en lo concerniente á sus derechos, y habiendo acudido en queja al emperador, éste condenó la alianza de los confederados diciendo que miembros del imperio no podían unirse entre sí sin contar con el jefe del imperio y vino en persona con un poderoso ejército bajo los muros de Zurich; pero al ver por una parte que

el duque tendía sólo á las ventajas del Austria y por otra la unión, la fuerza y la lealtad de los confederados, cambió de ideas, dejó tranquilos á los suizos y ratificó la confederación.

En 1360, ó sea dos años después de este reconocimiento, murió el burgomaestre Broun odiado por su despotismo y su codicia, pues llegó hasta recibir secretamente subvención del Austria, si bien á condición de no exigírsele cosa perjudicial á la confederación.

## CAPÍTULO IX

---

**Crece el territorio suizo.—Derrota de los nobles y de los ingleses.—Ruina del conde de Kiburgo.**

(Desde el año 1360 al 1385.)

El poder creciente de los suizos fué debido á la energía para defender sus derechos y á su cuidado en no atacar los de otros, sin que móvil particular alguno existiera para dividirlos.

Después de la última guerra volvieron á consagrarse al trabajo buscando oro, no por medro personal, sino para que la república pudiera comprar rentas y derechos que la nobleza empobrecida vendía, aumentando así sus fuerzas sin menoscabo de la justicia, base de la libertad. Así Herguiswyl y Alpnach pudieron unirse al canton de Unterwalden comprando su libertad á sus señores, y Wegguis, situada cerca del lago, fué rescataada por Lucerna que compró sus derechos al señor de Ramstein. Guersau, comunidad de pastores, entró en alianza con los Cuatro Cantones; Berna y Zurich obtuvieron del emperador muchas franquicias municipales

y privilegios, y la primera compró el señorío de Alberg y varias aldeas; el país de Gessenay compró su libertad á los condes de Gruyère. El poder de los obispos y de los condes se debilitó por sus luchas que agotaron sus tesoros, de modo que muchas ciudades no confederadas crecieron bajo dominio de los señores, como Lausana, Basilea, Bienne, San Gall y Soleura. Brienz y Oberhasli trataron de emanciparse del bailío de Rinckenberg; pero los confederados les negaron su auxilio diciéndoles «nada de libertad sin justicia.»

Al contrario, cuando un aliado de los confederados corría algún peligro volaban estos en su auxilio, como acaeció en la expedición de las hordas indisciplinadas de Arnolfo de Cervola, procedentes de Inglaterra, cuando recorrieron la Francia y amenazaron á Basilea. Pero no fué lo mismo cuando Enguerrando de Coucy, conde de Soissons, hizo la guerra á los duques de Austria. Estos pidieron auxilio inútilmente á Lucerna y Waldstæten, temiendo perder sus propiedades de Argovia asignadas al conde Enguerrando en dote de su mujer; pero Berna y Zurich tomaron las armas. Entró en Argovia el conde con gran ejército, más los suizos y aún Lucerna y Unterwalden, aunque animosos súbditos de Austria, les hicieron frente, sobre todo los de Entlibouch, todos en el exíguo número de 600. Tres mil ingleses con muchos señores y caballeros estaban apostados en el bosque Buttisholtz, y apenas fueron vistos por los suizos los derrotaron en un combate terrible. Los vencedores volvieron triunfalmente armados con las corazas y montados en los caballos de los caballeros muertos á lo que dijo Pedro Dorrenberg: «Nobles señores, ¡qué vuestras armaduras se vean en tal bajezal!» y uno de Entlibouch le replicó: «Señor mio, el pueblo se ha batido con valor y ha mezclado sangre de caballo con la de señor.» Enguerrando regresó mal trecho á la

Alsacia, derrotado también cerca del convento de Fraubronnen, por los ciudadanos de Berna, de Lausana y de Arberg.

En 1382 la ciudad libre é imperial de Soleura estuvo en gran peligro de caer en manos del conde Rodolfo de Kyburgo que habitaba el castillo de Bipp que le hipotecó el conde de Thierstein. Sus padres habían disipado su fortuna llegando al punto de hipotecar á Berna las ciudades de Thoune y de Arberg. Creyéndose con derechos sobre Soleura, pensó sorprenderla una noche por un golpe de mano contando con su tío que era prior de la iglesia de Saint-Ours en dicha ciudad. El canónigo Juan Amstein que vivía en la muralla misma, debía dejar pasar por su casa á los enemigos y envolver con tela el badajo de la campana de alarma.

Llegó la noche esperada, y cuando el enemigo se acercaba á la ciudad en medio de las tinieblas, Juan Rott, aldeano de Roumisberg, dió aviso al puesto de la puerta oriental, toda la gente se puso en armas, acudió á las murallas y obligó á Rodolfo á volverse lleno de vergüenza. El canónigo Juan Amstein fué condenado á muerte, y la ciudad decretó para Juan Rott un traje nuevo cada año, de los colores blanco y rojo de la ciudad, para el mayor de sus descendientes.

En venganza Berna y Soleura se apoderaron de los bienes de Rodolfo de Kyburgo y de los de sus amigos, y yendo cada vez á peor los asuntos del conde, la tristeza puso fin á sus días. Los hermanos pelearon animosamente por su herencia, y como Berna llamó á los confederados en su auxilio, Kyburgo y los condes tuvieron que hacer una paz humillante cediendo á perpetuidad Thoune á los de Berna con el bailliato de Griessenberg, y les vendieron á Berthoud, que ya tenía sitiada. Berna tenía entonces en su recinto un enemigo de su libertad más temible que la casa de Kyburgo. El consejo y

todos los asuntos estaban bajo la gerencia de un corto número de familias que lo dominaban todo, por mala interpretación de las leyes y por indiferencia del pueblo; pero el martes de carnaval de 1384 se reunió éste para elegir en asamblea los magistrados de la ciudad, y destituyó á todos los miembros del consejo, excepto uno, jurando por ellos y su posteridad que en adelante los magistrados y el pueblo vivirían fraternalmente; que los empleos serían desempeñados cada año por diferente persona y renovada la mayoría del consejo; que anualmente se elegirían doscientos del pueblo, respetables, entre los artesanos, formando un gran Consejo, pero sin poder á la vez tomar asiento dos hermanos. El consejo debía ser confirmado por la asamblea general, si esta lo creía oportuno, y en tal caso jurar las leyes; más con el tiempo cayó en desuso la renovación anual del consejo y terminó por no ocuparse la asamblea de reconocer los miembros del consejo de los doscientos.

## CAPÍTULO X

---

### Batallas de Sempach y de Næfels.

(Desde el año 1385 al 1402).

La nobleza odiaba la libertad del pueblo, trataba con altivez á los confederados y contando con el apoyo del duque de Austria se creía omnipotente. El duque estableció nuevos derechos de peaje en sus estados, á fin de entorpecer el comercio de los suizos, por lo que unos cuantos átrevidos de Lucerna demolieron las murallas del castillo de Rothenburgo en que se había establecido un nuevo peaje, al mismo tiempo que los de Entlibouch,

vejados por su baillío Pedro de Thorberg, pidieron aliarse con los de Lucerna y lo efectuaron.

El baillío mandó ejecutar ignominiosamente á los autores de la alianza con Lucerna, y llevó la devastación hasta los muros de esta ciudad, acudiendo también el duque Leopoldo de Austria á vengarse de los confederados por los males que hicieron á su casa. Los confederados reunieron presurosos una dieta á que no asistió Berna, por no haber espirado su tregua con Leopoldo. Ciento sesenta y siete señores juraron en pocos días la ruina de los confederados.

Los suizos en armas destruyeron enseguida los castillos de Mærsburgo, de Rumlang sobre el Glatt, de Schenken, en una vertiente cercana á Sourcée, ciudad próxima y al norte del lago Sempach, de Windegg, en el país de Gaster, y otros muchos; y los enemigos ayudados de habitantes traidores, por su parte degollaron á muchos de la guarnición de Mayenberg, que era de ciudadanos de Lucerna y de Zoug, é incendiaron la ciudad, como la de Reichenciée, adicta á Suiza, en que mataron á los habitantes sin exceptuar los niños.

En seguida marchó Leopoldo con gran número de nobles y de soldados desde Baden, por la Argovia y por Sourcée, contra Sempach, llevando varas de hierro para castigar á sus habitantes por adictos á los confederados y caer luego sobre Lucerna. Llegado á Sempach y viendo las banderas suizas, sin aguardar á la infantería mandó echar pié á tierra á la caballería, en número de muchos miles, para subir la colina y atacar en columna cerrada y lanza en ristre al reducido ejército suizo. La nobleza gritaba de alegría, y diciendo el barón Juan de Hasenburgo, que el orgullo no sirve para nada, replicó Leopoldo: «Pues aquí, en mi país, quiero triunfar por mi pueblo ó morir.»

El 9 de Julio de 1386, al medio día y casi bajo un sol

abrasador, un puñado de bravos formado de 900 de Waldstæten, 400 de Lucerna y 100 de Glaris, de Entlibouch, Zoug, Rothenburgo y Guersau, se prosternaron para ofrecer sus vidas al Omnipotente, como acostumbraban al entrar en acción, y luego se arrojaron sobre aquella columna de acero que subía la colina, pero en vano; los suizos no podían romperla, contaban ya 60 muertos y el resto vacilaba, cuando el héroe Arnolde Strouthan, de Winkelried, les dijo: «Cuidad de mi esposa y de mis hijos, queridos confederados, que yo voy á abriros el camino de la victoria,» y se arrojó sobre la columna enemiga, asíó con sus manos todas las lanzas que pudo abarcar, las dirigió á su pecho, y aquella fué la brecha por donde pasando por encima de su cadáver penetraron los confederados dentro de la compacta columna. La fiereza de éstos ya no conoció límites; los cascos, manoplas y armaduras del enemigo volaron á los golpes de maza; el mismo duque sucumbió, el terror y la muerte invadió las filas de los ginetes, que ya no encontraron sus caballos para la fuga porque los que los guardaban huyeron antes sobre ellos; muchos cientos de nobles y miles de sus criados, ya cadáveres, cubrían el suelo; la bandera principal de Austria salió tres veces de manos moribandas, y otras tantas se levantó ensangrentada; la de Schaffausen fué perdida por los treinta y cuatro hombres entre nobles y plebeyos que la defendían, y Nicolás Thuet de Zofinguen, desgarró la suya porque no se la arrebatasen, muriendo con el asta entre los dientes. La victoria más completa fué alcanzada por aquel puñado de héroes suizos.

Por otra parte Berna, unida á sus antiguos confederados, destruyó muchos castillos á la nobleza, batió á los de Friburgo en los llanos de Bumplitz y amparó al rico valle de Obersibenthal. Los de Lucerna y Zurich vencieron también en el territorio de la casa de Habs-

burgo y la ciudad imperial de Wessen tuvo que rendirse á sus sitiadores los de Glaris, Zurich y Waldstæten.

El ódio de los suizos al Austria era tal que nadie llevaba en sombrero ó casco plumas de pavo real, adorno que usaban los austriacos, ni el ave se consentía en Suiza; se cuenta que en una posada rompió un hombre su espejo porque los rayos solares reprodujeron en él los brillantes colores de ella.

A pesar de este ódio y de la situación desventajosa del Austria después de esta guerra, se la concedió una tregua de diez y ocho meses, para descanso siquiera de los cuerpos fatigados por tan ruda como incesante lucha.

Glaris gobernaba blandamente la pequeña ciudad de Wesen que en su orgullo prefería el dominio de un príncipe poderoso al de sus iguales, y para vengar á la casa de Austria se puso en contacto con los condes y señores de las cercanías é introdujo en la ciudad soldados austriacos, disfrazados unos y encerrados otros en barricas escondidas en las cuevas ó en los reductos. Para más disimulo pidió á Glaris un refuerzo de guarnición que le fué otorgada sin sospecharse nada, y se le enviaron cincuenta hombres.

En la noche convenida, víspera de San Matías de 1388, llegaban 6 000 austriacos por tierra y por el lago de Wallenstatt, y cuando reinaba el silencio y la oscuridad en calles y casas, se iluminaron estas de repente, se abrieron las puertas á las tropas que llegaban y comenzó una terrible carnicería, pereciendo el gobernador Conrado d'Au, de Uri, con más de treinta confederados; veinte y dos pudieron salvarse saltando las murallas y atravesando á nado el lago.

Aterrado Glaris mandó una pequeña fuerza á la frontera á detener al enemigo mientras recibiera el auxilio pedido á los confederados, que no podían satisfacer por



estar los valles y caminos de los altos Alpes cerrados por la nieve, por lo cual pidió la paz al enemigo. Este contestó que su destino sería obedecer como siervos al Austria sin otras leyes que las que ella diese; pagar los censos é impuestos, sin excepción de familia, y entregar al duque el acta de alianza hecha con los suizos, sirviéndole contra ellos, pagar á Wesen los perjuicios sufridos y espiar su crímen hasta merecer la gracia del soberano. A todo asentían los de Glaris menos á renunciar á sus antiguos derechos y á su alianza con los suizos, y entonces los señores austriacos marcharon con 6.000 hombres sobre Næfels, baluarte de Glaris, donde el capitán Mateo AmBuel estaba apostado con 200 de Glaris, poniendo en seguro en las montañas á las mujeres y los niños y enviando mensajeros á Schwyz y á Uri. Tomados por los austriacos los reducidos de Næfels, AmBuel con apenas 500 héroes tuvo que batirse en retirada hacia el monte Ruti y situarse en paraje escabroso donde la caballería austriaca no pudiera operar. Los de Glaris descargaban una nube de piedras que llevaban el espanto al enemigo, cuando en el mismo día 9 de Abril de 1388 resonaron en las montañas gritos de guerra y de alegría dados por un socorro de 30 hombres de Schwyz, cuyo escaso número ignorado y creído mayor por los austriacos les hizo emprender la fuga haciendo en ellos las espadas, mazas y albardas suizas un estrago espantoso y dejar 2.500 cadáveres en aquellas praderas; muchos se arrojaron al Linthe; roto el puente de Wesen bajo la masa de fugitivos, el lago sepultó multitud de ellos. Glaris conmemora siempre esta jornada y sus héroes muertos y vencedores el primer jueves de cada mes de Abril.

Ya antes de conocer el país estos hechos, los de Soleura y de Berna habían conquistado á Nidau, Unterséen y Buren, vencido delante de Friburgo, asolado la

Argovia, arrasado el castillo de Pedro de Gauenstein y atravesado el Fricktahl con un rico botín; y los de Zurich, con tropas de la confederación, habían atacado, aunque sin éxito, á Rapperswyl otra vez fortificada, y viéndose los duques de Austria exhaustos de recursos, derrotados en todas partes y en peligro la Argovia y la Thurgovia, concluyeron una paz por siete años, conservando los suizos todos los pueblos que se les habían aliado, devolviendo á Wesen, pero á condición de que no lo habían de habitar durante la paz los que hicieran traición á los suizos.

El duque Leopoldo IV de Austria, ya que no pudo con las armas, quiso llegar á sus fines con la astucia dividiendo á los suizos, y para ello sedujo al burgomaestre de Zurich, Rodolfo de Schœn, y algunos miembros del consejo; pero Zurich lo derrotó y á sus amigos, y limitó, previo juramento, el poder de los burgomaestres y consejos sucesivos.

El 10 de Junio de 1393 reunieron los ocho cantones y Soleura una dieta en Zurich y juraron evitar toda guerra inútil y en las necesarias aunar lealmente sus esfuerzos; no separarse durante ella hasta la terminación aunque estuviesen heridos; permanecer siempre dueños del campo de batalla; no saquear sin autorización del general y respetar las mujeres, los conventos é iglesias, á cuyo acuerdo se llamó *convenio de Sempach*.

Habiendo pedido el Austria la prolongación de la paz hasta los veinte años, los confederados regocijados aprovecharon este tiempo para extender sus derechos, vender y comprar tierras, y todos adquirieron para contribuir con oro al honor de la patria, como lo hicieron con el valor y la prodigalidad de su sangre.

Los de Lucerna adquirieron á Ebicon, todo el Rottenburgo, derechos sobre Merichswanden y otras ciudades próximas al lago de los Cuatro Cantones; recibie-

ron en hipoteca los castillos de Rouswyl, de Entlibouch y de Wolhousen. Los de Berna recabaron muchos derechos y territorio en las montañas del Oberland, que comprenden los valles de Lauterbrunnen, de Hasli y de Grindelwald en los confines de los cantones del Valais y de Berna, uniendo á él el valle de Frouitiguen, el Emmentahl y el señorío de los condes de Kyburgo, desde Thoune hasta el puente de Aarwangen en la antigua Borgoña. Los de Zurich compraron los bailíos de Kusunacht, en el lago de Zurich, de Hoengg y de Thalwyl, así como los señoríos de Grunenbergo y de Regensbergo. Basilea y Soleura también extendieron con el oro sus derechos y territorio. Uri y el alto Unterwalden hicieron con el pueblo de la Levantina alianza ofensiva y defensiva, que fué respetada por los señores de Bellinzona por temor á los confederados, con los cuales hicieron amistad.

Friburgo cesó en su animosidad con Berna, aliándose en amistad y conciudadanía á perpetuidad, y lo mismo con la ciudad de Bienne. Los confederados, en intervención armada, hicieron justicia en una cuestión entre la ciudad de Zoug y las tres comunidades de Menzingen, Bar y Egueri sobre el privilegio de guardar la bandera y el sello del cantón, evitando una guerra civil.

Así fué como los suizos se engrandecieron durante la paz á costa de los señores que se arruinaban por conservar ó adquirir vanos privilegios, y en luchas estériles contra la libertad de un pueblo que se obstinaba en conservarla. Tales fueron las consecuencias de las rudas batallas de Sempach y de Næfels.

## CAPÍTULO XI

### Glorias de los de Appenzel

(Años desde 1433 á 1411.)

Los de Appenzell, entusiasmados con los confederados, veían con tristeza las exorbitantes é inhumanas cargas é impuestos que sobre ellos pesaban. El bailío de Schwændi estableció uno de entrada sobre la leche, el queso y la manteca, y al que pasaba la oficina sin pagar le azuzaban dos enormes perros para que lo destrozasen. El bailío de Appenzell hizo abrir la tumba de un pobre que acababa de morir para quitarle la ropa con que sus piadosos hijos le habían amortajado, y lo despojó de ella, porque según la ley, á él le correspondía el mejor vestido del difunto.

A tantos excesos se rebelaron los de Appenzell, sorprendieron todos los castillos y arrojaron de ellos á los bailíos. El abad Cuno, residente en San Gall, careciendo de tropa y de dinero, pidió auxilio á diez ciudades imperiales de Suabia, sus aliadas, las cuales amenazaron á los de Appenzell; estos respondieron que reconocían y obedecían al abad, pero que no soportaban la injusticia y así le pedían que nombrase sus bailíos entre los hombres honrados que ellos le propusieran y, reunidos en Ravensburgo los representantes de las ciudades imperiales desecharon la proposición y restablecieron á los bailíos, que añadieron la venganza á la crueldad.

La ciudad de San Gall, rica por su comercio y sus fábricas, deseaba también sustraerse al abad como los

de Appenzell, y éstos se aliaron con ella para defender en común sus antiguas prerogativas, cuyo acuerdo quiso romper el abad, redoblando su dureza, é irritados, acudieron á las armas, á lo cual huyó Cuno á sus tierras de Wyl. Reunidas las diez ciudades imperiales, convinieron en que los baifos los elegiría el abad entre personas del país, pero sin propuesta preliminar; que el emperador fijaría el impuesto imperial y que se anulase para siempre la alianza entre San Gall y Appenzell. Los de San Gall se sometieron á este acuerdo, pero no los montañeses de Appenzell, que se alzaron al grito de «traición,» viendo que los señores de las ciudades imperiales se cuidaban menos de los intereses de los campesinos que de los de un príncipe abad. Reunidos los montañeses por distritos, juraron á su jefe, y todas las comunidades al Landammann, en la aldea de Appenzell, estar unidos estrechamente en defensa de sus derechos.

Al abandonarlos San Gall, pidieron ayuda á todos los cantones, menos á Berna, desechando cinco su demanda; Schwyz hizo con ellos alianza de conciudadanía y Glaris publicó que todos los amantes de la libertad que quisieran defender á los de Appenzell podían hacerlo.

Noticiosas de este hecho las ciudades imperiales, reiteraron sus amenazas á Appenzell, y de acuerdo con el abad, organizaron un gran cuerpo compuesto de muchos coraceros de á caballo y 5.000 infantes, que pasando en la madrugada del 15 de Mayo de 1493 por encima del Linsenbühel subieron hacia la altura de Væglinseck donde se encuentra la aldea de Speicher.

Los de Appenzell, bien apercibidos y sostenidos por 300 hombres de Schwyz y 200 de Glaris, al recibir el aviso de la llegada de los enemigos se despidieron de sus familias, bendiciendo á sus hijos los ancianos que no podían tomar las armas, y acudieron enseguida

2.000 hombres á la cúspide del Væglinseck, apostándose 80 de Appenzell en lo alto del camino flanqueados por los de Glaris y Schwyz colocados en el bosque, atacando en esta disposición los de Appenzell, Glaris y Schwyz á la caballería enemiga, que no pudiendo revolverse en el camino cerrado y estrecho, quiso ganar la altura á la carrera; pero fué detenida por los de Appenzell, obligándola á gritar: ¡en retirada! ¡en retirada! á cuyas voces las últimas filas lo creyeron todo perdido y que era precisa la fuga. Se apoderó de ellos el pánico, y al huir hacia San Gall, perseguidos por los de Appenzell y sus auxiliares, dejaron 600 muertos en el estrecho camino, y penetrando los demás de á caballo y arrollando á la infantería, ellos mismos la desordenaron y destruyeron.

Las ciudades imperiales no quisieron aventurarse otra vez por el abad y ajustaron la paz. Cuno, vejado por todos, saqueados sus dominios y quemados sus castillos, pidió socorro al duque Federico de Austria, manifestándole que si no se ponía coto á Appenzell, sería una nueva Suiza, y la nobleza y el Austria perderían sus posesiones de los altos Alpes, por lo que el duque Federico organizó un ejército poderoso y lo dividió en dos columnas, dirigiendo una á Arbon y otra á San Gall, propuesto á atacar al enemigo en ambos puntos á la vez; pero antes que llegara se presentó á la asamblea general de los de Appenzell el conde Rodolfo de Werdenberg y les dijo que sabía que el duque Federico levantaba tropas en el Tirol para atacarlos, y se presentaba á decirles que los mismos peligros debían unirlos por los mismos sentimientos. «Ya me conocéis, dijo: tras de esas rocas está Werdenberg, herencia de mis padres y mis abuelos, que tuvieron la soberanía de Rheintal. La ambición del Austria me lo ha arrancado todo menos el corazón y la espada; yo os los ofrezco; así permitidme permane-

cer á vuestro lado como ciudadano libre de Appenzell, y vivir y combatir con vosotros.»

Seguidamente se despojó de sus ricos trajes y armadura y tomó el de los pastores, entre quienes vivió. Encantada la asamblea de su ingenua sencillez, dió el mando en jefe á este valiente guerrero, se fortificaron los desfiladeros y se renovó el antiguo tratado de amistad con la ciudad de San Gall.

El 17 de Junio de 1405, día lluvioso, el ejército del duque Federico avanzaba por un terreno resbaladizo y por un césped mojado de Altstættten, en el Rheintal, por la montaña Am-Stoss, hacia las fronteras de los de Appenzell, mientras cuatrocientos de estos, ayudados de algunos de Schwyz y de Glaris, los esperaban arriba. En tiempo oportuno empezaron á arrojar sobre el enemigo que ascendía, bloques enormes de roca y troncos de robustos árboles que llevaban el desorden y la muerte á las filas austriacas. Apenas llegadas estas al medio de la montaña, á una señal de Rodolfo, que los mandaba, cayeron los de Appenzell con terrible gritería sobre las ya descompuestas columnas austriacas y se entabló una lucha cuerpo á cuerpo y al arma blanca, por no funcionar las flechas con la lluvia, en que todos peleaban con desesperación y rabia. Apercebieron los austriacos en la montaña nuevas tropas de Appenzell que intentaban cortarles la retirada, y llenos de terror emprendieron la fuga, perseguidos por sus enemigos, que hicieron en ellos horrible carnicería. La tropa que apareció en la montaña eran las mujeres de Appenzell, que en traje de pastores querían morir por la libertad al lado de sus maridos, hermanos ó amantes. Seis horas duró el combate, al cabo de las cuales bajaban por la montaña torrentes de lluvia y de sangre. De rodillas los vencedores en el campo de batalla, dieron gracias por su ventura al Omnipotente.

El duque Federico llegó hasta San Gall poniendo á sangre y fuego cuanto hallaba á su paso, pero encontrando la ciudad en buena defensa se volvía hácia Arbon con algún descuido, y aprovechándose de él los de San Gall, se dividieron en pequeños grupos y mataron á muchos de los de Federico junto á Hauptlisberg, el cual, por esto y por la derrota de los suyos en la batalla de que se ha dado cuenta, juró no retirarse sin venganza, á cuyo fin hizo correr la voz de que volvía al Tirol y se dirigió realmente á orillas del Rhin. Llegado á la aldea de Thal retrocedió y se dirigió contra los de Appenzell subiendo la colina de Wolishalden para sorprender á aquellos pastores, los cuales, noticiosos de su verdadero plan, cargaron en número de 400 sobre los austriacos que marchaban al descuido; estos se colocaron ventajosamente cerca de la iglesia, y cuarenta de Appenzell habian muerto en el rudo combate que se trabó sin haberse todavía resentido las filas enemigas. Pero como la muerte de cada uno de Appenzell habia costado la vida á diez enemigos, y el combate continuaba, al fin cedieron los austriacos por vergonzosa derrota, volviendo el duque al Tirol maldiciendo esta guerra.

Appenzell reconquistó al Austria las propiedades de Rodolfo de Werdenberg y se las devolvió por gratitud; hizo una alianza con los de San-Gall por nueve años, ayudó á los Schwyz para despojar al Austria de los valles de la Marche inferior y de Wægüi, penetrando por el Voralberg en el Tirol hasta Landeck, donde fueron otra vez derrotados los del duque; pero sabiendo que éste levantaba contra ellos las tropas imperiales del lago de Constanza, de Thour y del Inn, se apoderaron de sesenta castillos, quemaron más de treinta y sitiaron, aunque estérilmente, á Brégüenz.

La paz no se hizo hasta asolados estos países, porque aunque propuesta por el emperador, Appenzell no halló



equitativas las condiciones; pero devolvió sus rentas al abad Cuno por mediación de Schwyz, si bien perdiendo todo derecho señorial sobre Appenzell. Este pueblo hizo un tratado de alianza el 25 de Noviembre de 1411 con los confederados, prometiendo sostenerlos á su costa y con todas sus fuerzas y no emprender guerra alguna sin consentimiento de ellos. Los suizos, por su parte, reservaron á la confederación y á cada cantón en particular el derecho de extender ó limitar este tratado, y de no socorrer á Appenzell en caso de guerra, sino á costa de él, manifestando así la desconfianza que les inspiraba el ardor belicoso de estos montañeses.

## CAPÍTULO XII

---

**Conquista de la Argovia por los suizos.—Ballíos comunes.**

(Año de 1412 hasta el 1418.)

El duque Federico comprendió que no se somete un pueblo que se obstina en ser libre, y los de Appenzell estaban satisfechos con su independenciam, de suerte que no deseando uno ni otro la guerra, viendo el primero que más le convenía la amistad que la enemiga con los poderosos confederados, el 24 de Mayo de 1412 ajustó una paz con los Ocho cantones por cincuenta años, reconociéndoles el derecho á cuanto poseían en cambio de reconocer los suizos las hipotecas y derechos del duque en su país, cuya paz fué confirmada por las diez y seis ciudades Waldshout, Seckinguen, Rheinfelden, Diessenhofen, Laufenburgo, Baden, Shaffhausen, Rapperswyl, Bremgarten, Zofinguen, Brougg, Mellinguen,

Lenzburgo, Soursée, Arau y Frauenfeld, todas dependientes de la casa de Austria.

La paz acordada no duró más que cinco años, porque el emperador de Alemania, Segismundo, celebró en Constanza un concilio de los más distinguidos prelados del orbe católico, á que asistían los embajadores de Alemania, Francia, Inglaterra, Italia, Dinamarca, Polonia, Hungría, Suecia y de otros Estados para deliberar cómo combatir al sacerdote boemio reformista Juan de Hus, que predicaba en Praga una doctrina anticatólica, así como el cisma de tres papas en Francia é Italia que se anatematizaban y excomulgaban recíprocamente; y el duque Federico se indispuso con Segismundo por no querer comparecer en Constanza para recibir sus títulos de manos del emperador, según costumbre, y como además protegía á uno de los papas, llamado Juan, que proyectaban destituir, los padres del concilio estaban indignados contra él. En castigo de su desobediencia el concilio le lanzó el anatema de Judá y la excomunión mayor, declarándole también el emperador reo de lesa majestad y despojándole de sus derechos de soberano y de sus títulos, invitando á los súbditos del imperio á tomar las armas contra él, así como á los confederados. Las ciudades de Schaffhausen, Diessenhofen, Frauenfeld y casi toda la Thurgovia prestaron obediencia al emperador, y rechazaron la soberanía del duque, y en recompensa fueron declaradas libres, dependientes únicamente del imperio.

Los confederados no quisieron ser perjuros violando la paz prometida, aunque la santa asamblea los eximía del pecado y el emperador les daba la propiedad perpetua de cuanto conquistaran al Austria; y los ciudadanos de Glaris, de Zoug, de Lucerna, de Waldstættten y de Zurich decían que no podían persuadirse de que fuera laudable la falta de fé.

Berna, de otro parecer, viendo la ocasión de obtener ventajas, dijo á Zurich que la justicia y el honor permitían la guerra que el imperio y la iglesia ordenaban, que había llegado la hora de la destrucción de los enemigos de sus antepasados, y los conferados, aún vacilantes, cediendo á los mensajes del emperador y á las amenazas de excomuni6n del concilio, tomaron las armas contra el duque, siendo los de Appenzell los 6nicos que resistieron tanta influencia.

En la primavera de 1415 las ciudades y la nobleza de Argovia reunieron una dieta en Soursée al saber la desgracia de Federico y se propusieron ser neutrales entre el Austria y la Suiza, limitándose á sostener los derechos de la casa de Austria y sus libertades, haciendo una alianza de com6n defensa todas las partes de la Argovia y poder esta entrar en la confederaci6n suiza como Estado distinto y libre, sin temor á preponderancia de otro cant6n, y sin estar sujeta á sus iguales; pero el orgullo de los se6ores no les consintió hacer causa com6n con las ciudades, y prefiriendo á ello el dominio de un príncipe, se retiró la dieta sin resultado. Sin embargo, antes de separarse resolvieron las ciudades ampararse de la confederaci6n; pero ya era tarde, pues al ponerse en camino sus diputados vieron en las alturas los batallones de los confederados y las se6ales de ataque, por lo cual retrocedieron llenos de tristeza.

Los de Berna obligaron á Zofinguen á abandonar al duque y á prestar juramento de fidelidad al imperio y á Berna, y tomaron tres de los cuatro fuertes, llamados los Wyken, situados á la derecha en una roca próxima, cayendo el cuarto en poder de los de Lucerna. También los berneses tomaron á Arburgo, ciudad contigua á Zofinguen á orillas del Aar y su fortaleza, y los fuertes de observaci6n llamados Wartbourguen construidos en las crestas de dos montañas inmediatas. De allí, reforza-

dos por tropas de Soleura, Neuveville, Neuchatel y Biene marcharon sobre Arau que se rindió al punto sometiéndose á la protección del imperio, de Berna y de Soleura y conservando sus franquicias. Iguales capitulaciones hicieron Brougg y Lentzburgo, así como varios castillos de la Argovia, Rouod, Brounegg y Trostburgo, que fué destruído por el fuego, conquistando los bernezes en pocas semanas diez y siete ciudades fortificadas y fortalezas, perdiendo en ello sólo cuatro hombres ante el castillo de Wildegg por la vigorosa defensa de los señores de Halwyl.

Los de Lucerna, por la parte de Soursée, sometieron las márgenes superiores del Thour, de Wigguern, del Aa y del Winna hasta los límites de la conquista de los bernezes, y por el Oriente se apoderaron del territorio en que están situados Reichensée, Willmerguen y Meyenberg.

Los de Zurich pasaron el Albis, sometieron el bai-liato libre de Knonau y hácia Baden, en Argovia, tomaron á Dietikon.

Las tropas de los siete cantones se encontraron en donde el Limmath y el Reuss se aproximan al Aar, apoderándose mancomunadamente de Baden, Breingarten y Mellinguen, la cual se defendió cuatro días; pero Baden resistió más por la numerosa guarnición que en ella mandaba el señor de Mansberg, rindiéndose sólo por la falta de agua y por las máquinas de guerra de los de Berna, por cuya resistencia fué arrasado el castillo de Stein que defendía la ciudad.

Terminada la campaña, los países sometidos en común formaron baillios comunes, excepto los de Berna que había extendido demasiado su territorio; pero tanto esta como Lucerna y Zurich conservaron sus conquistas exclusivas con los derechos que el Austria tenía sobre ellas antes.

Los de Uri dijeron que habian hecho esta guerra, no por ellos sino por el emperador; y sabiendo que se había reconciliado con el duque Federico, entregaron al emperador lo que acababan de tomar para que él volviera al duque lo que le correspondiera, porque ellos, confederados, y hombres de Uri, no tomarían lo que no les perteneciese. Se vanagloriaban de seguir la costumbre de sus padres, de apreciar la fidelidad inviolable sobre todo.

Los otros confederados, mofándose de la delicadeza de los de Uri y tachándolos de extravagantes, decidieron que Lucerna, Schwyz, Zurich, Unterwalden y Glaris gobernasen por turno de dos años estos bailiats comunes y que diputados de estos cantones inspeccionaran anualmente la administración y las cuentas de ingresos.

## CAPÍTULO XIII

---

**El Valais contra el señor de Raron.—Batalla de Arbedo.**

(Años de 1419 al 1426.)

Cuando los del canton de Uri, ayudados de los confederados, conquistaron la Levantina, tomaron también el valle de Domò de Ossola, en que dejaron una guarnición reducida, y el duque de Milán por dificultar su posesión á los suizos lo vendió al duque de Saboya. Este envió tropas al valle que cruzaron el Valais de que era capitán general el señor de Raron, el cual las indicó el camino á través de las montañas, de que debió retirarse la guarnición suiza, insuficiente para oponerse al paso.

El señor de Raron dijo con este motivo que si él hu-

biera tenido parte en la expedición no hubiera dejado con vida á ningún suizo.

Estos, que en el espacio de un siglo, desde Guillermo Tell, peleando siempre, habían adquirido con la fiereza militar la conciencia de su fuerza y pasado de siervos á señores, porque los descendientes de los antiguos guerreros y caballeros les pedían el derecho de ciudadanía ó les vendían sus posesiones, no sufrieron el insulto ni toleraron la soberbia del señor de Raron, y los de Uri y Unterwalden lo acusaron ante Berna, de donde era ciudadano, y levantaron contra él á los del Valais, que ya se quejaban de su alianza con la Saboya sin su consentimiento, de que violaba sus derechos y de su despotismo, por lo cual decían los de Brigg que si el Valais había de ser libre era preciso **refrenar** á los grandes señores, y todos los hombres de honor debían emprender la obra.

Era costumbre muy antigua del país tallar en una enorme maza un rostro humano con expresión de tristeza, y rodearlo de juncos y de espinos, aludiendo esta figura á la justicia oprimida; la llamaban los del Valais la maza.

Pues bien, la expusieron al pueblo en una plaza pública á donde acudía en tropel, y un hombre atrevido, en calidad de jefe de la maza, se encargó de responder por ella. Muchos del pueblo la preguntaban ¿por qué estás triste, por qué has venido aquí? y ella no respondía. Otros la decían, queremos socorrerte, pero dínos contra quién; ¿es contra Sillenen, Asperling ó Henngarten? La maza no respondió; pero cuando le nombraron al señor de Raron, hizo un movimiento afirmativo con señal de indignación. Entonces la levantaron en alto y paseándola por todos los pueblos de los distritos del Valais decían que la maza se dirigía al jefe del país y á sus allegados, y á su sobrino el obispo de Sion.

El señor de Raron huyó á Saboya, al ver sublevados á los del Valais, á pedir auxilio al duque, y su castillo y torre construída sobre el pueblo de Siders y la fortaleza del obispo que dominaba á Lonesch fueron reducidas á cenizas. Sitiaron su castillo de Beauregard situado en una roca cercana de Chippis, y arruinaron todas sus propiedades sin que el duque de Saboya le prestara socorro. Raron acudió entonces á sus conciudadanos de Berna, á los del Valais, á Unterwalden y Uri, los cuales prometieron su ayuda para que recobrará el valle de Ossola contiguo al Valais, é inmediatamente pasaron los Alpes altos con los de Schwyz y de Lucerna, apoderándose los valaisanos de todo el valle de Ossola.

Defendiendo Berna á Raron ante los confederados y excitándolos para marchar contra el Valais, la negativa de Unterwalden, Uri y Lucerna, preparaba una guerra civil; pero los cantones neutrales, en una dieta celebrada en Zurich, acordaron que los del Valais restituyeran primeramente los bienes á su señor y que luego él hiciera justicia á sus quejas.

El Valais no se conformó y sus tropas entraron en el Oberhasli apoderándose de los rebaños, bajo pretexto de que Raron lo había hecho en el Valais con gente del Oberland. Berna envió sus gentes contra el terco Valais, y ayudadas de Soleura, Friburgo y Neuchatel en número de 13.000 hombres, entraron por Sanetsch, hacia Siders, en el distrito de Gombs. También los ayudaron los de Schwyz; pero Uri y Unterwalden, en vista de la censurable tenacidad de los del Valais los abandonaron y se apoderó de estos inmenso terror al ver muchas de sus ciudades presas de las llamas.

Un hombre del pueblo, Tomás Brantschen, indignado de que el enemigo lo arrasaba todo á su paso para Ulrichen, dijo: «¿Qué es del Valais, antigua patria de héroes? ¿No hicieron nuestros padres nadar en sangre

las tropas del duque de Zæhringen junto á Ulrichen? Pues luchemos en este mismo sitio por nuestra patria y libertad ó muramos con gloria.»

Luego salió de una emboscada con 400 hombres y cayó de improviso sobre los numerosos batallones de los confederados, que aturdidos se dejaban matar. El héroe Brantschen tendió más de cuarenta, cayendo él mismo al fin entre los cadáveres. La llegada de los de Schwyz obligó á los del Valais á retroceder á su posición á donde nadie los siguió.

Al día siguiente abandonaron los suizos el Valais por la terrible resistencia que encontraron las tropas de Berna cerca de Sion.

Al fin, y con pena, se resignaron el año 1420 los del Valais á consentir en la paz restituyendo á Raron sus señoríos, y á indemnizarle con la módica suma de 10.000 florines, unos 20.800 francos, á los de Berna, por gastos, la misma cantidad y 4.000 florines al capítulo de Sion.

El señor de Raron murió fuera de su patria y extinguió para siempre el lustre de su familia por no haberse conciliado el cariño del pueblo.

El duque de Milán se propuso reconquistar el valle de Ossola, especialmente cuando supo que los barones de Sajonia acababan de vender á los suizos por 2.400 florines la ciudad de Bellinzona y el país comprendido entre la Levantina y el lago Mayor; se armó en secreto y sorprendió á Ossola y Bellinzona con fuerzas numerosas, obligándolas y aún á la Levantina á jurarle fidelidad.

La discordia se había apoderado ya de los confederados, desde la conquista de la Argovia, la cual se reveló en su costosa victoria de Arbedo el 30 de Junio de 1422, al encontrar á los milaneses después de pasado el San Gotardo y cerca de Bellinzona, donde tuvieron que luchar todo el día con los desesperados y hábiles italia-



nos, pereciendo allí el Landammann de Uri, Juan Rot, el porta-estandarte del mismo cantón Enrique Puntiner y el anciano Pedro Kolin que murió á la cabeza de su batallón con la bandera en la mano, y la sacó de debajo de su cuerpo para ondearla su mismo hijo que también murió, pero Juan Landwing salvó la bandera.

Dejando una guarnición en la Levantina repasaron los suizos el San Gotardo, tristes por sus sensibles pérdidas y censurándose ágriamente unos á otros, cuyas disputas duraron mucho tiempo y se hacían interminables, dando lugar á resoluciones medias y estériles, como sucedió el tratar las que habían de tomar contra el duque de Milán.

Cansado de controversias y dilaciones, Péterman Rysig, de Schwyz, reunió 500 bravos, pasó el San Gotardo, bajó al valle de Ossola y se estableció en él echando á las tropas milanesas, atrayendo sobre sí todas las fuerzas de Milán; pero entusiasmados los confederados con Rysig y el puñado de sus valientes, acudieron en su ayuda tropas del Valais, de Tockenburgo, de Soleura y de la Rhetia.

Desanimado el duque, sustituyó la prudencia á la fuerza, y encargó á su chambelan Zoppo, hombre hipócrita y astuto, que procurase dividir á los confederados, para lo cual le entregó mucho oro. Zoppo habló á los jefes suizos con gran afecto y usando de prodigalidades hizo primero y separadamente la paz con Uri, Lucerna y el bajo Unterwalden, y luego atrajo á los demás con tratados secretos, abandonando los confederados el año de 1426 al duque de Milán el valle de Ossola, Bellinzona y la Levantina, por la suma de treinta y un mil y pico de florines, y por ciertas franquicias en favor de negociantes y mercaderes. Los suizos volvieron á sus cantones engañados por el extranjero después de haber esterilizado la gloria de Rysig, Kolin y tantos héroes de la batalla de

Arbedo por haberlos dividido Zoppo en sus intereses. Siempre tuvieron que temer los suizos del extranjero la astucia más que las armas.

## CAPÍTULO XIV

---

Origen de la alta liga en la alta Rhetia. — Liga de la Maison Dieu y la de las diez jurisdicciones.

(Desde el año 1426 al 1443).

Desde los francos habían sido los habitantes de la alta Rhetia tributarios y siervos del obispo de Coira, de los abades de Disentis, de Pfeffers, y de otros señores eclesiásticos y seculares, aunque la ciudad disfrutaba de muchos privilegios que harto caro se los hacía pagar su señor obispo. Los aldeanos sufrían terriblemente por las continuas guerras de sus innumerables señores, y por el despotismo cruel de estos en la paz.

Pero cuando el egoísmo y la arbitrariedad, el orgullo y la injusticia no conocieron límites, los desgraciados habitantes de los valles y de las montañas pensaron que eran hombres y que tenían derechos naturales que los tiranos no debían desconocer.

En el valle de Engadina, por donde el Inn sale con estrépito viniendo del Tirol, había un castillo llamado de Gardovall, situado en una roca por encima de Madoulein. Un día el feroz castellano de Gardovall se encaprichó por la rara belleza de una joven aldeana de Camogask, y mandó á sus satélites que se la llevasen aquella misma noche. La joven se llenó de terror, y su padre, llamado Adam, de despecho; pero mostrándose

fuerte, les dijo que anunciasen á su señor que prefería llevarla él mismo á la mañana siguiente.

Cuando marcharon los del castillo, corrió enseguida á sus vecinos y amigos y poseído de rabia les contó el caso, con el corazón destrozado.

Al amanecer del día siguiente se presentó Adam en el castillo acompañando á su hija en traje de desposada y seguida de aldeanos que formaban el cortejo, y otros quedaron emboscados por los contornos, todos armados. Apenas el feroz castellano vió al objeto de sus deseos, bajó presuroso la escalera y quiso abrazar á la joven en presencia de su mismo padre; pero éste tiró de la espada y la sepultó en el pecho del tirano, apoderándose con los suyos del castillo, matando á cuantos en él se encontraban y, por último, haciendo á Gardovall presa de las llamas, librando así de la tiranía á todo el país que se extiende por bajo del nacimiento del Inn. Otros mónstruos de tiranía se albergaban en el valle de Schams, en los castillos de Fardun y Bærenburgo, situados sobre las rocas que lo envuelven. El pueblo lo sufría en silencio; pero un día se introdujeron dos caballos del señor de Fardun en los trigos de un labrador llamado Juan Chaldar, y éste, enojado, castigó los caballos, cuya acción expió entre cadenas y en los mayores tormentos, hasta que los suyos lo rescataron á fuerza de lágrimas y de dinero.

Ya tranquilo en el seno de su familia y hallándose á la mesa, entró en su cabaña el señor de Fardun, y cuando le saludaron con respeto, los miró con desprecio y escupió al plato en que comían. Chaldar frenético, saltó como un rayo, cogió al tirano por el cuello con sus nervudas manos, y hundiéndole la cabeza en el hirviente plato, le dijo: «Come lo que has sazonado,» y lo estranguló. Salió corriendo de la cabaña llamando al pueblo con gritos de alarma, y los castillos de Fardun

y Bærenburgo desaparecieron enseguida entre las llamas.

Así como en estos valles de la Rhetia nació la libertad de la crueldad y de la tiranía, en otros nació de la ambición de los señores.

El obispo de Coira, Harmann, estaba siempre en lucha con los nobles del país; y como sus dominios se hallaban separados y dispersos en muchos valles y aldeas, á veces en tierras enemigas, concedió á los súbditos de la Maison-Dieu el derecho de aliarse entre sí y con los otros valles y aldeas para su defensa. Ya en 1396 los súbditos de la Maison-Dieu hicieron en los valles de Domleschg, Oberhalbstein, Avers y Bergun, un tratado de alianza con los señores de Werdenberg, Domleschg y Obervatz, que fué el principio de la liga denominada luego de la Maison-Dieu.

Siguiendo el ejemplo los señores de la alta Rethia se unieron á los valles que ya estaban unidos, é hicieron en el año 1400 una alianza defensiva con los de Glaris, para contrarrestar las pretensiones y ataques del obispo de Coira, mas por la reserva que hacían los valles de todos los derechos de sus señores, estos abusaban y no reconocían otra ley que su capricho y poder, para evitar lo cual sin alzamientos ni revueltas, unos cuantos aldeanos respetables y leales formaron una asociación en la alta Rhetia que se reunía por las noches entre la abadía de Disentis é Ilanz, primera ciudad amurallada sobre el Rhin, en un bosque junto á la aldea de Trouns, hablaban de sus intereses, y luego comunicaban confidencialmente sus acuerdos á los hombres de más confianza de las comunidades respectivas.

En el mismo día enviaron todas las comunidades sus diputados á los señores, eligiendo á los más considerados é ilustrados para que pidiesen garantías de justicia y seguridad por medio de un pacto solemne

que hablan de jurar, á fin de que los derechos de todos, grandes y pequeños, fuesen inviolables, paso que llenó de asombro á los señores por lo repentino é inesperado, recordando lo acaecido en la confederación suiza un siglo antes. El prudentísimo Pedro de Poultinga, abad de Disentis, fué el primero que accedió á las reclamaciones de los suyos, siguiendo su ejemplo los condes de Sajonia, de Werdenberg y barones de Ræzuns y otros, para evitar movimientos en el pueblo y adquirir fuerzas contra el obispo de Coira.

En Mayo de 1424 los diputados de las comunidades de la alta Rhetia, vestidos con sus modestos capotes grises, y los señores, se reunieron al aire libre bajo la copa de un arce, en la aldea de Trouns, y sancionaron con juramento á la Santísima Trinidad una alianza perpétua en pro de la justicia y seguridad de todos sin lastimar los derechos de alguno, que fué la llamada Alta Liga ó *Liga Gris*, y el país que la efectuó se llamó desde entónces de *los grisonos*, y á la cual se adhirieron luego los valles de Misox y de Calanca. El nombre de grisonos se hizo luego extensivo tanto á la alta como á la baja Rhetia, por más que la liga de Maison-Dieu existía por separado, y que muchos dominios de la parte del Tirol no pertenecían á una ni otra liga, sino al poderoso conde Federico de Tockenburgo.

A fin de evitar la guerra de sucesión que la muerte de este conde suscitara, porque no tuvo hijos, se reunieron diputados de todos los pueblos, aldeas y jurisdicciones de las montañas de Rhetia dependientes de la casa, acudiendo de Davos, de Klosters, de Kastels, de Schiersch y su jurisdicción canonical, de Seewis, de Maienfeld, de Schalfik interior y exterior, de Malans, de Belfort y de Courwalden, y acordaron formar una liga en aquella parte de las montañas análoga á las otras, sobre las bases que, no se podría citar ciuda-

dano alguno ante tribunal extranjero, ni formar alianza exterior sin consentimiento de todos, y que al reconocer al heredero de Tockenburgo se le entregaría toda su herencia, pero que no se le permitiría disolver la liga, lo cual juraron al día siguiente al del Señor del año de 1436, resultando de ello una nueva confederación.

Si la muerte del conde de Tockenburgo unió á los grisonos, en cambio entre los suizos pudo encender una guerra civil. Los vastos dominios del conde se extendían unos más allá del Rhin, y otros entre Zurich y el Tirol, á lo largo de las montañas del Appenzell, como la Marche superior, el Rhinthal, Windegg, el señorío de Sargans, el de Uznach y las Diez jurisdicciones. La viuda, unos parientes lejanos del difunto, Zurich, de donde era ciudadano, y Schwyz de donde también lo era, disputaron la herencia, y la condesa viuda Isabel se alió estrechamente con Zurich para asegurar su protección cediéndole en forma la posesión de Windegg y de Uznach; pero los de Schwyz hicieron que los parientes impidieran á la viuda toda alienación de la herencia ó de parte alguna.

Los vasallos del conde en los valles de Necker, de San Juan, de Uznach, de la Tour y de más abajo del lago de Wallenstatt, así como los de Lichtensteig se presentaron á los de Schwyz y les dijeron que su difunto señor, que tanto los protegió en vida, quería que después de su muerte estuvieran bajo la protección de Schwyz, al cual juraban ser ciudadanos suyos á perpetuidad. Los del señorío de Sargans, que pertenecieron al conde de Tockenburgo sólo en hipoteca, pidieron al duque Federico de Austria que los rescatase como súbditos suyos; pero luego observando Federico la poca lealtad de ellos, los cedió al conde Enrique de Werdenberg.

La ciudad de Zurich se encolerizó al saber la alianza

entre el Schwyz y Uznach, diciendo que ésta le pertenecía, y Schwyz envió seguidamente tropas á la Marche y cerca de Uznach, proponiendo á los de Zurich que se sometieran á un arbitraje, pero se asociaron á Glaris en autoridad sobre los nuevos dominios para contar con el apoyo del cantón en caso necesario, y como el poder hizo á los suizos déspotas desde los bailfos comunes después de conquistada la Argovia, no asociaron á ésta como estado libre á su confederación, ni se ocuparon de mejorar la condición de Tockenburgo, sino en tener muchos súbditos, y de aquí resultaron muchas cuestiones y sangrientos desórdenes.

Una dieta reunida en Lucerna no pudo alcanzar la paz, disolviéndose en peor estado que antes de ella, por sugerencias del burgomaestre de Zurich, Rodolfo Stussi, y del landammann de Schwyz Itel Reding, de Biebereg, enemigos en política y ambos ambiciosos, de talento, elocuentes y emprendedores, apareciendo entonces el abismo del egoismo cantonal cuando se postergan los intereses de la federación á los intereses propios del cantón. Las lluvias tenaces del año 1439 destruyeron las cosechas, y la consiguiente miseria hizo que cada cantón prohibiese la exportación de sus artículos de primera necesidad, de modo que el sufrimiento de todos se agravó, la desunión creció con la animosidad, y hasta se amenazaron con las armas Zurich y Schwyz. Los confederados, para evitar la lucha, pronunciaron un arbitraje en Berna al cual se sometió Schwyz, pero no Zurich, acusando de parciales á los confederados que dejaron Uznach al cantón de Schwyz, sin hacer mérito de Gaster y de Windegg de que se apoderaron los de Schwyz antes de decidir los confederados, que más tarde fallaron lo contrario.

El burgomaestre Stussi se remitió á las armas, pero antes dirigió á los de Schwyz una carta abierta, en que

no los titulaba confederados, proponiéndoles someter la cuestión al emperador romano de quien ellos dependían, á lo que contestaron los de Schwyz, que el derecho imperial podía ser excelente, pero que no era el reconocido cuando juraron confederarse.

Al fin se emprendió la guerra encontrándose junto á Ezelberg, ocupando la altura las tropas de Schwyz y las de Zurich la parte baja, cerca de Pfæffikon. Itel Reding recibió en Ezelberg unos enviados de Uri y de Unterwalden pidiéndole que intentara la paz en nombre de Dios porque no se viera el inaudito crimen de sangre de suizos vertida por suizos; pero ya era tarde porque algunos de Zurich atacaron la vanguardia de los de Schwyz, resultando gran número de heridos, once muertos de Zurich y el resto en fuga.

Todavía los confederados hicieron un esfuerzo más y obtuvieron un armisticio, pero tenaces los de Zurich en rechazar su arbitraje y no aceptar sino el del emperador, se atrajeron el encono de los demás cantones, y aunque con nuevas tropas, Stussi con más de 6.000 hombres, marchó hácia Ezelberg donde les hacían frente los de Schwyz y de Glaris con refuerzos de Uri y de Unterwalden. Los de Zurich, poseídos una noche de terror por causa ignorada se reembarcaron en número de cincuenta y dos y volvieron fugitivos hácia su país, á lo cual bajaron de las alturas de Ezelberg los de Schwyz y de Glaris haciéndose seguir de los confederados, y arrasándolo todo á su paso, marcharon sobre Zurich llevando á ella el espanto, por lo que se sometió á los confederados renunciando á Tockenburgo y aún cediendo á Schwyz y Glaris por los gastos de guerra á Pfæffikon, Hourden, Wolrau y otros lugares en el año de 1440, cuando los de Schwyz compraron en el lago de los Cuatro Cantones la honorable ciudad de Merlischachen á los opulentos señores de Moos, y Uri pudo reco-



brar la Levantina, al volver de Ezelberg, porque no habiendo hecho justicia en Airolo ó Bellinzona á algunos de Uri se había faltado á los convenios, y como el duque de Milan no estaba preparado para la guerra compró la paz cediendo aquel país.

Entre tanto el duque Federico de Austria, nieto de Leopoldo, muerto en Sempach, sondeaba las disposiciones del pueblo de Argovia, de los nobles y de las ciudades para recuperar de los suizos el patrimonio de sus abuelos, porque entonces ocupaba el trono imperial, cuya noticia regocijó á Stussi y al consejo de Zurich, irritados como estaban con los confederados, y Zurich, posponiendo el patriotismo á la venganza, sólo pensó en su agravio y concluyó en 1442 secretamente una alianza criminal con el emperador. Los corazones honrados habían desaparecido y ya no se pensó más que en lo personal. Cuando se divulgó este hecho, los confederados acusaron unánimes á Zurich de haber violado los tratados de alianza perpétua, le intimaron que se separase del Austria y después de muchas contestaciones, decidido Zurich por el imperio, éste les envió al capitán Thuring de Halwyl á recibir el juramento de alianza ofensiva y defensiva; á instancia de este capitán los de Zurich sustituyeron sus cruces blancas, distintivo de los suizos en la guerra, por las del Austria, y aún llevaron algunos en los sombreros el águila imperial y la pluma de pavo real.

Los confederados se consideraron humillados con aquel proceder y la cólera los sofocaba; de modo que por tan mala inteligencia surgieron los asesinatos, las injurias y los incendios y por fin la guerra con Zurich.

## CAPITULO XV

Guerra de los confederados con Zurich.—Batalla de San Jáime.—Devastación de Rheinfelden y Friburgo bajola Saboya —La Thurgovia viene á ser bailía común de la confederación.

(Desde el año 1443 al 1468.)

A Zurich no le intimidaba la guerra con el apoyo del imperio, que mandó con tal fin al capitán Thuring de Halwyl con muchos caballeros y tropa, y hasta al margrave Guillermo de Baden, ascendiendo á más de 5.000 el número de los austriacos, dándose principio á la lucha fratricida, la más repugnante de las luchas, que generalmente acaecen en pueblos sin moralidad ni honor.

A orillas del lago de Zurich, cerca de Pfæffikon y de Freienbach, los de Schwyz batieron á doble número de los de Zurich, y entre tanto los de Lucerna, Uri y Unterwalden les tomaban sus parapetos y trincheras en las alturas de Hirzel, siendo innumerables las ciudades que á orillas del lago, en el país de Zoug, de Schwyz y en las bailías libres fueron reducidas á cenizas. La intrépida Bremgarten no pudo sostener la porción de soberanía que tenía sobre ella Zurich, y la neutralidad de Baden no la eximió de abrir sus puertas á los confederados. La torre de Rumlag y las fortalezas de Gruningen y de Regnensberg sucumbieron á los suizos, y por último Schwyz, Uri, Glaris, Unterwalden, Zoug y Lucerna en número de 5.000 hombres marcharon sobre Zurich, y los de esta y los austriacos arrastrados por la ira y entre ellos el burgomaestre Stussi, cruzaron el Sihl y se

encontraron los dos ejércitos en las praderas comprendidas entre el pueblo de Wiedikon y la antigua capilla de San Jáime el día 22 de Julio de 1443. Después de terrible combate las desordenadas filas de Zurich huyeron, y al repasar el puente del Sihl el heroico burgomaestre Strussi les gritó «deteneos, ciudadanos, deteneos;» pero uno de Zurich le dijo con voz terrible «el rayo del cielo te confunda; tú eres la causa de nuestro mal,» y lo atravesó con la lanza. Amigos y enemigos, todos pasaron por encima de su cadáver y se dirijieron al arrabal. Los ciudadanos fortificaron las puertas con barricadas y los vencedores saquearon el arrabal é hicieron pedazos el cuerpo de Strussi, le arrancaron el corazón con los dientes, empaparon el calzado con la grasa del cuerpo, y arrojaron los mutilados restos á las aguas del Sihl. El incendio de las casas y pueblos alumbró el festín de los vencedores que celebraron á la media noche su triunfo.

Seguidamente sitiaron los de Berná al Laufenburgo y los confederados el fuerte de Raperswyl, defendido por los austriacos; pero sin éxito, porque se sostuvieron con bravura. No así la fortaleza de Greifensée, que fué asaltada, contra los esfuerzos de Juan de Breitenlandenberg, llamado *el salvaje*, que la defendió veintiseis días con un puñado de valientes, y que costó mucho rendir á Itel Reding con sus confederados, los cuales, exasperados ya, pidieron á gritos la muerte de Juan el Salvaje y de los suyos cuando se rindieron á discreción. El capitán Holzach de Menzinguen los exhortó en nombre de Dios para no derramar sangre inocente ni manchar el honor de la confederación, á lo cual replicó el Landammann Itel Reding: «Este hombre aboga por los austriacos; mueran todos, pero no los ciudadanos de Greifensée.» Ancianos, hombres, mujeres, padres, madres, todos imploraron piedad; pero sus súplicas fueron ahogadas por los aullidos de la sanguinaria muchedumbre.

Hizo ésta un círculo, y á una señal de IteI Reding penetró en él espada en mano el verdugo de Berna, y empezó el degüello por Juan el Salvaje, que lo sufrió con el mayor valor y serenidad, y tras de él una multitud de valientes. Cansado el verdugo de tanto acuchillar se volvió á mirar á Reding, como pidiendo por los demás, y el terrible Landamman le dijo colérico que *si no cumplía su oficio, otro lo cumpliría en él*. Entonces rodaron las cabezas de Juan Escher, de Zurich, de Felix Ott y de otros, hasta cincuenta, en lo cual llegó la noche; Reding mandó encender hachones para á su luz proseguir la tremenda hecatombe, y cuando habían caído sesenta cabezas se separó de la muchedumbre lleno de horror. A mediados del año de 1444 sitiaron nuevamente los confederados con 20.000 hombres á Zurich, defendiéndose ésta heroicamente, causando diez y seis hombres de ella, á que llamaban los *machos cabrios*, mucho mal á los confederados. Habían formado los diez y seis una asociación militar para molestar en partidas al enemigo.

Los nobles austriacos de la Argovia, verdaderamente no abandonaron á Zurich, y como ejemplo citaremos al conde soberano del Bouchgau y del Sissgau, Tomás de Falkenstein, que mandó á dos de los suyos para que incendiaran á Arau durante la noche, por hacer mal á Berna; pero habiendo fracasado el plan se dirigió él mismo á caballo á la ciudad de Brougg con dos señores de Baldegg diciendo que venían del campo de Zurich é iban á buscar al señor obispo de Basilea para que los ayudase á hacer la paz. Dos noches después volvió á presentarse en las puertas de Brougg, con dos criados disfrazados con los colores de Basilea diciendo que llevaba la paz é iba acompañado del señor obispo; engañado el centinela abrió la puerta de la ciudad, y penetrando en ella Falkenstein con 400 caballeros, todo lo puso á

saco y se apoderó del gobernador Effinguer y de los miembros del consejo, con propósito de decapitarlos al amanecer. Pero como no era posible que dejase de percibirse tan ruidoso hecho, toda la gente del país acudió á las armas y Falkenstein incendió la ciudad y se llevó los prisioneros para ejecutarlos en un bosque de robles inmediato á Brougg, lo cual no se efectuó á ruegos de Juan de Rechberg que lo acompañaba; pero los encerró secretamente en Lauffenburgo, en una torre situada en una roca á orillas del Rhin. Se fugó uno de ellos, Borgui Kuffer, arrojándose á las aguas del río por una cuerda que hizo de las ropas de su cama, y pudo descubrirlo todo, facilitando así que las señoras de Brougg pudieran á fuerza de oro rescatar á sus maridos. En venganza de este hecho de Falkenstein fueron demolidos sus castillos de Gæsguen y de Farnsburgo por los de Soleura.

Entre tanto el cerco de Zurich era cada día más estrecho, y como el emperador, ocupado de una guerra lejana no podía socorrerla, pidió al rey de Francia que la favoreciera contra los suizos. El rey de Francia utilizó las tropas indisciplinadas inglesas y de otros países que habían quedado en su reino después de derrotadas cuando le hicieron la guerra á las órdenes del conde de Armagnac, las dió jefes y las envió bajo el mando del Delfin Luis á socorrer á Zurich, en número de 30.000 hombres. Llegaron cerca de Basilea cuando los de Soleura con los de Berna, Basilea y Lucerna sitiaban la fortaleza de Farnsburgo, y al ver ejército tan numeroso pidieron ayuda á los sitiadores de Zurich contra los de Armagnac, á lo cual contestaron que esos no eran más que unos miserables presumidos, y se limitaron á enviar un refuerzo de 600 hombres.

Cuando los franceses estaban en Munchenstein, próximo á Basilea, salieron á su encuentro 900 de los sitia-

dores de Farnsburgo con los 600 recién llegados del sitio de Zurich, y al amanecer del 26 de Agosto de 1444 avisaron á 4.000 franceses delante del pueblo de Prattelen, empeñándose el combate y rechazándolos hasta sus trincheras cerca de Montteur y, aguijoneándolos más, los precisaron á desalojarlas y arrojarse á las aguas del Birs que corre cerca de allí.

Aprovechando esta ocasión los de Basilea, salieron en número de 3.000 para facilitar á los suizos retirarse á la ciudad, pero no lo consiguieron, porque los confederados ganaron á nado la orilla opuesta del Birs, á pesar de la terrible oposición del enemigo que la defendía, penetrando entre sus filas. Fueron separados ó cortados en dos grupos, quedando uno de 500 hombres en la llanura y batiéndose el otro detrás de la tapia del jardín del hospital, junto á San Jáime. Los 500 del llano sucumbieron sobre los cadáveres de multitud de enemigos, y después de muertos estaban tan apretadas las filas como durante la batalla. Los del jardín pelearon de tal modo que rechazaron el asalto de la tapia por tres veces, hicieron dos salidas, hasta que el muro cayó y fueron incendiados el hospital y la capilla. Se encontraron los cadáveres de 99 que murieron por asfixia en las cuevas abovedadas, pero miles de hombres y de caballos del enemigo mordían la tierra entre Prattelen y San Jáime.

La batalla duró diez horas y después de ella el caballero Bourkard Munch, señor de Auenstein y de Landskron, recorría á caballo el campo con otros, regocijándose de los muchos suizos muertos que encontraba, hasta llegar á decir que se estaba bañando en agua de rosas; y alzándose de entre los cadáveres el herido capitán Arnoldo Schik, de Uri, le gritó: «Pues besa esta,» y le arrojó una piedra á la frente, que le mató.

Mil quinientos confederados alcanzaron gloriosa muerte en San Jáime, salvándose por la fuga solamen-

te diez, los cuales fueron despreciados en toda la Suiza y rechazados en todas partes por indignos.

Después de recorrido el campo de batalla por el Delfín y sabiendo este que los confederados levantaban el sitio de Zurich para caer sobre él con todas sus fuerzas consideró que si pocos cientos de hombres le había costado tanta sangre, qué sucedería con muchos miles. Respetando tan heroica bravura concluyó la paz con ellos en Ensisheim.

Basilea, unida con decisión y lealtad á los confederados, partió con ellos los peligros del combate y las glorias del triunfo; arrojó de su seno á todos los nobles que auxiliaron de uno ú otro modo á los de Armagnac, y sus tropas marcharon con las de Soleura y de Berna sobre Rheinfelden, que era adicta á los confederados. Sin embargo, su fortaleza, situada sobre una roca en el Rhin, la ocupaban Juan de Falkenstein, Hallwyl y otros caballeros austriacos; pero todos huyeron una noche y la fortaleza fué arruinada. Las cosas seguían, pues, como antes de la entrada de los franceses, continuando la guerra contra Zurich, contra la nobleza adicta al Austria y contra esta potencia.

Rapperswyl tuvo que sostener un nuevo sitio, y lo hizo con vigor, como plaza fuerte que era, y los de Zurich al mando de Juan de Rechberg la defendían denodadamente; mas las tropas de Schwyz y de Lucerna los batieron completamente junto á Wollrau en la noche del 16 de Diciembre de 1445. Pero la derrota de los austriacos verdaderamente funesta fué cuando en número de 6.000, con Juan de Rechberg, intentaron penetrar en Suiza por Ragaz, obteniendo sobre ellos la victoria 1.100 confederados cuyo resultado fué la paz, pues al emperador desagradaba una guerra poco gloriosa para sus armas teniendo sobre sí el cuidado de otra de más importancia para él.

Muertos Strussi é Itel Reding, los confederados y Zurich pudieron ya entenderse, y aunque alguna vez las armas hacían su oficio y aquí ó allí se causaba algún destrozo, se acudía con presteza á negociar, se saldaban las diferencias y volvía la tranquilidad, hasta que el 13 de Julio de 1450 Enrique de Boubenberg, gobernador de Berna, en calidad de árbitro, falló que Zurich había de renunciar á su alianza con el Austria y en cambio recobraría el territorio que le habían arrancado los confederados, menos lo que antes había perdido en la orilla meridional del lago al Oriente del puente de Pfäffikon, territorio que es hoy del cantón de Schwyz, coincidiendo además las partes en dejar el Tockenburgo á un pariente del conde, al señor de Raron, que más tarde, en 1469, lo vendió al abad de San Gall.

Cuando los confederados se ocupaban de la paz, la ciudad imperial de Rheinfelden, partidaria de los suizos, se hallaba bajo la protección de Basilea, de Soleura y de Berna, cuyas ciudades, que no esperaban ni temían peligro alguno, se limitaban á enviar á ella un pequeño destacamento, más que por necesidad, por representación.

El caballero Guillermo de Grunenberg, á quien Austria había permitido tomar á Rheinfelden en hipoteca en compensación del castillo que le habían destruído, deseando posesionarse cuanto antes de la ciudad, acordó con Juan de Rechberg y Tomás de Falkenstein, incendiario de Arau y autor de la matanza nocturna de Brougg, apoderarse de ella por la astucia. Una mañana de Noviembre de 1448, durante la misa, bajó á la ciudad por el Rhin una barca cargada de madera, diciendo unos hombres de largos capotes grises, que estaban en ella, que se detendrían para comer en la ciudad, pues volvían de peregrinación á nuestra señora des Eremites, y apenas llegaron á la puerta, arrojaron los



capotes, apareciendo completamente armados y con corazas, y mataron á los guardas y cobradores. Otros ciento veinte que salieron de entre las maderas y seiscientos al mando del mismo Grunenberg, que estaban ocultos, entraron derribando otra puerta de la ciudad, mataron á los transeuntes en las calles, saquearon las casas, arrojaron á los habitantes, y éstos, despojados de todo, se refugiaron en Basilea, que los acogió con la mayor caridad, alojándolos en el hospital y en las posadas, é hizo más la irritación de los de Basilea; se reunieron en gran muchedumbre, se pusieron en marcha y batieron á Falkenstein y Rechberg y quemaron muchas fortalezas, que eran guaridas de bandidos de la nobleza. Mas cuando á poco la paz devolvió Rheinfelden á la casa de Austria, los nobles, que tenían que abandonarla, se llevaron los muebles y utensilios, y destrozaron todas las puertas y ventanas, sin dejar en pie más que los muros.

Casi toda la Suiza estaba destrozada por la guerra, languideciendo las ciudades por muerte del comercio y de la industria y abandono de la agricultura. A Zurich le costó más de millón y medio de florines su lucha insensata, y tratando de retirar el dinero que tenía prestado, no pudiendo el emperador Segismundo pagar, la dió por ello la propiedad á perpetuidad del condado de Kyburgo que le tenía hipotecado.

La guerra mantenía la animosidad que desde tiempo existía entre Berna y Friburgo, que, siempre partidario del Austria, se manifestaba opuesto á los intereses de los confederados y de Berna, procediendo tal adhesión de que Austria lo compró á los herederos de Kyburgo, á cuyas manos vino de las de sus fundadores los duques de Zæhringuen, y por eso Berna favoreció tanto al duque de Saboya en las cuestiones de éste con Friburgo que acabaron por una guerra, á cuya terminación tan

mal recompensó Austria la fidelidad de Friburgo, tratándolo con dureza, privándole de gobierno y consejo propios, negándole las sumas prestadas é imponiéndole la autoridad despótica del mariscal Thuring de Halwyl, autoridad sin límites.

Con gran complacencia veía Berna que Friburgo pensaba en sacudir cuanto antes el yugo austriaco, ocasionando la ingratitud y tiranía del Austria algunas turbulencias y conspiraciones dentro de él. Al mismo tiempo le reclamó el duque de Saboya 200.000 florines que le debía, y no pudiendo la ciudad pagarlos, comprendió Austria que ya no podía conservar á Friburgo y entró en arreglo con la casa de Saboya, poniéndose pronto de acuerdo. Austria mandó al mariscal Halwyl que desocupase la ciudad, cuya orden no tuvo más que cumplir, aunque muy á pesar suyo, diciendo á los de Friburgo que preparasen una recepción solemne al duque Alberto que estaba para llegar á posesionarse de su nuevo Estado, y que para ello le remitiesen los habitantes toda la plata y oro que tuvieran para tratar al duque con el conveniente esplendor; pero en cuanto recibió el oro y la plata, los hizo embalar y salir en secreto para Austria. Montó luego á caballo como para recibir al duque, con gran séquito; pero á una legua de la ciudad, se volvió, entregó al avoyer un acta por la que el duque Alberto renunciaba á sus derechos sobre Friburgo, y luego añadió que las alhajas eran el precio de su libertad, y metiendo espuelas Halwyl, dejó á los de Friburgo llenos de asombro de la indignidad y desvergüenza de aquel hombre.

Pero aún acaecieron allí disturbios, porque la población rural no estaba de acuerdo con la de la ciudad, que, por su parte, temía caer otra vez en poder de Berna; y como el duque de Saboya reclamaba imperiosamente el pago de la suma que se le adeudaba, en tal

conflicto el consejo de Friburgo se sometió al dominio y protección de la casa de Saboya, prestando el juramento de sumisión todas las corporaciones y clases en la catedral de San Nicolás el 10 de Junio de 1452, devolviendo en cambio el duque á la ciudad muchos de sus antiguos privilegios.

La paz no se concertaba ya con los hábitos y rudeza militar de la Suiza, porque el pueblo prefería el botín al cultivo del arte ó del campo, y los señores ó gobernadores fortuna y nombre al lado de los soberanos para serlo ellos de los pueblos, así es que acudían multitud de reclutadores del extranjero á enganchar soldados que segúan gustosos las banderas de cualquier país que los pagase.

Francia agasajó mucho á los confederados, y en 1453 se alió con ellos como buenos vecinos y muchos suizos le vendieron su valor engrosando sus tropas. El duque de Milán, siguiendo el mismo sistema, concedió á Uri á perpetuidad la Levantina, y concluyó en 1467 con los suizos un tratado relativo al derecho de peaje, á la libertad de comercio y á cuestiones jurídicas, vendiendo tan vergonzosamente la Suiza su sangre por estos tratados con la que había de regar el campo extranjero.

Más no se crea que la paz era completa, pues la ciudad de Strasburgo se quejó á Zurich de que el caballero salteador conde de Thenguen robaba á los negociantes de ella, y los de Zurich, vengando á sus amigos, se apoderaron de Eglisau y de Rheinau, guardando la primera y el convento de la segunda por gastos de guerra, bajo la protección de Suiza, celebrando por esto Strasburgo una fiesta consagrada á la victoria y á la amistad, á la que invitó á la brava juventud de Zurich, la cual bajó en barcas el Limmat, el Aar y el Rhin, llevando consigo la caliente sopa de mijo y pequeños panes calientes que ofrecieron en alegre comida en Strasburgo, ma-

nifestando así la celeridad con que el amigo acude al llamamiento del amigo.

Al año siguiente en una fiesta militar un ciudadano de Constanza, donde se celebraba, se negó á recibir de otro de Lucerna una pequeña moneda bernesa que arrojó con desprecio, y por tan baladí asunto dejaron la fiesta los suizos, volviendo luego 4.000 hombres de todos los cantones á arrasar las posesiones que poseía Constanza en la Turgovia, alcanzando por fin la paz á fuerza de dinero.

## CAPÍTULO XVI

---

Unión de las tres ligas de la Rhetia.—Discordia en Berna.

Guerra de Borgoña.—Friburgo es libre.

(Años desde 1469 á 1477).

Los grisones, tan amantes de la libertad, no participaron de las turbulencias ni de las guerras de los confederados; procuraron sólo evitar la tiranía y los caprichos de los poderosos. Muchos valles redimieron los impuestos que pagaban á los señores, pero nunca emplearon la violencia, á no ser que los señores intentaran de nuevo subyugarlos, en cuyo caso no vacilaban en cojer las armas; testigo el valle de Schams donde murieron tantos señores en 1450 por haber formado «la banda negra» contra los descendientes de Juan Chaldar.

En 1471 se reunieron en el pueblecito de Vazerol diputados de todos los municipios y jurisdicciones de las tres ligas, y éstas juraron mantenerse siempre unidas para conservar á toda costa sus derechos, para defen-

derse del extranjero y deliberar de común acuerdo, y juzgar en una dieta anual sus diferencias, la cual tendría lugar alternativamente en la de Maison-Dieu, en Coira, en Hanz en la Alta liga, y en Davos, en la de las diez jurisdicciones; pero los diputados tendrían derecho de iniciativa y no poder legislativo, el cual residiría en la asamblea del pueblo reunido por municipalidades. La cuestión entre dos ligas la decidiría la tercera, y el acuerdo de dos ligas obligaría á la tercera. Cada municipio tendría sus leyes y sus jefes, y varios municipios reunidos los gobernaría un landammann que tendría la alta jurisdicción, nombre que luego se dió á la reunión de varios municipios. La reunión de altas jurisdicciones formaban una liga, y el conjunto de las tres ligas componía la república de los grisones. La elección de los magistrados era del pueblo, que daba su sufragio al que le era de más confianza, organización política que aseguraba la mayor tranquilidad á los Altos Alpes.

Berna, que fué edificada por el duque de Zæhringuen en un suelo libre habitado por ciudadanos libres también y laboriosos, vivía en completa armonía con los señores vecinos, cuyos derechos á los bienes que poseían en el territorio de la ciudad ellos se los garantían y dichos señores, en compensación, velaban por los intereses de ésta, auxiliándola por todos los medios á su alcance, contribuyendo al aumento de su población por la conquista ó por medio de compras. Más el pueblo llegó á crecerse con los nobles y éstos á mirar con desdén su altivez, lo cual fué causa de empezar á vejar el pueblo á la nobleza.

Una chispa bastó para encender el fuego. Un ballio (magistrado de 1.<sup>a</sup> instancia en lo judicial y administrativo) se extralimitó en sus funciones y tuvo que comparecer ante el Consejo de Berna, en el cual hubo variedad de opiniones; pero condenado al fin, apeló al gran

Consejo, en el cual los señores, atendiendo á sus prerogativas, pedían un tribunal imparcial y los demás opinaron lo contrario, entre ellos el carnicero Pedro Kistler, por lo cual, toda la nobleza abandonó la ciudad y se instaló en sus posesiones. Nombrado avoyer Kistler, trató de humillar á los nobles asimilándolos en todo al resto de los ciudadanos, y entre otras disposiciones se tomó una contra el lujo en los vestidos, prohibiéndose las colas en los de señoras, distintivo de la nobleza. Las exclamaciones de las damas nobles influyeron en los ánimos de sus padres y maridos que se negaron á obedecer aquellas disposiciones, lo cual dió origen á bastantes turbulencias que trataron de sofocar con su mediación los confederados, y sobre todo, el Consejo de Berna, anulando aquellas ordenanzas.

Cárlos el Temerario, duque de Borgoña, príncipe soberbio, ambicioso é irascible, que ya dominaba desde las fronteras septentrionales la Suiza, el Jura y el Rhin hasta el Mar del Norte, había arrollado con las armas al duque de Lorena, René, llegando hasta los muros de Paris, y el rey de Francia, Luis XI, que aborrecía al duque de Borgoña, halagó á los suizos, colmó de presentes á sus consejeros más influyentes é hizo los mayores esfuerzos para decidirlos contra Cárlos el Temerario, y ellos, muy inclinados á los azares de la guerra por una parte y por otra aguijados por la alianza del Austria, la Lorena y otras potencias alemanas contra Borgoña, cedieron á las instancias de Luis XI, y en su consecuencia, en 1474 los confederados celebraron con Francia un tratado, por el cual, entraron 8.000 de ellos en la alta Borgoña, llevándolo todo á sangre y fuego, al mismo tiempo que 10.000 loreneses y austriacos. Ayudaban á los suizos tropas de San Gall, de Friburgo, de Basilea y de Schaffhausen. Las de Berna y de Friburgo sometieron á Morata. Multitud de castillos fueron incendiados y aún

los señores de Vaud, adictos á Borgoña, como el duque de Saboya, sufrieron crueles consecuencias. Los confederados dominaban el lago Lemán y guarnecieron la ciudadela de Grandson junto al lago de Neuchâtel.

Después de tantas victorias, tuvieron los confederados que ser víctimas de una horrible decepción. Carlos el Temerario hizo primero en 1475 la paz con el emperador de Alemania, y doce semanas más tarde treguas con el rey de Francia, ofreciendo separadamente á cada uno de estos la mano de María, su hija única y heredera suya, para uno de sus hijos, mientras los engañados soberanos ofrecían á los suizos su constante apoyo contra Borgoña, y libre ya Carlos de estos dos poderosos enemigos, se propuso saciar su encono con los suizos levantando un ejército numeroso en sus estados, en Francia y en Alemania. Aturdidos por tan dura traición de sus aliados y por los preparativos del duque de Borgoña, los confederados le ofrecieron la paz, la cual no aceptó él lleno de soberbia; atravesó el Jura seguido de 60.000 hombres el año de 1476, y se dirigió á Grandson con intento de sacrificar á los suizos, cuando ya la ciudad de Iverdun estaba por una traición en poder de los suyos. Al presentarse ante Grandson, encontró una resistencia tenaz, y al cabo de diez días de obstinado combate decidió un ataque general, amenazando colgar á todo suizo que en el acto no se rindiera, amenaza que intimidó al capitán sitiado Juan Wyler y á muchos de los suyos. En este punto llegó á ellos un caballero borgoñón que hablaba alemán, y celebrando su valor, les dijo; que el duque los respetaba y les ofrecía dejarles retirarse libremente si desistían de su enérgica pero loca resistencia, y persuadidos los suizos, salieron del castillo, é instantáneamente fueron apresados, despojados de las ropas y colgados de los árboles á centenares, los que no fueron arrojados bárbaramente al agua y

arrastrados en ella con cuerdas hasta quedar ahogados.

Poseidos los confederados de la ira más feroz al ver á los suyos sacrificados, marcharon en número de 20.000 á Grandson, sobre un enemigo triplo, y al amanecer el 3 de Marzo de 1476 llegó su vanguardia, compuesta de tropas de Lucerna, de Schwyz y del Oberland bernés á los viñedos entre la cadena del Jura y el lago de Neuchâtel, empezando el ataque después de la acostumbrada plegaria á Dios. Juan de Hallwyl y el avoyer de Berna mandaban las de Friburgo y las de Berna; y cuando ya llevaban unas horas de furioso combate, se presentó en las alturas el grueso del ejército confederado, haciendo resonar en la montaña el sonido del cuerno de Unterwalden y el mujido del toro de Uri, al tiempo que flotaban al aire las banderas de Schaffhausen y de Zurich, á cuya vista preguntó Carlos al duque de Stein: «¿Qué gente es esa?» y le respondió: «La gente de que ha huido el Austria.» «¡Qué fatalidad!» exclamó Carlos, «¿si un puñado de esos hombres nos molesta desde esta mañana hasta ahora, qué será con esa multitud?» Apenas empezada la batalla, se apoderó el terror de los de Borgoña, y lejos de poder Carlos sostener á los fugitivos fué arrastrado por ellos y perseguido hasta muy entrada la noche por los suizos encarnizados. Pero cuando los de Berna y de Friburgo vieron á los ahorcados de Grandson, rendidos los borgoñones que lo guarnecíán, fueron colgados sin compasión en donde se hallaban los cadáveres suizos que retiraron los suyos.

Carlos el Temerario perdió en esta jornada mil hombres, más de un millón de florines y todas sus alhajas, entre ellas un diamante de su corona ducal del tamaño de media nuez, que encontrado en el camino por un suizo, é ignorando su valor, lo vendió por tres francos á un sacerdote, viniendo después de pasar por muchas manos, á brillar en la tiara, comprado por el Papa



en 20.000 ducados, y otro igualmente encontrado en el campo, adornó hasta hace poco la corona del rey de Francia.

Tenaz Carlos volvió en el siguiente Abril con nuevas fuerzas sobre Suiza, y acercándose al lago de Neuchatel cargó sobre Morata, que estaba defendida por 600 valientes bajo el mando de Achiano de Bonbenberg, ayudado de los habitantes de la ciudad, y en este tiempo, y cuando los sitiados se hallaban ya en gran peligro, porque las torres y muros estaban casi derruidos, vieron acercarse por todas partes á los confederados con los de Biana, de la Alsacia, de San Gall, de Basilea y de Schaffhausen, sus aliados. Les seguían á toda prisa á pesar del mal tiempo y peor camino, las tropas de Turgovia, de Argovia, de Zurich y de Sargans.

Al apuntar el día 22 de Junio, en que se había de dar la batalla, caía una lluvia torrencial y sin embargo, en frente de la inmensa línea de borgoñones se desplegó la de los suizos que apenas contaría 34.000 hombres. Juan de Hallwyl se arrodilló con su ejército para orar y entre tanto el sol penetró las nubes, á lo cual gritó Hallwyl, agitando la espada: «Arriba, confederados, levantaos, que Dios alumbró nuestra victoria.» Seguidamente principió la batalla, mandando Hallwyl el ala izquierda, Juan Waldmann la derecha, formada del grueso del ejército suizo, batiéndose Adriano de Bonbenberg, bajo los árboles de la orilla del lago. Se peleó en los llanos, en las alturas, á orillas del agua, por todas partes se oyó el choque de los aceros. Hallwyl sostenía lo más rudo de la pelea, y vió aparecer en la colina, á espaldas del enemigo, á Gaspar de Hertenstein general de Lucerna, que había hecho venir por allí dando un gran rodeo para cortar la retirada al enemigo, si hubiera sido necesario, ó batirlo de revés. Los borgoñones morían á millares y á millares hufan de aquella car-

nicería, y el mismo Cárlos, pálido, desencajado, viéndolo todo perdido, también huyó á toda brida seguido de unos treinta caballeros, llegando á orillas del lago de Ginebra; 15.000 borgoñones muertos se contaban entre el lago de Morata y la ciudad de Avenches, además de los que sucumbieron en el lago y en las lagunas en que termina. Tiendas, provisiones, riquezas, todo cayó en poder de los confederados y sus amigos. Se enterraron los muertos en fosas cubiertas de cal viva y luégo de tierra, y algunos años después, los de Morata erigieron un osario que llenaron con los cráneos y huesos de los borgoñones, como recuerdo del poder de los confederados cuando estaban unidos.

Cárlos el Temerario había despojado de sus estados al duque René de Lorena, el cual aprovechando la situación angustiosa del primero, le hizo la guerra, recobró la ciudad de Nancy y pidió auxilio á los confederados, que se lo prestaron de 8.000 hombres bajo el mando de Juan Waldmann. Cárlos atacó vigorosamente á Nancy con nuevas tropas, y el 5 de Enero de 1477 René le presentó la batalla con sus tropas y los confederados, al pié mismo de los muros de la ciudad. Las tropas de Cárlos peleaban ya sin brío y el duque de Cola Campobasso, léjos de atacar, se pasó al enemigo, de modo que Cárlos fué vencido, y huyendo al escape de su caballo, dió en un pantano cubierto con una ligera capa de hielo y pereció en él. Todos sus estados cayeron en manos de sus enemigos; más los de la alta Borgoña pidieron la paz á los suizos y aún entrar en la confederación apoyados por los de Berna, por generosidad y por política, viendo en los Vosgos y en el Jura una trincherá contra Francia; pero los pequeños cantones, juzgando excesiva latitud en la confederación, que podía complicarlos en guerras extranjerás, y aún aparecer ellos muy en minoría, se opusieron, y se hizo la paz con Borgoña me-

dante el pago por ésta de ciento cincuenta mil florines, pasando la corona de este país á Maximiliano de Austria que contrajo matrimonio con la hija de Cárlos el Temerario, bajo la condición de defenderse recíprocamente y de perpétua alianza. El Austria la pactó también con Berna, Lucerna, Zurich, Soleura y Uri, y luégo con Unterwalden, Zoug, Glaris y Schwyz, á condición de abandonar sus pretensiones sobre la casa de Habsburgo.

También se aliaron los suizos con la Francia, permitiéndola el enganche de tropas en su país, á lo cual se prestaban hasta los baillíos, magistrados y caballeros, que también aceptaban altos puestos en la milicia francesa, vendiendo así su sangre la Suiza al oro extranjero.

Acostumbrados los suizos al pillaje durante las guerras, no podían ya vivir de otra manera por su ódio al trabajo y á la vida arreglada, de modo que el país estaba plagado de malhechores, situación que explica el hecho siguiente. En Zoug, durante un carnaval, jugaban y bebían unos jóvenes, hablaron del reparto desigual del botín de Borgoña y de lo aventajados que salieron por él los grandes señores de Berna y de Friburgo y concibieron el proyecto de coligarse y pedir cuenta á estos señores, tomando ellos el nombre de *la partida de la vida alegre*. Armados y en son de diversión se pusieron en marcha, á cobrar en Ginebra la contribución de guerra á la Borgoña, que no había pagado todavía, engrosando talmente sus filas en el trayecto, que en Berna iban ya 700 y en Friburgo 2.006. No cometían durante él desmán alguno, pagaban todos sus gastos, pero el gobierno no autorizaba un armamento ilícito, lo miraba con recelo é hizo reunirse las dietas, aunque en vano; la banda de vida alegre no permitió volver á sus hogares hasta que Ginebra y Lausana pagaron sus atra-

sos. Menos mal, que tal calaverada no tuvo desagradables consecuencias.

A la sazón Berna hizo la paz y se alió con la Saboya, devolviendo á ésta el país de Vaud que le tenía en hipoteca, conservando solamente á Aigle; pero en cambio debió reconocer la Saboya la independencia de Friburgo, como ciudad libre del imperio romano, pagando ésta parte de las deudas de la casa de Saboya, consiguiendo así Berna despojarla de una plaza fuerte tan cercana de ella. Esto se realizó el 23 de Agosto de 1447.

## CAPÍTULO XVII

---

Jornada de Giornico.—Friburgo y Soleura en la confederación.—Muerte de Juan Waldmann en Zurich.

(Desde 1478 á 1500).

Orgullosos los suizos de sus victorias sobre Cárlos el Temerario, que perdió á sus manos las riquezas en la primera batalla, su ejército en la segunda y la vida en la tercera, se hicieron extremadamente atrevidos y no cesaron de pelear por las causas más fútiles.

Unos súbditos de Milán cortaron leña un día de un bosque de Levantina, y por tan leve motivo pasaron el San Gotardo los de Uri y saquearon y maltrataron á los habitantes de los pueblos cercanos del Milanésado. El cantón, lejos de castigar á los de Uri, los protegió y declaró la guerra á los milaneses, no sin pedir el concurso de los confederados, los cuales, reconociendo la falta de sus amigos, buscaron un arreglo; más no queriendo abandonarlos, les mandaron tropas. El duque de Mi-

lán, en consecuencia, envió fuerzas considerables al Tesino bajo el mando del conde de Borelli, hallándose la vanguardia suiza compuesta de 600 hombres de Uri, Lucerna, Schwyz y Zurich en el pueblo de Giornico, quedando muy detrás los demás confederados en número de 10.000.

Como esto acontecía el 28 de Diciembre de 1478, día rigoroso de invierno, los suizos anegaron las praderas con aguas del Tesino, que hicieron á poco sobre el suelo una capa de hielo, y para operar sobre ella se pusieron unos garfios en el calzado. Borelli quiso atacar con la flor de sus tropas á Giornico, y como estas no podían caminar sobre el hielo, los suizos cayeron sobre ellas con paso firme, haciendo gran destrozo poniendo en fuga vergonzosa á más de 15.000 hombres y pereciendo más de 1.500. La paz costó á Milán la Levantina y el valle de Brugiasco entregadas á Uri en feudo perpétuo á cambio de que éste colocase anualmente en la catedral de Milán un cfrío de tres libras.

Berna quiso entrar en la confederacion, en premio á su valor y buenos servicios, á Soleura y á Friburgo, á lo cual se opusieron los habitantes libres de Uri, de Unterwalden y de Schwyz para evitar que tantas grandes y tan adelantadas ciudades como ya había en ella se apoderasen de la confederación, cuyos celos también existían entre las ciudades contra los cantones libres, por si un día trataban estos de establecer un gobierno enteramente del pueblo; y para precaverlo se ligaron entre sí y con Soleura y Friburgo por un derecho de conciudadanía Zurich, Berna y Lucerna, porque las ciudades habían conquistado ó comprado sus súbditos y no querían renunciar á sus derechos.

Esta desconfianza recíproca entre los confederados se vió justificada muy luego por el hecho siguiente: el valiente Pedro AmStalden vivía en Escholzmatt, en el

Entlibouch, correspondiente á la bailía del cantón de Lucerna, y visitado por sus primos, Burgler, antiguo landammann del alto Unterwalden y el cuñado de éste, Kuhnegguer, sentados delante de una botella hablaban de la libertad, y como AmStalden estaba quejoso del bailío de Entlibouch y de los señores de Lucerna, sus primos le aconsejaron que diera un golpe sobre la ciudad en la fiesta de San Leodegardo á que acudiría mucha gente del alto de Unterwalden, y arrasar entonces la ciudad matando al consejo y á otros muchos, reduciendo á Lucerna á la consideración de pueblo y erigiendo á Entlibouch en estado independiente. Por unas palabras imprudentes escapadas á AmStalden, supieron el complot los de Lucerna, lo prendieron, confesó y fué decapitado.

Hallándose reunidos en Stanz, cantón de Unterwalden, los diputados de la confederación con los enviados de San Gall, Soleura, Appenzell y Friburgo, hubo divergencias sobre el reparto del botín de Borgoña y la admisión de dos nuevas ciudades, haciendo estallar la desconfianza el odio más profundo. Los tres cantones primitivos amenazaron á las ciudades, y estas á los cantones, en vista de lo cual, los de Soleura y de Friburgo renunciaron su mandato y su voto, corriéndose la voz por toda Suiza que la confederación se disolvía y se empuñaban las armas. El pastor de Stanz, Enrique Imgrund, sorprendido de la noticia, voló al solitario de Ranfttobel, Nicolás Lœvenbrougger, que vivía en una roca junto á Saxelen, en el alto Unterwalden, consagrado á ejercicios de piedad, y le participó cuanto sabía. Este venerable religioso se presentó inmediatamente en la sala de la dieta y cuando todos se levantaron en señal de respeto y veneración les dijo con acento grave y digno: «Os habeis hechos fuertes por el poder de vuestros brazos reunidos, y hoy vais á separarlos por un vil

botín. No permitais que tal vergüenza llegue á oídos del pueblo que os rodea. Vosotros, los de las ciudades, renunciad á todo derecho que atente contra los antiguos de la confederación; y vosotros, campesinos, recordad cómo Soleura y Friburgo han combatido al lado vuestro para admitirlos en vuestra alianza. Pero, confederados, no dilateis demasiado la valla que os encierra. Dejad de mezclaros en cuestiones extrañas; evitad toda disensión y mucho más el pensamiento de aceptar oro como precio de la patria.»

El discurso del augusto solitario allanó en una hora todas las dificultades pendientes y en aquel día, 22 de Setiembre de 1481, fueron admitidos Soleura y Friburgo en la confederación, á cuyo convenio se llamó *Tratado de Stanz*, en el cual se ratificaron todas las antiguas alianzas, y especialmente el convenio de 1381 contra la usurpación del clero, y la ordenanza de guerra de 1393, concluída después de la batalla de Sempach; también se acordó el reparto á los cantones de las tierras conquistadas y el botín á las tropas. También se decidió que toda sublevación contra un gobierno cantonal debía ser sofocada en caso necesario por todos los cantones, y que nadie podría sin permiso superior reunir municipalidades, ni hacer proposiciones peligrosas.

El acuerdo y buen éxito del congreso fué celebrado con repique de campanas que resonó desde los Alpes hasta el Jura.

Cuando un pueblo abandonó sus antiguas virtudes, muy tarde y por grandes acaecimientos, á veces por la desgracia, las recupera. Suiza perdió su disciplina y sus costumbres antiguas; la codicia y el orgullo dominaban á los gobernantes. la venalidad y servilismo á la magistratura, la rudeza y la vanidad á las asambleas, y la disipación y el ansia de la rapiña al pueblo. En 1480 condenaron los tribunales en tres meses 1.500 asesinos y

bandidos. Los jóvenes pasaban sus fronteras á miles con músicas á la cabeza para derramar su sangre en favor de causas de los extranjeros, en busca del botín ó de la muerte, y con tales condiciones la lucha en aquel país era indefinida. Sólo en el año 1487 pelearon los grisones contra Milán, los mismos con los suizos contra Venecia, después el Valais contra Milán, y por último, los de Berna y de otros pueblos del occidente de Suiza contra el Piamonte.

La situación interior tampoco era envidiable, pues el prudente y valeroso Juan Waldmann tenia por enemigos al clero y la nobleza, cuyo poder trataba de limitar; pero ellos lo calumniaban ante el pueblo, diciéndole que era un tirano sin más leyes que su capricho, y que procuraba pisotear sus antiguos derechos. Waldmann, hijo del pueblo y de un simple aldeano de Blikestorf, en el cantón de Zoug, llegado á Zurich, supo con su talento y valor en las jornadas de Nancy y de Morata, elevarse desde curtidor que era á burgomaestre de la ciudad. Los confederados le tacharon de afecto al Austria y al duque de Milán, y los de Zurich en particular, de orgulloso y déspota; pero desgraciado del que le atacaba, porque éra demasiado vengativo y duro; así es, que Frischhans Theilig, de Lucerna, el héroe de Giornico, que había censurado á Waldmann su parcialidad por la casa de Milán, habiendo venido á vender telas á Zurich, Waldmann lo hizo prender y sin forma de proceso lo hizo decapitar. La soberbia de Waldmann puso en movimiento á los habitantes de las orillas del lago de Zurich, siendo las primeras en alzarse las comunidades de Meilen y de Herrliberg, y tras de ellas muchísimos pueblos que reclamaron el cumplimiento de no imponérseles nuevas cargas. Pero acudieron como mediadores diputados de la confederación, con arreglo á lo acordado en la última dieta, para hacer justicia



á quien tuviera la razón; y Waldmann, creyendo comprometido el honor de Zurich por esta declaración, hizo que el escribano de la ciudad cambiara la sentencia de los árbitros por otra diciendo, que supuesto que los del pueblo habían formulado quejas infundadas, debieran pedir humildemente perdón y remitir sus reclamaciones á otra ocasión. Conocida la falsificación de la sentencia, el pueblo se sobrecitó en términos que el burgomaestre no salía á la calle sin coraza y dormía en el palacio del consejo. Habiendo llegado el instante del motín, fué cogido en el tumulto y conducido con sus allegados á Wellenberg, aplicado á la tortura y el 6 de Abril de 1489 decapitado; en el mismo día Zurich se presentó ante el tribunal de los confederados, que unió al pueblo con las autoridades por la decisión llamada *de Waldmann*, y consistió en que los rurales habían de someterse leal y sinceramente á los burgomaestres, consejeros y al gran consejo de Zurich, y en cambio podrían vender sus mercancías y establecerse donde quisiesen ejercer sus profesiones, cultivar la vid, administrar sus tierras independientemente, tener una subballía en los municipios de orillas del lago, y otros muchos derechos. Si Zurich abusaba de estos municipios reuniéndose dos ó tres parroquias elegirían diez ó veinte diputados cada una para llevar sus quejas ante una dieta de los confederados reunida en Zurich para alcanzar justicia.

Esta decisión fué pronunciada el 9 de Mayo de 1489 por los Siete Cantones árbitros entre ambas partes.

Pero cuando las banderías políticas dominan un país, huyen la verdad y la justicia, y la tranquilidad desaparece. Así sucedió á Zurich, que habiendo perdido su pueblo gran parte de su consideración por la sentencia arbitral de los Siete Cantones, sentados en el consejo los enemigos de Waldmann, disipando sus bienes y persi-

guiendo á sus partidarios, le excedieron en tiranía y en injusticia, y tal gobierno hizo echar de menos el del despota burgomaestre.

En San Gall estaban en oposición la ciudad y el abad, porque este quiso á su costa y en su propio territorio levantar en Rorschach un nuevo convento, á lo cual se opusieron los de San Gall, inclusa la gente de la Maison-Dieu, que recibieron socorros de los de Appenzell siempre enemigos del abad, y este de los de Zurich, Lucerna, Schwyz y Glaris que restablecieron el orden por medio de las armas en 1490. En esta cuestión perdió el Appenzell, por gastos de guerra, el Rheinthal y parte del señorío de Sajonia que se reservaron los cantones protectores, entrando luego en participación del gobierno de este señorío los de Uri, Unterwalden y Zoug, y como es consiguiente, tales cuestiones de confederados entre sí indispusieron los ánimos.

Pero como muchas cosas de este país eran providenciales, un peligro común vino á estrechar los lazos de la confederación.

Francia cedió el condado de la baja Borgoña á Maximiliano I de Austria, y este, para asegurarlo más, lo incorporó como un nuevo círculo del imperio germánico; trató de hacer esto también con la Suiza, y los confederados se negaron, prefiriendo su independencia. Como los estados de Suabia se aliaron entre sí para evitar guerras intestinas, Maximiliano políticamente se asoció á ella poniéndose al frente de la confederación en pró del Austria, y trató de hacer entrar en ella á los suizos, á lo cual se negaron estos también, é irritado de la negativa el emperador, dijo en Inspruck á los diputados de la confederación: «Sois miembros indóciles del imperio é indudablemente tendré que visitaros espada en mano;» á lo cual respondieron los diputados: «Rogamos á V. M. imperial que no se moleste en tal visita, porque

los suizos son rudos y ni aún respetan las testas coronadas.»

La Suabia se sintió también herida por la soberbia de los suizos, y hubo ya cuestiones en los límites de ambos países, y como el baillío de Uri era gobernador de la Thurgovia, desterró á unos cuantos de ella y se dirigieron á la ciudad de Constanza para castigar sus baladronadas, y ella por propia seguridad se adhirió á la confederación de Suabia.

Los grisonos y el Austria tampoco eran los mejores vecinos, porque en la partición de la herencia del conde de Tockenburgo los derechos de éste en la liga de las Diez jurisdicciones recayeron en los condes de Mætsch, de Sajonia y de Monfort, y luego en 1478 y 1489 los vendieron respectivamente al Austria, lo cual fué causa de muchas cuestiones entre ambos países. Las entre el Tirol y la Engadina sobre límites, sobre peaje, sobre derechos, eran frecuentísimas, en términos de llegar en 1476 á las manos, siendo arrollados los tirolese y obligados á entrar en su país por la estrecha garganta de Finstermunz. Recelosos de Maximiliano los grisonos y los suizos, las ligas de la Maison-Dieu y Gris hicieron en 1497 un tratado de alianza defensiva con Lucerna, Uri, Zurich, Zoug, Glaris, Unterwalden y Schwyz, no entrando en ella la liga de las Diez jurisdicciones por temor al Austria.

Aunque el emperador sostenía una guerra penosa con los Países Bajos, su resentimiento con los suizos le aguijó tanto que envió nuevas fuerzas al Tirol, y las tropas de la confederación de Suabia invadieron la Suiza desde el estrecho paso de Louziensteig, entre Alemania y los Alpes retíos, hasta Basilea ocupando las orillas del Rhin y del lago de Constanza.

Pero los grisonos tomaron las armas y tras de ellos los confederados; los de Appenzell y de Sargans acu-

dieron hácia Schollenberg, y los del Valais, Basilea y Schaffhausen salieron al enemigo, dándose principio á la guerra en febrero de 1499. El general del imperio Luis de Brandis se hizo dueño del paso de Louziens'teig y de la ciudad de Mayenfeld, entregada por cuatro ciudadanos traidores. Por las fronteras de los grisonos penetraron 8.000 imperiales en el Munsterthal y en la Engadina. Los grisonos reconquistaron enseguida á Mayenfeld dejando allí los de Suabia 800 muertos y huyendo el resto hácia Balzers. Los confederados y los grisonos vencieron junto á Freisen, y 8.000 de los primeros mataron casi la mitad de los 10.000 hombres que con la nobleza de Suabia ocupaban á Hard, Hœchst y Saint-Jean, entre Bréguez y Foussach, y subiendo los bosques de Bréguez impusieron contribución á este país. Otro cuerpo confederado de 10.000 hombres cruzó el Hegáu y en ocho días redujo á cenizas á veinte pueblos, caseríos y castillos.

Los de Suabia salieron subrepticamente de Constanza á sorprender una noche durante el sueño la pequeña guarnición suiza de Ermatinguen, y lo consiguieron, matando á setenta y tres hombres de ella; pero en cambio 18.000 enemigos que se hallaban en el bosque de Schwaderloch fueron vencidos por 2.000 confederados huyendo de modo que no cabían para pasar por las puertas de Constanza, excediendo el número de sus muertos al de los perseguidores. Enrique Wolleb, héroe del Uri, pasó con 2.000 valientes á Walgau en busca del enemigo, fuerte de 14.000 hombres, que estaba atrincherado junto á Fastenz y la muerte heroica de Wolleb hizo que los suyos cargaran sobre los austriacos con furia tal, que dejaron 3.000 enemigos muertos en los campos de Fastenz, huyendo los demás á los bosques y lagunas.

Por su parte los grisonos no se quedaron atrás, pues

8.000 de ellos atacaron á 15.000 austriacos atrincherados en Malserhaide, en el Tirol, envolvieron las posiciones, y siguiendo al bravo Fontana sus montañeses, asaltaron la trinchera y sujetando con la mano izquierda sus entrañas que le salían por una terrible herida y esgrimiendo el arma con la derecha, gritó á los suyos: *«Adelante, confederados; no os detenga mi muerte ¿qué importa un hombre menos? Salvad hoy vuestras ligas y la libertad de vuestras montañas, porque vencidos legais á vuestros hijos esclavitud eterna.* «Enseguida murió este héroe, pero cerca de 5.000 austriacos sucumbieron y 200 grisonos, contando éstos 700 heridos.

Al saber estos desastres el emperador, volvió de los Países Bajos á la capital, llenó de reproches á sus generales y pidió á los príncipes germanos socorros contra la Suiza, porque, decía, que aquellos groseros paisanos, sin virtud, nobleza, ni moderación, sin más que orgullo, perfidia y ódio á su nación, habían sabido atraerse muchos vasallos del imperio que hasta entonces le habían sido fieles. Por complemento supo que el ejército que envió á la Engadina contra la liga Gris había perecido por sofocación, avalanchas, hambre y por las piedras que les enviaban los montañeses desde lo alto de los Alpes; que cerca de Basilea batieron 1.000 suizos á 4.000 enemigos; y que en el mismo país, cerca de Dornach, de 15.000 austriacos habían muerto 3.000 y su general Enrique de Furstenberg, á manos de 6.000 confederados, que habían quedado victoriosos. De modo que habiendo perdido 20.000 hombres y más de mil pueblos, aldeas, ciudades y castillos reducidos á cenizas en ocho meses, y que los suizos quedaron victoriosos en ocho batallas, reflexionó y concluyó la paz en Basilea el 22 de Setiembre de 1499, ratificando los antiguos derechos de los confederados y sus conquistas; y les concedió además la jurisdicción ordinaria de la Thur-

govia, que como la criminal y otros derechos pertenecieron hasta entonces á la ciudad de Constanza, y desde este día los suizos aseguraron su confederación y su independencia.

Los confederados en prueba de gratitud recibieron á Basilea en la alianza perpétua de los suizos el 9 de Junio de 1501 y á Schaffhausen el 9 de Julio siguiente, y algunos años más tarde el Appenzell hizo alianza perpétua con la mayor parte de los cantones, quedando cerrada la confederación de los trece cantones á los 215 años de la muerte de Guillermo Tell.

San Gall, los Grisones, el Valais, Mulhouse, Rothweil en Suabia y otras ciudades, se consideraron desde entonces aliadas de Suiza, unidas á ella para su defensa recíproca, é independientes de todo príncipe, completamente libres.

## CAPITULO XVIII

---

### Rudeza de costumbres. — Guerras mercenarias de los suizos.

(Desde el año 1500 al 1525).

Los cantones no se hallaban unidos por un mismo pacto ni tenían todos los derechos mismos. Diez de ellos ligados entre sí por tratados particulares reconocían, por decirlo así, un centro común en los tres de Uri, de Schwyz y de Unterwalden, y como cada uno se ocupaba sólo de sus propios intereses y poco de los demás ni de la confederación, el temor á la ambición y poder de los príncipes y señores cercanos, fué uniéndolos más estrechamente.

Fuera de los compromisos que se establecían en las alianzas particulares, los gobiernos cantonales eran independientes entre sí y de los príncipes extranjeros; pero el pueblo carecía mucho de libertad. Los únicos habitantes que gozaban de los mismos derechos, eran los de los cantones de las montañas y los vecinos de las ciudades; lo demás del pueblo conquistado ó comprado por las ciudades, casi estaban como vasallos y aún como siervos, sin otros derechos que los que antes tuvieron bajo los príncipes, condes ó señores. En los cantones de las montañas habia vasallos gobernados por bailíos, sin permitirse en cantón alguno poder un súbdito comprar su libertad como los señores permitieron en otro tiempo á los confederados.

Por otra parte, el pueblo no se preocupaba de la libertad; en teniendo guerra y vino era feliz, y á falta de guerra en su país se alistaban buscándola bajo banderas extranjeras que les proporcionaban botín. La iglesia tampoco se ocupaba de la educación, ni las costumbres del clero diferían de las del pueblo, y los conventos corrompidos en la opulencia eran frecuentemente teatros de escándalo. Muchos sacerdotes eran completamente ignorantes y hasta gran número de ellos vivía con mancebas.

En las cabezas de cantón reinaba el escándalo y la disipación; la división entre los magistrados y el pueblo, la envidia en las profesiones y oficios, los miembros del consejo sólo procuraban su medro y el de sus parientes, á que proporcionaban plazas lucrativas, y esta era su sola tendencia.

Los reyes deseaban á porfía contar en sus ejércitos valientes suizos, y estos enriquecerse en la guerra, de modo que, á pesar de las prohibiciones, saltan á millares los jóvenes para alistarse en banderas extranjeras. Así los gobiernos juzgaron preferible tratar con los so-

beranos para la formación de regimientos suizos, mandados por oficiales propios, sometidos á sus leyes y pagados con regularidad, á fin de que cada gobierno velase por los suyos que estuvieran sirviendo en país extranjero. El primer tratado que se hizo á este fin, fué en los años 1479 y 1480, entre Francia y Lucerna. Luego en 1499 tomó Austria suizos á su costa, siguiéndola otros príncipes italianos y hasta el papa quiso guardia suiza, siendo el primero que la tuvo Julio II, en 1503.

La Suiza fué víctima de esta manía, porque murió en ella la agricultura por falta de brazos, y en cambio contrajo enfermedades y vicios importados del extranjero por los que volvían á corromper su país. Los hijos de la nobleza y de la magistratura, como desempeñaban grados superiores, se enriquecían, y al volver, alcanzaban una consideración y crédito de que se valían para oprimir á los de su país ó para vejarlos como inferiores. Los reyes excitaban la codicia distribuyendo presentes y acordando pensiones á sus partidarios en los consejos, de modo que los cantones vinieron á ser franceses, venecianos, milaneses ó españoles y rara vez suizos. Como Francia y Alemania pujaban la adquisición de suizos para sus ejércitos, el embajador de Francia tuvo el descaro de publicar en Berna, á son de trompeta, las pensiones anuales que su rey pagaba á ciertos señores, y amontonando en Friburgo con una pala los escudos decía á los presentes: *vale más este sonido que las palabras vanas del emperador.*

Luchando Francia contra Milan, se llamó á estos dos países tumba de los confederados, porque de todos los cantones excepto el de Appenzell estaban en uno ú otro ejército dando el espectáculo de degollar suizos á suizos, vergüenza colmada por el obispo de Sion, en el Valais, Mateo Schinner, que según lo que se le pagaba intrigaba en Suiza ya en favor del rey de Francia ya con-



tra este en favor del papa, recibiendo por esto el capelo y nombrándole legado cerca de la confederación.

Ciertamente que los suizos por su bravura eran para ser codiciados en el servicio de las armas. Por ellos sometió el Milanesado en veinte días y el duque, lanzado de su país volvió con 5.000 hombres que sacó á despecho de los cantones para rechazar á los franceses; pero estos como aliados obtuvieron un refuerzo de 20.000 suizos, se mantuvieron en Italia y dieron á los tres cantones Uri, Schwyz y Unterwalden en 1502 y 1503 á Palenza, Bellinzone y Riviera con sus territorios. Cuando el rey de Francia creyó que podía prescindir de los suizos empezó á no pagarlos ó pagarlos mal, y aprovechando la ocasión el cardenal Schinner hizo sonar á favor del papa y de Venecia el oro de 35.000 ducados y al sonido acudieron 20.000 suizos y grisones. Los confederados de los doce cantones sometieron los países de Valmaggia, Locarno y Lugano y los grisones los de la Valtelina, Chiavenne y Bormis. Los franceses tuvieron que evacuar la Lombardía siendo reintegrado de su herencia el joven duque Maximiliano Sforza. A las órdenes de éste batieron los suizos á los franceses en 6 de Junio de 1513, y aunque perdieron 2.000 hombres el enemigo perdió 10.000. El 14 de Setiembre de 1515 vencieron 50.000 franceses á 10.000 suizos en la batalla de Marignan; pero después de combatir dos días, y aunque los suizos salvaron su honor, se retiraron tristes á Milán, llevando al hombro las piezas de campaña y los heridos en el centro de su columna.

Los mismos franceses llamaron á esta *la batalla de gigantes*, por lo que no queriendo el rey de Francia Francisco I, victorias á tanta costa, en 1516 firmó paz perpétua con los confederados, pero obteniendo á fuerza de oro y promesas que algunos cantones le enviasen hombres, y de otros que no se los facilitaran á sus ene-

migos. Por este medio pelearon los confederados en sus banderas contra el papa, contra Milan y contra Maximiliano, sin otra ventaja que ser la confederación madrina de sus hijos; pero el rey perdió su animación por la guerra de Italia á fuerza de los reveses que sufrió, perdiendo 3.000 suizos cerca de Biocea el 20 de Abril de 1522, unos 11.000 en Lombardia y otros 7.000 en la batalla de Pavia; yendo el mismo Francisco I prisionero á Madrid.

## CAPÍTULO XIX

### Excisión religiosa en Suiza.

(Desde el año 1519 al 1530.)

Las guerras descritas dieron á la Suiza, es verdad, el ardor bélico, la entereza en el combate, pero como hemos expuesto, también la trajeron multitud de males como las disensiones interiores, la venalidad en los empleos, la mala administración y la corrupción de la magistratura. Al ver los suizos que se habfan rebajado á los ojos de Europa, volvieron al fin los suyos hácia su patria, y varios cantones proscibieron por una ley que los suizos se mezclasen en guerras extranjerás ni recibieran de príncipes extraños pensiones ni gratificaciones, consiguiendo así templar el ánimo guerrero, más respeto á las leyes y más disciplina y moralidad.

La Suiza contaba muchos sabios, sobre todo en el clero y buenas escuelas en las ciudades, pero la población rural estaba en ignorancia tal, que apenas habia en ella quien supiera leer y escribir, y por consiguiente carecía de todo conocimiento religioso, lo cual

satisfacía al clero que se cuidaba más de dominarla por la ignorancia que de mejorarla por la instrucción, y mucha parte de él más consagrada á los placeres mundanos que á los bienes del cielo, en vez de arrancarla del vicio, la daba impudentemente el ejemplo de la avaricia, del deleite, de la embriaguez y aún del juego, escándalo muy común.

El nuncio del papa absolvía á un fraile que había tenido comercio ilícito con una religiosa; el abad de Cappel, Ulrico Briskler, se hacía un serrallo de un convento de monjas; los dominicos, en Berna, sacaban el dinero á los crédulos con milagros y apariciones, por lo cual un infeliz llamado Yetzer perdió la razón; y todo esto con la mayor impunidad, lo cual tenía escandalizadas á las gentes sensatas.

Deseoso el papa Leon X de dotar á Roma de magníficos edificios, para recabar fondos hizo vender indulgencias por un pretendido perdón de pecados, dando el encargo de este negocio á Bernardino Samson, fraile franciscano. Sin embargo, el obispo de Constanza no desaprobó la conducta de Ulrico Zwingli, natural de Wildhans, en el Tockenbugo, que siendo pastor de Nuestra Señora des Eremites, predicó contra el ofrecimiento imprudente de redimir el pecado por dinero. Hizo más Zwingli, atacó los vicios de los láicos y de los eclesiásticos, y cuanto más contradictores hallaba, con más calor combatía el vicio. Apoyado en la *Biblia*, enseñaba que un alma pura era más grata á Dios, que todas las peregrinaciones y golpes de pecho; que el pan y el vino en la santa cena, no eran más que símbolos del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, y atacó muchas ceremonias, entre otras, la de la misa, la doctrina del purgatorio, el culto de los santos y el celibato del clero, con aceptación de muchos eclesiásticos, entre ellos algunos muy distinguidos por su saber.

Llamado Zwingli á Zurich como pastor, predicó en él su doctrina el 1.º de Enero de 1519, y todos aceptaron su creencia, tomándole el gobierno bajo su amparo, extendiéndose muy luego á Berna, Schaffhausen, Basilea, Biana y San Gall, y en casi todas las ciudades donde las buenas escuelas daban sólidos conocimientos. Otros eclesiásticos regulares y seculares tomaron á su cargo el difundirla, y al poco tiempo contaba ya numerosos partidarios, que llegaron á extenderse hasta en Alemania. A la sazón Martín Lutero, monje agustino de Witenberg, predicaba sin conocerle, casi la misma doctrina de Zwingli, adoptándola varios reyes, príncipes y muchos de sus pueblos en Alemania, Suecia, Dinamarca é Inglaterra, á cuyos partidarios se llamó *luteranos*. En Suiza tomó la doctrina el nombre de *Evangélica*, que quiere decir cristiana reformada con presencia del Evangelio.

El papa mismo convino en 1522 en la dieta de Nurenberg, que en la iglesia católica se habfan introducido muchos abusos: pero que el remedio debía ser lento y sucesivo por no empeorar queriendo salvarlo todo á la vez. Los buenos católicos de Suiza pensaban también así, asustándose de que pudieran perder la fé de sus padres, y entre ellos algunos tan respetables como piadosos, creyeron de su deber hacer algunas advertencias á los partidarios de la reforma, diciéndoles: «Vosotros que nos creéis en el error, sois hombres como nosotros para estar en él. Si nuestros antepasados estaban diez siglos más próximos al del Salvador; ¿por qué los hemos de creer menos que á vosotros que sois del día? Mirad que mientras nos habláis del amor de Dios, entregais vuestra pátria al odio, á la discordia y al desastre.»

Como era consiguiente surgió la excisión religiosa creyéndose ambas partes en la verdad y acusando á la

otra de error y de herejía. Hubo conferencias religiosas en público entre hombres entendidos en la materia, elegidos por los cantones, resultando de ello más tenacidad en las ideas de cada parte, como sucede siempre en religión y en política.

El restablecimiento de la antigua fe de Cristo predominó en Berna, Basilea, en los Grisones, en Coira, en Malans, en las orillas del lago de Ginebra, en Neuchatel, en Bienne y otras ciudades, por las predicaciones de Zwingli, Walter, Nicolás Manuel, Oecolampade, Spreiter, Comander y otros muchos; pero á ejemplo de Zurich, Berna, San Gall, Basilea, Schaffhausen se abolió la misa, los conventos y la adoración de los santos, se casaron los sacerdotes, y los láicos comulgaron indiferentemente con pan ó con vino, practicándose el nuevo culto por orden superior, á veces contra la convicción del pueblo. Pero en lo general éste llevó la exageración más allá que las autoridades y profanaba las imágenes, ultrajaba la cruz é insultaba á los fieles de la antigua creencia. Los católicos y los reformados llegaron á tenerse el odio más profundo; en Soleura y Friburgo se prohibió toda innovación y en 1521 se quemaron en Schwyz, Lucerna, Uri y Unterwalden los escritos de Lutero por orden del papa, prohibiéndose también la nueva doctrina bajo pena de muerte. En los cantones de Appenzell y de Glaris las fuerzas de católicos y de reformados estaban equilibradas.

Los católicos llegaron á temer en las baillías de la confederación, en el Rheinthal, la Thurgovia, Baden y las baillías libres, pensando los pequeños cantones que la reforma de las baillías restringiese su soberanía en favor de las ciudades, cuya ambición conocían, y como veían que más de un cantón prohibía despóticamente á los católicos establecidos en él el culto de la religión de sus padres, se irritaron. Luego que, en general, los

católicos disgustados al ver que los cantones evangélicos eran presa de los mayores desórdenes, provocados por la exaltación religiosa que desconocía la autoridad y aún la ley, se pusieron en defensa.

Los anabaptistas eran los más turbulentos y escandalosos, predicando en bosques y campos la venida del nuevo Mesías y la abolición de todo poder espiritual y temporal, viéndose Berna, San Gall, Basilea y Schaffhausen en el caso de contenerlos con las penas más severas, porque hasta llegaron á establecer la comunidad de bienes y de mujeres, llevando el fanatismo hasta el punto de decapitar con un hacha Tomás Schmoncker á su hermano Lienhard como víctima expiatoria de los pecados del mundo.

En lucha abierta ya los dos partidos, las enemistades crecían cada día, y como en ambos había personas prudentes y de buena intención decían: «si nuestra fe es la verdadera, procede de Dios; pues probémoslo á los contrarios por la caridad que proviene de él como el odio de Satanás.» A pesar de esto, los gritos del orgullo y del egoísmo sofocaron la voz de la prudencia, porque muchos habitantes esperaban de la reforma nuevos derechos y libertades, y cuando no los habían alcanzado se volvían al catolicismo; así sucedió cuando Berna suprimió el convento de Interlachen, cuyos vasallos se alegraron al verlo reemplazado por predicadores reformados. Entónces no tuvieron diezmos ni servidumbre; pero los exigió Berna y los del pueblo arrojaron á los predicadores reformados, llevaron armados el tumulto hasta Thoune, á lo cual pidió Berna á los otros vasallos una sentencia arbitral, puesto que no podía esperar auxilio pronto de los cantones inmediatos, que eran católicos.

Los árbitros dictaron la justa sentencia que los derechos temporales del convento pasaran á la autori-

dad temporal y no á propiedad del pueblo que no tenía derecho sobre ellos.

Los amotinados de Grindelwald se retiraron descontentos, aunque Berna les redimió de parte de sus antiguas cargas en beneficio de sus pobres.

Las medidas más prudentes fracasaban por la exasperación de los ánimos, y el pueblo trabajado por instigadores como los de Oberhasli por el abad de Enguelberg, temeroso por sus derechos y rentas en el Oberland de Berna, y los frailes de Interlachen descontentos por la pérdida de su convento, se prestaba á los manejos de los egoistas. El valle de Oberhasli tenía desde muy atrás las prerogativas de sello particular, bandera, elección de un landammann, y Berna más que autoridad ejercía en él protección. Cuando los frailes de Enguelberg y sus vecinos de Unterwalden lo atraieron otra vez al cristianismo en 1523, y trajo sacerdotes católicos de Uri y de Unterwalden, le imitaron los valles del Grindelwald, Obersimmen, Aeschi y Froutiguen. Pero Berna mandó su ejército inmediatamente para contener el progreso de la apostasía y huyeron los descontentos, castigando al Oberhasli, privándole por mucho tiempo del sello y de la bandera, y para siempre del derecho de elegir landammann, condenando á muerte á los autores de la rebelión y obligando á sus cómplices á pedir perdón de rodillas dentro de un círculo de gente armada, haciendo volver por fuerza al culto reformado á los otros valles Frontiguen, Simmenthal, Aeschi y los demás que abandonaban el culto.

La reforma de la iglesia era fácil donde no se reconocía sino un jefe constante, porque el pueblo era ignorante y tenía servilmente á los señores y autoridades de la ciudad; pero no era lo mismo en las baillías comunes gobernadas sucesivamente por cantones de religión diversa. En el condado de Baden y en las baillías libres,

por ejemplo, el consejo de la ciudad de Bremgarten puso al pastor Enrique Bullinguer que propagaba la reforma en las baillías libres, y el pueblo, incitado por Berna y Zurich, mantuvo tenazmente el culto reformado.

El abad de Wetingen adoptó este culto, y á pesar del de San Gall, soberano del Tockenburgo, éste abolió la adoración de los santos y la misa. Muchas municipalidades se vieron cambiar de religión en el mismo año.

Cada día era mayor el encono de los cantones católicos y de los reformados; así, habiendo atacado en Frauenfeld el culto reformado el landammann Wehrli, al pasar por Zurich lo prendieron y ejecutaron públicamente, aunque llevaba capa de los colores de Unterwalden; é inversamente, el gobierno de Schwyz hizo morir en la hoguera como hereje al pastor reformado Kaiser de Urnach; en fin, no se podía pasar sin peligro de muerte de un cantón á otro de religión diferente, y á veces dentro del mismo, aconteciendo, que teniendo que pasar de Unterwalden Antonio Abacker á las baillías libres de que había sido nombrado baillío, no quiso verificarlo sin una fuerte escolta, y las mismas baillías temieron al ver llegar un gobernador católico. En 1529 colocaron los de Zurich por precaución 800 hombres de guarnición en Bremgarten y en la abadía de Mouri, y algunos miles en el país de Garter; en la Thurgovia y en la frontera del cantón de Zoug y Berna también pusieron 10.000 hombres sobre las armas.

Los cantones católicos, á su vez, tomaron precauciones. Uri, Zoug, Schwyz y Lucerna se aliaron con el emperador romano en defensa de la fé católica y colocaron sobre las fronteras sus tropas, unidas á 1.500 hombres del Valais que se les agregaron.

Armados unos cantones contra otros y próximos á



venir á las manos los confederados entre sí, bastó que los otros cantones apelaran á la magnanimidad suiza para que recordaran los brillantes tiempos de la confederación, no olvidando la fraternidad de Waldstæetten y de las orillas del Limmat. Con frecuencia comían juntos en la frontera oficiales y soldados enemigos, y se bafían en broma con las cucharas de madera, cuando alguno se excedía sobre la sopera comun para llevarse la mejor parte. Así es, que el 26 de Junio de 1529, el síndico Stourm, de Strasburgo y el landammann Aebli, de Glaris, concluyeron la paz religiosa y volvieron las tropas á sus hogares respectivos.

Pero como el más tenaz, intolerante y cruel de todos los fanatismos es el religioso, los reformados tomaron con más ardimiento la propagación de la reforma preparando Berna su adopción en el principado de Neuchâtel, Bertoldo Waller en parte del cantón de Soleura, y más activos los de Zurich ganaron á la creencia de los reformados muchas municipalidades en el país de Sargans, en la Thurgovia y en el condado de Baden, así como en las ciudades de Kaiserstbuhl y de Zurzach. Aún más; muerto el abad de San Gall, Francisco Gueisberger, los de Zurich y los reformados de Glaris quisieron disolver la abadía de San Gall y secularizar los bienes de la iglesia, y en efecto, adoptó ésta el culto reformado y muchos de sus bienes pasaron á los pobres. Para afirmar en la reforma á los de la Maison-Dieu se les disminuyeron las cargas y se les concedió el derecho de que sus municipalidades eligiesen sus pastores, proceder que ofendió á los cantones católicos, porque Lucerna y Schwyz eran, como los dos anteriores, cantones protectores de la abadía, y aunque se les reservaban sus derechos, la reforma seguía creciente. En las baillías comunes se establecía en principio la libertad de conciencia, pero nunca tuvo esto lugar; Rapperswyl se hizo re-

formista y el Tockenburgo aspiró á librarse de los derechos de la abadía.

Viendo que la paz religiosa se había hecho en desventaja de los católicos, Uri, Unterwalden y Zoug unidos á Schwyz y á Lucerna decidieron desatar el nudo con la fuerza.

## CAPÍTULO XX

---

Guerra de Cappel.—Ginebra se separa de la Saboya.

Berna se apodera del país de Vaud.

(Desde el año de 1531 al 1558.)

En Zurich deseaban la guerra, unos en ventaja de la reformá; otros por humillar los gobiernos de los cantones católicos en las baillías comunes que querían dominar solos; otros, los católicos, en secreto esperando el triunfo de su doctrina, y otros por odio á los reformistas que predicaban la austeridad contra el libertinaje, contra la venalidad de los grandes y contra las pensiones extranjeras.

Al contrario los de Berna; deseaban la paz, porque además de no contar con tranquilidad interior, nada esperaban de la secularización de la abadía de San Gall que tenían muy lejos, y propusieron á los de Zurich que en vez de derramar sangre se cerraran los mercados al trigo de fuera hasta que el tratado de paz se cumpliera en todas sus partes, lo cual no aceptó Zurich porque sobre ser el medio tan odioso como la guerra eran más prontas las decisiones de las armas. Se dispuso, pues, la guerra, sólo que los de Zurich se prepa-

raban precipitadamente y con avidez y los de Berna con lentitud y disgusto.

Los cantones católicos Schwyz, Uri, Zoug, Lucerna y Unterwalden dijeron á los dos anteriores: «Propagais sin descanso vuestras reformas por la astucia ó por la fuerza; excitais nuestros súbditos á la rebelión: los amotinados de Rhinthal tienen preso á Kretz, bailío de Unterwalden, y lo consentís; despojais de sus derechos y bienes al abad de San Gall; pedimos justicia, según las leyes de la confederación, y nos la negais; pedimos una reconciliación franca, y nos cerrais vuestros mercados. Puesto que lo quereis, decidamos la cuestión con la espada. Dios nos juzgará.»

Inmediatamente partieron 8.000 hombres hácia Zoug bajo las banderas de estos cinco cantones á las bailías libres, y ya había junto á Cappel un pequeño cuerpo de los de Zurich, pero la bandera principal de éste debía estar próxima. Los de Berna estaban detenidos cerca de Lenzburgo, por no haber recibido órdenes. Las tropas de los cinco cantones avanzaron el 12 de Octubre de 1531 hasta Cappel, donde se empeñó un largo y terrible combate con los de Zurich, de los cuales llegó por Albis muy tarde y cansado el cuerpo principal que acompañaba (\*)

---

(\*) En la terrible batalla de Cappel, Zwingli en el mayor peligro, exhortaba á los suyos, curaba heridos, bendecía á los moribundos, y combatiendo entre todos fué un modelo de pastor y de héroe. Ya herido de muerte, testigo del desastre de sus hermanos, y no pudiendo tenerse de pié, hizo que lo acostasen bajo un peral y allí invocaba por la vez postrera al Omnipotente para que salvase á su pueblo y á la verdad. Cuando los soldados victoriosos perseguían á los fugitivos y les insultaban, obligándole á adorar las imágenes que le presentaban, les respondía con dulzura y les deseaba la luz del Evangelio. En fin, un soldado buen católico, un pensionado del Vaticano, el capitán Fockinger, de Unterwald, reconociéndole, le atravesó la garganta con la espada.—*Dœndliker*.

Ulrico Zwingli, muriendo éste y más de 600 de los suyos. Los demás de Zurich, puestos en fuga, fueron perseguidos hasta la noche.

La batalla fué rudísima, como de suizos contra suizos, que recordaron su antiguo heroísmo. Los vencedores dieron gracias á Dios sobre el campo de batalla y luego saquearon el de los suizos.

Al otro día estaban cubiertas las alturas de Albis de soldados del partido de la reforma. Las tropas de Berna apostadas cerca de Breingarten, saquearon el convento de Mouri, y por otra parte, los reformados avanzaron hasta la montaña de Zoug, algunos de los cuales debían saquear el convento de Nuestra Señora des-Eremites, pero sorprendidos antes de amanecer por 600 hombres escogidos que llevaba Juan Hong, hijo del avoyer de Lucerna, el 24 de Octubre fueron derrotados y puestos en fuga después de un corto combate en el monte Goubel, cerca de Menzigen.

Veintiseis miembros del grande y pequeño consejo de Zurich perdieron la vida en esta breve jornada, por lo cual la ciudad quedó aterrada. Los grisonos reformados se detuvieron cerca de Urnach al recibir la noticia, y los evangélicos de Glaris se declararon neutrales. Los de Tockenburgo propusieron tratos á los cantones católicos protectores de la abadía de San-Gall, y los de Zurich, al verse solos, tuvieron que pedir la paz, la cual les fué concedida bajo condiciones aceptables, porque los vencedores no se enorgullecieron del triunfo, y quedó concluída el 16 de Noviembre, al aire libre, junto á la alquería de Teinikon, por bajo de Breitholz, determinándose luégo por árbitros los gastos de guerra, y teniendo ambos partidos iguales derechos en las baillías comunes. Aceptadas las condiciones de paz por los de Berna, volvieron á sus hogares, ganando con esta templanza mucho los católicos, porque se atraje-

ron muchos á su iglesia, entre ellos el general de Berna Sebastián Diesbach, que poco después abjuró nuevamente del protestantismo en Friburgo.

La mayor parte de las municipalidades de Soleura había abrazado ya la reforma, y ligada á Berna por esta causa le había dado tropas auxiliares en esta campaña, por lo cual los cinco cantones victoriosos la pidieron satisfacción después de hecha la paz con Zurich y Berna. En la capital del cantón de Soleura el consejo y los de la ciudad estaban divididos en la cuestión religiosa y esto daba origen á muchas cuestiones y persecuciones, de modo que cuando los cinco cantones les exigieron el impuesto de mil florines ó la abjuración de la reforma, fueron muy pocos los que prefirieron pagar, recordando los más el nombre de católicos, dándose el caso de armarse los católicos del mismo Soleura y atacar con un cañón la casa donde los reformados deliberaban sobre el partido que habían de tomar. Cuando el arma terrible los amenazaba con la muerte, el avoyer Wengui, anciano venerable, se adelanta á los furiosos, pone su patriótico pecho en la boca del cañón y les dice: «Si la sangre de vuestros conciudadanos ha de correr, sea la mia la primera.» Asombrados todos de este héroe cristiano no corrió sangre. Los reformados de Soleura sacrificaron sus bienes y propiedades, dejaron el cantón y se establecieron en otras ciudades, quedando así restablecido el catolicismo en todo el cantón, cuando ya treinta y cuatro municipalidades lo habían abjurado. Consiguiente á la victoria de Cappel fué el reintegro de todos sus derechos al abad de San Gall y prohibida la reforma en las bailías comunes.

También en los Alpes helvecios ocurrieron estas divisiones, separándose en los valles de los grisones algunas municipalidades de su antigua fé, adquiriendo los evangelistas muchos sectarios en Sion, Lonesche y

el Valais por las predicaciones de Tomás Platter, y en el país de Vaud, Laussanna y otras ciudades y pueblos. La misma Ginebra, aún á costa de añadir la división religiosa á la civil que la trabajaba, se hizo reformada.

Ginebra, ciudad populosa, floreciente entonces en ciencias y artes, dos veces destruída en tiempo de los romanos, residencia luego de los reyes borgoñones, donde más tarde, en tiempo de los francos, los borgoñones reunían sus dietas, estaba desde tiempo inmemorial en lo eclesiástico bajo la autoridad de un obispo titulado príncipe, con grandes bienes y prerogativas, inclusa la régia de la ciudad. Los demás derechos reales recayeron en los condes, que llegaron hasta vincularlos en los suyos, y aún consideraron á Ginebra y su territorio como suyos, excepto los del obispado, del que eran representantes para la administración de sus bienes temporales, no sin grandes rivalidades entre el obispo y el conde de Ginebra, en las cuales ganaba el pueblo poniéndose de parte de uno ó de otro para recabar nuevos derechos y franquicias, resultando de esto tres rivales que disputaban la preeminencia, el obispo, el conde y el pueblo, agregándose luego el conde de Saboya, porque le pidió auxilio el pueblo contra el de Ginebra, dándole muchos derechos del de este, y después los pretendió todos comprando sus bienes cuando se extinguió la familia del de Ginebra.

Cada día más potentes los condes de Saboya, se abrogaron el título de duques, arrebataron el poder á los obispos, dando la silla á uno de su familia, y se hicieron más peligrosos para el pueblo; hasta que en tiempo de Carlos el Temerario hizo un obispo un tratado de alianza en nombre suyo y del pueblo con Berna y Friburgo en 1493, y adquirió el pueblo en estos confederados garantizadores de sus derechos y defensores contra las usurpaciones de los duques y obispos.

En 1517 y en Ginebra, un hombre del pueblo, por maldad, cortó un corvejón á una mula del juez episcopal, á quien aborrecía, y luego un idiota que buscaban iba pregonando por la calle «¿quién compra un pedazo de la gran bestia? «El juez, Grossi, vió en el pregón una alusión á su nombre y una ofensa personal, por lo cual citó á sus enemigos ante el tribunal del obispo, el cual les otorgó gracia, excepto á Pécolat, que fué preso y Berthelier que huyó á Friburgo. Luego hubo otra cuestión sobre el tribunal que debía entender en la causa de Pécolat, pretendiendo Ginebra que correspondía á su tribunal civil, surgiendo una tras otra las dificultades; el asunto fué llevado ante el duque, luego al obispo, después al arzobispo y finalmente ante el papa.

El fugado Berthelier aprovechó el tiempo en Friburgo estrechando la amistad entre esta ciudad y Ginebra en virtud de poderes de que fué investido, volviendo á su patria con un salvo conducto, é hizo ratificar en 6 de Febrero de 1518 el nuevo tratado con Friburgo. El duque se irritó de tal modo por esto, que hizo ejecutar á algunos viajeros ginebrinos que pasaban por sus estados, cuyo acto aumentó la animadversión de los de Ginebra é hizo estallar la división entre los partidarios de la confederación y los del duque de Saboya, dándose á estos el nombre de *Mamelucos* y á los otros el de confederados ó mejor de *Hugonotes*.

Varias dietas de Suiza entendieron sin éxito en la cuestión de la alianza referida, y el duque persiguió tanto á los hugonotes que calificaba de rebeldes teniendo que buscar muchos asilo en Berna y en Friburgo, pues hasta hizo ejecutar á Berthelier. La nobleza de Saboya recibió orden de dejar á Ginebra cuanto pudiese. A estos ódios se aumentó el de la excisión religiosa por la reforma estando adheridos la mayoría de los hugonotes á la doctrina evangélica, siendo el primero que

predicó contra el papa el prior de San Víctor, llamado Bonnivard. Como él duque y el obispo aumentaron su crueldad, Berna y Friburgo no pudiendo abandonar á sus aliados atravesaron el país de Vaud hasta Moges, arrasándolo todo á su paso, cuando acudieron diputados del Valais y de los diez cantones á mediar y obligaron á los de Berna á retirarse, concluyendo en San Julián en 1530 un tratado comprometiéndose el duque á respetar los derechos de la ciudad de Ginebra, bajo pena de perder el país de Vaud, y los ginebrinos á respetar los derechos del duque so pena de arrojarlos los suizos de su alianza.

Hecha la paz no reapareció la buena inteligencia, y el duque de Saboya continuó sus persecuciones. Los dos partidos religiosos manifestaron sus tendencias al asesinato, especialmente los hugonotes. El duque y el obispo concertaron sorprender la ciudad á mano armada, pero fueron descubiertos, pues el valor de los ciudadanos destruyó su plan huyendo temeroso el obispo y trasladando la silla episcopal á Gex, que fué motivo para que libres de él los de Ginebra introdujeran sin obstáculo el culto protestante, despojaron al obispo de sus derechos de regalía, y proclamando la independencia de su ciudad, formaron en 1536 un estado libre.

A paso tan audaz y decisivo se siguió la venida á Ginebra del eclesiástico francés Juan Calvino, hombre austero, severo de carácter y celoso ardiente de la doctrina evangélica, reprimiendo la corrupción de costumbres con estrecha disciplina y consolidando el nuevo estado por leyes firmes, alcanzando tal respeto sus opiniones que en Francia, Alemania y Suiza se llamaron los reformados *Calvinistas*.

Los de Berna declararon la guerra al duque de Saboya por violación del tratado de paz de San Julián, y enviaron en Enero de 1536 un ejército de 7.000 hombres al



pais de Vaud, que en once días lo sometieron todo desde Morata hasta Ginebra, respetando á la ciudad que los recibió con entera alegría, arrojando al obispo de Lausanna, despojándolo de sus bienes y apoderándose del pais de Vaud, cuya conquista les fué más fácil que la de la Argovia, porque el duque desatendió la defensa, empeñado como estaba en guerra con el rey de Francia, y la nobleza de Saboya estaba impotente, circunstancias que unidas á lo duro del yugo de la casa de Saboya y á que las asambleas de los estados, lejos de ocuparse del interés del pueblo sólo se ocuparan de los suyos privados, hicieron que el pais se entregara á Berna con entera libertad.

Los de Friburgo y del Valais, celosos de que Berna hiciera la conquista para sí, se apoderaron los primeros de los condados de Rue y de Romont y los segundos del pais comprendido entre sus fronteras y la Dranse, y para no ser molestados en su posesión los de Berna no se opusieron á ello, introduciendo con el mismo fin el culto reformado; dividieron el pais en ocho bailfas bernesas y crearon para todo el pais de Vaud un tesorero, á fin de sostener los derechos soberanos de Berna y cobrar los impuestos en nombre de ella. Pocos pueblos conservaron sus antiguas franquicias, excepto Lausanna, que vino á quedar como ciudad libre bajo el patronato de Berna. En esta tercera invasión de Berna en el pais de Vaud fué cuando conservó su conquista, pues en la primera sólo obtuvo á Bex y Aigle, y en la segunda nada.

Berna y Friburgo, aprovechando con destreza la escasez de dinero de los condes de Gruyeres, ahogados de deudas, compraron en 1554 los créditos adquiriendo así Friburgo el condado de Gruyeres y Berna y los valles de Rougemout y de Oron, hoy parte del cantón de Vaud.

Berna, por su territorio, por su política hábil y oportuna y por el valor de sus ciudadanos consiguió ser la ciudad más poderosa de la confederación.

## CAPITULO XXI

---

Odios religiosos en las baillías italianas, Grisones y otros lugares.—Cuestión por el calendario.—Alianza de Bormio.

(Desde el año 1558 al 1586.)

La inflexible severidad de Calvino y la impetuosidad de su caracter, siempre amenazando con el destierro, la espada ó la hoguera al que no se adhiriese á su doctrina, fué causa de muchos males para Ginebra, una de las ciudades más florecientes de Suiza por su industria y su amor por la ciencia, y las turbulencias de que era víctima hizo que los confederados no la admitieran como aliada.

Sólo Berna fué consecuente á la amistad que Ginebra la tenia y renovaron en 1558 á perpetuidad su alianza defensiva. Berna fué de Ginebra el baluarte más seguro de su libertad contra todo ataque exterior, y en cambio encontraba en ella un centinela avanzado en las invasiones de la Saboya, para contener al país de Vaud y para sujetarle si reclamaba derechos inoportunos.

Al otro lado del San Gotardo, en las baillías italianas, también se suscitó la lucha religiosa, siendo ya crecido el número de protestantes, especialmente en la baillía de Locarno, en que las familias más ricas é importantes habían abrazado la reforma, por las predicaciones de Lélius y Faustus Socín, más avanzadas que las de Zwin-

gli y Calvino; pero fueron arrojados de allí y castigados sus adeptos con el destierro ó la muerte. Estos predicadores fueron reemplazados muy luego por el abate Beccaria, principal doctor de los evangelistas, y el bailío, que era cristiano, lo redujo á prisión; pero fué sustraído por una turba de reformados que asaltó el castillo en que se hallaba. El bailío, autorizado por los siete cantones católicos, ordenó á los reformados que asistiesen á misa, bajo pena de destierro á los que no lo cumpliesen, á lo cual respondieron los estados evangelistas que tal violencia era contraria al tratado de paz, porque participaban de la soberanía de las baillías italianas. Los cantones católicos replicaron que el tratado no alcanzaba á estas baillías: que se decidiera por mayoría de votos, y siguió la persecución incitando á ello el nuncio del papa. Decretóse el destierro general de los reformados, que tuvo lugar en Enero de 1555 y ciento cincuenta de ellos recibieron la orden en la casa consistorial de Locarno, la cual oyeron en el más respetuoso silencio, á cuyo tiempo entró el nuncio en la sala lleno de cólera y dijo que *el tribunal era muy indulgente; que había que confiscar los bienes de los desterrados y quitarles sus hijos;* y estremecidos los diputados de los cantones católicos á tan bárbara proposición, respondieron unánimemente que no se revocaba el fallo que acababan de notificar.

Los pobres desterrados y sus familias cruzaron valles solitarios y montañas salvajes en el rigor del invierno, dejando detrás la patria y las cenizas de sus padres. Pero fueron recibidos tan cariñosa y cristianamente en los pueblos á que se dirigieron, especialmente en Zurich á que se acogieron más de ciento, que su desgracia se mitigó algún tanto y procuraron corresponder á su benévola acogida. Introdujeron allí el arte de tejer la seda, establecieron molinos, tintorerías, y contribuyeron tanto con su industria y laboriosidad al engran-

decimiento de Zurich, que la hicieron notable en poco tiempo dentro y fuera de Suiza.

Las dos religiones que pugnaban en Suiza lo hacían también en casi toda Europa, y particularmente en Francia y Alemania, por lo que los embajadores de estas naciones buscaban el favor y la asistencia de los cantones de su misma creencia y los atizaban contra los de la opuesta, teniéndose en cuenta que el clero era el que más agriaba los ánimos en el pueblo. Los cantones reformados no se ocuparon de las luchas en el extranjero; pero los católicos, cediendo al nuncio del papa y al oro del embajador de Francia, pactaron en 1553 con el rey Enrique II, que la Suiza le daría regimientos. Suministróle en un año 10.000 hombres á que siguieron cada año refuerzos considerables. Los hechos de estos mercenarios no corresponden á la historia de su patria; las historias de otros pueblos referirán los que les pagaron.

El nuncio del papa, infatigable contra los cantones reformados, pensó restablecer el dominio de la casa de Saboya sobre Ginebra y el país de Vaud, propósito que quizás hubiera conseguido, porque algunos cantones reformados se hubieran dado á la Saboya por no sufrir la preponderancia del de Berna.

Este designio fracasó, pues Berna previsora se anticipó á ceder voluntariamente á la casa de Saboya el pequeño país de Gex y el distrito que poseía al otro lado del lago de Ginebra, á trueque de que el duque Manuel Filiberto de Saboya renunciase al país de Vaud, cuyo tratado garantizó el rey de Francia, pero bajo expresa reserva de todos los derechos que el país de Vaud disfrutó bajo la casa de Saboya. Al contrario, Ginebra procurando defender su existencia política de la astucia y poder de Saboya, superiores á los suyos, tuvo que desarrollar nuevas fuerzas; pero su fiel aliada Berna la

auxilió en todos sus peligros, y los de Zurich, en consideración al heroísmo de Ginebra, hicieron con ella en 1581 un tratado de alianza perpétua.

Entre los defensores de la fé católica, se distinguió el joven cardenal Cárlos Boromeo, arzobispo de Milan, que á su gran talento reunía la mucha virtud, cualidades que le proporcionaron gran ascendiente en Suiza para contener en gran manera la propagación de las nuevas doctrinas, pero dando principio por donde debió comenzar, que fué corrigiendo en Italia muchos abusos de la antigua iglesia, purificando las costumbres del clero y dándole el ejemplo en el cumplimiento del deber sagrado. Entre los muchos viajes que hacía, fué á Suiza, y como se explica fácilmente, su proceder en ella no debió ser favorable á los confederados porque cuando llegó á la Valtelina encontró que los grisones establecían numerosas escuelas protestantes, y Boromeo lo combatió secretamente con todas sus fuerzas y alcanzaba buen éxito; pero no estuvo tan acertado cuando trató de poner en armas á los católicos contra los reformados, porque no halló eco más que en el obispo de Coira y su córte, y al contrario, los libres hijos de los Alpes Rhetios le recibieron con la mayor frialdad, pues el sistema de la violencia que constituía la política de los grandes, tanto entre ellos como en la Suiza, sólo contribuía á luchas sin cuento y al acrecentamiento de los ódios. Ya este desdichado sistema llevó al cadalso en 1572 al joven señor Juan Planta, de Ræzuns, é hizo condenar á más de un honrado ciudadano al destierro, á la pérdida de sus bienes ó de la vida. Todavía se recuerdan en las montañas de los grisones los terribles tribunales de Thusis y de Coira, los armamentos del pueblo y la venalidad corriente de aquellos tiempos. Pero así y todo, en 1570, la ley llamada Keiselbrief, y en 1574, la Dreisieglerbrief vinieron, la primera á evitar la obtención de honores

por intriga ó por dinero, poniendo coto á la ambición imprudente, y la segunda á oponerse á las reuniones armadas. El amor á la justicia de los grisones era tanto como á la libertad, y sólo un número reducido de familias nobles y ambiciosas despreciaban tanto la una como la otra.

El cardenal Boromeo, muy bien acogido por los católicos, estableció en Milan un seminario de sacerdotes á favor de los jóvenes suizos y la residencia fija en Suiza de un nuncio del papa, lo que desagradó sobre manera á los confederados en previsión de los disgustos que habia de proporcionarles tal determinación. En el invierno de 1580 llegó un nuncio á Berna y el gobierno le mandó dejar la ciudad inmediatamente. Los muchachos lo persiguieron por las calles arrojándole bolas de nieve, que tales suelen ser los resultados de las imposiciones violentas á los niños y á los pueblos, entre los primeros por falta de razón y entre los segundos por exceso de ella. España, Saboya y el imperio fueron asíduos defensores del papa, pero en Francia casi llegaron á triunfar los hugonotes ó protestantes. La mayor parte de Europa estaba en la guerra religiosa y el papa trabajaba á los católicos para que la hicieran á muerte á los protestantes, y la llamaba santa. Boromeo predicó en Suiza la necesidad de formar una liga poderosa, sostén de la iglesia romana, y como cuanto más se luchaba más se encendían los ánimos, llegó el caso de oponerse en 1582 los reformados á recibir el nuevo calendario porque se arregló por orden del papa, y conservaron el antiguo con todos sus defectos, lo cual estuvo á punto de hacer estallar la guerra civil; y si no la trajo, sirvió para formar la liga que el cardenal proyectó, llevada á cabo en Lucerna por diputados de esta, de Uri, de Schwyz, de Zoug, de Unterwalden, de Friburgo y de Soleura, á que se llamó liga de Boromeo.

## CAPÍTULO XXII

Levantamiento en Mulhouse.—Los dos distritos de Appenzel se separan.—Intento del duque de Saboya contra Ginebra.—Tumultos en Biana.—Peste en Suiza.

(Desde 1587 á 1610).

Más bien unidos con el extranjero los cantones católicos que con los evangelistas, el embajador de España, aprovechando la guerra intestina y á fuerza de oro, celebró en 1587 un tratado con Uri, Schwyz, Lucerna, Zoug, Unterwalden y Friburgo. El nuncio predicó una cruzada de católicos contra los hugonotes de Francia y proporcionó así 8.000 hombres que tomaron parte en la guerra civil de este reino, y como unos diputados hugonotes pidieran armamento en defensa de la fé evangélica, miles de adeptos de ella acudieron al campo de batalla, suizos y grisones los más, haciendo los gobiernos cantonales como que nada vefan. Los suizos iban á degollarse ahora unos á otros en Francia, no les bastaba su país, á tanto llegó el ódio religioso.

Veamos lo que por él aconteció en Mulhouse, ciudad antiquísima y que fué cerca de cinco siglos ciudad libre del imperio germánico, llegando en 1515 á pertenecer á la confederación con voz y voto en las dietas.

La familia Finninguer perdió un pleito que sostenía acerca de porción de un bosque y apeló al gobierno austriaco de Ensisheim y después á la dieta suiza. Los confederados católicos juzgaron esta ocasión favorable para volver á Mulhouse al catolicismo, se declararon por Finninguer y amenazaron al consejo municipal de

Mulhouse con romper su antigua alianza, y éste acudió á los cantones evangélicos que fallaron en su favor, por lo cual los católicos y el Appenzell devolvieron á Mulhouse el tratado sin los sellos. El pueblo alborotado por los Finninguer acusó al consejo municipal como causante de la ruptura con los suizos, y los cantones reformados amenazaron si no se restablecía la tranquilidad, á lo cual los de Mulhouse empuñaron las armas, pidiendo al mismo tiempo auxilio al Austria. El general suizo Erlach, con 600 de Basilea en la vanguardia de sus tropas de reformados, asaltó á media noche á Mulhouse, forzó sus puertas, y después de un terrible combate en las calles, quedó vencedor y arrojó, desarmada, de la ciudad á la guarnición austriaca. Después del suplicio de los jefes rebeldes, la ciudad quedó en calma, pero desde entonces, en 1587, quedó rota para siempre la alianza de Mulhouse con los cantones católicos y perdió el derecho de sufragio en la dieta.

Poco después, los dos distritos de Appenzell, que hasta entonces y á pesar de sus diferentes creencias religiosas habían vivido unidos, sintieron el aguijón de los odios, á excitación de unos capuchinos que vinieron á trabajar al pueblo secretamente para persuadirle que era preciso obligar á los evangelistas á volver á la religión de que habían abjurado. En los distritos exteriores era superior el número de reformados al de católicos é inversamente en los interiores y en la cabecera, Appenzell. El landammann Megguelin, furioso católico, dió comienzo á la obra por la conversión de veintisiete jóvenes reformados y los hizo comparecer ante la asamblea de ambos consejos, teniendo cuidado de rodear de católicos el palacio de la Asamblea para que si no abjuraban los reformados entrasen á una señal dada por la ventana y se arrojasen sobre los rebeldes después de retirado el consejo. Pero cuando Megguelin se dirigía á



la ventana y los consejeros á la puerta, los veintisiete reformados sacaron de debajo de sus capas las armas que llevaban ocultas, se apoderaron de las puertas y ventanas y causaron tal terror al landammann que gritó junto á la ventana «¡Paz, os podéis separar!» los del pueblo se retiraron y en seguida los jóvenes con toda tranquilidad. Desde aquel día, 14 de Mayo de 1578, empezaron los tumultos y luchas, porque los reformados fueron atormentados en los distritos interiores y los católicos en los exteriores; esto es, sufrieron las minorías de los distritos. Diariamente había lucha, se tocaba á rebato y se hacían prisioneros sin que pudieran contribuir al orden los consejos, las asambleas comunales ni las generales, por lo que los hombres de prudencia llamaron á los confederados sin considerar que éstos eran más partes que jueces; y así fué que los reformados de ellos sostuvieron á los de los distritos de sus creencias, y los católicos á los de las suyas. Por último, no hallaron otro medio que subdividir el cantón en dos partes y que cada una tuviera su creencia, su gobierno y su tribunal, firmándose el acta de separación el 8 de Setiembre de 1597 teniendo los distritos exteriores su bandera y sello particular, y lo mismo los interiores. Los reformados se establecieron en los exteriores en número de 6.322 almas y los católicos en los interiores, en número de 2.782; pero continuaron formando un solo cantón á la manera del alto y del bajo Unterwalden.

El único que resistió esta necesaria medida fué el landammann de los distritos interiores llamado Tauner que no cesaba de excitar á los cantones católicos para que obligaran á los exteriores á ceder todas las prerogativas á los seis ó siete católicos de esta parte del cantón; pero llegó á hacerse tan odioso á todos, que perdió sus bienes y dignidades, tuvo que mendigar de pueblo

en pueblo y murió en la mayor miseria en un establo de Thurgovia.

Las guerras que sostenían España y Milán con Francia y con Turquía salvaron á la Suiza de perder su independencia, á lo cual se prestaban mucho sus disturbios; pero recelosos los confederados unos de otros resistieron y se negaron á servir en los ejércitos extranjeros para que eran muy solicitados, y al contrario, invitaron á la paz á los reyes de España y Francia, y Zurich rogó al emperador y Lucerna al papa, aunque sin éxito, para que les inspirasen disposiciones pacíficas.

El rey de Francia, Enrique IV, se hizo querido por sus virtudes de católicos y reformistas, y como ofreció á los suizos pagarles anualmente cuatrocientas mil coronas (cada una 3,75 pesetas) de sus créditos contra Francia y un millón al contado que les fué entregado por el embajador, consiguió la estimación de ellos é hicieron en 1602 nueva alianza.

El duque de Saboya, enemigo de Enrique IV, como el papa y el rey de España, creyó oportuna la ocasión de reconquistar á Ginebra y envió secretamente al coronel Brunaulieu con sus tropas napolitanas y españolas auxiliares, para que sorprendiera la ciudad, y en la noche del 11 de Diciembre de 1602 llegó á sus muros, puso las escalas y subió á la muralla, pero un centinela ginebrino disparó su fusil, el guarda de la puerta bajó el rastro y cuando á la alarma despertaron los ciudadanos, volaron á los baluartes al grito de combate, mataron á los que habían entrado y destrozaron las escalas de los asaltantes. Los saboyanos se retiraron con una pérdida enorme.

Berna y Zurich acudieron con tropas de socorro á Ginebra y comprometieron al duque á hacer la paz el 11 de Junio de 1603, obligándole á no tener tropas á cuatro

millas de Ginebra, á no construir fortaleza alguna á esta distancia y á no atacar la ciudad.

En Ginebra se celebra anualmente desde entonces la victoria en aquella sorpresa, como estímulo para sus habitantes.

Cuando los ginebrinos rechazaban las tropas del duque de Saboya, en el Valais rechazaban de su seno á los reformistas, inferiores en número á los católicos. Cincuenta años fueron tolerados en virtud del tratado de paz de 1551, y al cabo de ellos el obispo y el consejo les mandaron vender sus bienes y alejarse de su patria. Vanamente intercedieron los cantones evangélicos en 1603 para favorecer á las víctimas; los católicos inflexibles no cedieron, y el destierro se consumó.

Bienna, antigua ciudad á orillas del lago de su nombre, perteneció mucho tiempo á los condes de Neuchatel, y en 1274 pasó al obispo de Basilea, que para atraérse-la la concedió los derechos de ciudad imperial, llegando á ser de importancia en las armas y contando bajo sus banderas á los del valle de Erguel, al Norte del lago. En 1279 se alió con Berna, en 1382 con Soleura y en 1496 con Friburgo, afirmando por este medio sus derechos. En 1554 aspiró á ser capital del territorio, comprando al obispo los derechos de sus ciudadanos y de los del valle de Erguel; pero en vez de conseguirlo, se indispuso con el obispo y hubo graves cuestiones que al fin cortó un arbitraje suizo en 1610. Bienne, sometida al obispo como prior del país, no podía contraer nuevas alianzas sin su consentimiento y el de los confederados; el obispo conservaría sus derechos en la ciudad, pero habría de confirmar las franquicias de ésta y las tropas de Erguel continuarían bajo su bandera; tal fué el acuerdo de los árbitros.

Sería interminable la narración de los disturbios y la medida de la sangre que costaron á Suiza en estos

tiempos, pues en 1609 dos franceses, La Basside y Du Terrail trataron de sorprender traidoramente á Ginebra para entregarla al duque de Saboya, y delatados, fueron al suplicio; en Thurgovia, estando unos borrachos en una boda, en Gachnang, maltrataron al baillío, destruyeron su capilla y apedrearon á su lugarteniente, produciendo esto gran excisión entre los cantones católicos y los reformados, negándose los primeros á concurrir á la dieta con los de Zurich, y merced á los demás confederados no estalló la guerra. Para colmo de males se desarrolló la peste que denominaron «muerte negra,» importada de lejanas tierras en Basilea en 1610, pereciendo en esta ciudad unas 4.000 personas y contagiando en el año siguiente á Berna, Friburgo y Soleura; Zurich perdió por ella 5.000 personas y Glaris más de 2.000, ascendiendo á estos números las defunciones en el Appenzell y el Tockenburgo. En Sarnen, alto Unterwalden, se dió sepultura á 280 cadáveres en la fosa misma, y en Turgovia despobló ciudades, quedaron incultos los campos por falta de brazos y murieron en ella, en fin, 33.584 personas, llevando la peste su destrucción hasta los altos valles de los grisonos. El cielo y la tierra parecían entonces enemigos de la infeliz Suiza.

## CAPITULO XXIII

---

Guerra civil entre los grisonos.—Desastre de Plurs.  
Matanza en la Valtelina.

(Desde el año 1610 al 1621.)

Dueño el rey de España de la Lombardía y de Milan, quiso apoderarse de la Valtelina, dependiente de los grisonos, porque los auxilios de Austria á Milan fueran

más fáciles por el Tirol que por Venecia ó por los Grisones; y como desde 1552 en que éstos permitieron á la Valtelina el culto evangélico estalló en ella la disidencia religiosa, el gobernador de Milan no dejó de atizar el fuego, agriando siempre á las partes.

Más el rey de Francia reveló el manejo á los grisones, así como la República de Venecia, y solicitados con mil halagos á sus jefes y familias principales, por embajadores de Francia, de España y de Venecia, cayeron en el lazo, y olvidando su patria, se decidieron, unos por Francia, guiados por Hércules de Salis, y otros por España, conducidos por Rodolfo de Planta, que fué el que primero obtuvo el poder y la mayor parte de las municipalidades católicas. Construyendo el gobernador de Milan, Fuentes, en 1604, la ciudadela á que dió su nombre, desde allí observó que los valles de Chiavenne y de la Valtelina eran los principales pasos de los grisones.

Los dos partidos religiosos se acusaban recíprocamente de traición á la patria y sublevaron las municipalidades, que alzaron sus banderas y establecieron en Coira un tribunal del crimen para juzgar á los traidores, con los cuales se confundieron inocentes, que fueron encarcelados, desterrados y privados de sus bienes. En 1607 fueron decapitados en Coira el bailío austriaco de Castels, Beeli, y el capitán del príncipe obispo de Furstenburgo, por adictos á España, siendo inútil la intercesión de los confederados pidiendo gracia. Ya en el cadalso, Beeli confesó su delito diciendo: *El ciudadano de un país libre deja de ser hombre libre desde que estima en mucho el favor de príncipes extranjeros.*

España y Francia seguían alimentando la discordia por medio del oro, buscando prosélitos para cada parte, y los nuevos tribunales que se formaban cometían nuevas injusticias que encendían más los odios. Desecha-

das las alianzas con España y con Venecia, el monstruo de la guerra civil apareció entre las municipalidades en el valle de Engadina, se dividieron y se tomaron las armas para degollarse unos á otros, teniendo á su cabeza los partidarios de España, á Agustín Travers, cuñado de Planta, y los partidarios de Venecia á su hermano Antonio Travers, y cuando el cañón vomitaba fuego, las mujeres y hermanas de los combatientes se les interpusieron con llanto desgarrador y calmaron sus iras. Pero todavía el clero fanático y de corazón duro había de destruir la obra de aquellas valerosas mujeres. Los eclesiásticos reformistas de los grisonos se reunían en 1618 en un valle para tratar de asuntos de la iglesia de Bergun, y se dijo allí que el gobernador de Milan había distribuido mucho dinero para la alianza con España, y que de no conseguirlo, se bañaría en la sangre de los reformados, á lo cual tomaron las armas ambos partidos, y empezada la guerra en la Engadina, Rodolfo Planta huyó al Tirol, persiguiéndole un pastor protestante hasta Samaden. Varios pastores de esta secta formaron tribunal en Thusis, pusieron á precio las cabezas de los hermanos Plantas, Rodolfo y Pompeyo, ordenaron la confiscación de los bienes del obispo de Coira, Juan Flougui, y habiéndose fugado éste, fué condenado á muerte por contumáz. El tribunal desterró á perpetuidad á Agustín Travers é impuso terribles castigos, como el de Nicolás Rousca, muerto envenenado en la prisión, aunque en la tortura afirmó no haber conspirado en favor de España, y el de Juan Prévost, landammann de Pregœl, de setenta y seis años de edad, decapitado por confesar en el tormento que había admitido regalos y pensiones de España y Francia. Las muertes de estos mártires del fanatismo fueron seguidas de maldiciones al pueblo que pretende hacerse justicia con las armas en la mano.

En el valle de Chiavenne y al pié del monte Conto, está el rico pueblo de Plurs (Pleura) que debía á su industria numerosos palacios, iglesias y preciosos jardines. El 14 de Setiembre de 1618, después de lluvias abundantes, se desprendió una parte del monte Conto, cubriendo algunos viñedos, y los pastores corrieron á Plurs diciendo: que la montaña desde algunos años se agrietaba y el ganado huía de ella con mugidos; y otros añadían que los enjambres de abejas abandonaban sus colmenas y se las veía caer muertas estando volando; pero los de Plurs no dieron á esto importancia; cuando de repente y al anochecer, se dejó oír un ruido lejano y lúgubre, al cual siguió un silencio sepulcral. El torrente de la Maira estuvo seco dos horas, y al otro día estaba el cielo cubierto de polvo y de vapor; habiendo desaparecido el pueblo de Cilano y la rica aldea de Plurs bajo los escombros del Conto, alzándose enormes trozos de roca á más de cien piés sobre los edificios, cerrando un vasto cementerio que contenía dos mil y quinientas víctimas, cuya catástrofe aterró á la Valtelina.

Sin embargo, después de la primera impresión, la cuestión religiosa recobró su imperio, todo el país olvidó esta desgracia y pasó á ocuparse de la venganza por la muerte del piadoso Rousca. Las familias de los infelices condenados por el tribunal de Thusis pidieron venganza de las injusticias del partido francés; los católicos acusaban á los protestantes de aspirar á desterrar la antigua religión de todos los valles de la patria, y los desterrados clamaron contra la iniquidad y se encomendaron á los suizos, al Austria, á España y al Milanésado. La guerra civil apareció de nuevo, tomando las armas varias municipalidades de la liga Gris contra Coira, y los de la Engadina, Pretigœu y otros adictos á Francia les salieron al encuentro; pero en medio de la

batalla consiguieron otras municipalidades la suspensión de ella y que se estableciera en Coira un tribunal neutral que mitigara los fallos del de Thusis, levantando á los hermanos Planta el destierro, cuya templanza irritó más á los pueblos de Davos y de Munsterthal que se dirigieron contra Coira y destruyeron el acuerdo del tribunal. En vano el Sr. de Haldensten, Tomás Schauenstein, propuso como medio de paz excluir de todo cargo por veinte ó más años á los jefes de los partidos de Sallis y de Planta; los sublevados decidieron lanzar del país á los embajadores extranjeros, causa de los males, de Coira á los jueces neutrales y sus tropas atrincheradas junto á Reichenau. Formaron en Davos nuevo tribunal criminal, que no sólo confirmó las sentencias del de Thusis, sino que las agravó, y los desterrados que habían vuelto ya á su patria fueron lanzados nuevamente de ella; cuyas medidas se debieron á la instigación del clero reformado.

Los Planta reunieron de las márgenes del Adige, al amparo de Austria, soldados sueltos, y su primo Jayme Robonstelli sublevó la gente de la Valtelina y tropa del Milanésado, con la cual, la noche del 19 de Julio de 1620 y á la señal de cuatro disparos de fusil, se dió principio á la matanza de evangélicos en el pueblo de Tirano, propagándose de unos á otros con extrema rapidez. En todas partes las campanas á vuelo y los tiros de fusil anunciaban el terrible desastre en que los reformados eran apaleados, ahogados, muertos á pedradas y á tiros y sepultados sus cadáveres en el Adda. A unos los mutilaban, á otros los arrancaban las entrañas, otros los llenaban de pólvora á que después daban fuego; no se perdonaba edad ni sexo; todo parecía bajo el furor de los católicos. Un carnicero se vanaglorió de haber asesinado á diez y ocho personas. Se profanaron los templos y la cabeza del pastor, en una pi-



ca, estuvo expuesta en la silla presidencial varios días.

La división de los grisones y la seducción de los sacerdotes y jefes del partido español, fueron causa de que no acudieran en socorro de la Valtelina; pero la liga de la Maison-Dieu y la de las diez jurisdicciones, enviaron 2.000 hombres bajo los mandos de Juan Gouler y de Ulises Salis, hijo de Hércules, en cuyo tiempo los Plantas con tropas austriacas mandadas por el general Baldiron, entraron en Munsterthal, valle de los grisones, posesionándose de él mientras que no se les levantase el destierro, y tropas de Milan llegaban en socorro de la Valtelina, en cuyo gobierno se hallaba Jayme Roboustelli, y aunque ya los grisones dominaban el valle rebelde, tuvieron que ceder al número, interin recibían el refuerzo de suizos que habían pedido.

Divididos éstos también, la situación no era oportuna; pero Berna envió 2.000 hombres á las órdenes del coronel Nicolás de Mulinen, teniendo estos que rodear por Zurich donde se le agregó con otros 1.000 el coronel Jacobo Steiner, porque los cantones católicos le cerraron el paso, lo mismo que hizo Schwyz cuando fueron á atravesar la Marche, obligándolos á rodear por los valles de la Rhetia; y marchando sobre Bormio con los grisones no católicos llegaron victoriosos delante de Tirano, donde se batieron terriblemente el 11 de Setiembre con las tropas españolas y los rebeldes de la Valtelina, donde pereció el valiente Mulinen, y todos, excepto uno de los jefes de Berna, al pié de los muros. El coronel grisón Flouri Sprecher y otros muchos murieron como héroes, pero Tirano no fué tomada porque los sitiadores faltos de provisiones de guerra tuvieron que retirarse.

Entre tanto Pompeyo Planta con la liga Gris y auxiliado del coronel Juan Conrado Beroldinguen, al mando de 1.500 de Uri, enviado por los cantones católicos, acampaba junto á Reichenau, á dos leguas de Coira. Se

trataba de que la liga Gris formara el décimo cuarto cantón de la confederación helvética, dándole la Valtellina y separándola así de las otras ligas, cuya idea exaltó los ánimos de todos al pensar que podrían romperse los lazos de su antigua amistad, y entónces se buscó la reconciliación de los partidos, se llamó á los embajadores extranjeros, y se obtuvo que se oyese á los confederados; más en cuanto volvió el embajador francés, empezaron las intrigas formando el partido afecto á Francia, mientras el gobernador español del Milanesado, por medio de emisarios astutos y bien provistos de dinero, formaba entre los grandes y las municipalidades el partido contrario; el Nuncio excitaba á los católicos contra los reformados, y los diputados de la confederación resucitaban sus antiguas cuestiones y se volvían á sus casas seguidos del ejército de Berna, y todos cada vez más enemistados. El antiguo pastor reformado Jorge Jenatsch sorprendió en el castillo de Rietberg á Pompeyo Planta, y lo mató, alcanzando luego, el 11 de Abril de 1621, con las gentes de Bergun, la Engadina y Munsterthal, la victoria sobre los cantones católicos que huyeron á las montañas del de Uri, y entre ellos el abad de Disentis, Castelberg, cómplice de la matanza de la Valtelina, y Conrado Beroldinguen, comandante del vencido ejército católico, por lo que subyugada la liga de los grisones, tuvo que renunciar á sus tratados con Milan.

España y Austria, viendo en la Valtelina, Chiavenne y Bormio, pueblos cuya posesión les era interesante, daban largas á las negociaciones entabladas para que restituyeran la Valtelina; y al contrario, pensaron apoderarse de la Engadina baja, á fin de tener una comunicación expedita del Tirol al Milanesado, entre Alemania é Italia, contra los intereses de Francia. Tales demoras impacientaron al pueblo, y acudió á las armas

para apoderarse de la Valtelina y de Bormio; pero batido por los españoles en sus valles mismos, tuvo que retirarse lleno de vergüenza; aún más, irritado el archiduque de Austria por tan imprudente expedición de los grisones, cuando sus diputados estaban en tratos todavía, exclamó colérico: «Puesto que la quereis, tendreis guerra,» y dió orden á sus tropas de entrar en los valles de la Rhetia.

## CAPÍTULO XXIV

### Los grisones bajo el yugo austriaco y su nueva emancipación.

(Desde el año de 1621 al 1640).

En el otoño de 1621 penetró en el país de los grisones por las montañas y valles del Tirol un numerosísimo ejército austriaco guiado por el traidor Rodolfo Planta, y bajo el mando del general del imperio Baldiron, llevándolo todo á sangre y fuego; y subyugando así la liga de las diez jurisdicciones, obligó al pueblo á jurar, dentro de un círculo de tropa, arrodillado, su fidelidad al Austria. Por la parte de Italia arrojó la guarnición de Grisones y se apoderó del país de Chiavenne el duque de Feria á la cabeza de más de 7.000 españoles é italianos, á cuyos reveses se retiraron las fuerzas de Zurich que estaban cerca de Maienfeld, y tales fueron las crueldades de las tropas de Baldiron en las diez jurisdicciones que se le apellidó *El nuevo Holofernes*. A la gente del pueblo se la trató como bestias de carga, pues un portaestandarte austriaco subió una montaña en las espaldas de un respetable campesino, al cual estimulaba un sol-

dado á latigazos, diciendo el porta estandarte que así se domaban las gentes fieras y salvajes. Los frailes capuchinos invadieron el país para convertirlo al catolicismo, arrojando de él los soldados al clero reformado, con gran regocijo del obispo de Coira, quedando sin pastores 75 iglesias.

Los de Prettigæu se negaron á comparecer á las conferencias de los Capuchinos diciendo: «¡Esto es demasiado! Muramos, si es preciso, sin patria ni libertad, pero salvemos siquiera nuestras almas.» Y se ocultaron en los bosques dedicándose á construir mazas erizadas de grandes clavos, á convertir cuchillos en puñales y las hoces en lanzas, de donde salieron con grandes alaridos el domingo de Ramos de 1622 á sorprender las guarniciones y el campo de los austriacos, de los que mataron más de 400 é hicieron muchos prisioneros, lanzando al resto fuera del país. Siguiéron á marchas forzadas hasta Maienfeld, sitiando á los enemigos allí refugiados y á Coira que albergaba á Baldiron y su ejército austro-español. A su ejemplo se alzaron los habitantes de las diez jurisdicciones bajo el mando de Rodolfo de Salis, del landammann de Davos, Pedro Gouler y de Thuring Enderti de Maienfeld, seguidos de otras ligas y de la Suiza, sobre todo del cantón de Appenzell, enviándoles dinero otros cantones, y después de muchos combates ahuyentaron por fin al enemigo. Poco después amenazó Baldiron á los grisonos, y pidiendo éstos auxilio á la dieta helvética, se vieron abandonados de los confederados por no poder prestarles socorro á causa de sus luchas interiores.

En Julio del mismo año de 1622 volvió el feroz Baldiron con 10.000 hombres, pasándolo todo á cuchillo, hombres, mujeres y niños, y aunque el país se batió heroicamente, lo mismo en los valles que en las montañas, tuvo que sucumbir al numeroso enemigo, siendo

el último combate el 5 de Setiembre en el Prettigæu, en la llanura de Aquasana en las inmediaciones de Raschnals.

Al fin el reducido ejército suizo no pudo resistir aquel rudo combate y cedió, excepto unos treinta hombres de Prettigæu que prefirieron morir con gloria á sobrevivir á la libertad de su país, y que bajando la cabeza penetraron en las filas austriacas blandiendo sus terribles mazas, consiguiendo la muerte, pero rodeado cada uno de multitud de cadáveres del enemigo. Las tropas de la liga Gris y de Coira venían presurosas en su socorro; más al ver sometido el país y los incendios de multitud de pueblos, se retiraron llenas de dolor.

A esta acción se siguió el pillaje, el bandolerismo, el asesinato del anciano, el ultraje á las mujeres y cuanto arrastra el desenfreno de la soldadesca. Todo fué saqueado y cuando ya no hubo otra cosa se vendieron las campanas de las iglesias. Otro período lúgubre se inauguró pocos días después; el de los destierros, en los cuales morían los desgraciados ó de hambre ó de la peste húngara, ataque cerebral de muerte que causaba horribles padecimientos.

Las ligas de la Maison-Dieu, la Gris y los confederados enviaron plenipotenciarios al archiduque de Austria en favor de estos desdichados, pero en vano; persistió en que las diez jurisdicciones pasasen al dominio de su casa y en que las otras dos ligas habían de dejar libre paso á españoles y austriacos.

Abandonados de los suizos los grisones apuraron el cáliz de amargura, y las ocho jurisdicciones con la baja Engadina fueron separadas de la liga Rhetia y sometidas al Austria, sufrieron los insultos de los soldados, la violencia de los gobernadores y los abusos del obispo de Coira.

El rey de Francia, viendo que los austriacos podían

siempre dominar la Italia entrando en ella por los Alpes Rhetios, se alió con el papa, con Venecia y con la Saboya en 1623, á cuyo tiempo se ofreció el papa á ocupar provisionalmente la Valtelina, Chiavenne y Bormio hasta terminar las cuestiones pendientes entre los reyes, cuyo ofrecimiento aceptado por España y Austria, fué una esperanza para los vencidos; más, cuando el rey de Francia envió en 1624 un ejército por la Suiza á los grisonos, en cuya vanguardia militaban los desterrados de este país al mando del bravo Rodolfo de Salis y del coronel Jenatsch, Zurich agregó fuerzas suyas á las francesas, al mando del coronel Gaspar Schmid, como Berna á las ordenes de Nicolás Diesbach, sin que faltara contingente de los del Valais, y á la aproximación de ellas todos los grisonos volaron á las armas llenos de alegría, lanzando en breve, en 1625, de la liga de las diez jurisdicciones las guarniciones austriacas y los bárbaros gobernadores, y reconquistando la Valtelina, Bormio y Chiavenne.

Inmediatamente la liga de las diez jurisdicciones se unió á las otras, y la Rhetia esperaba que la reintegraran en las tierras que la pertenecían; pero el general francés, conde de Cœuvres, dijo que no: que la Valtelina, Chiavenne y Bormio pagarían á la Rhetia el tributo anual de 25.000 coronas; pero que tendrían derecho de elegir sus magistrados y la Rhetia no podría mandar á ellas gobernadores ni guarniciones, destruyendo en los grisonos toda esperanza el tratado concluído en Monzón, reino de Aragón, entre el rey de España y de Francia, en 5 de Marzo de 1626, por el cual se ratificaba lo hecho por el conde de Cœuvres y como en prenda pretoria las tropas del papa ocuparon provisionalmente la Valtelina.

Pero rota la paz entre España y Francia, en la nueva guerra en Italia, envió de repente en 1629 el emperador

40.000 hombres al país de los grisones, á que todo succumbió, quedando una parte de ellos de guarnición en la Rhetia y pasando la otra á Lombardía en ayuda de los españoles, quedando otra vez la baja Engadina y las diez jurisdicciones sujetas al Austria.

La desventura de los grisones no tenía límites; el paso continuo de tropas y sus alojamientos dió fin de los graneros y de los establos; el pueblo, esclavo de la milicia, veía morir el campo mientras se le obligaba á trabajos de fortificaciones, y para complemento, lo invadió una epidemia en que perecieron unas 12.000 personas y además la exigencia del obispo de Coira de que siguiera tributario á perpetuidad, como lo había sido anteriormente.

Todo pueblo amante de la libertad llega á alcanzarla y los rhetios habían de ser libres.

El emperador tuvo que hacer la paz con Francia en Cherasco (Italia) en Junio de 1630, hostigado por la guerra en Alemania, y porque Gustavo Adolfo, rey de Suecia, lo amenazaba con un ejército que estaba en navegación, y en ella se acordó que retiraría sus guarniciones de los valles de la Rhetia, y en cuanto esto fué un hecho, este pueblo renovó, lleno de regocijo, su antigua alianza, puso 6.000 hombres en pié de guerra, nombrando su general al duque Enrique de Rohan, embajador de Francia cerca de los suizos y los grisones, muy amigo de ellos y hombre tan valiente como leal. Este mandó fortificar inmediatamente todos los desfiladeros de la parte de Alemania y del Tirol, y en 1632 pidió refuerzo de tropas francesas.

A los dos ó tres años estalló la guerra entre el emperador por una parte y la Francia y Suiza por otra, lo cual dió ocasión á que el duque de Rohan, ya preparado, pero contenido durante la paz, se pusiese de acuerdo en secreto con los cantones evangélicos de Berna,

Basilea y Zurich, cruzó su territorio, á pesar de los cantones católicos, un ejército considerable, con el que penetró en la Valtelina, pasando por los Alpes Rhetios. Seis mil valientes grisonos se unieron á los franceses y los coroneles Jorge Jenatsch, Florin y Pedro Gouler con tropas que levantaron á cargo de Francia. En los combates siempre se vieron á la cabeza de los suyos los bravos Rohan y Jenatsch, como se atestigua en los librados en los valles de Chiavenne y de Freenthal, en la Valtelina cerca de Morbegno y en el país de Bormio, próximo á Mazzo.

En vano esperaron los grisonos que al terminar la guerra se les reintegrase del país que había sido suyo, el rey de Francia se opuso, cuya conducta los irritó; pero como Francia era más fuerte, aunque la permanencia de los franceses los perjudicaba y ninguna promesa de Rohan fué cumplida, no por culpa de él, sino del rey, los grisonos callaron. Pero vino á Coira de embajador francés un hombre altivo é irascible, Lanier, y como muchos soldados grisonos al servicio de Francia hubiesen tratado de abandonarlo, porque no se los pagaba con regularidad, exclamó Lanier enfurecido que plantaría su lanza en Coira y haría caer á sus piés las cabezas de los jefes rebeldes, á lo cual dijeron los grisonos entre sí: «Puesto que el Austria coje y la Francia miente, desconfiemos de los extranjeros y ayudémonos nosotros mismos;» y en su consecuencia el 6 de Febrero de 1637 se reunieron en casa del burgomaestre Jorge Meyer 31 hombres de los más considerados á jurar perder sus bienes, y aún la vida si fuese necesario, por lanzar del país á los extranjeros, dispersándose luego por los valles, de acuerdo para hacer los preparativos necesarios á su plan.

Los grisonos se armaban en secreto y el coronel Jenatsch debía tratar con Austria sobre relaciones de



amistad y engañar al duque de Rohan con aspecto benévolo. En el país había pocos franceses, y como en el desfiladero inmediato á Louciensteig estaba el coronel de Zurich Gaspar Schmid, á petición de los grisonos, recibió de su gobierno la orden de no oponérseles en cosa alguna de sus empresas.

El duque de Rohan notó alguna agitación, sospechó que algo se tramaba en secreto y reforzó la guarnición de las trincheras á orillas del Rhin y del río Landquart que corta al Prettigæu de Occidente á Oriente; mas Jenatsch supo desvanecer astutamente sus recelos, y á la cabeza de seis batallones de sus conciudadanos, levantando el pueblo en masa y de repente, cercó el fuerte de los franceses en el Rhin. Todos en concierto, un cuerpo de ejército alemán cayó sobre Lindau y otro español estacionó en las márgenes del lago de Como, de modo que envuelto Rohan se vió precisado á evacuar la Valtelina á toda prisa, llamando á sí al mariscal de Lecques y á los demás franceses, repasando el Rhin en número de 5.000 hombres.

En Mayo de 1637 se despidió el duque de Rohan afablemente de todos los jefes de la república, y hasta del mariscal de Lecques; pero al llegar á Jenasch, pálido de cólera, le disparó una pistola, que felizmente falló, diciéndole que así se despedía de un traidor. Jenasch debía morir, lo cual aconteció dos años más tarde en una fiesta oficial que se dió en Coira, en la que, el 24 de Enero de 1639, Rodolfo, hijo de Pompeyo Planta, entró en la sala con otros conjurados y atravesó de un balazo la mejilla del coronel, que se defendió con un candelero; pero no muerto de él sucumbió á seis hachazos, recibiendo sepultura su cadáver con todos los honores militares en la iglesia catedral. Tal fué el término de este hombre, que amantísimo de la libertad de su patria tuvo el defecto de por ella no repugnar ni aún los me-

dios más vergonzosos é infamantes. Su asesino, Rodolfo Planta, murió un año después en un levantamiento del pueblo de la Engadina.

Libres ya los grisonos de todo extranjero, suplicaron á los reyes de España y de Francia que los dejaran vivir en posesión tranquila de su país, que tanto sacrificio y tanta sangre les habia costado, y el rey de España lo otorgó firmando en Milan el 3 de Enero de 1639 una paz perpétua que les concedía todos sus antiguos derechos sobre la Valtelinà, Chiavenne y Bormio, á condición de que la religión católica fuera única en las bailías, como pedían las comunidades de estas creencias de las tres ligas.

También Austria, cansada de guerras en Alemania, renovó en Feldkirch el 9 de Agosto de 1641 sus antiguos tratados con los grisonos, reservándose solamente los derechos que tuvo antes sobre la Engadina y sobre la liga de las diez jurisdicciones; pero antes de los diez años esta liga rescató, si bien á gran precio, los citados derechos de la casa de Austria, quedando su territorio enteramente libre de toda intervención exterior, y como las municipalidades de la baja Engadina siguió el ejemplo, el Austria vino á conservar tan sólo algún insignificante derecho señorial en Rhæzuns y en Tarasp.

Independiente y libre como las otras de la Alta Rhetia la liga de las diez jurisdicciones, eligió á Davos por capital, contra el deseo de las otras jurisdicciones instigadas por el coronel Pedro Gouler, por cuya oposición estuvo á punto de provocarse un conflicto, á no ser por la mediación de Berna, Zurich y Glaris, que consiguieron que la cuestión se sometiese al árbitro Juan Enrique Waser, de Zurich; y su fallo fué en 21 de Enero de 1644, que Davos fuera capital, como ántes lo habia sido, que la dieta continuara reuniéndose en ella, que

conservara el derecho exclusivo del nombramiento de abanderado y de guardar la bandera y los archivos.

## CAPÍTULO XXV

---

Turbulencias en la confederación durante la guerra de los treinta años.—Se consolida la independencia de Suiza respecto del imperio germánico.

(Desde el año de 1618 al 1648.)

Las rencillas constantes de los grisones tenían conturbada á la Suiza entera, ocasionando gastos en embajadas y armamentos, discusiones á las dietas y á los consejos sin proporcionar ventaja alguna á la confederación en general ni á aliado alguno en particular; y la causa de ellas era que los cantones católicos, partidarios de España y de Austria, llevaban á mal los auxilios de los protestantes á sus aliados, y los protestantes, que eran afectos á Francia y á Venecia, paralizaban la acción de los católicos. Estos recibían dinero de España y de Austria y por tratados particulares les enviaban tropas auxiliares, y los protestantes procedían lo mismo con las potencias á cuyos intereses servían.

En las bailías comunes cuyo dominio se hallaba entre cantones de religión diversa, los de la una tendían á coartar la libertad de los de la otra, y los asuntos menos graves originaban mil dificultades, lo cual ahuyentaba la tranquilidad del país. En el Rheinthal y en la Thurgovia hubo disputa entre los cantones soberanos, sobre si en materia religiosa debía decidir la pluralidad de votos como en materia política y civil, tomando parte en la cuestión el clero para agriarla, como en todas.

El obispo de Basilea apoyado por el emperador de Alemania cuando estaba pujante, exigió á Basilea y Mulhouse que le restituyesen los bienes que fueron de su obispado y que había perdido hacía mucho tiempo.

El abad de San Gall pedía en la Thurgovia y Rheintal más derechos que le correspondían, y los de Einsiedlen y de Fischingen, el primero pretendió hacerse tributario el cantón de Schwyz, y el segundo alzar un altar católico en la iglesia protestante de Loustorf, y contando cada uno de estos señores con partidarios, la guerra civil amenazaba, contenida solamente por temor al extranjero.

En este tiempo, una guerra terrible comenzada en Bohemia en 1618 asolaba la Alemania, tomando parte en ella católicos y protestantes en el imperio germánico, arrastrando á Suecia, Hungría, Italia, Francia y España, y empezada como religiosa, terminó por la conquista, disputando el paso de los Alpes Rhetios unas veces los españoles y austriacos, y otras los franceses y venecianos, con el auxilio de los confederados. Estos con buen sentido, y conociendo su debilidad ante los ejércitos beligerantes, se limitaron á defender la inviolabilidad de su territorio y su neutralidad; pero hasta esto mismo fué causa de cuestiones interiores; tal era la discordia entre los confederados.

La ciudad de Mulhouse, aliada de Suiza, expuesta á incursiones de suecos y de imperiales con pretexto de la guerra, recibió en 1632 tropas auxiliares de Berna y de Zurich, y al pasar los de Berna por la ermita de Soleura, la guardia del desfiladero les cerró el paso y tocó á somatén.

Los bailfos de Soleura, Felipe Roll, de Bechbourg, y Ursus Brouner, de Falkenstein, envolvieron al batallón bernés, mataron á muchos hombres de él y los desarmaron, delito que expió duramente Soleura con la

muerte de uno de los autores y el destierro de los otros; pero la desconfianza y el ódio no se extinguieron.

Otro ejemplo del estado de animosidad de los confederados entre sí es, que el general sueco Horn pasó á viva fuerza en 1633 por Stein, ciudad de Thurgovia, dependiente de Zurich, para sorprender la ciudad austriaca de Constanza, atribuyendo los católicos á los reformados que protegían á Suecia contra el imperio, y en revancha Uri, Zoug, Schwyz y Unterwalden dispusieron un socorro de 3.000 hombres para Constanza.

Los de Zurich empuñaron las armas al punto, y amenazaron unirse á los suecos si los cantones católicos hacían causa común con Austria, y costó muchísimo poner en paz á estos cantones.

A poco los austriacos pasaron por territorio suizo cerca de Schaffhausen, violando la neutralidad, y los de este país tomaron las armas ayudados de algunos batallones de Zurich, venidos de la Thurgovia, pero tan tarde que ya habían saqueado los austriacos las ciudades de Barguen, Altorf, Begguingen, Schleithem, Barzheim, algunas entregadas al fuego, y mientras los valientes campesinos se batían vigorosamente contra los salteadores, matando muchos de ellos, el tímido gobierno de Schffhausen no paraba de enviar misivas al general austriaco.

También el territorio de Basilea sufrió el pillaje de los austriacos y de la gente indisciplinada que los acompañaba, debido á la timidez con que los suizos protegían á sus aliados, y aún llegaron á abandonar á Rotthweil, ciudad imperial de Suabia y su aliada, porque había admitido guarnición austriaca y haber tomado así partido contra Suiza. Los franceses primero y luego los suecos faltaron á la neutralidad reconocida de la alta Borgoña, y los confederados sólo opusieron humildes embajadas y cartas casi cobardes; tampoco desplegaron

más energía cuando en 1638 el duque Bernardo de Weimar acantonó su gente en el obispado de Basilea el tiempo que tuvo por conveniente, á pesar de las quejas de los suizos y de los padecimientos del pueblo.

En brillantes discursos se hablaba en las dietas de la necesidad de un ejército en las fronteras, sostén de la inviolabilidad santa de la Helvecia, y protector de la dignidad de la patria; los confederados del centro de Suiza decían que eso era muy costoso y debía ser cuenta de los cantones fronterizos, de modo que, estando todos á las ventajas y nadie para sacrificios, nada se resolvía. El gobierno estaba supeditado á los embajadores extranjeros, á cuya influencia no resistía, ocurriendo en 1642 que un día pasaba por Mellingen en carruaje el embajador francés, unos de su comitiva disputaron con los del pueblo sobre el portazgo, y los del pueblo hicieron armas y cerraron las puertas de la ciudad. Pues la dieta obligó al magistrado, al notario y al inspector del portazgo á ir á Soleura y pedir perdón de rodillas al embajador y devolverle los doce batz (1,60 pesetas) que había pagado, y no contento con esto el orgulloso francés, y á su petición, se los tuvo presos en Baden.

La escasez de numerario era mayor de día en día y había que aumentar los impuestos, por lo que en 1641 estableció uno el Consejo de Berna de uno por mil sobre todos los bienes, pero sin determinar su duración; y el pueblo, que la juzgó indefinida, se sublevó contra esta medida, especialmente en el Emmenthal, Argovia, siendo necesario que el gobierno de Berna fuese algo severo y detuviera algunos de los mayores adversarios del impuesto; por ello creció la irritación, y hubo que establecer guarniciones en Berna, Thoune, Berthoud y Lenzburgo. La tranquilidad, se restableció por gestión de diputados de la dieta, se pagó el impuesto y Berna prometió extinguir los abusos que disgustaron al pueblo.

Poco después, en 1645, se reproducían estos hechos en el cantón de Zurich por un nuevo impuesto, y la prudencia, dulzura y consejos del gobierno calmaron á los rebeldes, que espontáneamente pidieron arrodillados perdón, á excepción de los de Knonau y de Wädenschwyl, que faltaron á los magistrados y amenazaron con las armas, dando lugar á que se los ocupase militarmente, se les desarmase y se obligase á hombres, mujeres y niños á pedir perdón de rodillas, rodeados de soldados, siendo decapitados siete de los autores de la rebelión, y pagando las poblaciones citadas 12.170 y 26.163 coronas respectivamente.

Suiza se vió plagada de vagos extranjeros, desertores y merodeadores que venían á ejercer su industria á la sombra de los tumultos que ellos provocaban, excitando al pueblo contra el gobierno, y eran en número tan considerable que se reunían un día en 1639, en el condado de Baden, en número de 6.370, y en Bremgarten sufrieron 236 pena de muerte en un sólo año, severidad que los asustó y los hizo desaparecer.

Más eficaz que el rigor fué para Suiza la paz acordada en Wetsfalia, en donde el embajador suizo Juan Rodolfo Wettstein, burgomaestre de Basilea, defendió los intereses de la confederación con habilidad y firmeza, y aunque Alemania porfiaba que los suizos dependían del imperio germánico y la Cámara imperial pronunció sentencias contra algunos, en vez de someterlos á los tribunales de su país, Wettstein declaró en nombre de ellos que estaba resuelto á sostener su independencia absoluta del imperio y á toda costa; y en vista de esta declaración, el 14 de Octubre de 1648, los soberanos que firmaron el tratado de paz de Wetsfalia declararon la independencia de la Confederación Helvética.

## CAPÍTULO XXVI

---

### Sublevación de los campesinos de Basilea, Berna, Lucerna y Soleura.

(Desde el año de 1648 al 1655.)

Reconocida la independendencia de los suizos, parece que debieron ser completamente felices, tal era la ansiedad que por ella manifestaban; pero no fué así. Todavía existían los ódios por religión á los cuales se agregó otro.

Entre los campesinos y en más de un valle, aún existía la servidumbre ó al menos existían sus cargas, y al contemplar la libertad y soberanía de Uri, de Schwyz, de Unterwalden, sin otras leyes que las que ellos se daban, ni otras cargas que las que ellos se imponían, los súbditos de las ciudades sentían una amarga envidia, se creían esclavos cuando se los obligaba á pagar impuestos que ellos no habían votado y á someterse á leyes no apropiadas á sus necesidades. Pero era más duro aún tener que soportar bailíos imperiales y gobernadores codiciosos, castigándoles por las faltas más ligeras con la prisión, malos tratamientos, multas arbitrarias por las que los curiales los reducían á la miseria; y como los nobles gobernadores tenían parientes en el consejo y en los tribunales, se mofaban de las quejas del pueblo del campo; en fin, todas las ventajas eran para el habitante de la ciudad,

En Agosto de 1652 el gobierno de Berna prohibió en su cantón la moneda pequeña de los otros, reduciendo á la mitad el valor de su vellón ó moneda de co-



bre, causando descontento general, porque todos los pequeños valores los redujo en la misma relación, lo cual afectaba en particular á los más pobres. Los campesinos acudieron á las ciudades y á este motivo general de queja cada uno agregaba algún otro personal contra el baillío, ó por el precio de la sal; uno se quejaba del impuesto sobre exportación del trigo, otro de la servidumbre y cuanto más se hablaba más se exaltaban los ánimos.

El gobierno de Lucerna disminuyó también su vellón y las municipalidades del Entlibouch pidieron por medio de diputados la revocación de la orden ó que se recibiese en pago, en vez de moneda, productos del país y los diputados fueron tal mal recibidos que volvieron cabizbajos. Irritado el pueblo, arrojó ignominiosamente á todos los alguaciles mandados por la autoridad ó por los acreedores, y habiéndose presentado para apaciguarlo el magistrado Doulliker con algunos del Consejo y personas influyentes del clero, salieron de todos los pueblos hombres armados de mazas y lanzas, llevando á su cabeza una bandera blanca seguida de tres jóvenes que llevaban el cuerno de los Alpes. Detrás de estos iban tres jefes seguidos de trescientos hombres vistiendo el antiguo traje suizo, significando así á los tres héroes de Grutli, y cerrando la marcha 1.400 hombres en armas. Cuando llegaron á la ciudad prorrumpió esta masa en gritos contra la disminución del valor de la moneda, contra el peaje de Wollhausen, contra el interés enorme de la plata, contra las multas que imponían los baillíos etc., entre multitud de injurias y amenazas, á cuya demostración se volvieron los diputados, y los campesinos tomaron medidas hostiles, excitando á sus vecinos los de Berna á unirse á ellos, haciendo en Wollhausen una alianza sancionada con un juramento las diez baillías de la comarca. De tan mal aspecto las

cosas, los seis cantones católicos mandaron para mediar á seis diputados, y reunidos en Willisau á los diez del país, les fueron presentados por escrito veintisiete cargos contra el gobierno, y reproduciéndose el tumulto, se apoderaron de los mediadores, los aseguraron con centinelas de vista, se ocuparon los principales pasos que conducían á la ciudad y se llegó hasta amenazar á Lucerna. Pero al punto acudieron 400 hombres de los pequeños cantones á guarnecer y defender la ciudad, y los campesinos de Entlibouch, asustados, devolvieron la libertad á los diputados detenidos y les pidieron su protección, lo cual cumplieron ellos pronunciando el 19 de Marzo una sentencia arbitral llena de equidad, que fué que el gobierno conservaría su soberanía y el pueblo sus derechos; se establecería el derecho de aforo sobre la misma base en todo el país; el magistrado de Willisau se elegiría de entre los vecinos de esta ciudad; el Entlibouch no apelaría ante los tribunales de Lucerna, sino en asuntos que excediesen de cien florines; quedaría nula la alianza de las diez bailías y se prohibiría toda otra bajo penas severas; pero no se exigiría cargo alguno por los gastos de la cuestión actual.

Creyéndose todo concluído estalló la tormenta en el cantón de Berna y se extendió luego desde Thoune hasta Brougg, porque no queriendo marchar los campesinos contra los de Lucerna, diciendo que eran sus hermanos y que se quejaban de lo mismo que ellos, el tumulto en las aldeas fué inexplicable. Todos querían mandar y nadie obedecer; el clero y las ciudades Arau, Arburgo, Brougg, Lenzburgo, Thoune y Zofinguen, siguieron fieles al gobierno.

Pidió Berna auxilio á la confederación, y al punto enviaron tropas Schaffhausen, Basilea y Mulhouse, limitándose Lucerna y Zurich á ofrecerse para un arreglo, lo cual no pareció mal á Berna; pero se hizo tarde, porque

los de Schaffhausen entraron en el cantón de Berna por las cercanías de Brougg, y los de Mulhouse y de Basilea por las de Arau, circunstancias que agriaron á los de Argovia, dándose en el condado de Lenzburgo muestras de un levantamiento general; y para evitarlo se retiraron las tropas de Schaffhausen á las baillías de Biberstein y de Schenkenberg á la orilla izquierda del Aar. Más el pueblo se pronunció también aquí y su movimiento se propagó á mucha parte del cantón de Soleura, y en su consecuencia las tropas de Basilea y de Soleura tuvieron que regresar á sus hogares.

A estas señales de oposición, el tumulto creció espantosamente; los aldeanos reunieron asambleas generales en Langenthal, sitiaron los castillos de los baillíos, mandaron diputados á Berna y su ceguedad por el triunfo fué tanta, que pidieron secretamente auxilio de extranjeros al embajador francés La Barde, el cual lo reveló, y todas las personas honradas abandonaron una causa que acudía al extranjero contra la patria.

Seis cantones protestantes propusieron intervenir amistosamente para cortar las diferencias entre el gobierno y el pueblo; y aceptado, con el concurso de diputados de las municipalidades, se decidió: que la venta de sal fuera por el gobierno, pudiendo comprarla los ciudadanos donde quisieren; que los derechos de exportación del trigo y la obligación de entrar en un tributo se suprimieran; que el vellón permanecería al valor último fijado, pero que los capitales é intereses se pagarían por el que tenía el dinero en 1613; que los capitales bien hipotecados y colocados á buen interés no podrían ser reclamados antes de los seis años, y que el salario de la curia se disminuiría. Allanadas las dificultades con tan equitativo arbitraje, los diputados de las municipalidades pidieron de rodillas perdón al consejo y todo quedó terminado, al parecer.

Pero los habitantes del campo de Lucerna llevaron á mal que se calificara de criminal su alianza con Wollhausen y enviaron diputados á los otros cantones para decirles que era menester dejar de ser esclavos de las ciudades y ser libres como sus hermanos de los pequeños cantones, á lo cual se adhirieron los de Argovia y del Emmenthal, llenando de injurias á sus diputados que vergonzosamente se humillaron ante el consejo de Berna y otros muchos campesinos de Basilea y de Soleura. Tuvieron el 13 de Abril de 1653 una asamblea general en Soumiswald, y nombraron al aldeano Nicolás Leuenberg, de Schoenholz, primer magistrado y jefe de los confederados de los cuatro cantones de Lucerna, de Berna, de Basilea y de Soleura. Acordaron que el pueblo respetaría los derechos del gobierno y éste los del pueblo; que los súbditos no harían armas contra los magistrados, pero que si estos las hiciesen contra ellos se opondría la fuerza á la fuerza. Invitaron para una asamblea general en Houtwyl á los súbditos de los demás cantones para ocuparse de los derechos y de la libertad, para que todos los suizos fuesen libres. Las grandes ciudades llevaron á mal estas pretensiones y se veía aproximarse el desenlace de la cuestión.

Así como los condes y señores se emanciparon del imperio y las grandes ciudades de Suiza de los condes y señores, los habitantes del campo sujetos á las ciudades eran lógicos al pretender ser libres é iguales á los demás, pero los medios que emplearon no respondieron á los fines.

Los sublevados eran gente grosera, ignorante, desconfiada y que más que el interés patriótico la arrastraba al tumulto el interés personal. Todos querían mandar y ninguno obedecer; de modo que pronto los invadió la discordia y empezaron á cometer toda clase de excesos. El que se presentaba adversario de sus ideas era ya un

enemigo que debía tratarse con el hierro y el fuego; y las ciudades, más expertas, aparentaban querer tratar con ellos para ganar tiempo, mientras disponían las tropas para domarlos, medio mejor que el de Berna y la dieta de Baden, que con entera franqueza trataron con representantes de los revoltosos sin que fuera posible entenderse; en vista de lo cual Zurich, cabeza de la confederación, ordenó una movilización general en 11 de Marzo de 1653. Berna, con las tropas del país de Vaud, en que se hablaba el alemán, reunió bajo el mando de Segismundo de Erlach unos 10.000 hombres; los cantones católicos unos 5.000 mandados por el coronel Zweyer, y unos 8.000 confederados acudieron con el general Wertmuller, de Zurich, á la cabeza. Los habitantes de los pequeños cantones tomaron partido por las ciudades, porque teniendo ellos también súbditos, creyeron deber combatir á los que pretendían ser libres.

Los rebeldes acudieron inmediatamente á posesionarse de los desfiladeros de Gumminen hácia el país de Vaud y de Windisch y Mellingen hácia Zurich, asaltando sin éxito por falta de jefes experimentados, de disciplina y de artillería, las ciudades de Arau, de Arburgo, de Lenzburgo y de Zofingen, y viendo Leuenberguer, jefe de los revolucionarios, que hallaba tenaz resistencia, hallándose en Ostermoundigen, y mientras su gente se ocupaba del merodeo, escribió á Berna, que distaba una legua, proponiendo un acomodo, que ella aceptó por evitar efusión de sangre, haciendo muchas concesiones y aún ofreció pagar 50.000 libras (unas 1.380 pesetas), no á título de contribución de guerra, sino como donativo para remedio de la miseria del pueblo; y firmado el convenio por los representantes de los sublevados y hecha promesa de sumisión, todo quedó deshecho al volver á su campo. Al ver que se acercaban las tropas de la confederación, los rebeldes no qui-

sieron separarse hasta que aquellas no volvieran á sus respectivos cantones.

Wertmuller y Zweyer reunidos pasaron el monte Heitersberg y se acercaron con sus tropas á Mellinguen, donde concedieron á Leuenberguer, y á petición de éste, nueva entrevista; y aunque éste escribió á Berna quejándose del avance de las tropas de la confederación, aunque sus fuerzas sitiaban las ciudades de la Argovia, cuando llegó á contar 20.000 hombres bajo sus banderas, se creyó poderoso y dijo que la cuestión la decida la espada.

Mellinguen y Zofinguen no cedían á los sublevados, y ya desanimados éstos enviaron diputados al Consejo de guerra federal, reunido en Mellinguen, pidiendo condiciones de paz favorables, á lo cual respondió el Consejo que los campesinos no debían imponer condiciones; que entregasen el acta de su alianza, se retirasen á sus hogares y que esperaran sus jefes el fallo de sus superiores sin lo cual no habría paz.

Aterrados los diputados rebeldes de Berna, de Basilea y de Soleura, prestaron el juramento que se les exigió, pero no los de Lucerna por no creerse con poderes para ello, resultando de esto la división de los bandos sublevados. Wertmuller hizo avanzar sus tropas, y el general d'Erlach las suyas por Berna y por Wanguen, sobre Langenthal, dispersando al paso una partida de 2.000 campesinos. El 28 de Mayo dió en Herzoguenbouchsée, con un puesto de seis hombres armados, los cuales le aseguraron que los sublevados se habían disuelto: pero al acercarse al pueblo con su séquito le hicieron varios disparos y por ello dió con las partidas que se habían posesionado de un bosque inmediato y las atacó por tres puntos.

El combate fué extremadamente desesperado, y cejando los amotinados se retiraron hácia el pueblo, defen-

diendo el terreno palmo á palmo, y luego á las casas, pasando de las que ardían á las no incendiadas todavía, y luego tras de los muros de la iglesia, hasta que al fin vencidos se dispersaron por el bosque.

Sofocada la rebelión en esta comarca, se reunieron d'Erlach y Wertmuller junto á Langenthal, y éste reconvinó á d'Erlach por la matanza de Herzoguenbouchsée contra lo determinado en el consejo de guerra de Mellinguen, y referida por d'Erlach la causa de tal desgracia, convinieron en que sólo la baja Argovia estaba bajo el amparo del tratado de Mellinguen; pero que Berna trataría según las leyes de la guerra á las municipalidades situadas por encima de Arburgo.

De pronto sucedieron en los pueblos rebeldes á los gritos tumultuarios y á los alardes de la audacia el silencio de la muerte y el terror del arrepentimiento; porque desarmados los sublevados y encadenados sus jefes, el consejo de guerra que funcionaba en Zofinguen, condenó á Schybi, extraído del Entlibouch, á ser decapitado, como igualmente á Leuenberguer, que oculto en su casa y delatado por un vecino, su cómplice fué conducido á las prisiones de Berna para ser decapitado y su cabeza y el acta de alianza de los rebeldes fueron atadas á la horca. El mismo suplicio sufrió su secretario Bræmer, y Ulrico Galli ahorcado. En Basilea fueron ejecutados siete ancianos como cómplices en los disturbios, y muchas otras personas condenadas á muerte, á destierro ó á fuertes multas. Las bailías libres pagaron 10.000 florines, los del condado de Lenzburgo 20.000 y los de Soleura 30.000, con otros varios condenados á mayor ó menor impuesto. Algunos jefes sublevados pudieron huir y el emperador Fernando III los mandó pregonar por todo el imperio.

Los revolucionarios del cantón de Lucerna pactaron con el gobierno por medio de árbitros componedores

reunidos en Stanz el 7 de Junio procedentes de Schwyz, Unterwalden, Uri y Zoug; pero los amotinados de Entlibouch se negaron esperando un cambio de gobierno que les auguraban algunos ambiciosos de Lucerna. Delatados estos ambiciosos fueron presos, y el Entlibouch sometido por las armas.

Acabada la rebelión, y bastante después, hubo cuestiones entre los mismos cantones sobre los gastos de guerra, especialmente entre Berna y Zurich y entre Berna y Soleura, determinándose, á consecuencia de ello, en 1654, que en adelante los socorros que cada cantón prestase á otros serían de su cuenta.

## CAPÍTULO XXVII

Guerra religiosa y otras.

Tockenburgo pierde sus libertades.—Paz de Arau.

(Desde el año de 1656 al 1712.)

El odio entre católicos y protestantes creció extraordinariamente á impulsos de las predicaciones del clero que no cesaba de atizar el fuego de la discordia. En las baillías comunes, sobre todo, cada partido quería dominar, y decían los católicos que los de Zurich y Berna fortificaban sus ciudades y se atraían á Holanda é Inglaterra contra ellos, mientras los reformados decían por su parte que los católicos confirmaban la alianza de Bormeo, renovaban sus tratados con Saboya y con el obispo de Basilea, y halagaban al rey de España.

En el cantón de Schwyz tuvieron que huir seis familias evangelistas porque peligraban sus vidas en Arth, donde residían, y habiendo suplicado en 1655 al consejo



de Zurich que intercediese con el gobierno de Schwyz para que permitiera la salida libre de sus bienes, dicho gobierno contestó al consejo negativamente, y al contrario, reclamó la entrega de los fugitivos. Acudieron los cantones reformados al derecho federal, y Schwyz dijo que no tenía que dar cuenta de su administración más que á Dios y á su conciencia, y los bienes de los fugitivos fueron confiscados, sus parientes protestantes aherrojados, llevados al tormento y algunos ejecutados.

Agotados los medios de persuasión por los cantones neutrales, tuvo Zurich que recurrir á las armas, y sostenido por Basilea, Mulhouse y Schaffhausen lanzó 10.000 hombres hácia el Rhin, que sometieron la Thourgovia y sitiaron á Rapperswyl que estaba ya ocupada por los católicos, como el Albis, Bremgarten, Mellinguen, Baden y en los confines de los cantones de Unterwalden y Berna la montaña de Brunig. Las tropas de Berna fueron con las de Zurich, después de aseguradas sus fronteras del lado de Soleura, Friburgo y Unterwalden, y como sus tropas eran tan indisciplinadas, á su paso todo era incendio y devastación. Los berneses acamparon en las cercanías de Villmerguen, sin cuidarse del enemigo, sin avanzadas, sin exploradores y hasta sin municiones para la artillería, y aunque cerca de la aldea de Wohlen los de Argovia advirtieron la presencia del enemigo, no se inquietaron, porque unos jóvenes de Berna que regresaban de pasear á caballo dijeron que no había riesgo alguno.

Pero 4.000 hombres de Lucerna estaban emboscados en la altura de Wohlen, y su coronel Pfyffer los hizo avanzar rápidamente y hacer fuego sobre los de Berna parapetados en un camino, el 14 de Enero de 1656. Faltos estos de municiones, entre el terror y la sorpresa, sólo pudieron hacer dos descargas de artillería y apelar á la

fuga, arrollando diez banderas que venfan en su auxilio. Durante el ataque recibió Pfyffer una orden escrita de su gobierno de no emprender el ataque, porque se trataba de un arreglo sin efusión de sangre, y presumiendo él el contenido la guardó sin abrirla y destrozó á los de Berna, haciéndoles perder 800 hombres y 11 cañones. Algunos batallones de Berna fueron testigos impasibles desde las alturas laterales del camino y la fuga de los suyos hacia Lenzburgo, pero sin moverse por falta de órdenes. No así los batallones de la Argovia, que ciegos de furor al ver el éxito de los de Berna, querían renovar el combate, y á duras penas fueron contenidos por el consejo de guerra.

Los vencedores en esta batalla de Villmerguen permanecieron tres días en el campo celebrando su triunfo, y á ella, el 26 de Febrero de 1656, se siguió un armisticio, y á poco la paz, que en nada vino á alterar el estado de los cantones, puesto que conservaban la libertad religiosa y la de emigración de uno á otro á discreción de sus gobiernos. Aunque la guerra duró sólo nueve semanas, no obstante costó á Zurich 414.000 florines.

Si la organización militar de los cantones católicos hubiera sido mejor que la de los reformados, las ventajas sobre éstos hubieran sido mayores; pero no siendo así, hicieron recaer la culpa sobre el coronel Zweyer, de Evenbach, jefe de los de Uri, acusándolo de inteligencia con los de Berna y de Zurich, y que por ello cesó la persecución de los fugitivos é hizo levantar el sitio de Rapperswyl, á cuyas voces contribuyó un fraile de Nuestra Señora des-Eremites, asegurando que los de Zurich habfan enviado á este jefe 1.400 ducados, dándose ocasión con este incidente á muchas cuestiones en las dietas.

Después de estos acaecimientos los ánimos seguían excitados, vivos los odios religiosos, sobre todo en los

cantones libres, y la guerra siempre amenazadora, la más ligera chispa podía encenderla.

Uno de Lucerna conducía por caminos apartados en un día de la Pascua de Pentecostés de 1664 á 43 jóvenes que había reclutado para el servicio de España, y al pasar por el pueblo de Lipperswyl entraron en la iglesia reformada y causaron cierto ruido y desorden, por lo cual salió de ella una mujer asustada dando gritos por el pueblo de Wigoldinguen pidiendo socorro, á lo cual los habitantes de este pueblo se pusieron en camino, apalearon á los reclutas, mataron cinco é hirieron é hicieron prisioneros á algunos otros. Al punto cinco cantones católicos empuñaron las armas y se posesionaron de Kaisersthoul, Mellinguen y Bremgarten. Los católicos no se satisfacían más que con sangre en venganza de los reclutas, y la dieta de los cantones soberanos de la Thurgovia condenó á muerte por pluralidad de votos á dos campesinos de Wigoldinguen el 5 de Setiembre de 1665, á pesar de las fervientes súplicas del gobierno de Zurich. Este mismo gobierno hizo una colecta en las iglesias del cantón para ayudar al municipio de Wigoldinguen á los gastos del proceso.

A estas luchas hubo que añadir la peste, que en 1667 diezmó los pueblos de la Argovia y de Basilea. El mal se manifestaba por tumores en el vientre bajo, y se atribuyó á la benignidad del invierno anterior, habiéndose observado que los árboles, frutos y plantas eran devastados por gusanos venenosos y orugas, y por la inmensidad de ratones que se veían en el campo y en la montaña. Felizmente un invierno crudísimo al cabo de un año arrancó este azote.

Los suizos fueron libres é independientes en tanto que la justicia estuvo en ellos y lejos la vanidad y el interés, unidos por un sólo deseo, el bien de todos, y por tal unión gozaron del respeto de todas las naciones. Pe-

ro cuando la avaricia y la bajeza reemplazaron á la prudencia y al derecho, cuando el pueblo vendió su sangre al extranjero y los jefes del país entregaron su independencia á las cadenas de oro de los soberanos, cayó la ruina sobre su desventurado país. Egoistas, prefirieron el cantón á la patria, la familia al cantón; pequeños en las grandes cosas y queriendo aparecer grandes en las pequeñas, buscando empleos por interés, dependientes de cualquier soberbio, se creían libres y lo eran menos que el esclavo miserable. Los señores, ya por violencia, ya por astucia, arrancaban poco á poco el pobre residuo de los derechos que tuvo el pueblo, para extender los límites de su dominación, y lo prueba que el Tockenburgo había alcanzado de sus condes las grandes prerrogativas de nombrar los jueces para sus tribunales y los baillios de su seno; de participar de las multas y otros ingresos de la administración civil y militar, y de formar parte de las asambleas generales ó particulares.

El abad de San Gall compró por 14.500 florines de Alemania (unas 31.685 pesetas) al señor de Raron los derechos que heredó de los condes de Tockenburgo, y luego quiso, además, los mismos que él confirmó al pueblo. Éste se alió en 1436 con Glaris y Schwyz para poner sus derechos bajo la protección de ellos; más el abad buscó en 1469 para los suyos el apoyo de los mismos Glaris y Schwyz por una alianza particular y como su abadía era aliada de la confederación y él mismo era príncipe del santo imperio, unas veces se alzaba contra el emperador como miembro de la confederación, y otros contra ésta como príncipe del imperio, sacando la ventaja que buscaba á sus intereses por este doble juego.

Empezó en 1510 poniendo en duda la libertad de los de Tockenburgo llamándolos siervos suyos, para ir acostumbrándolos á esta idea, y luégo ya atacó á fondo

sus libertades, ocasionando frecuentes contestaciones debatidas ante los dos cantones protectores, que siempre les eran favorables. En 1539 y 1540 obtuvo que se apelase ante él de los fallos de los tribunales del país y el derecho de elegir los jueces, de conservar los bienes embargados á los criminales, de elegir un bailío extranjero y administrar sin restricción los bienes de la iglesia y de los curatos; la propiedad de la caza y de la pesca; en 1543 el derecho de nombrar los pastores; en 1555 el de nombrar los escribanos y alguaciles; en 1595 el privilegio de conceder derechos de ciudadanía, en fin, arrancó al pueblo de las asambleas y hasta la administración militar pasó en 1654 á manos del abad, que desde entónces tuvo su capricho por ley, permitía reclutas para el extranjero, daba empleos á sus hechuras, toleraba que la astucia y la intriga de los magistrados y de los conventos se llevara los mejores productos del suelo ó que las multas fueran de sumas enormes.

Cuál juzgarían su poder, cuando el abad Leodegar Burguisser mandó construir y sostener á su costa al pueblo de Tockenburgo una nueva vía á través del bosque de Hummelwald, y al objetarle una diputación que esta carga superaba á las servidumbres de otro tiempo, de que se habían rescatado por dos veces, contestó imponiendo á los diputados la multa de 1.540 escudos del imperio y pronunció contra ellos la interdicción civil.

Los de Tockenburgo acudieron en queja en 1701 á los cantones de Schwyz y de Glaris, los que compadecidos de tanta desdicha dijeron en su asamblea que así fueran turcos ó paganos eran sus aliados, y aunque reformados, debían hacerles justicia. Irritado el abad, acudió á su vez á todos los cantones confederados apelando á sus derechos como miembro de la confederación. Reuniéronse varias dietas anuales, y Zurich y Lü-

cerna, aliadas del abad, tomaron parte en la cuestión; y como por una parte el Tockenburgo, víctima de tantos ataques, se había granjeado muchas amistades y el abad muchos enemigos, aliándose para ataque y defensa al Austria por considerar el condado de Tockenburgo como un feudo del emperador y del imperio, la cuestión no estaba muy en su favor, y á ello vino á agregarse la religiosa.

Zurich y Berna aconsejaban á Tockenburgo que insistiera en sus pretensiones, y Schwyz, partidario del abad en 1703, decía que los nuevos derechos del abad, sus actos y sus firmas eran primero que los añejos derechos del pueblo, y en Tockenburgo no podía establecerse un culto nuevo sin la aquiescencia prévia de Glaris y de Schwyz; á pesar de esto, las pretensiones no se retiraron. El emperador escribió á su embajador que á él tocaba decidir el asunto, por ser el conde de Tockenburgo un antiguo jefe del imperio, á lo cual contestaron Zurich y Berna, que Tockenburgo estaba en la confederación y que el abad mismo los había reconocido por árbitros desde hacía años, respuesta ayoyada por los embajadores de Inglaterra, de Prusia y de Holanda, que atizaban el fuego contra el imperio.

Los tumultos y los asesinatos se sucedían en Tockenburgo, porque el abad de San Gall introducía la división entre católicos y protestantes para mejor defender su poder amenazado, siendo inútiles los muchos esfuerzos de Nabholz, zuriqués respetable por su saber, para templar los ánimos y restablecer el orden. Cansados los de Tockenburgo, lanzaron de los castillos á los gobernadores, subdelegados y tropas del abad, y éste á su vez ocupó militarmente los puentes, caminos y senderos que conducían al hasta poco antes territorio de San Gall. Los de Tockenburgo tomaron á esto las armas; Durlles, avoyer de Lucerna, llamó á los canto-

nes católicos contra los sublevados, y el avoyer de Berna, Willading, á los protestantes contra los católicos porque, como decía, la cuestión era demasiado larga puesto que duraba ya doce años.

Los de Tockenburgo declararon la guerra al abad en 12 de Abril de 1712 para defender sus derechos y los apoyaban Zurich y Berna, contando ya con 3.000 del primero al mando de un magistrado llamado Bodmer, y Nabholz, antes consejero y amigo de ellos fué jefe de los tockenburgueses. Se tocó á somatén, y todos los conventos y castillos del abad fueron ocupados; pero éste introdujo en los muros de Wyl diez y seis batallones de infantería, y entre tanto los de Zurich saqueaban sin descanso el país de San Gall.

Zoug, Uri, Lucerna, Schwyz y Unterwalden marcharon, después de cubrir sus fronteras, sobre Tockenburgo y se apoderaron del condado de Baden. El nuncio les dió 26.000 escudos, los soldados recibieron del clero amuletos y balas benditas, y aún en Roma hubo rogativas en todas las iglesias.

Berna, también sacó de su tesoro 10.000 coronas para un cuerpo de ejército de 25.000 hombres, aseguró las fronteras y el condado de Lenzburgo cerca de Othmarsinguen, en las cercanías de Baden y en las bailías libres. Junto á Werelinguen se unió un cuerpo de ejército de Berna con doce cañones al de Zurich, que de paso se había hecho dueño de toda la Thurgovia. Los del Valais estaban en camino para ayudar á los cantones católicos. Soleura, Glaris, Basilea y Friburgo, neutrales, exhortaban á los partidos á la reconciliación, ayudados del obispo de Constanza; pero ya era tarde. El abad de San Gall puso en seguro sus joyas en Lindau, ciudad de Suabia, situada en una isla del lago de Constanza, y él se estableció en Rorschach, á orillas del mismo lago. Habiendo pedido auxilio á los cantones de

Glaris y de Appenzell y á la ciudad de San Gall, contestaron que sólo serían neutrales. El emperador, que se hallaba á la sazón en Presburgo, Hungría, mandó al círculo de Suabia que prestase auxilio al abad.

Sitiada Wyl por 10.000 de Berna y Zurich, por 2.000 de Tockenburgo y otros de Thurgovia, bombardeada y arrasados sus campos y aldeas, se defendió vigorosamente bajo el mando del mayor Felber, que en más de una salida derramó mucha sangre enemiga y extendió sus destrozos hasta Braunau y Soummeri, cuando los de Thurgovia se retiraron del sitio al verse despreciados de los otros sitiadores. Felber era muy cruel; mató gente indefensa y cortó las manos y piés á una pobre mujer, por cuyas atrocidades se levantó en masa la Thurgovia, hasta mujeres y niños de doce años, á tomar represalias de los católicos.

Nabholz, que mandaba los de Tockenburgo, combinó con los generales de Berna y Zurich hacer una diversión sobre los estados antiguos del abad, de donde eran muchos de los defensores de Wyl, y con efecto, penetró con 1.000 hombres en ellos por cerca de Oberglatt incendiando pueblos y cabañas, lo cual visto por los defensores de Wyl, acudieron en gran número á salvar sus propiedades, y debilitada la guarnición de la plaza, presa del terror y agitada por la discordia, tuvo que rendirse el 22 de Mayo, dispersándose las tropas del abad con mil imprecaciones á su jefe Felber, cuya vida peligró y tuvo que pedir protección á los vencedores para huir á Bernhardszell. Más el pueblo enfurecido le persiguió, le sacó de casa del pastor el día 24 siguiente y en medio de los mayores ultrajes lo fusiló en el puente del Sitter, mutiló su cadaver y arrojó los trozos al río.

Siguiendo adelante el bravo Nabholz por los estados del abad, se le rindió Gossau, y los habitantes mataron al general de sus tropas, aunque dos días antes recha-



zaron á 1.000 de Tockenburgo que iban á destruirlo todo y habían extrangulado en un establo al cura católico de Niederglatt. Berna y Zurich dominaban la Thurgovia hasta San Gall, quedando en posesión militarmente de esta ciudad y de Rorschach; pero el abad escapó temeroso para Augsburgo con sus tesoros, como ya se ha dicho antes.

Consiguiente á sus victorias los de Tockenburgo sacudieron la dominación del abad, anularon sus alianzas con Glaris y Schwyz que lo apoyaron, condenaron á muerte á los vasallos de él que les habían hecho traición, y enseguida formaron con los de Uznach, Gaster, Gams y otros una república parecida á la de los cantones libres de Suiza, discutiéndose en la dieta helvética, reunida en Arau, el plan de su constitución. Más no pudo llevarse á efecto porque el proyecto desagradó á Berna y á Zurich, que preferían vasallos á los de Tockenburgo mejor que confederados, y hasta el mismo Nabholz les negó su apoyo para aquel fin.

El coronel Juan Gaspar Wertmuller, con 3.000 hombres de Zurich y 2.000 de Berna, pasó el Aar por junto á Stilli y el monte Hasenberg para someter el condado de Baden, y arrojó los grupos de los cantones católicos que se hallaban diseminados, avanzando hasta Mellinguen, miéntras por el lado opuesto llegaban 7.000 hombres de Berna procedentes del condado de Lenzburgo. Mellinguen se rindió sin resistencia, habiendo huído á Baden las guarniciones católicas, imitando á Mellinguen la ciudad de Bremgarten y todo el territorio del condado de Baden. Seguidamente fué á sitiar el castillo de esta ciudad, acampando en los viñedos de Læguerberg, miéntras llegaban los de Berna, que venían por Fahrwindisch, á lo largo del Reuss, para cojer la ciudad entre dos fuegos.

Una batería de cuarenta morteros y otras piezas de

artillería hacían un fuego nutrido contra la ciudad y la fortaleza, á que respondían valientemente desde ella y desde la iglesia de Capuchinos los sitiados, hasta que la iglesia fué destrizada y los muros del castillo cayeron de roca en roca. De pronto, y por el lado de los grandes baños se vió aparecer el ejército de Berna con veinte piezas de campaña, obuses y morteros, y aterrados los sitiados, se rindieron el 31 de Mayo bajo condiciones muy duras, si bien el valiente jefe del castillo, Crivelli, de Uri, pudo retirarse con la guarnición perdiendo la artillería.

La entrega del Rheinthal á Berna y á Zurich, y las ofertas de auxilios que los embajadores de Austria y Francia hacían á los católicos, divididos entre la paz y la guerra, los decidió por ésta, acudiendo á las armas Soleura, Friburgo, el Valais y todos los católicos de las baillías comunes. En respuesta las tomaron también los protestantes de las mismas en apoyo de Berna y de Zurich, y aún los de los cantones reformados que hasta entónces habían sido neutrales, viéndose el cruel ejemplo de 150.000 suizos que iban á derramar la sangre unos de otros, cuando felizmente al llevar Francia y Austria fuerzas á la frontera de Suiza fueron detenidas por otras inglesas, prusianas y holandesas.

Los de Berna fueron entónces víctimas de una traición horrenda. Reunidos en Arau los diputados de la confederación, tratando de la paz, el bailío de Unterwalden, Ackermann, se acercó con 5.000 hombres al puente de Sins donde los de Berna acampaban. Para distraer á los oficiales de estos, el cura de Sins, de acuerdo con Ackermann, les dió una comida, y éste sorprendió á los de Berna é hizo gran matanza en ellos, siendo pocos los que lograron escapar, y aún estos hubieran perecido á manos de los sanguinarios soldados de Schwyz, de Zoug y de Unterwalden, el 20 de Julio, si Ackermann no

se hubiera opuesto intrépida y generosamente al sacrificio. Las tropas de Schwyz avanzaban el 22 de Julio hasta Hutten y Bellenschanz, y dando con los de Zurich á las órdenes del bravo Wertmuller, después de siete horas de combate fueron derrotados aquellos, perdiendo 200 hombres, siendo de notar que sobre sus cadáveres se hallaron billetes benditos llenos de cifras, de cruces y de promesas de victoria segura.

El caballero Ackermann, reclutando católicos, llegó á reunir 12.000 hombres y atravesó con ellos por Mouri hasta Vohlen y Villmerguen, donde estaban los de Berna establecidos cerca de Meiengrun. El 25 de Julio de 1712 se avistaron, y empezando enseguida el fuego de la artillería se trabó una lucha terrible en que, al cabo de seis horas, los de Berna rompieron las filas de sus contrarios y los pusieron en fuga entre el mayor espanto, dejando en tierra á más de 2.000 católicos.

Como á una victoria suele suceder otra, Uznach y Gaster fueron presa de los de Tockenburgo, y Rapperswyl de los de Zurich, y los vencedores, ya dueños del país de los católicos, los obligaron á pedir la paz.

Los campesinos de Lucerna, excitados por el nuncio del papa, por los curas y por los frailes, estaban decididos á la guerra, aunque los cantones de ella y de Uri habían ya firmado la paz el 18 de Julio en la dieta de Arau, y muy resueltos, marcharon primero á la ciudad para obligar al gobierno á la lucha y luego á Villmerguen contra los de Berna, pero fueron destrozados.

Los soldados berneses llegaron á ser los primeros de la confederación en disciplina, armamento y equipo, de modo que cuando se sublevaron contra el gobierno 2.000 hombres de Willisau, al punto fueron sometidos imponiéndoseles una dura contribución de guerra.

La paz se concluyó al fin en la dieta de Arau con gran menoscabo de los católicos que tuvieron que ce-

der sus derechos sobre Baden, Rapperswyl y las bailías libres inferiores, á Zurich y á Berna que los unieron á su autoridad sobre el Rhinthal y Thurgovia, viviendo unidas en el penúltimo las religiones católica y protestante. Glaris conservó sus derechos al tiempo que los nuevos de Berna y de Zurich.

Tenaz el abad de San Gall, Olegario, prefirió á la paz morir ausente de su patria y permaneció en poder de los de Zurich y los de Berna hasta que en 1718 el nuevo abad, José, la firmó en Rorschach; entonces recuperó sus estados y se posesionó del Tockenburgo, sólo que obteniendo éste mayores franquicias que antes y la protección de Berna y de Zurich. El papa y su nuncio fueron los únicos que rechazaron el convenio de Arau como nulo y sin validez; pero cuando á excitación del clero la población de algunas bailías se resistió al gobierno, la redujo una guarnición del Entlibouch y se pidió al papa que impusiese una cuota á los conventos para gastos de guerra y que retirase al nuncio Caraccioli. Los cantones católicos sufrieron mucho en intereses por esta guerra, y en Schwyz se sacó un impuesto de cinco escudos por familia con dicho objeto. Uri y Lucerna tuvieron que apelar á la fuerza para hacer pagar los gastos de guerra, sin conseguirlo de la Lévantina sino concediéndole en 1713 grandes franquicias, llamándoles desde entonces los *queridos y fieles compatriotas*.

## CAPÍTULO XXVIII

**Lucha interior en la Suiza.—Cuestión Massner y tumultos en Zurich, Schaffhausen y obispado de Basilea.—Los Rudos y los Dulces.**

(Desde el año de 1713 al 1740.)

Si más de ochenta años sin guerra extranjera ni civil pudieron hacer de la Suiza un pueblo feliz, sus luchas políticas y religiosas entre los cantones entre sí y entre estos y los gobiernos la arrastraron á un destino fatal que pudo matar la confederación. Cada diez años renacían las intrigas políticas, las conspiraciones, los levantamientos, porque los cantones libres así como las ciudades, suscitaban cuestiones con miras ambiciosas; los embajadores extranjeros intrigaban constantemente; los gobiernos de los cantones ambicionaban un poder ilimitado sobre sus pueblos; las dietas eran una mentira en que la pompa y la vana ceremonia reemplazaban á la cordialidad de otros tiempos y los brillantes discursos y la mala fé á las breves y justas decisiones de los antiguos suizos. Los verdaderos patriotas y algunos cantones evangélicos propusieron revisar la Constitución federal para consolidar el pacto de la confederación, pero en vano, como la proposición del ginebrino Sarasin de crear una autoridad federal suprema cuyo poder ilimitado diera unidad á la confederación.

El 24 de Junio de 1713, los de Uri, Schwyz y Unterwalden se reunieron con gran pompa en Grutli, donde cuatro siglos antes lo hicieron sus antepasados, y juraron sus alianzas primitivas, pero no con la fé y el cora-

zón sano de aquellos, sino con los recuerdos de Villmirguen. Dos años después, el 9 de Mayo de 1715, los católicos de Soleura firmaban un tratado de amistad con el rey de Francia, el enemigo más encarnizado de los protestantes, y se creyó que con artículos secretos por los cuales el extranjero podía intervenir en asuntos interiores de Suiza, alianza que llenó de asombro y desconfianza. En él se proponía restituir al imperio el condado de Kyburgo, al duque de Saboya la Ginebra y el país de Vaud, y ensanchar los pequeños cantones á costa de los otros en territorio y franquicias. Los hechos no justificaron las sospechas, pero éstas acrecentaron la desconfianza recíproca de los confederados.

Siempre dispuestos á luchar, se manifestaban unos partidarios de Francia, otros de Austria, pero pocos de Suiza, y así la influencia de los embajadores extranjeros en los asuntos interiores de este pueblo fué cada vez mayor, como manifiesta el caso que sigue.

El hijo del consejero de Coira, Tomás Massner, afecto al Austria, hallándose estudiando en Ginebra, hizo una expedición de recreo á Saboya, donde el embajador francés se apoderó de él traidoramente y lo encerró en una prisión. Inútiles las demandas de justicia en favor de su hijo, Massner en represalia se apoderó del hermano del encargado de negocios en Coira, Merveilleux; pero aunque mediante un acomodo Massner dió libertad á su prisionero y satisfacciones al embajador, no alcanzó la de su hijo. Entónces, inspirado por la venganza, tendió un lazo al gran prior de Francia, el duque de Vendôme que pasaba por el país de Sargans y lo entregó á los austriacos en Feldkirch. En vano los grisonos pidieron á Francia y Austria la libertad de los presos, y al contrario, los embajadores agriaron la cuestión, de cuyas resultas fué asesinado en los baños de Pfeffers el embajador inglés, partidario de Austria;

Las diez jurisdicciones nombraron bailío de Maienfeld á Tomás Massner mientras los cantones suizos ponían á precio su cabeza, después de condenado á la horca; y por último, una sentencia del tribunal del crimen en Hanz le condenó á muerte ignominiosa, le confiscó los bienes y ofreció mil ducados por su persona. Massner huyó á Viena y consiguió la libertad del duque de Vendôme, pero su hijo se consumía en una prisión y su mujer vivía en el fondo de las montañas, por lo que no resistiendo á su corazón, volvió á su patria después de mucho tiempo, viviendo errante en los Alpes del país de Glaris, esquivando las sentencias de Ilanz y de los confederados; pero delatado y huyendo la persecución del embajador de Francia, ya en la orilla derecha del Rhin correspondiente al Austria, volcó su carruaje y murió de sus resultas.

Al fin, en 1714, el hijo de Massner obtuvo la libertad que consiguió un primo suyo, plenipotenciario del emperador, al firmarse en aquel año la paz entre Austria y Francia, en Baden, y fué recibido por sus compatriotas como un martir triunfante y colmado de honores y dignidades con aplauso general.

Podrían presentarse muchas otras pruebas de como á fuerza de intriga los embajadores extranjeros dividían á los suizos y abusaban de su influencia.

La grandeza de Suiza se rebajó desde la batalla de Villmirguen, porque la confederación se descomponía como un cadaver, á consecuencia de la inmoralidad. Por ansia de fortuna se compraban á la puja las bailías para vender la justicia ó injusticia como una mercancía; la juventud se enlazaba con las hijas de los consejeros para obtener cargos públicos; las ciudades y los cantones soberanos minaban las libertades de sus vasallos, y las familias nobles las de los otros ciudadanos. En lucha continua interiormente, el pueblo yacía en la

mayor ignorancia, especialmente el del campo, que no tenía más derecho que el de compartir los trabajos de la tierra con su ganado, no cuidándose los gobiernos más que del mando absoluto, á lo cual favorecía la ignorancia. Tales son los efectos de las luchas mezquinas interiores, enteramente contrarios de los de las grandes guerras en pró de la independendia, de la justicia, mantenidas por el patriotismo, la dignidad y la honradez, como las de la independendia de Suiza.

En Zurich, donde el pueblo siempre conservó su espíritu liberal, una cuestión leve ocasionó la reforma de ciertos abusos introducidos en el sistema del gobierno. En Octubre de 1712 acusaron dos pergamineros á un curtidor de usurpación de prerogativas de sus municipalidades, cuestión individual que se extendió á sus corporaciones y más tarde á todo el pueblo. Revisadas las ordenanzas y prerogativas de las corporaciones respectivas se corrigió lo defectuoso, se determinó rigurosamente la competencia legislativa del pueblo, y se perfeccionaron, según las necesidades de la época, los estatutos del antiguo pacto constitucional, reuniendo estas alteraciones en 17 de Diciembre de 1713 en una ley fundamental que bajo juramento sancionaron todos los ciudadanos.

Ya antes, en 1689, los de la ciudad de Schaffhausen obtuvieron las mismas ventajas por el establecimiento de una ley fundamental, que llamaron *instrumento de reforma*, á consecuencia de que el pequeño consejo usurpó á las municipalidades un gran poder por medio de una bondad ficticia y de astucia refinada que las hizo no apercibirse de ello, y más tarde por golpes de fuerza. Los derechos del pueblo fueron violados y los bienes de estado administrados arbitrariamente, patrimonio de los hombres que dominaban, que son los resultados de sobreponerse á la ley sus depositarios, sustituyéndolas



por su voluntad. Más la reforma de los abusos en la ciudad no se extendió fuera de ella, quedando en el campo olvidados todos los derechos del pueblo, y de aquí provino, que habiendo establecido el gobierno por su cuenta una taberna en Wilchinguen en 1717, los habitantes de este pueblo le negaron obediencia, y cuando el gobierno reconoció su falta y la cerró, los ciudadanos todavía expusieron muchas y fundadas quejas, ocasión que no perdieron los extranjeros para mezclarse en aquella cuestión doméstica. Por más que el gobierno de Schaffhausen envió tropas y prometió atender las reclamaciones, los del pueblo de Wilchinguen no cedieron, á excitaciones de la corte de Viena que dió brillantes esperanzas á los diputados, sólo que en 1726 los despidió porque esperaba la guerra con Francia y quería bienquistarse con la confederación, dando lugar á que Schaffhausen confiscara los bienes de muchos rebeldes, y otros fueran desterrados, obligando así al pueblo á someterse en 1729. Sin embargo, las arbitrariedades con el pueblo no suelen quedar impunes, y las del obispo de Basilea fueron un ejemplo.

En los dominios de este señor estaban enclavadas las ciudades de Neuveville, de Bienne, de Porrentruy de Delémont y de Moutier en el Granfeld, el Erguel ó valle de Saint Imier, el Freiberg y los señorfos de Esch, de Birseck y de Zwinguen, en fin, todo el bello país entre Basilea y los valles del Jura.

Al hacerse cargo del obispado Juan Conrado de Reinach en 1705 y prestarle el pueblo homenaje, el portaestandarte Vuisard lo hizo en nombre de todos, con la reserva de sus derechos y del patronato de Berna, é irritado el príncipe le exigió sin reservas el juramento de obediencia ilimitada y lo despojó de sus honores y empleo. Vuisard pidió auxilio á Berna recordándola su antiguo patronato, y ésta mandó algunos miles de hom-

bres en socorro de sus protegidos contra el despotismo del obispo, que no aceptaba otra ley que su capricho. Los berneses restablecieron en su dignidad al portaestandarte y al pueblo en sus derechos, por lo que el obispo acudió á los cantones católicos, que contaban con el apoyo de Francia, y toda vez que los de Berna contaban con los cantones reformados y con Inglaterra, hizo en Nidau, en 1706, un arreglo reconociendo sus derechos á los del valle de Moutier, pero no de buena fé; y así es, que de rencilla en rencilla atacó al culto reformado, haciendo que Berna tomara otra vez las armas en 1711, á cuya amenaza cedió el obispo. Entónces no sólo tuvo que confirmar los derechos del valle de Moutier, sino que se obligó á pagar una multa de 20.000 escudos si á los tres meses después de ¡la tercera intimación de Berna no satisfacía las quejas de sus vasallos, dejando en hipoteca para el cumplimiento de lo estipulado el prebostazgo de Moutier; y aunque el papa Clemente XI lanzó sus iras contra este tratado en pró de los herejes, se llevó á efecto.

Fueron inútiles desde entónces los esfuerzos de los obispos de Basilea para ejercer autoridad absoluta ó extender sus derechos de soberanía, tanto que en 1711 el consejo de Bienne desterró con justicia á un habitante de dicha ciudad, y la familia del desterrado acudió al obispo, el cual quiso obligar al consejo á revocar su fallo y pagar las costas del proceso, destituyendo por su autoridad al burgomaestrey á cinco miembros que sostuvieron sus derechos. El burgomaestre se fugó, y el obispo lo condenó á muerte; impuso fuertes multas á los cinco consejeros, concluyendo por destituir al consejo en totalidad. Pero la ciudad de Berna, aliada desde hacía tiempo á Bienne, entró al obispo en razón y devolvió á la ciudad su libertad y sus derechos.

También al tomar la silla episcopal el señor de

Ramschwag trató de menoscabar los derechos municipales de la ciudad de Porrentruy á que los emperadores y señores concedieron muchos privilegios y franquicias que respetaron todos los obispos, y como este señor tratase de rebeldes á los reclamantes, los de Porrentruy se sublevaron en 1734, y el obispo pidió auxilio á los cantones católicos. Pero éstos, con la mayor lealtad, contestaron que para que las prerogativas soberanas subsistiesen, los derechos de los vasallos debían ser respetados.

Esta cuestión duró siete años, y al fin el obispo sometió sus estados, con auxilio de tropas francesas, á un despotismo feroz, haciendo perder á capricho á sus vasallos, honores, haciendas y vidas. Ni una resistencia, ni una palabra se le opuso, pero el odio y el deseo de venganza estaba en el pecho de todos.

Cuando Glaris, en 1517, compró á los señores de Heuwen el condado de Werdenberg tenía un gobierno tranquilo, cuyos bailíos se renovaban cada tres años; pero el pueblo no llevó á bien que se lo incorporase á la confederación, porque así se lo imposibilitaba de rescatar ó alcanzar su libertad, y si bien en 1525 hubo un conato de rebelión, fué muy pronto sofocado. Las tres parroquias de que se componía poseían en los Alpes del Tockenburgo ricos pastos y terrenos fértiles en los valles, y además muchas franquicias y derechos, conservando las cartas de otorgamiento en las que se prohibía á los bailíos intervenir en los asuntos comunales ni utilizar bosques ni pastos, lo cual llegó á ser letra muerta, pues se abrogaron todos los derechos, aumentaron el diezmo de las montañas, obligaron á pagarlo en dinero, nombraron funcionarios públicos, etc., etc.

Reunidas en 1705 las quince parroquias de Glaris en Asamblea general, hubo quien dijese que las cartas de concesiones las había dado el consejo sin interven-

ción de las parroquias y que así eran nulas. En su consecuencia la Asamblea ordenó su presentación inmediata para examinarlas; pero Werdenberg desconfió de entregar las suyas al bailío Gaspar Trumpi, aunque obedeció. En vano reclamó respetuosa, pero repetidamente la devolución de las cartas ni aún accediendo al consejo de Glaris, y este prometió que se las enviaría reunidos en un acta fundamental todos los derechos que tuvo el país desde sus primeros tiempos. Sin embargo, los de Werdenberg insistieron en pedir sus cartas originales hasta quince veces, y en vista de que no se los atendía negaron en 1719 su obediencia al nuevo bailío. Nuevas promesas se hicieron á Werdenberg, hasta decir en la iglesia de Grabs el landammann de Glaris al pueblo reunido: «Viejo como soy, con un pié ya en la sepultura, que caiga hoy en ella si no os cumplo mi palabra.» Pero el pueblo siguió desconfiando y en negar la obediencia, y á tal resistencia el gobierno de Glaris acudió á Zurich, cabeza de la confederación, y á los confederados reunidos en dieta en Frauenfeld; mas como también Wendenberg envió á ella sus diputados, se los despidió diciéndoles que se sometieran al gobierno y prestaran el homenaje exigido, lo cual cumplió en 1720, pero sin abandonar su derecho. El gobierno hizo volver á Glaris á los diputados con pretexto de examinar las cartas y tratar de ellas, pero apenas presentados, se trató de intimidarlos para que renunciaran á sus pretensiones, y no consiguiéndolo, se los redujo á prisión, muriendo uno de ellos repentinamente en el calabozo. Vista por Wendenberg la injusticia con que se los trataba, cuarenta hombres de sus tres parroquias juraron sucumbir antes que renunciar á sus derechos; el pueblo se mostró soberbio y amenazador y el bailío vivía encerrado en su castillo, pero hizo entrar en él en una noche oscura y secretamente una guarnición de seten-

ta y cinco de Glaris. Las masas populares, inexpertas, desordenadas y sin disciplina, atacaron el castillo, pero huyeron espantadas por el fuego de la artillería de sus murallas el 21 de Octubre de 1721, llegando cinco días después con 2.000 hombres, acompañado de diputados de la cabeza del cantón, el general de Glaris, Bartolomé Paravicini. Los sublevados depusieron las armas en el castillo, cediendo al temor antes que á la persuasión por los diputados de Zurich, y á instancias de Berna y de Zurich retiró Glaris sus tropas el mismo día de la sumisión, hasta Azmoos, perdonando al pueblo extraviado.

Este pueblo, tan cobarde en el peligro como vocinglero fuera de él, del que ningún acusado se atrevió á comparecer en el castillo, como habían ofrecido, para dar cuenta de su conducta en los sucesos, este pueblo en nueva asamblea general juró defender sus derechos con unión y constancia, y construyó un puente sobre el Rhin inmediatamente para tener una retirada en caso extremo, y lo utilizaron tan pronto como se presentaron segunda vez las tropas de Glaris. Sin embargo, como el invierno era muy crudo y los lamentos de las mujeres y niños que perecían de frío llegaron á serles irresistibles, después de pedir gracia al castillo de Werdenberg, regresaron á sus hogares el 31 de Diciembre de 1721, excepto unos pocos que prefirieron el destierro á la condición de servidumbre.

Los nombres de Juan y Leonardo Beusch, de Rafis, de Jaime Vorburguer, de Juan Nauw y de Juan de Senn, jefes y excitadores del pueblo, fueron atados á la horca, el valor de las confiscaciones y multas llegó á 70.000 florines, y algunos fueron condenados á degradación ó destierro, pero ninguno á muerte, para no sembrar sangre cuyos frutos recojen los hijos de los verdugos y de las víctimas de las convulsiones populares.

Por el momento Werdenberg perdió todos sus derechos y libertades, pero luego los pastores de Linth, movidos por la generosidad, empezaron por restringir con prudencia el poder de los bailíos y acabaron por devolver á Werdenberg sus derechos y su vida civiles.

A orillas de un lago, en el fondo de los Alpes, está la ciudad de Zoug en un terreno tan risueño como peligroso, pues en 1435 y en 1594 desapareció gran parte de él entre las aguas con horrible estruendo. El pequeño distrito de la ciudad, comprado en 1350 y en 1434 por su municipio á varios caballeros y conventos, lo administraba un bailío, al cual se sometió voluntariamente á reserva de sus derechos el bailliato de Hunenberg que en 1414 había comprado su libertad. Los derechos de todos los ciudadanos eran iguales, sólo que algunas familias, ya por su fortuna, ya por su mérito, ya por influencia de partido estaban desempeñando siempre los primeros cargos y sembrando la discordia entre los ciudadanos daban origen á persecuciones ó vendían al extranjero sus servicios personales ó los de su país.

Las municipalidades libres de Baar, Menzinguen y Egueri, independientes de la ciudad, formaban un cantón sólo, y el landammann, jefe de la república, se elegía sucesivamente de cada una de las cuatro municipalidades. Las escasas prerogativas de la ciudad no fueron extensivas á la población rural, de la cual se solía abusar en nombre de dichas prerogativas, dando origen á tumultos frecuentes. En uno de ellos, en 1702, estuvieron Baar, Egueri y Menzinguen por romper la alianza con Zoug y formar juntas otro cantón, pero los otros confederados no lo consintieron.

La familia más rica y distinguida del país era la de los Zourlauben, barones de Thourn y Guestellenburgo, desde dos siglos en posesión de las primeras dignidades del estado y adherida al rey de Francia que la encargaba

de distribuir las pensiones estipuladas, las gracias, y de la recluta militar y política. Obtuvo de los consejos de la ciudad y comunal el privilegio de vender la sal del gobierno, introduciendo de la Alta Borgoña 600 toneladas anuales.

Siendo landammann Fidelis Zourlauben, un natural de Hall, ciudad del Tirol, sobre el Inn, llamado Antonio Schoumacher, hombre iracundo, pero de talento y también negociante en sal, habló de las malas condiciones de la precedente de Borgoña con otros amigos, de la mala administración en este arriendo, y por último, de la parcialidad en la distribución de pensiones que Francia concedía, dando lugar á que las municipalidades de Baar y de Menzinguen, como aliadas de Francia, reclamasen la distribución de las pensiones por igual entre los ciudadanos, á cuyas voces y para hacerse partido, el landammann hizo distribuir regalos y pensiones al pueblo y tener puesta la mesa á su costa.

Los enemigos del landammann, á que apellidaban los *Rudos*, lo eran de Francia, y de consiguiente partidarios de Austria, y los amigos del landammann y de Francia se llamaban los *Dulces*. Al ser landammann del cantón uno de éstos, Josías Schicker, dispuso la distribución igual de las pensiones dadas por Francia anualmente, á lo cual se opuso esta potencia, y los rudos dieron en perseguir á los dulces, en maltratarlos y sus plazas se dieron á partidarios de Austria. Fidelis fué condenado á restituir lo que había ganado, por acusación de malversación en la distribución de empleos civiles y eclesiásticos, de excesivamente usurero, y como tuvo que huir á Lucerna, á él y á otros dulces se les condenó á ciento y un años de destierro, así como á los landammanus Weber y Andermat, acusados de haber firmado en Soleura, en 1715, un tratado de alianza con Francia que contenía como condición reservada el reparto de la Suiza.

En 1731, ó sea dos años después, se rompió la alianza con Francia al conceder la asamblea general la dignidad de landammann á Antonio Schoumacher, siendo el único que se atrevió á manifestar el peligro de este hecho el consejero Beat Gaspar Utiguer, que por salvarse de la muerte tuvo que huir del país.

Schoumacher hizo que el pueblo eligiese otro consejo investido de grandes poderes, el cual se compuso de nueve partidarios suyos, dándose principio á la persecución de los dulces llenándose las prisiones, y el que escapaba del acero era ahorcado en efigie y atado su nombre á la horca. Al que censuraba la marcha de los rudos se le condenaba á la argolla ó á llevar un gorro de punto de calceta durante un año y ser expuesto á la mofa pública. El landammann trató de desprender de la amistad de Francia á Uri, Schwyz y Unterwalden, esperando que aquella consentiría el reparto por igual de sus pensiones y que abandonando á Zourlauben consolidaría su poder.

Dos años hacía que Schoumacher gobernaba despóticamente y ya muchos de los rudos se cansaban de lucha y de abusos, lo cual irritó al landammann y adoptó medidas terribles para impedir toda comunicación con los desterrados y prevenir la sublevación contra su despotismo, á cuyo fin las puertas de la ciudad se abrían por pocas horas, las municipalidades tuvieron que poner gente sobre las armas, y Baar y Menzinguen establecer guardias particulares. El pueblo comenzó á murmurar de los gastos que exigían tales medidas, y al ser reemplazado Schoumacher por el landammann siguiente Juan Pedro Straub, el partido de los dulces se había acrecentado considerablemente no habiendo cumplido el anterior landammann ninguno de sus compromisos. Algunos meses después de terminar su cargo, Schoumacher fué preso por hallarse convicto de rete-



ner en su poder, sin orden ni conocimiento del consejo, considerables sumas, por lo cual fué encarcelado y arrojado del consejo. De sus amigos y hechuras también hubo muchos reducidos á prisión.

Cuando se esparció la voz de la caída de los rudos la alegría fué general, sus partidarios fueron destituidos en todas partes, cesando la época de terror de su dominación. Los desterrados volvían á sus hogares, recibidos con lágrimas en los ojos, y Antonio Schoumacher, autor de tantos males, fué llevado el 9 de Marzo de 1755 debajo de la horca en que estaban colgados los nombres de los desterrados y sus efigies. El verdugo los descolgó, y el tirano landammann los tuvo que llevar en sus hombros hasta la puerta del palacio de justicia. Por diez acusaciones graves el tribunal le condenó á tres años de galeras y destierro perpétuo de Suiza, y como el pueblo pedía su cabeza, por temor de un motín hubo que sacarlo al amanecer, atado de piés y manos, llorando su hija abrazada á su cuello, y entre una guardia formidable y una multitud silenciosa se le colocó en una barca que lo arrancaba de una tierra que no tenía para él más que maldiciones. A los siete meses de encierro en Turín, la muerte lo libró del resto de la condena.

Las disensiones duraron todavía algunos años por diversas causas, y entre ellas la de que reanudó Francia su alianza con Zoug y volvió sigilosamente á las gratificaciones y pensiones para sus adeptos; más cuando en 1764 lo supo el pueblo, estalló otra tempestad, y los agraciados fueron condenados á entregar en las cajas del tesoro las cantidades recibidas, sufriendo además multas y aún destierros. Con trabajo previnieron los confederados un nuevo levantamiento alcanzando de Francia, por su mediación, que el pueblo recibiera como antes la sal de Borgoña ó una compensación en

metálico que se repartiría, como las pensiones estipuladas con la confederación, entre todos los de la ciudad y los del campo.

Por causa análoga á la de los males de Zoug, como dejamos indicado, estuvo á punto de estallar la guerra civil en el cantón de Appenzell.

Los doce distritos de éste se separaron por diferencia en religión, siguiendo el culto católico los distritos interiores, al pié de los altos Alpes, y el protestante los exteriores, en ambas orillas del Sitter; pero estos dos pequeños estados formaban un sólo cantón, aunque separados por leyes y costumbres tanto como por religión.

La ciudad de Appenzell, antes capital del país, vino á serlo sólo de los distritos interiores, pero en cada orilla del Sitter hubo su capital, siendo Troguen la de la parte ante el Sitter y Herisau la de la otra parte, ó sea la de tras el Sitter. La cuestión de capitalidad ocasionó muchos disgustos, tanto como el nombramiento de autoridades, que al fin también fueron exclusivas, teniendo la suya cada una de las dos partes en su capital respectiva.

En Troguen se distingufa la familia de Zellweguer por la riqueza que la proporcionó el comercio y la industria, y en Herisau la de los Wetter, uno de cuyos miembros fué nombrado landammann de Herisau en el año 1732, el mismo que en San Gall tuvo un altercado con los de Appenzell sobre un derecho de peaje, pidiendo aquéllos que se sometiera la cuestión á árbitros de dos cantones de la confederación, con arreglo al artículo 83 del tratado de paz de Rorschach, después de la guerra de Tockenburgo. Negóse el landammann Wetter á ello, porque decía que la paz de Rorschach no obligaba á su pueblo no habiendo sido confirmada por ninguna de sus municipalidades y sí sólo por algunos

jefes del país á su capricho y sin autorización, «tanto, añadía, que si vivieran, debería castigárseles por haber hecho traición á la libertad y á la equidad y haber concedido á San Gall la facultad de aumentar á su gusto los derechos de peaje.»

No quedaban en Appenzell otros testigos del tratado de Rorschach que hubiesen sido magistrados, sino los parientes de la familia de Zellweguer en Troguen y Wetter por envidia los aborrecía: acusó, por consiguiente, á los firmantes del tratado de haber obrado en su pró y de haber tenido con San Gall tratos secretos perjudiciales á su país. Los Zellweguer respondieron que todos los jefes del país asistieron á la conclusión del tratado de paz de Rorschach; que los jefes y magistrados de todos los distritos lo aceptaron; y que ya en 1720 se había aplicado y puesto en ejecución el mismo artículo en una cuestión semejante tenida con los de San Gall. Decían: «¿Qué os lo hace desechar ahora sino vuestra mala fé? «El pueblo de tras el Sitter no oía otras razones que las de Wetter y hacía terribles reproches á los de la otra orilla del río. Al fin un día en que estaban reunidos los jefes de todos los distritos en Herisau, unos amotinados groseros, que por ello se llamaban también rudos, asaltaron la casa del consejo, maltrataron á los de él que respetaban el tratado de paz de Rorschach, que por ello los apellidaron los dulces, y trataron de arrojar por la ventana á los de Zellweguer, á cuyo pié los aguardaba un populacho frenético, y sólo pudo restablecerse la calma, gritando por la ventana cada consejero que el gobierno había faltado, no sometiendo el tratado de paz á las municipalidades.

Los de ante el Sitter trataron de sublevarse para vengar los vejámenes que habían sufrido sus magistrados; pero los Zellweguer y otros hombres de honradez y cordura los apaciguaron, pidiéndoles que esperasen

tranquilos la reunión de la asamblea que pronto iba á verificarse.

Cuando los de los distritos de ante el Sitter se presentaron en la asamblea general reunida en Teufen el 20 de Noviembre de 1732, observaron que los de los distritos de tras el Sitter que rodeaban el sitio del landammann, eran mucho más numerosos que de ordinario, teniéndose presente que el sitio de presidencia estaba adornado con muchas espadas antiguas. Los del partido del landammann triunfaron por sus gritos y por mayoría, y en consecuencia destituyeron á los principales magistrados del partido de los dulces y declararon inocentes á todos los castigados por ataques á la paz de Rorschach.

Desde este día fué presa el país de exasperación, persecuciones, violencias entre los partidarios de Wetter y los de Zellweguer, los rudos y los dulces, y ambos partidos acudieron á los confederados. Mientras estos resolvían en la dieta de Frauenfeld, en Enero de 1733, el pueblo enfurecido vino á las manos, y las mujeres y niños huyeron al Rhinthal, acudiendo inmediatamente á Herisau una diputación de la dieta para ponerlos en paz. Escher, presidente de la diputación y gobernador de Zurich, habiendo tranquilizado al consejo y asegurado que los confederados nunca habían intentado imponer á miembros de la confederación convenios que pudieran disgustarlos, se anunciaron diputados de las diez parroquias enviados para hablar á los de la dieta, pero iban en número de cuatro á cinco mil, de modo que no cabían en la plaza del mercado de Herisau y sólo se les oían amenazas. «¿Cómo? dijeron á los diputados, ¿venís á sostener la rebeldía de los dulces y á imponer á un pueblo independiente un convenio que no ha consentido? ¿Somos vasallos ó somos libres?»

Las contestaciones duraron hasta muy entrada la

noche, y los diputados tuvieron que trasladarse en una rigurosísima de invierno alumbrados por hachones y linternas á una llanura próxima á Herisau y asegurar por escrito al pueblo que no se le obligaría á adherirse al tratado de paz de Rorschach. Al otro día, 20 de Febrero de 1733, nuevas turbas cayeron sobre Herisau exigiendo mediadores que exhortaran al partido rebelde á someterse al decreto de la asamblea general. Los diputados de Berna y de Zurich decían que sus cantones eran los autores y responsables del artículo que se atacaba del tratado de paz y que cómo habían de proceder contra los que quisieran permanecer fieles á él. Que el pueblo amotinado no los haría hablar contra su deber. Mas los otros diputados, llenos de ansiedad, opinaban que era menester tranquilizar á la muchedumbre y la diputación afirmó por escrito que los dulces deberían someterse al fallo de la asamblea general, y como esto era lo que deseaban los rudos, obtenido, se dispersaron. Los cantones católicos, sobre todo Berna y Zurich, que habían mediado, se indignaron del trato que habían sufrido los diputados, pero tan recientes los desastres de la guerra de Tockenburgo no permitieron el castigo de los culpables á mano armada. Se limitaron, pues, á nuevas discusiones en las dietas de Frauenfeld y de Arau, aunque sin éxito por falta de apoyo en la fuerza, y por eso sirvieron sólo para animar al partido vencido á resistir al vencedor.

Al fin estalló la irritación de ambos en la ciudad de Gaiss, viniendo á las manos con palos y mazas, y pidiendo ayuda á los pueblos y aldeas cercanas. Habiendo quedado la victoria por los rudos, saquearon las trojes y bodegas de sus adversarios, que respirando venganza, se volvieron á reunir armados al otro día en Troguen y en Speicher, situándose los batallones rudos en Teufen apoyados por artillería. Pero antes de la pe-

lea, el gobierno de Appenzell logró apaciguar los ánimos con firmeza y con prudencia, apoyado por los intermediarios suizos reunidos en San Gall.

Desanimados ya los dulces, tuvieron que abandonar su causa y la asamblea general reunida en Houndwyl lo que determinó la del año anterior en Teufen. Los jefes del partido caído expiaron con grandes multas la esperanza que fundaron en la justicia de los cantones y de las dietas, después de haber sido privados de sus honores y cargos.

## CAPÍTULO XXIX

Conjuración de Henzi en Berna.—Alzamiento en el valle de la Levantina.—Decadencia de la confederación.—La sociedad helvética.

(Desde el año de 1740 al 1770).

Los cantones confederados no decidieron sobre lo justo de la cuestión de orillas del Sitter, porque cada uno daba preferencia á las suyas interiores sobre las de los extraños, como sucedía en Berna.

En ella residía el poder en todos los ciudadanos por una ley de 1218 otorgada por Bertoldo de Zæhringen, y su municipalidad elegía cada año, generalmente de entre la nobleza, sus magistrados. Más cuando ésta, orgullosa y ambiciosa, quiso vincularse el poder, se reunieron los ciudadanos en la iglesia de los Predicadores (la francesa) é hizo en 1384 una constitución, garantía de su libertad, consignando en ella que en adelante, y como se hacía en 1294, elegirían anualmente diez y seis ciudadanos y cuatro nobles á los doscientos miembros del

gran consejo, pero de entre los artesanos, creyendo más fácil hallar veinte hombres incorruptibles que evitar la influencia del dinero en la muchedumbre. Más á poco é imperceptiblemente, el consejo era sólo de parientes y amigos de la nobleza, se posesionaron de los cargos á perpetuidad, y de acuerdo con los veinte primeros electores, el gran consejo se relevaba á sí mismo. Las asambleas populares eran rara vez convocadas y luego nunca; en 1531 se dió la primera ley sin consentimiento del pueblo, y cinco años después, cuando se resolvió la guerra con Saboya, fué la última vez que se consultó á la municipalidad. El poder supremo llegó á ser hereditario entre los del gran consejo, aunque todos podían aspirar á él; pero el número de las familias que lo alcanzaban ó puestos de la magistratura y otros cargos era muy limitado.

Aunque ya algunos ciudadanos murmuraban contra el poder hereditario de algunos, y la posesión de los documentos y los sellos que todavía existían, el poder imponía silencio á estos atrevidos. Pero en 1710 hubo quien se arrojó á pedir al gran consejo el restablecimiento de la antigua constitución y se empezaba á conspirar dando también principio las prisiones y destierros. En 1744 presentaron una exposición respetuosa veinticuatro ciudadanos para que los miembros del consejo no fueran nombrados por el favor sino por suerte entre los ciudadanos elegibles, y los peticionarios fueron castigados como rebeldes con arrestos domésticos, ó con destierros, contándose en estos el capitán Samuel Henzi, hombre de instrucción poco común y de caracter elevado, cuyo destierro en Neuchâtel fué disminuído por cartas de gracia. Cuando volvió á Berna halló su fortuna destruída, y viéndose excluído de todo cargo ventajoso no pudo contener su despecho.

Al ver los derechos del pueblo pisoteados bajo el

despotismo de familias injustamente poderosas, unos cuantos hombres honrados y de posición independiente, como los Foueter, Kupfer, Bondely, Wernier, Herbolt, Lerber, Knecht, Wyss, y el geómetra ginebrino Micheli de Crest, desterrado en Berna y con la ciudad por cárcel, hablaron de las violencias del gobierno y de los muchos abusos que se cometían, y uno, no se sabe quién, lanzó la primera idea de conspiración. Al frente de ella pusieron á aquel cuyo talento, elocuencia y su reciente desgracia le designaba el primer puesto, á Samuel Henzi.

Los conspiradores se reunían de noche, y su plan era el restablecimiento del antiguo orden de cosas, conforme á las cartas otorgadas y á la constitución; no usar de violencia sino en caso necesario para rechazar la fuerza; tanta moderación como energía, y tal pensaron Henzi y el joyero Daniel Foueter, como todos los de intenciones puras que se les unieron.

Pero creció el número de iniciados con gente arruinada y ambiciosa, que decía en un escrito *que había que reconquistar el florón de la libertad con la espada y no con la pluma*, y la moderación desapareció.

El 13 de Junio de 1749 debía tomarse por asalto el arsenal, proclamarse la libertad, reunirse la municipalidad é instalar un nuevo gobierno y disolviendo el gran consejo, privar á las familias dominantes de su poder.

El gobierno, á la verdad, cualquiera que fuese su procedencia, dirigía la república con prudencia y con dignidad, y sus miras é instituciones lo hacían respetar por toda Suiza; en el extranjero admiraban su excelente administración y la virtud de sus hombres hizo olvidar á muchos las antiguas prerogativas del municipio.

Henzi ignoraba los proyectos sanguinarios de los conspiradores ambiciosos, que con la máscara del pa-



triotismo ocultaban su codicia y los más perversos propósitos; pero cuando los supo, él y los hombres honrados que le acompañaban se separaron de ellos, y receloso, se preparaba para huir cuando, antes que pudiera verificarlo, fué preso en un día de campo con el alférez Emanuel Touster, y el negociante Samuel Nicolás Wernier; los demás huyeron.

La voz pública acusaba á los conspiradores, y fueron confesos los presos en la tortura, del conato de asesinar á las personas de importancia, de incendiar la ciudad, y de saquear el tesoro público, aunque los más eran incapaces de tamaños crímenes.

El capitán Henzi apareció el más culpable como ingrato para con un gobierno que le levantó el destierro, y él, Foueter y Wernier fueron condenados á muerte; los dos últimos imploraron clemencia, pero Henzi era demasiado digno y no lo hizo.

El día 16 de Junio de 1749 se despidió Henzi de su mujer y de sus hijos, y después de ver caer la cabeza de sus dos cómplices por la cuchilla del verdugo, le presentó su cuello, muriendo con la honra del valiente. Los demás conspiradores fueron desterrados á Suiza.

Al pasar con sus dos hijos la viuda de Henzi el Rhin, exclamó dirigiéndose al pueblo: «Si supiera que estos hijos no habían de vengar un día á su padre, aunque los amo, haría que al instante se los tragasen esas ondas.» Pero los hijos llegaron á tener mejores sentimientos que su madre, y uno de ellos al servicio del Stathouder de los Países Bajos, pagó su desgracia con favores á los ciudadanos de su país natal.

Desde entonces el consejo de Berna se consagró á la extirpación de los abusos y en 1780 se revocó la sentencia contra los culpables y se proclamó la vuelta de los desterrados, cuyas determinaciones hicieron que se hablara menos de los defectos del gobierno, siendo tal

la reacción de la opinión pública respecto de él, que se hizo respetuosa para los que, con pureza de intenciones en favor del estado, habían pasado los límites de la moderación, dirigiendo el desprecio hácia los cobardes que entraron en una conspiración para venderla, lejos de entrar en ella para desviar á los descontentos de su paso imprudente y peligroso.

Los valles de la Levantina se extienden en una longitud de 11 leguas comprendida entre las cimas blancas por las nieves perpetuas del San Gotardo y el torrente del Abiasca, y en estos valles salvajes, á entrambas orillas del Tesino, habita un pueblo feliz en su pobreza, mantenido por sus rebaños, los bosques de la montaña y los caballos de transporte en el camino de San Gotardo. Uri dejó á estos valles los derechos con que se los traspasó la casa de los Visconti, sin exigirles otra cosa que el producto del peaje y un ligerísimo impuesto. En cambio Uri creyó no deber pagar sueldo ni otro gasto á las tropas de la Levantina que habían tomado parte bajo su bandera en la guerra del Tockenburgo, diciéndoles que para eso había protegido sus derechos casi gratuitamente durante dos siglos y medio, á lo cual replicaron los valles que Uri se había obligado por antiguos convenios á proteger sus personas y derechos, mientras ellos no estaban obligados por tratado alguno á ayudarlos en la guerra y á su costa; y como Uri negó el sueldo, el pueblo, maltratado, lanzó de allí al baillo y se hizo cargo del peaje. Reunidos los diputados de los otros cantones católicos en Altorf el año de 1713, declararon que Uri debía pagar el sueldo, y así lo reconoció Uri, que amaba la justicia, y el incidente no dejó la menor huella de resentimiento.

Había en el valle algunos egoistas que explotaban en su favor los bienes que administraban de viudas y de huérfanos, y habiendo llegado quejas de ello al gobier-

no de Uri, mandó que las cuentas de tutela se rindiesen con arreglo á las antiguas leyes, cuyo mandato asustó á más de un rico del valle, diciendo que esto era una innovación, que Uri atentaba nuevamente contra sus libertades y corrió esta voz por los deudores de las aldeas, que explotaban al pueblo, para con el delito de éste cubrir el suyo, y lo arrastran á la sedición ofreciéndole sacudir el yugo del impuesto y cobrar para él el derecho de peaje: «Unámonos, se le decía, y podremos medirnos con Uri.»

Noticioso el gobierno de Uri de estos desórdenes, intimó al valle á la obediencia, cuando se presentaron activos dos hombres ante la asamblea general, Wela y Boull, en son de amenaza, porque los esperaban al otro lado del San Gotardo 2.000 hombres armados, para saber el resultado de su misión. Sonó en medio de la tempestad y la lluvia el cuerno de Uri en las orillas del Reuss y al punto subieron con seis cañones los flancos del San Gotardo unos 1.000 hombres, á cuya presencia las avanzadas rebeldes emprendieron la fuga, llevando al valle su terror. Mas no satisfechos los jefes de los sublevados Urs, capitán del país, Zourno, abanderado del valle, Sartori, miembro del consejo y otros amigos suyos, celebraron un consejo de guerra, decidiendo atraer las fuerzas de Uri al valle al pié del alto Platifer, donde el Tesino precipita sus estruendosas aguas á través de una garganta estrecha, lugar en que un puñado de hombres puede detener todo un ejército á la entrada del camino, abierto en la roca, y saliendo las fuerzas del valle por las gargantas laterales destruir las de Uri.

Empezaban á tomar verdor los valles inferiores y todavía aumentaban las nieves que envolvían al San Gotardo, lo cual detuvo las tropas de Uri en el valle de Urseren, mientras á la llamada de éste acudían las de Zurich, Lucerna, Schwyz, Zoug y Unterwalden cruzan-

do el lago de los cuatro cantones. Las de Berna, Glaris y el Valais ocupaban las fronteras del valle sublevado.

Apenas los batallones de Uri y 800 valientes de Unterwalden pasaron el San Gotardo el 21 de Mayo de 1755 y los rebeldes cuando sólo esperaban las de Uri, vieron las banderas de los confederados y el valle de Ronca ocupado por los de Lucerna, huyeron, arrojando las armas, á esconderse en las aldeas y en los bosques.

Los de Uri y Unterwalden avanzaban cautelosamente hasta llegar al último pueblo de orillas del Abiasca, dejando á su espalda guardados los desfiladeros, y cuando todo el país estuvo desarmado, mantenida la disciplina, presos los autores del movimiento y extraído del convento de capuchinos que creyó inviolable Urs, comandante general del país, se dió principio al acto más terrible que había presenciado la Suiza.

Junto á Faído, en una extensa llanura en que desemboca el camino de San Gotardo, en la cual tenía sus reuniones el pueblo, fué convocado este en masa el 2 de Junio, en número de unos 3.000 hombres que debían oír su sentencia rodeados de las tropas de la confederación. Reinaba en la muchedumbre imponente silencio, alterado solo por el ruido atronador y monótono de una inmensa cascada.

Allí fué condenado el pueblo á la pérdida de los derechos que heredó de sus antepasados, la de los honores y garantías, á presenciar arrodillado y con la cabeza descubierta la ejecución de sus jefes, y á jurar obediencia al cantón de Uri. Después de pronunciado el terrible juramento, la muchedumbre, pálida de terror, se arrodilló y descubrió, presenciando como caían bajo el hacha del verdugo las cabezas de los autores de la sublevación Fournon, Urs, y del consejero Sartori, y después de clavadas en la horca las de los dos primeros, volvió el pueblo á sus cabañas y repasaron al día siguiente los

confederados el San Gotardo á ejecutar en el valle de Uri á los ocho sentenciados restantes, que conducían cargados de cadenas delante de las banderas.

Los suizos notables por su virtud y saber presagiaban la ruina de la patria consiguiente á la desunión.

Los celos por las prerogativas de las ciudades soberanas, los obstáculos al ciudadano que procuraba distinguirse por medios legítimos, y al pueblo y la aldea, condenados al trabajo del campo, prohibiéndoseles á veces aplicarse al comercio ó á las artes para que reconociese en la ciudad toda clase de superioridad, trajo al país una decadencia tal que se le veía extinguirse. Falto el corazón de patriotismo, el egoísmo ocupó su lugar y se vivía en un estado de servidumbre y de recelo. Oponiéndose tenazmente á toda innovación por saludable que fuera, y dejando al pueblo en la más completa ignorancia, se le creía más fácil de gobernar, sin tener en cuenta que algún día se mostrarían los efectos de un gobierno desatentado.

En verdad que los gobiernos cumplían sus deberes con exactitud y moralidad, así como la magistratura; pero como los haberes de unos y otros eran pequeños y si se quiere mezquinos, las fortunas se hacían ó por servicios al extranjero ó en las baillías. El poder respetaba todos los derechos, hasta el del último ciudadano; los impuestos eran soportables y en las ciudades principales florecían las letras, artes y ciencias.

Pero este cuadrò risueño, completado por magníficos palacios, buenas carreteras y preciosos jardines que hubiera hecho de la Suiza un paraíso habitado por los hombres más felices á los ojos del extranjero, tenía su reverso. Con la verdura del llano contrastaban las rocas inhospitalarias; con la majestad de los Alpes los destrozos de las avalanchas; con la instrucción en la ciudad la barbarie del campo; y en fin, con la suntuosi-

dad de las dietas las desdichas de la discordia. Por todas partes se oían preciosos nombres y palabras henchidas contrastando con miras estrechas y hechos mezquinos.

Las pequeñas ciudades llamaban á la oscuridad del misterio dignidad política, así se creía que la libertad de la prensa era abominable y la publicidad de los juicios la ruina de los estados. Los periódicos no podían ocuparse de los asuntos del país, y tratando lo que ocurría en los pueblos extranjeros debía dejarse ignorado lo que ocurría en Berna ó en Zurich.

Para que el espíritu nacional antiguo no se despertara, se sostenían latentes las causas de los antiguos odios y Friburgo celebraba como santa la conmemoración de la batalla de Villmerguen.

Las antiguas leyes que prohibían las alianzas sin autorización de todos los cantones fueron olvidadas, y ahora sin consejo ni autorización se aliaban unos con España, otros con Austria, este con Francia, aquel con Venecia, unidos con todos menos con los suizos mismos. Una aldea se oponía á una ley que mejorase su situación por conservar un privilegio insignificante ó mal interpretado; una ciudad aspiraba á mayor autoridad sobre el campo; una familia antigua pretendía preceder á otra más nueva, y un gobernante pedía una ley que perpetuara su autoridad; en fin, el suizo que se apartaba á cuatro pasos de donde tenía el derecho de ciudadanía era tan extranjero como el italiano ó el persa.

El estado militar tampoco dió un paso en el espacio de un siglo. Se carecía de provisiones de guerra; no había uniformidad ni en las armas ni en su manejo; los medios de defensa de que se disponía eran los restos de la guerra de los treinta años. Los cantones de Berna, Zurich y Lucerna superaban á los otros en las armas,

pero sus fuerzas militares más parecían organizadas para contener movimientos interiores que para rechazar al extranjero.

Dolidos de esta decadencia de su patria, se reunieron unos ciudadanos generosos en los baños de Schinznach, en el Aar, que fueron Iselen, de Basilea, Hirzel, de Zurich, Urs Balthazar, de Lucerna, y Zelleweguer, de Appenzell, y otros, para formar una asociación fraternal que propagase las luces, levantase el espíritu público decaído y alcanzase la unión de los confederados, llevándose á cabo el pensamiento en 1763 bajo el nombre de *Sociedad Helvética*. Se reunían una vez cada año, extendiéndose considerablemente el número de sus miembros, entre los cuales se estrechaban cada vez más los lazos de amistad y de cariño en pró del bien público, consiguiéndose reanimar la llama pura del antiguo patriotismo. Los gobiernos, llenos de recelo, toleraban las reuniones bien á pesar suyo, temiendo que en ellas se criticaran sus actos con menoscabo de su consideración.

Neuchatel y Valangin, cuyos valles se extienden desde el lago de Neuchatel á las cadenas del Jura, pertenecieron antes al reino de Borgoña y luego al imperio germánico. Los condes de Neuchatel habitaban á orillas del lago y concedían muchos privilegios á los que desmontaban las tierras y se establecían en aquellas montañas y así se pobló todo alrededor de su castillo y se fundó la ciudad de Neuchatel, á la que en 1214 se dieron los mismos derechos que los de Besançon, primera ciudad de la Alta Borgoña.

En 1288 el emperador Rodolfo de Habsburgo recibió el señorío y sus derechos de Rolin, señor de Neuchatel, y de sus manos pasó á la casa de Chalons, y de esta, en 1505, á la de Longueville. Al extinguirse en 1707 con María, duquesa de Nemours, entre veinte aspirantes al

señorío, los estados del país, compuestos de doce jueces de Neuchatel y otros doce de Valangin lo adjudicaron al rey de Prusia, Federico I, como de mejor derecho por ser el heredero más cercano de la casa de Chalons.

Federico sancionó las libertades y constitución de Neuchatel, y se hizo representar por un gobernador real y un consejo de estado elegido entre los del país, viniendo á ser aliado de la confederación, porque las ciudades y muchas municipalidades del condado habían celebrado tratados con Berna, Soleura, Lucerna y Friburgo desde varios siglos y se hallaban protegidos por toda la confederación.

Pero en 1748 el rey arrendó las rentas del principado, dando lugar á que se murmurase, y cuando en 1766 se renovó el arriendo el pueblo, impaciente, se alborotó, por lo cual el rey se quejó al cantón de Berna por medio de su encargado de negocios Gaudot. Dicho cantón era el árbitro determinado por el acta de alianza y opinó en casi todos los puntos por el rey. Irritado el pueblo de Neuchatel, cuando volvió Gaudot fué perseguido, asaltada su casa el 25 de Abril de 1768, y como él y su sobrino cometieron la imprudencia de hacer fuego sobre el pueblo y matar á un carpintero, la muchedumbre furiosa concluyó con él á tiros en su propia casa.

Después de varias deliberaciones, y á instancias de los enviados del rey y del consejo municipal de Neuchatel, Berna, Lucerna, Soleura y Friburgo mandaron fuerzas para la seguridad pública, y creyendo los plenipotenciarios del rey ocasión oportuna de abrogarse un poder absoluto y fuerte, los confederados no se prestaron á ello y se determinó en juicio, para terminar la cuestión, que la ciudad de Neuchatel depondría las armas, pagaría los gastos, indemnizaría á la familia del desgraciado Gaudot y manifestaría su arrepentimiento por medio del consejo municipal ante los citados pleni-



pontenciarios. Los principales agentes del movimiento, casi todos fugitivos, fueron condenados unos á destierro, otros á prisión y otros colgados en efigie.

El rey de Prusia, lejos de amenguar las libertades de Neuchatel, se las aumentó; á poco devolvió las armas al pueblo, prometió no volver á arrendar los impuestos, no destituir arbitrariamente á nadie de su cargo, y concedió que las municipalidades reunidas nombrasen un consejo, sin cuya autorización ni aún el rey podía alterar la administración del estado.

Proceder tan generoso y liberal en un monarca le atrajo los corazones del pueblo, y considerado como el mejor de los príncipes de su tiempo, supo ganar el renombre de grande.

## CAPÍTULO XXX

### Intrigas en los distritos interiores de Appenzell y agitaciones en Friburgo.

(Desde el año de 1770 al 1796.)

Un posadero de Gonten, José Antonio Souter, hombre poco instruído, pero de mucho talento y desenvoltura, y sobre todo de un natural excelente, fué nombrado bailío de Rhintal. Aspiraba al mismo puesto Juan Jacobo Gueiguer, hombre ambicioso y que deseaba reintegrarse en el cargo de los muchos desembolsos que había sacrificado á sus pretensiones, pero dos años más tarde Souter recibió la dignidad de landammann de los nueve distritos reunidos.

Gueiguer, poseído de una envidia feroz, formó una asociación secreta con algunos ricos, enemigos también de Souter, porque éste se declaró en abierta oposición

contra una ley injusta que daba en las quiebras la preferencia á los créditos interiores sobre los extranjeros, por cuya razón los capitales de estos no entraban en el país, y de aquí le acusaron sus enemigos de proteger al extranjero á costa de su país.

Souter, constante, proseguía su obra para el bien público y adquirió para su cantón, de la municipalidad de Oberried, el derecho moderado sobre uno de los mejores pastos del alto Sentis en caso de ser vendidos, pues la escasez de dinero de los de Appenzell les obligó á venderlo á la municipalidad de Oberried, en el Rhinthal. Al punto se hizo correr la voz de que gran parte de la montaña se había hipotecado á extranjeros, y Souter persuadió al consejo para que se la apreciase, consignó su importe y tomó posesión de los pastos.

La municipalidad de Oberried se quejó de los distritos interiores con fundamento á la dieta, y el consejo de Oberried, arrepentido de su precipitación, se retractó. Souter, sin embargo, tenaz y orgulloso ya por los honores, no quiso ceder, y sostuvo el pleito á su costa. Mas al saberse que el cantón de Appenzel había perdido el pleito y que los terrenos quedaban en hipoteca hasta el pago completo de costas, aunque Souter se comprometió al pago de ellas, sus enemigos pusieron el grito en el cielo, y Gueiguer y el consejo del país lo acusaron de haber engañado al gobierno y deshonorado á los distritos interiores á los ojos de la confederación; y el consejo, sin oírle le condenó á entregar el sello del estado, á la pérdida de sus honores y á inhabilitación perpétua para cargos públicos.

Souter no se sometió á la sentencia y pidió que lo juzgase la asamblea general; pero antes que ésta se reuniera se le empezó á calumniar, sobre todo por sus enemigos los frailes capuchinos que iban de casa en casa hablando de sus pecados secretos, de sus crímenes

y predicando el odio contra él, como estalló el día de la reunión de la asamblea. El pueblo gritaba, parte en favor y parte contra el acusado; pero se le arrancó violentamente del puesto de landammann, á pesar de la gran oposición que lo declaró inocente.

Sin motivar la sentencia más que en faltas leves, pero tocando misteriosamente crímenes que decían callarse por evitar escándalo, el desdichado Souter fué desterrado para siempre del suelo de la confederación por enemigo de la religión, de la libertad y de la paz, fueron vendidos sus bienes para pago de costas y otros débitos, sus amigos fueron arrojados del consejo y su mujer condenada á no considerarlo como marido, bajo pena de perder sus derechos civiles. Las razones de tan dura pena nadie las conoció, quedando la duda de si el secreto encerraba alguna transgresión del sentenciado ó la iniquidad de sus jueces.

Algunos años más tarde el anciano desterrado pidió desde Constanza, donde residia, la revisión imparcial de su causa y un salvo-conducto para presentarse, y le fué negado, siendo condenados á muerte cuatro de setenta hombres decididos de Appenzell que le ofrecieron acompañarlo y guardarlo; pero se les perdonó la vida después de azotados por el verdugo.

Alguna vez el desterrado visitaba á sus amigos de los distritos exteriores. Pasado un año volvió á su país Bautista Roes, desterrado y degradado como partidario de Souter, el cual, haciéndole traición, lo acusó de reclutar gente en los distritos exteriores para sorprender Appenzell y sublevar al pueblo contra el partido de Gueiguer, é invocando el testimonio de personas de respeto estas le acusaron de impostor.

No obstante, dándose crédito á este infame, se empleó para atraer al desterrado la astucia más bárbara que registran los anales de la maldad. Persuadieron á su

hija, casada en Appenzell, para que escribiera á su padre la conveniencia de presentarse en la posada de la Corona, en Wald, municipalidad de los distritos exteriores, para saber noticias gratas é interesantes, y la desgraciada cayó en el lazo; luego no fué difícil llevar engañado al anciano á Oberegg, aldea de los distritos interiores, donde se apoderaron de él, lo ataron y lo llevaron á Appenzell el 9 de Febrero de 1784, en una nárria descubierta. El invierno era crudísimo y se le trató con tal encono, que mientras comían sus conductores en la posada de Altstættten se le dejó rezando en la rastra cayendo la nieve sobre su cabellera blanca agitada por el viento Norte.

Presentado al tribunal, aunque sometido en un día tres veces al tormento, renovó siempre el juramento de su inocencia, y á pesar de todo y de que veinte de los jueces protestaran, como consta en el protocolo del tribunal, contra la sentencia de muerte, Souter, que la oyó tranquilo, fué decapitado el 9 de Marzo de 1784.

El cantón de Friburgo no estaba más tranquilo que el de Appenzell.

Primeramente administraban los negocios de la ciudad y del campo dependiente de ella ciertos magistrados, siendo resueltos los interesantes por el pueblo; cuando éste creció en número, residió el poder soberano en los que formaban el gran consejo, elegidos entre los más notables de la ciudad y del campo; más tarde recayó únicamente en nobles y patricios, y al fin sólo en los hijos de ciertas familias.

Entre el grande y el pequeño consejo, que representaban el poder legislativo y el ejecutivo, se formó otro intermedio, llamado el de los sesenta, del que dependía la *Cámara secreta*, revestida en 1553 de gran poder y con el derecho de nombrar y separar los empleados. Por bastante tiempo los miembros del gran consejo y del

de los sesenta se elegían en número igual de los ciudadanos de las cuatro secciones ó banderas de la ciudad; pero luego salieron de un corto número de familias que llamaron *las secretas*, y por fin en 1684 se excluyó á todos los demás ciudadanos del derecho de formar parte de las familias secretas. De aquí nació el odio á estas familias, la excisión entre las mismas, y desde que el gobierno se fué complicando, la mano pesada de la centralización vino á aniquilar la libertad y á debilitar la industria. Antes de la creación de la cámara secreta, los tejidos daban productos pingües al cantón, pues la sola plaza de Venecia consumía por sí sola más de 20.000 piezas de tela blanca, y la tenería empleaba en una de las cuatro secciones más de 2.000 braceros; todo esto desapareció. Tal estado de cosas produjo mil quejas del pueblo y de las municipalidades, que el gobierno, aunque respetuosas, las calificaba de rebeldías, dando lugar á que en la alquería de la Tour-du-Trème se reunieran Pedro Nicolás Chenaux, Juan Pedro Raccaud y el abogado Castellaz, de Gruyères, los tres hombres de saber y de relevantes prendas, y viendo que el gobierno desatendía y aún penaba las quejas del pueblo, mandaron emisarios á todos los valles para saber si contaban con su apoyo, á lo cual contestaron afirmativamente y con resolución. Chenaux se aventuró en 3 de Mayo de 1781 á ir á Friburgo, escoltado por unos sesenta hombres, á exponer las quejas del pueblo al consejo; pero encontró las puertas cerradas, la guarnición reforzada y armados los de la ciudad, lo cual no impidió el toque de somatén de pueblo en pueblo y los gritos de rebelión.

El castillo de Gruyères fué ocupado sin efusión de sangre guardando en él al bailío en rehenes, y, entre tanto, Chenaux organizó á los campesinos en batallones, les dió jefes y los animó. Castellaz también se

dirigió al consejo, como había hecho Chenaux, para que se oyera al pueblo ó que decidiera la cuestión un arbitraje y, sin respuesta también, Chenaux marchó sobre Friburgo el 4 de Mayo por la parte de la capilla de San Jaime, con más de 2.500 campesinos, mal armados en su mayoría, dirigiéndose á la ciudad de 600 á 800, acampando 500 en el bosque de Semisberg, á la orilla derecha del Sarine y dirigiéndose los demás hacia la puerta Bourgillon, acudiendo aún más fuerzas de puntos lejanos del cantón.

La guarnición de la ciudad salió de ella en buen orden y con las banderas de Friburgo marchaban también las de un socorro de 300 dragones que envió Berna de los de servicio en la escuela militar, todos á las órdenes del coronel Froideville, militar prudentísimo. Este jefe aconsejó al pueblo amotinado que depusiera las armas, prometiéndole, bajo su palabra, que si así lo hacía, el gobierno y los cantones mediadores examinarían sus quejas, pero que le entregasen los jefes de la sedición. Conformes en todo los campesinos, negaron esta última pretensión; pero entre tanto estaban ya cercados por los de Berna y Friburgo y huyeron desbandados al ver avanzar la artillería. El traidor Enrique Rossier, ó irritado por el mal éxito de la empresa ó por congraciarse con el gobierno, asesinó á Chenaux cuando iba fugitivo, y su cadaver fué descuartizado por el verdugo, que puso su cabeza en una pica, y fué expuesta en la torre de la puerta de Romont. Condenados á la misma pena Raccaud y Castellaz lograron evadirse, sufriendo los otros jefes exhoneraciones, prisiones ó secuestros de bienes. Friburgo estaba lleno de tropas, porque á las que ya encerraba se aumentaron otras de Lucerna, Soleura y Berna, y el gobierno publicó que por un efecto de bondad se dignaría oír las quejas de las municipalidades concediendo tres días para que

las expusieran por escrito, y á pesar de lo corto del plazo se presentaron presurosos multitud de diputados de las municipalidades cercanas.

En vano esperaba el pueblo largo tiempo sin ver el término de sus males y lloraba el generoso martir de su patriotismo, Chenaux, y á pesar de los centinelas que con las armas cargadas rodeaban su tumba, á pesar de prohibir el obispo la peregrinación á ella, siempre estaba rodeada del pueblo reconocido que oraba por su eterno descanso.

Los habitantes de la ciudad y las veinticuatro parroquias del antiguo distrito creyeron oportuna la ocasión de hacer valer sus derechos contra las familias favorecidas, pidiendo su acceso en los archivos del Estado; pero el gobierno contestó que les bastaban los reglamentos de sus gremios y de sus cofradías para poder conocer sus derechos, por lo que confiando ya sólo en el arbitraje de los cantones, esperaron, como único partido que les quedaba, su fallo; y la declaración de Berna, Soleura y Lucerna fué: proteger con todas sus fuerzas la Constitución actual de Friburgo; que las pretensiones de la ciudad eran infundadas y contrarias á la Constitución; no obstante, recomendaron al gobierno que no concediera en las familias secretas prerogativa alguna á la nobleza sobre los patricios, que aliviase las cargas de los campesinos y cortase los abusos que se habían introducido.

Publicada esta declaración el 28 de Julio de 1782 aquella misma noche los cuatro distritos de la ciudad se reunieron ante la casa del magistrado Gady, que oyó con señales de aprobación y calma aparente á los comisionados del pueblo, el abogado Rey, el notario Guisolan, y el comerciante Girard, y á poco el primero era desterrado con su familia, por cuarenta años, el segundo por veinte y el tercero por diez. En fin, cuál seré

rigor desplegado, que hasta Manuel Maillardez, hijo de una de las familias dominantes, fué á destierro por seis años, porque en una asamblea de distrito dijo que creía justo que se volvieran al pueblo sus antiguos derechos. Sin embargo, el gobierno tuvo el tacto de aliviar las cargas del pueblo del campo, aumentó en diez y seis el número de las familias secretas, y prometió reemplazar por tres cada una de las que se extinguiesen.

En Francia ocurrieron poco después sucesos que no pudieron menos que afectar á la Suiza, como influyeron en la Europa entera.

La enormidad de los impuestos de aquel país no bastaban para atender al pago de una deuda pública que tenía un déficit anual de 140 millones de libras, y á las necesidades del reino. En la córte, en los palacios de la nobleza y en las grandes ciudades todo era fiesta, magnificencia y placer; en el pueblo y en el campo desesperación y miseria. Los ricos conventos, los príncipes y los nobles se negaban á contribuir á las cargas del Estado. La ley estaba sustituida por la arbitrariedad, la religión por la incredulidad de los grandes y por la superstición é ignorancia del pueblo.

Cuando la corte no pudo gastar, ni el pueblo francés pagar, el gobierno se hundió y los estados generales, á que pidió recursos el rey, abolieron las prerogativas de la nobleza del clero. El pueblo se alzó terrible y arrasó las prisiones, incendió los palacios, sacó tres mil millones de libras de los bienes del clero convertidos en nacionales, y el clero, los nobles y los príncipes que escaparon del acero, huyeron presurosos á pedir socorro á los reyes extranjeros. Estos se armaron y amenazaron, y la Francia altiva respondió, espada en mano: «Estoy en mi casa.» Pero en todos los países, los que sufrían aplaudían el valor del pueblo fran-



cés, y los gobiernos y sus protegidos lo censuraban, y así aconteció en el obispado de Basilea.

Resistiendo sus súbditos la prohibición de reunirse que les hizo su príncipe obispo, José de Rogenbach, porque lo hacían conforme á sus derechos, el príncipe pidió auxilio á los cantones, que se lo negaron por evitar cuestiones, y entonces acudió en 1791 al emperador, suplicándole que ocupara sus estados con tropas. Los confederados se opusieron primeramente al paso de los austriacos por la tierra helvética, y luego impremeditadamente cedieron, por más que el consejero áulico de Rengguer les hizo notar que el tratado con Francia de 1781 autorizaba á los estados á hacer venir un número igual de tropas francesas al de la guarnición austriaca.

Sin embargo, el obispo triunfó; Rengguer tuvo que huir, y los que opinaron como él sufrieron argolla ó cadena perpétua.

Al año siguiente de 1792 las tropas francesas arrojaron del obispado de Basilea á las austriacas, ya en guerra la Francia con el Austria, y el obispo, asustado, se refugió en Bienne, de donde también tuvo que escapar sin encontrar amparo alguno.

Los franceses ocuparon el Porrentruy y todo lo del obispado adicto al imperio, pero no molestaron al Erguel ni al valle de Moutier, por la alianza antigua que tenían con Bienne y con Berna. Vuelto á su patria el consejero áulico de Rengguer, al frente de su partido, echó á todos los empleados del obispo y confiscó las rentas de éste, y en cuanto Luis XVI fué destronado en Francia y convertida ésta en república, Rengguer la proclamó en su país, los diputados rodearon el arbol de la libertad y rompieron la sumisión al obispo y la alianza con el imperio. A su república pensaron llamarla Rauracia.

Pero ocurrió lo que siempre en los cambios radicales, que todos quieren mandar y nadie obedecer, y los partidos comenzaron á perseguirse, tomando muchos, visto el estado de cosas, el camino de pedir la incorporación del país á la Francia. Viendo Rengguer y sus adictos que su república era imposible, al cabo de siete meses de ella, el 7 de Marzo de 1793 decretó la Asamblea del pueblo del obispado de Basilea su agregación á Francia, excepto el Erguel y el valle de Moutier que permanecieron independientes por las razones ya dichas.

Los cantones suizos no se permitieron la menor observación por esta desmembración de su país, aunque no querían á los franceses, conociéndose débiles por falta de unión y por los mútuos recelos que entre ellos existían; por eso se redujeron á recibir con mucha dulzura y política al obispo de Basilea, cuando se presentó en Frauenfeld á la dieta helvética pidiendo su neutralidad. Tampoco hicieron los confederados la más leve reclamación cuando el 10 de Agosto de 1792 asaltó el pueblo de Paris el palacio real, y después de un terrible combate, pasó á cuchillo á toda la guardia suiza que lo defendía.

El ejemplo de Francia fué contagioso y por toda Europa estallaban guerras y revoluciones, porque el pueblo francés socorría y llamaba hermano á todo otro pueblo que se proponía conquistar su libertad. Decapitado su rey y victoriosas sus armas por todas partes donde habían oido los franceses una amenaza, cruzaron la Saboya, los Países Bajos, pasaron el Rhin, y sin embargo, la confederación se parapetó en su neutralidad, porque carecía de armamento para prepararse, de fuerza, porque la faltaba unión, ocupándose cada cantón de su propio peligro pero no del peligro común; y si Berna, Soleura y Friburgo se prometieron apoyo

mútuo fué contra los descontentos de dentro y no contra el enemigo extranjero.

Entre el país de Vaud y Berna no existía la mejor armonía ya desde 1782 sobre la contribución para la reparación de carreteras de la capital, sacando el primero de los archivos de la ciudad de Morges, en 1790, documentos que acreditaban su exención de todo impuesto, recordando otras municipalidades muchos derechos que los de Berna habían dejado caer en olvido desde hacía más de dos siglos.

Por otra parte, la prensa excitaba al pueblo; en Rolle, en Vevey, en Lausana y otros puntos, bebía la juventud entusiasmada brindando por el triunfo de Francia libre, y receloso el gobierno de Berna, trató de impedir tales manifestaciones por medio de algunas medidas severas, por más que el orden público no se turbó en parte alguna, y para ello mandó plenipotenciarios apoyados por fuerza armada. Culpables, si tal podían llamarse, é inocentes, todos fueron encarcelados y algunos emprendieron la fuga. Impusieron silencio los berneses á los de Vaud, con efecto; pero el ódio se encendió dentro de los pechos y estuvo próximo á estallar. Por otra parte, los fugitivos excitaban al pueblo por medio de cartas y de folletos para que se rebelaran contra lo que ellos llamaban tiranía.

Las luchas entre los grisones eran interminables, menos por falta que por abuso de su libertad.

La familia de los señores de Salis, la más noble y distinguida del país, estaba en posesión de los cargos más lucrativos y del percibo de la única renta que en él había, que eran los derechos de peaje, la cual arrendaban en pequeñísima cantidad. Ocupaban los suyos los primeros puestos en el ejército grison que servía en el extranjero, y las magistraturas de la Valtelina que las municipalidades grisonas ponían á subasta ca-

da dos años, y que enriquecían á los agraciados, porque vendían á su placer la justicia.

La familia de los Tscharner, de Bawier y de Planta, se unieron entre sí para hacer la oposición á la de Salis, y en la subasta del arriendo del peaje en 1787, hicieron subir la tasa de 16.000 florines á 60.000. Luego pidieron que los ascensos de los oficiales al servicio de Francia no fueran á arbitrio, sino por antigüedad, y como á la sazón los de la Valtelina se quejaban de la opresión en que se los tenía, y de la injusticia y venalidad de sus magistrados, que violaban sus derechos hereditarios, los dos partidos se tuvieron un ódio inmenso, y cada uno atribuía al otro la causa de cuanto mal ocurría.

En 1793 cruzaba la Valtelina el embajador de Francia, Sémonville, dirigiéndose á Venecia, y cogido traidoramente fué entregado á los austriacos; este delito se atribuyó á los de Salis; y al año siguiente de 1794, la escasez de trigo en los grisonos se atribuyó á la extracción de él para Francia á los Planta, y el pueblo se sublevó contra ellos.

Como tal situación de los partidos era ya intolerable, se constituyeron en Coira, en asamblea de los estados generales, treinta y dos diputados de las tres ligas para decidir en la cuestión de ambas partes, y los Planta se justificaron tan cumplida y hábilmente, que la voz pública condenó á los de Salis, y el tribunal también, imponiendo á unos multas y restituciones y á otros la pena de destierro.

Entre tanto la tempestad arreciaba fuera de Suiza, la sangre corría á torrentes por Europa á causa de la guerra, porque los tronos juraron aniquilar á la Francia, y la Francia hundir los tronos. La guerra era sin descanso, y apenas había rincón donde no penetrara el acero francés. La confederación, al abrigo de su neu-

tralidad, si bien temerosa, no sufría por parte de los beligerantes, y el temor procedía de su impotencia, encontrándose indefensa y desunida en medio de aquella conflagración general, sin otra fuerza militar que la de un pobre cordón en sus fronteras que no atestiguaba á un invasor resistencia formal.

Desde más de un siglo, Ginebra era teatro de escenas tumultuosas por la lucha constante entre el pueblo y la nobleza, usurpadora y absorbente. En 1707 se quejó el pueblo por vez primera del acaparamiento de los cargos públicos por un escaso número de familias, y del despotismo del consejo que no oía á las municipalidades aún en los casos de mayor interés, y este pidió la intervención de los confederados primero, y más tarde guarniciones á Berna y á Zurich, procediendo en seguida á las expatriaciones y ejecuciones de los más valientes defensores de la causa del pueblo, llevando la insolencia hasta atacar los fundamentos de la república y crear nuevos impuestos para aumentar las fortificaciones de la ciudad. En 1730, y en nombre del pueblo habló Micheli du Crest, miembro del gran consejo, contra estas arbitrariedades, y en seguida le condenó el mismo consejo á prisión perpétua, que los berneses protectores de Ginebra se encargaron de cumplimentar encerrándolo en el fuerte de Arburgo, Zurich y Berna mediaron por lo regular entre el pueblo y el gobierno, pero como casi en general inclinaban la balanza del lado de éste, no conseguían la paz. Siempre creciente la animosidad de los partidos, llegaron aun á batirse y asesinarse en las calles, hasta que en 1738, y mérced á los diputados de Francia, Zurich y Berna, se consiguió alguna tranquilidad restringiendo por un edicto las pretensiones del pequeño consejo y de los nobles, y por otras prudentes medidas aceptadas por el gran consejo y por el pueblo.

Pero en 1762, la orden del consejo para que las obras del ilustre filósofo ginebrino Juan Jacobo Rousseau fueran inutilizadas por mano del verdugo, vino á despertar los odios latentes, formándose dos nuevos partidos, uno llamado de *los representantes*, que opinaba que el consejo debía recibir toda queja dirigida contra él y trasmitirla á la asamblea general, de cuya competencia era, y otro el de *los negativos*, que sostenía que la asamblea general no tenía poder sobre el pequeño consejo; y tras de esta cuestión salieron otras muchas. Tratando de intervenir Francia, Berna y Friburgo, para contener los nuevos desórdenes, el consejo y el pueblo transigieron antes, en 1763, para evitar toda influencia extranjera, concediéndose al pueblo el nombramiento de la mitad de los nuevos miembros en cada renovación del gran consejo, y el de destituir cada año á cuatro miembros del pequeño consejo, que por el hecho no serían ya elegibles nuevamente. También se acordó más libertad en el ejercicio de sus industrias á los naturales cuyas familias hubieran estado establecidas en Ginebra desde mucho tiempo, y hubieran sido afectas á los del país, así como al gobierno el de conceder anualmente á algunos habitantes el derecho de ciudadanos.

Las concesiones de los gobiernos hechas á los pueblos por temor no duran más que el tiempo de recobrar aquellos sus fuerzas, y están siendo su pesadilla mientras les dura la debilidad; así las familias que dominaban en Ginebra, de acuerdo con la corte de Francia, se hicieron olvidadizas de las promesas al pueblo, y el ministro francés Vergennes tomó parte en la cuestión por atraer hácia su país la industria floreciente en Ginebra, á cuyo fin animaba por una parte á los habitantes con ofertas brillantes y por otra los incitaba á la discordia con los representantes, por pescar en río revuelto; estos conocieron el juego, tomaron las armas, ocuparon

las puertas de la ciudad y desarmaron á sus habitantes; pero como tuvo la prudencia de otorgarles sus derechos anteriores y todos sus privilegios y aún de aumentárselos hasta nivelarlos casi con los de los ciudadanos, por edicto de 10 de Febrero de 1781, supo ganarse las simpatías de todos ellos.

Este golpe político afectó sobre manera á los negativos y sobre todo á la corte de Francia, y esta para imponerse, hizo avanzar 600 hombres hasta Versoix, próximo á Ginebra; pero Zurich y Berna se lastimaron de este proceder, porque el tratado de 1738 no estaba bajo la garantía de las armas de Francia, y con este motivo los dos cantones se descargaron de la garantía echándola sobre Francia sola, lo cual ella no quiso aceptar quedando los de Ginebra enteramente libres de tratar sus cuestiones entre sí.

El odio del pueblo crecía incesantemente porque la profunda división de los partidos se prestaba á que el gobierno trabajara para reconquistar por medio de la astucia ó de la fuerza sus privilegios antiguos, y para dar un golpe de mano mandó distribuir con sigilo granadas á las tropas de la guarnición; y como el golpe fuese percibido por el pueblo, se hizo dueño de las puertas de la ciudad, mató á muchos soldados, destituyó al grande y pequeño consejos y nombró otro de representantes. Más habiendo manifestado Francia, Berna y luego Cerdeña que no tolerarían que un gobierno constituido fuera destituido por rebeldes y avanzando hácia la ciudad tropas bernesas, saboyanas y francesas, y dividida por sus disensiones, abrió al punto sus puertas en Mayo de 1782.

La Francia, apoyada por Berna, fué la que se impuso dando el triunfo al partido de los negativos, reintegrando en el poder al gobierno destituido últimamente y privando al pueblo de casi todos sus derechos, toda-

vía vejándolo con la exigencia de que la asamblea general del pueblo sancionase la nueva organización; pero el sufragio fué tan restringido que apenas tuvieron voto 500 ciudadanos, por exclusión de los que tomaron parte en el último movimiento insurreccional, y así y todo, de los 500 votantes se negaron 113 á votar la aniquilación de la libertad de Ginebra.

Bajo el apoyo de Francia, de Cerdeña y de Berna, prohibió el gobierno las reuniones privadas de hombres, la instrucción militar de los del pueblo, amordazó á la prensa y elevó la guarnición, confiada á oficiales extranjeros, á 1.200 hombres, llevando un lujo al despotismo que muchos ciudadanos emigraron antes que doblegar la cabeza y juraron vengarse de los opresores.

Ni las armas, ni la prohibición de escritos, ni todas las represiones bastan para privar de ser libre á un pueblo que lo desea. En Enero de 1789 el gobierno subió el precio al pan y el pueblo ya estalló, los de la ciudad se armaron como pudieron contra la guarnición, y á falta de cañones se valieron de granadas y del agua hirviendo, poniendo en fuga á los satélites mercenarios de sus déspotas. Espantado el gobierno retrocedió como más débil, rebajó el precio del pan, y prometió revisar la Constitución, disminuir la guarnición, devolver las armas al pueblo, abolir los impuestos onerosos, y conceder el derecho de ciudadanos á las familias de los establecidos en Ginebra desde cuatro generaciones, cuyas promesas llegaron á realizarse. Entre la mayor alegría de todos Ginebra renovó su antigua alianza con Zurich y con Berna, y como el gobierno ya no podía contar con la Francia, que había hundido el trono de sus reyes, tuvo por prudencia que unirse íntimamente con el pueblo. Pero los habitantes de las aldeas dependientes de Ginebra, los natos de ella y los nuevos comenzaron á agitarse por la igualdad de derechos, llegando á veces



á vías de hecho, apoyando los de la ciudad siempre al gobierno. Los descontentos, excitados por bajo de cuerda por el residente francés, Soulavie, trataron de derribar al gobierno, secundando las miras de los emigrados y desterrados ginebrinos establecidos en Francia, que consistían en unir Ginebra á Francia á donde había llegado el reinado de la igualdad de derechos. A la hez del pueblo, falta de trabajo por muerte de la industria, llegó á ofrecérsele el saqueo de los ricos, y en tales momentos se acercaba á Ginebra, para penetrar en Saboya, el ejército francés, al mismo tiempo que invadir la Italia, en Setiembre de 1792. En su pánico imploró Ginebra auxilio á Zurich y Berna, cuyas dos ciudades enviaron tropas; pero como el gobierno francés amenazó y se alejó el ejército suyo, Berna y Zurich retiraron al punto sus fuerzas, á cuyo hecho siguió la hora fatalmente suprema de Ginebra.

Todos los descontentos de los pueblos y de la campiña, y con ellos algunos de la ciudad, se apoderaron inmediatamente del arsenal, y en asamblea general á que se obligó á asistir á los demás, se destituyeron ambos consejos y se los sustituyó por un comité de salud pública, por un comité de administración, y se dió el poder legislativo á una convención nacional, todo á imitación de Francia, y se dió comienzo al reinado de los alborotadores y revoltosos, que no conocían ley ni justicia; al que no transigía con ellos se le daba el nombre de aristócrata y llevaba el estigma del odio.

Para aniquilar á los que llamaban aristócratas, el partido revolucionario, impulsado por los emisarios de los jacobinos franceses y por el ministro francés residente allí y apoyado por las tropas francesas que envolvían á Ginebra, en la noche del 18 de Julio de 1794 se apoderó de la artillería y luego de la ciudad entera; suprimió las autoridades y creó un tribunal revoluciona-

rio que redujo á prisión á cerca de 600 de los ciudadanos más respetables. Once de ellos fueron inmediatamente pasados por las armas y luego 26 más por contumaces; otros muchos fueron condenados á destierro, á confiscación de bienes, á arrestos ó á la pérdida de sus empleos, horrores que se contuvieron en Ginebra tan luego como en Francia fué decapitado Robespierre, cuyos horrores no hubieran llegado si esta muerte hubiera tenido lugar quince días antes. Hasta el mismo tribunal revolucionario tomó entonces la marcha contraria, pues al mes siguiente, el de Setiembre, condenó á muerte á cuatro jacobinos autores de la insurrección de Julio y acusados de haber querido vender su patria á la Francia.

Pasada la efervescencia, Ginebra volvió á su cauce por una reconciliación general de su pueblo, cesó la anarquía, obtuvieron libertad los presos, volvieron los expatriados, se restableció la constitución de 1791, todos los habitantes alcanzaron derechos iguales; y como Francia aspiraba desde mucho tiempo á la posesión de Ginebra para lograr la de toda la Suiza, no perdonó medio, incluso la intriga, las vejaciones, la interrupción del comercio, el bloqueo; pero todo lo resistió Ginebra, hasta que en Marzo de 1793 sucumbió al engaño permitiendo el paso á las tropas francesas por la ciudad, las cuales cuando penetraron se apoderaron de las puertas y de los arsenales y la incorporaron violentamente á la Francia republicana.

La guerra de Francia á los tronos se encarnizaba más cada día, y aunque desde las cimas de los Alpes se oía el tronar de los cañones en Suabia, en Italia, á orillas del Rhin y las banderas francesas ondeaban ya en Saboya, en los Países Bajos, en la Lorena, en la Holanda y en la misma Alemania, todavía los gobiernos de Suiza con seguridad orgullosa miraban con desdén

aquellas enseñas de libertad que miraban con simpatía los pueblos oprimidos.

Los gobiernos de la confederación, sin temor al peligro que amenaza á los débiles que se hallan entre contendientes poderosos, por no ver, ni veían crecer la agitación de sus pueblos que deseaban con ánsia llegar á ser libres.

El pueblo de Saint-Gall, privado de sus derechos, agobiado de impuestos, siempre con nuevas cargas y listas civiles, mientras el clero y los empleados de la abadía no contribuían á pago alguno y el abad, cada vez más rico, dilataba sus dominios, cansado ya se suble vócontra él.

En 1795 se reunieron todas las municipalidades de la abadía para presentar sus quejas al abad Beda Anguehrn después de deliberar la forma de sus reclamaciones. Este acto tuvo por origen la decisión de llevarlo á cabo cinco municipalidades que luego fueron secundadas por todas las de la bailía de Oberberg, llegando al fin á sesenta el número de reclamaciones para formular, de lo cual se encargó Juan Kunzli, hombre de tanto talento y corazón como prudencia. Redactadas que fueron firmaron el escrito todas las municipalidades y lo presentaron al abad.

Este príncipe instruído y honradísimo, hijo de un pobre de la aldea de Haguenwyl, en la Thurgovia, conocía como pocos la miseria del pueblo y quería aliviarle en todo lo posible; mas sólo dos eclesiásticos le secundaban y todos los demás de la abadía se enardecieron contra el pueblo exclamando que aquella situación era producto del vértigo liberal que trabajaba á la Francia; que si el pueblo no callaba y se reducía al deber, los gobiernos confederados que los habían ayudado muchas veces contra sus vasallos los volverán á dar auxilio. Se opusieron, pues, á las prudentes intenciones de Beda y

entablaron largas negociaciones con el propósito de cansar al pueblo. El abad conoció la arteria y dijo á los frailes que los tiempos que corrían no admitían luchar á los gobiernos con los pueblos, que era preciso vivir unidos esperando el día del peligro común, que así, pues, si ellos rechazaban á sus vasallos, él sólo se echaría en sus brazos. Y así lo hizo, y les concedió mil privilegios y los derechos de elegir el consejo entre los del país y el consejo de guerra, reunirse en asamblea general, nombrar las autoridades municipales y rescatar sus cargas, á cuya determinación debió la alegría y las bendiciones de los suyos.

Esto pasaba en el mes de Noviembre de 1875 y mientras los frailes aparentaban con toda hipocresía aceptar el tratado hecho entre el príncipe y su pueblo y firmaban su adhesión, firmaban en secreto el 20 de Enero de 1796 comprometiéndose á defender sus derechos contra los rebeldes, que así llamaban al pueblo, creyendo que así podrían anular sus promesas públicas. También los cantones que protegían la abadía desaprobaban, en su fuero interno, la blandura del príncipe con sus vasallos, pero no pudiendo oponerse á las concesiones hechas con todo derecho, tuvieron que ratificarlo en Agosto de 1797.

Siempre gobernó Zurich con prudencia y justicia á las municipalidades de ambas orillas del lago dependientes de la ciudad, y aunque haciéndose respetar de ellas, el cantón prosperó bajo una administración arreglada, no citándose más que un solo caso de queja ocurrido en 1762 contra el bailío de Guninguen, Félix Grebel, en que acusado de una injusticia por los dos honrados ciudadanos Juan Gaspar Savater y Enrique Fussli, fué desterrado. Desde este saludable ejemplo no hubo quejas ni de violencias ni de venalidad de magistrados.

Pero existían otras causas de disgusto, sobre todo en las orillas del lago, que eran los privilegios de los gremios y el derecho exclusivo del comercio para la ciudad, porque á los de fuera de ella no se permitía otro que el del vino y del trigo, á tal punto, que los fabricantes de telas compraban el algodón en rama en la ciudad precisamente, y después de elaborado no podían venderlo más que á la misma y aún las telas fabricadas para su uso tenían que venderlas á los de la ciudad y luego comprárselas después de blanqueadas y estampadas. Los del campo, condenados á los trabajos agrícolas ó á ser mozos en los almacenes ó fábricas de la ciudad, estaban excluidos de los empleos eclesiásticos y civiles, reservados sólo para los ciudadanos.

Pero cuando el libre pueblo francés proclamó la igualdad del noble y del pechero, de la ciudad y del campo, á orillas del lago de Zurich se dijo con todo entusiasmo en la asamblea que debía ser lo mismo entre ellos; que se los llamaba suizos libres y eran sólo viles siervos de la ciudad. Se exaltaron los ánimos y unos aldeanos de Stæfa hablaron de los derechos eternos del pueblo, de los servicios de los campesinos á la ciudad y redactaron una exposición en 1794 reclamando los mismos derechos que los que gozaban los habitantes de ella.

Esta exposición fué firmada por todas las municipalidades con aclamación; más apenas llegó á saberse el hecho en la ciudad, cuando ya los promovedores de él fueron reducidos á prisión y castigados con todo rigor el 13 de Enero de 1795 como autores de rebelión, unos desterrados de Suiza y otros condenados á grandes multas y á interdicción civil.

Como el atropello del derecho lo robustece, estas persecuciones aumentaron el número de los descontentos, y para apaciguarlos les dijeron unos consejeros de

Zurich que si podían apoyar su petición por hechos y escritos, ellos los apoyarían; en Mayo de 1795 dijeron cuatro ancianos en la asamblea anual de la municipalidad de Stæfa, que sabían por sus padres que en el archivo de ella existían los documentos de que se trataba, y á pesar de la oposición del baillo y de su secretario, el pueblo, sin intimidarse, los buscó, y encontró el acta hecha en 1479 con presencia de los confederados como árbitros entre la ciudad de Zurich y el campo, el día de la ejecución del burgomaestre Waldmann, y que ningún otro documento posterior anulaba, en la cual se establecía la libertad general de industria y comercio, y otra de 1532, después de la desgraciada guerra de Cappel, en favor de los del campo, por el burgomaestre, por el consejo y por los doscientos de la ciudad de Zurich, confirmándoles sus derechos anteriores y aún concediéndoles la participación en el gobierno.

Las municipalidades de Ehrlibach, Thalwyl, Horguen, Kussnacht y Stæfa preguntaron á sus baillos y magistrados respetuosamente si las dos actas habían sido anuladas por mandatos posteriores ó conservaban su vigor, y la respuesta fué el silencio por no comprometerse con la afirmación ó la negativa; pero tratado el asunto como sedición, sus autores fueron intimados á comparecer en la ciudad para responder de sus actos. Ellos se excusaron, porque las municipalidades, sobre todo la de Stæfa, declararon que no habían autorizado á persona alguna para tratar en su nombre ni para justificarlas y suplicaban al gobierno que tratase con ellas directamente. Entónces la ciudad hizo la prohibición de dar alimento ni abrigo á persona alguna de aquella municipalidad, lanzó de Zurich á todos los de Stæfa y se despidieron de las casas á todos los criados de ella y á los enfermos de los hospitales.

En la mañana del domingo 5 de Julio de 1785, mien-

tras el pueblo asistía á la misa, entraron en la tranquila aldea 2.500 hombres de tropas de Zurich, con artillería, publicando el gobierno la siguiente declaración: «Vuestras actas son inútiles y vuestros privilegios están anulados, porque las primeras se dieron en tiempo en que la autoridad estaba en suspenso, y si los cantones protectores lo consintieron fué por evitar mayores males, y los segundos no existen, porque su validez fué en las circunstancias de entónces, y sus efectos cesaron con ellas.» A esta declaración guardaron silencio los siete cantones testigos y garantes de aquellos tratados. Cerca de un siglo ha transcurrido y muchos otros pasarán y la historia será inexorable por tal perfidia y egoísmo relatando estos hechos á las generaciones para ejemplo de los pueblos. Solo Glaris, fiel al compromiso de sus antepasados, fué el que aconsejó á Zurich la justicia antes que la violencia, porque la base de un estado es la confianza mútua del gobierno y del pueblo, y la seguridad de que cada uno de ellos está en posesión de los derechos que le pertenecen.

Los desgraciados de Stæfa juraron entre bayonetas la renuncia á sus títulos, y los de ella ó de otras municipalidades que habían figurado en la reclamación fueron presos, unos á perpetuidad, otros por diez ó veinte años, otros á destierros y otros fueron azotados. La municipalidad de Stæfa fué condenada á pagar 78.000 florines por gastos de una prolongada ocupación militar, y Bodmer, anciano y honrado magistrado, por haber insistido en que se buscasen las actas antedichas, fué conducido á Zurich y sobre el cadalso pasó el verdugo la cuchilla por su cuello sin herirle, pero en señal de que había merecido la muerte, y luego fué encerrado en una prisión por el resto de sus días.

Desde entonces los campos respiraban sólo venganza, en medio de un aterrador silencio.

## CAPÍTULO XXXI

Término de la antigua confederación.—Los franceses en Suiza.—Confederación de veintidos cantones.

(Desde el año 1797 al 1813.)

Los franceses miraban con codicia en la Suiza una trinchera para su país y el camino abierto para la Italia y la Alemania, de modo que cuando los expatriados suizos les pidieron amparo diciéndoles que sus compatriotas oprimidos y vejados los esperaban con los brazos abiertos, que sus gobernantes se aliaban con los enemigos de la Francia, porque eran enemigos de la libertad, y que el mejor aliado de un pueblo libre era otro pueblo libre, los jefes del gobierno francés buscaban una coalición con los de los confederados; pero éstos, cautelosos al par que mezquinos, evitaron todo motivo de cuestión, reconocieron la Constitución francesa y arrojaron del país á los príncipes, nobles y eclesiásticos que habían buscado refugio en él. Más al poco tiempo, en 1798, el general Napoleon Bonaparte cruzó por la Suiza occidental y la Saboya, dirigiéndose á Italia para hacer la guerra al emperador de Austria que, unido al imperio germánico y á Inglaterra, sostenía la guerra con Francia luego que Prusia y España hicieron con ella la paz. Apenas llegó el gran general, en poco tiempo y pocas batallas venció al Austria, batió á toda la Italia, se apoderó de la Lombardia y obligó á hacer la paz al emperador. De la Lombardia hizo una república independiente á que llamó *cisalpina*. Los que habitaban los valles de Chiavenne, Bormio y la Valtelina



cansados del vasallaje á los grisonos, prefirieron pertenecer á esta república; pero Bonaparte, antes de acceder á ello, dijo á los grisonos que si concedían á sus vasallos la igualdad de derechos permanecerían conciudadanos suyos; les dejó tiempo para reflexionar; y les ordenó que le comunicasen á Milan su resolución.

Pero los partidos de los grisonos no podían entenderse y muchos dijeron que si los de la Valtelina no habían de ser sus vasallos que se separaran de una vez y para siempre, y como Bonaparte no recibió contestación en el tiempo que señaló, el día 22 de Octubre de 1797 quedaron la Valtelina, Chiavenne y Bormio incorporados á la república cisalpina y confiscados y gastados los bienes que en ellas poseían los grisonos, quedando muchas de sus familias arruinadas y más reducidos los límites de la Helvecia.

A las cuatro semanas el obispado de Basilea se incorporaba á Francia y entonces la agitación en Suiza fué terrible. Muchas ciudades de Argovia reclamaron de Berna sus derechos y antiguos privilegios; el país de Vaud también la pidió con más energía que antes las libertades de que le había despojado y un ejército se acercaba á la frontera suiza para apoyarle, porque había pedido protección á Francia en virtud de antiguos tratados; pero la opinión pública sobreexcitada comprendía que los franceses buscaban la muerte de la confederación y apoderarse de Suiza.

Berna y Friburgo pusieron apresuradamente sus tropas en pié de guerra y se convocó á toda prisa una dieta en Arau, y como los gobiernos desconfiaban unos de otros, temiendo la ruína de la confederación, el 25 de Enero de 1798 renovaron los diputados el juramento de alianza, pero ya por fórmula, sin entusiasmo. Acababan de jurar cuando entró un campesino de Basilea, diciendo que seiscientos del campo habían entrado en

la ciudad; que los castillos de los bailíos estaban ardiendo y que todos los vasallos estaban declarados libres, á cuyas terroríficas palabras los diputados se separaron al punto.

Los tumultos en la confederación se multiplicaron y la agitación en toda la Suiza no conoció límites; se formaron comités encargados de velar por los intereses del campo, en el Rheintal, Tockenburgo, Schaffhausen, Uznach y la Marche en Wesen; al otro lado de los Alpes, las baillías italianas plantaron el árbol de la libertad á orillas del Tesino, y los gobiernos cantonales, enervados, divididos y desconfiados obraban sin concierto, así como los pueblos, pidiendo los más atrasados la conservación del antiguo régimen, los más adelantados la igualdad de derechos, y otros las franquicias que les correspondían por las leyes escritas, sin faltar los que todo lo esperaban de Francia, ni los que tenían horror á la intervención armada del extranjero.

Entre tanto, un ejército poderoso francés penetraba en el territorio de la confederación bajo el mando de los generales Brune y Schauenbourg, por cuya protección el país de Vaud se declaró independiente de Berna. Ante aquella amenaza los gobiernos de Lucerna y de Schaffhausen se unieron á sus vasallos proclamándolos antes libres y Zurich decretó la libertad de los presos de Stoefa ofreciendo revisar la constitución en favor del pueblo. Por la libertad del anciano venerable Bodmer lucieron á millares los fuegos de alegría por las orillas del lago, por los valles y montañas y nunca tributó en vida la Suiza á hombre suyo un testimonio público de cariño como al anciano Bodmer. Friburgo alcanzó la libertad que costó su sangre al generoso Chenaux, y el gran consejo de Berna se unió al pueblo en el peligro común por mediación de cincuenta y dos representantes de la población rural. Todo este cambio tan radical

se operó en cuatro semanas y todavía fué tarde, pues aunque Berna y Friburgo pusieron sus fuerzas en movimiento con algunas de Glaris y Lucerna, y aumentadas de gentes del campo, la superioridad de las armas francesas les entregó el primer día de combate, el 2 de Marzo de 1798, á Friburgo y Soleura, y al cuarto la misma Berna, por más que el coronel Grafenried hizo una resistencia vigorosísima en Grauhobz (selva negra), pues los del pueblo, viéndolo todo perdido y desesperados ya, dieron el grito de traición y asesinaron á muchos oficiales.

Ni aún el peligro común pudo ya unir á los suizos, y así cada cantón se ocupaba de sí propio sin cuidarse de los demás, que fué el medio de que todos sucumbiesen. Los gobiernos que todavía no habían dado la libertad á los suyos se apresuraron á ello, aunque mostrando que cedían á la necesidad. La Francia en tono autoritario hizo la terminante declaración que la confederación había dejado de existir; toda Suiza formaría una república una é indivisible bajo un gobierno central, que con los representantes del pueblo reunidos en cuerpo legislativo residiría en la ciudad de Arau. Todos los suizos serían iguales ante la ley. Los ciudadanos, reunidos en asambleas primarias elegirían los administradores, los jueces, los magistrados y los representantes de la nación, y los gobiernos nombrarían para cumplimiento de las leyes en los cantones, prefectos y otras autoridades.

La Suiza fué dividida, en consecuencia, en diez y ocho cantones casi iguales, formando el territorio de Berna, los cuatro de Oberland, Vaud, Berna y Argovia; y en cambio otros pequeños cantones formaron uno sólo, como los de Schwyz, Uri, Unterwalden y Zoug, el de Waldstættén, y el país de Saint Gall, el Appenzell y el Rheinthal, el cantón de Senlis. La Thurgovia, Lu-

gano, Bellinzona y Basilea, formaron nuevos cantones, aunque antes pertenecían á la confederación; el Valais se unió á la Suiza y los grisones fueron sólo invitados á la alianza; Mulhouse y Ginebra, por el contrario, fueron sustraídas á la confederación y agregadas á Francia.

Constituída así por los franceses la república que llamaron *helvética*, impusieron contribuciones enormes á las grandes ciudades, llevándose por ellas en rehenes á ciudadanos respetables y otros para encerrarlos en Francia como peligrosos para las nuevas instituciones suizas, y además robaron las cajas de los tesoros de Zurich, de Friburgo y de Berna.

Los montañeses de Uri, de Schwyz, de Glaris y del bajo Unterwalden prefirieron morir á perder su independencia; juraron pelear hasta el último trance y á las órdenes de su general Alois Reding, se apostaron cerca del Schindeleggüi y en las rocas de Etzel, en sus fronteras. Se batieron con gran bravura, pero sin éxito, entre Wollrau y el Schindeleggüi, porque el cura de Notre-Dame des-Eremites, quemandaba su gente en el monte Etzel, huyó cobardemente. Pero Reding juntó sus tropas cerca de Rothenthurm, á poca distancia del campo de Mongarten, y dió un combate sangriento en que los pastores pelearon con el heroísmo de sus antepasados y quedaron como ellos victoriosos. Tres veces cargaron los batallones franceses y las tres fueron rechazados, la última hasta Eguerí, en el país de Zoug. En esta batalla, dada el 2 de Mayo, dejaron los franceses en el campo unos 2.000 hombres. El día 3 siguiente, los de Waldstættlen pelearon también con gloria mandados por d'Arth, pero después de verter mucha sangre tuvieron que capitular y reconocer la república helvética. Así acabó en 74 días de agonía la antigua confederación después de 490 años de vida. Su historia explica las causas de su aniquilamiento é inspira sentimientos de prudencia á los

pueblos que aspiran á ser libres. Los hombres reflexivos de Suiza observaron que la división territorial en tantos pequeños estados también dividió los ánimos y los intereses, engendró el egoismo, creó las rivalidades y jamás pudieron constituir una fuerza respetable, estando desunidos, y abrigaban la idea de hacer del pueblo suizo una sola familia cuyos miembros tuvieran iguales derechos bajo una fuerza única capaz de mantener la libertad y la justicia dentro y de imponer al enemigo fuera.

Las masas ciegas é ignorantes, sin mirar al pasado, querían, sí, la libertad, pero que cada pequeño distrito, cada valle fuera un pequeño cantón independiente, se gobernara por sí organizándose á su capricho y sólo unido á los otros por el lazo de la confederación.

La nueva organización política de Suiza no respondía á la situación que se había creado por la anterior y lejos de hacer desaparecer los males, les aumentó considerablemente.

Dividido el pueblo como antes, el gobierno central residente en Arau bajo el nombre de directorio ejecutivo, carecía de crédito, de consideración, pues aunque dependiente del protectorado de los franceses, éstos eran los primeros en hollar su dignidad. El senado y el gran consejo eran compuestos heterogéneos donde luchaban todas las opiniones de los partidos, donde los diputados de los cantones no discutían, sino peleaban. En los pueblos suizos los partidos seguían combatiendo, á veces con las armas. La mezcla de antiguas instituciones con las nuevas ocasionaba las contradicciones más extravagantes ó funestas, y esto, unido á que el estado se hallaba sin recursos para las atenciones más sagradas, los cónsules, generales y tropas francesas vivían espléndidamente á costa de Suiza, remitiendo á Francia sumas enormes; el pueblo estaba exaspe-

rado. Si á esto se añade que los magistrados y empleados cesantes, los frailes sin monasterios, el clero á quien no se pagaba, los negociantes y artesanos sin el prestigio de los gremios ni las prerogativas de las ciudades, y en fin, los más, trabajando al pueblo para que aprovechase la próxima lucha de Francia con el imperio, se comprenderá qué ódio le inspirarían las recientes instituciones.

El malestar se reveló cuando en Julio de 1798 se llamó á todos los lugares de Suiza á prestar juramento á la nueva constitución, ocasionándose alzamientos en Appenzell, en Oberland, en el Rheinthal y en otros muchos puntos. Todos se sofocaron con la fuerza, pero especialmente en el Bajo Unterwalden, donde lo fué con crueldad. Ocasionó el movimiento Pablo Styguer, capuchino, diciendo que la constitución dada por los franceses era obra del diablo; resistió el pueblo armado al ejército de Schauenbourg, y un puñado de bravos pastores sostuvo durante tres días sangrientos ataques en las orillas del lago y al pié de las montañas, y como el penetrar en aquel territorio costó á los franceses de tres á cuatro mil muertos, la venganza fué cruel. Stanzstad y Stanz fueron entregadas al fuego, y hombres, mujeres, niños y cuanto no pudo escapar fué destrozado, pereciendo en este día, 9 de Setiembre de 1798, unas cuatrocientas personas pasadas á cuchillo.

El 4 de Octubre siguiente se trasladó el gobierno central á Lucerna, como más capaz que Arau y allí decretó un llamamiento para el servicio militar, de lo cual resultaron nuevos desórdenes en Berna, Lucerna y otros puntos y la emigración de muchos jóvenes por no servir en la milicia helvética ni en los 18.000 hombres que reclamaba Francia á la Suiza.

Declarada otra vez por el Austria la guerra á Francia, el 19 de Octubre, ocupó los grisones un cuerpo de

austriacos que desterró á los que pidieron la unión de este país á la Helvecia, y como los franceses tuvieron un descalabro el 21 de Marzo de 1799 en Stokach, en Suabia, los austriacos, peleando cada día, lograron avanzar hasta el interior de Suiza, y el gobierno helvético, asustado, trasladó el 31 de Mayo su residencia á Berna, no creyéndose seguro en Lucerna, promoviéndose por esto nuevas agitaciones en los partidos. Unos suizos peleaban bajo las banderas de Francia y otros bajo las del Austria. Hubo motines en el cantón de Sentis, en los pueblos Flawyl y Mosnang; en el de Argovia, en Menzigen y Reinach; en el de Lucerna, en Rouswyl; en el de Friburgo, en Schwyz, donde se asesinaba á los franceses ó se los ponía en fuga; en el Valais, en Lugano, Uri, Arberg y en otros muchos. Franceses y austriacos luchando siempre ya en los valles, ya por encima de las nubes en las montañas, tomaban, perdían y recobraban alternativamente á los grisonos y las montañas que caen en el San Gotardo. Los austriacos avanzaron dominándolo todo hasta la ciudad de Zurich, en el mes de Junio, desde ella hacía la izquierda hasta San Gotardo y hacía la derecha hasta el Rhin, auxiliados de bandas de rusos y de asiáticos.

Entre las revueltas y á la sombra de los austriacos, el abad de Saint Gall, Pancracio Forster, trató de restablecer en sus estados una servidumbre mucho más dura que anteriormente, despojando al pueblo de las cartas de franquicias y de los documentos de los archivos, empleando la violencia; pero las ciudades de Schaffhausen y de Zurich, como él, tuvieron que comprender que el pueblo no soportaba ya la presión que había pesado sobre él hasta entónces.

La república helvética fué restablecida en toda la Suiza, hasta en los grisonos, á consecuencia de la batalla de Zurich, ganada por el general francés Massena, el

25 de Setiembre, en que después de pelear terriblemente fué destrozado el numeroso ejército ruso que el general Souwarow trajo de Italia.

Teatro de una guerra entre extranjeros, era imposible la vida de Suiza. agobiada de exacciones por todas partes, arrasados sus pueblos y sus campos, hasta sin poder quejarse, bajo la ruda férula militar; y persuadidos de ello los jefes del gobierno residente en Berna, pensaron reformar su sistema de gobierno; pero esto era un imposible por falta de acuerdo, pues los partidos se ocupaban más de sí propios que de la causa pública, y no cedían en la lucha, sucediéndose en el mando por tiempo tan breve que no tenían ocasión para hacer algo en beneficio del país. No obstante, el 7 de Enero de 1800 se suprimió el directorio ejecutivo, reemplazándolo, en una nueva constitución, por otro gobierno que se llamó comisión ejecutiva, y éste á su vez, y por autoridad propia, destituyó siete meses más tarde, el 7 de Agosto de 1800, el senado y el gran consejo, creó otro nuevo de legislación, tomando el gobierno el nombre de consejo ejecutivo. Un año después, el 7 de Setiembre de 1801 se reunió en Berna una dieta general helvética, para tratar de una reforma constitucional; pero no pudiendo llegar á ponerse de acuerdo fué disuelta gubernativamente por una parte del consejo legislativo y del ejecutivo, que se encargaron de llevarlo á cabo y crearon un senado y un pequeño consejo, nombrando presidente á Alois Reding, el vencedor de Rothenthurm, en calidad de primer landammann suizo; pero como no tenía las simpatías de Francia ni de los suizos, desafectos al antiguo orden de cosas, el senado suprimió en 17 de Abril de 1802 el consejo, destituyendo así á Reding. Luégo se dió el encargo á notables en todos los cantones para que hicieran el proyecto de constitución, y fué adoptado, componiéndose, según



ella, el gobierno de un senado y de un directorio ejecutivo, poniendo al frente de él, como landammann de Suiza, al tan hábil como flexible político Dolder.

El pueblo era indiferente á estos equilibrios políticos que no le salvaban ni de las insostenibles cargas que pesaban sobre él, ni de la ocupación vejatoria del país por los franceses. Por todas partes se hablaba de motines y alzamientos. El Valais, particularmente, fué en absoluto presa de los generales franceses, y Francia quiso apropiárselo para tener un camino para Italia por los Alpes.

El sólo deseo de los suizos y su bello ideal era constituirse en cantones libres, organizando cada uno á su agrado, y solamente unidos entre sí por una nueva confederación independiente de Francia, y tan exenta de la presión extranjera como de la presión de instituciones antiguas.

Firmada la paz de Amiens en Agosto de 1803 y vueltas á su país las guarniciones francesas en Suiza, las ideas cantonales tomaron todo su vigor, el Valais formó una república independiente, lo mismo hicieron Zurich, Basilea y Schaffhausen; y Uri, Schwytz y Unterwaldense sublevaron contra la república helvética. La Argovia, armada, marchó sobre Berna, huyendo el gobierno helvético á Lausana, mientras en Schwyz se reunía una dieta para reorganizar la antigua confederación, y las escasas tropas helvéticas marcharon á reunirse con su gobierno al país de Vaud. Los de este país se armaron en defensa de la unidad y libertad de Helvecia y los hombres del campo para luchar contra las pretensiones de las ciudades, y se derramaba la sangre por los partidos en armas. Más cuando la guerra civil aparecía ya en el horizonte de Suiza, Napoleon impuso la paz. El 21 de Octubre se presentaron nuevamente sus tropas, depusieron los partidos las armas, y desconfiados unos de otros, le pidieron su mediación.

Hizo que se le enviaran á Paris diputados de todas opiniones, y después de oírlos y enterarse del espíritu que dominaba á todas y cada una de las poblaciones helvéticas, sin manifestar interés por familias ni personas, ni por los partidarios de la república unitaria ni cantonal, hizo como que atendía á la mayoría del pueblo, y manifestando el mayor afecto por Suiza, dijo á los diputados que el pueblo quedaría satisfecho, regocijándose de que Suiza fraccionada en partes independientes, debilitada, estaría siempre bajo su dependencia y dirección, habilidad política que le ganaba un país á muy poca costa. Les entregó el 19 de Febero de 1803 el acta de mediación, en adelante ley fundamental de la confederación, quedando la Suiza bajo su mano y su constante intervención. Por ella cada cantón recibía su organización particular, componiéndose la confederación de diez y nueve, agregando á los trece antiguos los de los grisones, sin la Valtelina, los de Argovia con el Frickthal, los de Vaud y los de Saint Gall, los de Thurgovia y del Tesino. No había prerogativas para ciudades ni familias, ni vasallos para los cantones; iguales derechos para todos los del país, de la ciudad ó del campo; libertad de industria, de comercio y de establecerse en cualquier punto del territorio de Suiza. Cada cantón tendría sus leyes y gobierno peculiares, pero los intereses generales de la confederación serían discutidos por una dieta anual reunida alternativamente en las ciudades de Friburgo, Berna, Soleura, Basilea, Zurich y Lucerna, y el landammann de Suiza, jefe del cantón director, tendría á su cargo los asuntos generales.

Constituída así la Suiza y disuelto el gobierno helvético, Napoleon mandó retirar las tropas francesas, funcionando los diez y nueve cantones con arreglo á la nueva ley, y con entera tranquilidad; sólo el cantón de Zurich, y más concretamente, los distritos de Horguen y

los de Meilen vinieron á alterarla momentáneamente. Resistentes á la redención de diezmos, censos y otros impuestos y no habiendo desprendido los malos hábitos de tomarse la justicia por sus manos, se alborotaron y el 24 de Marzo de 1804 acudieron á las armas y maltrataron á magistrados inocentes é incendiaron el castillo de Wædenschwyl. Pero las tropas de los cantones inmediatos unidas á las de Zurich, después de algunas acciones en Oberrieden, Horguen y Bocken, la rebelión fué sofocada y ejecutados el zapatero de Horguen, Juan Jacobo Willi, como autor y sus principales cómplices. Otros fueron condenados á prisión y cuarenta y dos municipalidades al pago de 200.000 florines por gasto de guerra.

Esta primera rebeldía pudo limitarse y contenerse, pero no era lo mismo con la de los partidos, así es que unos criticaban el desmembramiento de lá república indivisible por su afición á la unidad helvética, otros porque los del campo no tenían asambleas generales como los pequeños cantones, los conventos porque juzgaban precaria su existencia, los patricios y los de la ciudad por la pérdida de sus vasallos y de sus privilegios; pero en realidad la mayoría, que deseaba paz, estaba contenta y el disgusto de algunos enmudeció ante la satisfacción de los más.

La fiebre de los suizos por las revueltas y guerras civiles tomó un rumbo tan diverso que los hizo felices para mucho tiempo. Si la política hizo que todos reconocieran el bienestar que experimentaban, los unió por el cariño recíproco y nacieron las asociaciones para instituciones útiles, para el adelanto de las ciencias y artes, de lo cual es buena muestra el canal del Lintsh. Las orillas del lago de Wallenstatt eran un lugar pantanoso ocasionado á enfermedades epidémicas, y fueron desecadas por un millón de francos con que contribu-

veron particular y voluntariamente todos los cantones. Los asuntos de un cantón eran objeto de curiosidad y de interés para los otros, y se leían toda clase de escritos, folletos y periódicos, ya no ahogados por gobiernos recelosos, facilitándose así al pueblo conocimientos prácticos de utilidad para todos. Lo que más puso de manifiesto el cariño fraternal que se despertó en aquellos pueblos fué la horrible catástrofe de la montaña de Rossberg, sobre el Goldau, en el Schwyz. Minada por las abundantes lluvias del otoño, se desmoronó de repente con un fragor sombrío y espantoso al oscurecer del día 2 de Setiembre de 1803, dejando sepultados á Goldau, Lowerz y numerosas cabañas de pastores, pereciendo bajo ella muchos cientos de personas. Toda Suiza se conmovió y nadie negó el óbolo á las desgraciadas familias de los muertos.

Napoleon conoció que el caracter indomable de la Suiza no admitía una presión constante para obligarla al deber, y aunque á su mano férrea no había poder que se rebelara, siguió el camino prudente de imponérsele, dejándola cierta amplitud, aunque dispuesto á contenerla á la más leve desviación; por otra parte, aquel pueblo que había estado siempre bajo una tutela tiránica iba adquiriendo el hábito de someterse á la ley, ya fuera de su minoría moral, y tomó gusto al trabajo, al comercio, á la agricultura, y como todos los ciudadanos tomaban parte en el interés público despojados de su habitual egoismo, los gobiernos tuvieron que ser paternales y justos, y pudieron aplicarse á purificar de sus defectos las leyes y á proteger las instituciones útiles.

Se multiplicaron, pues, los establecimientos de enseñanza, porque un pueblo ilustrado sabe prever el peligro, y se dió una organización verdaderamente militar al ejército, para que en cualquier momento se halla-

se en aptitud de defender las fronteras; en fin, Suiza adelantó en diez años más que hasta entónces en el transcurso de un siglo. Pero si bien adicta á Napoleon, á aquel coloso que derribaba tronos, desmembraba imperios, repartía coronas, de uno de los cuales se ceñó la suya, como tenía guerras contínuas que turbaban el comercio suizo con otras naciones, esta lo sentía, y más el contingente anual de 16.000 hombres que prestaba, de los cuales parecía la mayor parte en las innumerables batallas que daba el casi siempre triunfante guerrero del siglo.

Mas el destino vino á ser también inexorable con el terrible conquistador y lo hirió en 1812 en el fondo de la Rusia, venciendo el excesivo frío de algunas noches de invierno al ejército francés, que no pudo ser vencido por los hombres, y huyendo por primera vez en su vida el emperador francés, los reyes y los pueblos de Europa juraron su pérdida. Reunió él nuevas fuerzas y marchó contra sus enemigos; mas tuvo la desgracia de ser derrotado en la batalla de Leipzig que duró los tres días 16, 18 y 19 del mes de Octubre de 1813, y tuvo que repasar el Rhin, perseguido de los vencedores.

Suiza, ni podía ser ingrata con Napoleon ni podía olvidar el yugo que oprimió y tanto hizo sufrir á sus pueblos; así, al acercarse los ejércitos de los reyes y emperadores aliados á las orillas del Rhin y á la frontera, reunió inmediatamente una dieta en Zurich, en la cual se decidió conservar la neutralidad en aquella guerra, y se dispuso un cordón de tropas en la frontera y á lo largo del Rhin.

## CAPÍTULO XXXII

## Anulación del acta de mediación.—Confederación de 22 cantones.

(Desde el año de 1813 al 1835.)

Destronado Napoleon, decidieron los suizos fundar su confederación en nuevas bases que, satisfaciendo á las necesidades del país, estuviesen á la altura de las del siglo, pero no anular el acta de mediación hasta después de hecha la pretendida constitución.

Muchas familias nobles de las ciudades soberanas de otros tiempos, en su ambición, deseaban á los ejércitos extranjeros en Suiza para al amparo de ellos recuperar por el terror de la confederación actual su antiguo poder personal y restablecer la servidumbre general; en una palabra, retroceder á antes de 1798.

Había rumores de que se intrigaba y negociaba secretamente en el extranjero, y por otra parte é inesperadamente se mandó retirar la fuerza que guarnecía la frontera, apenas hecha la declaración solemne de neutralidad; pero lo que más llamó la atención y excitó sorpresa fué el inmediato paso del Rhin por los regimientos austriacos, al compás de sus bandas militares, cruzando por Basilea, Argovia, Soleura, Berna, y otros puntos el 21 de Diciembre de 1813 para atacar á Francia, mientras las tropas suizas se mantenían alejadas, poseídas de vergüenza y de rabia. Este paso de los extranjeros quedó señalado por fiebres y otros contagios mortales que arrebataron muchas familias.

A la presencia de las fuerzas alemanas fué Berna la primera en anular el acta de mediación declarandolo pu-

blicamente, al mismo tiempo que recobraba la posesión de sus antiguos dominios y de todos sus pasados derechos. El pueblo, creyendo esto consecuencia de una intervención extranjera, calló y esperó con inquietud, y Friburgo, Soleura y Lucerna siguieron el ejemplo de Berna. La dieta de Zurich, no sólo abolió el acta de mediación, sino que el 29 de Diciembre presentó las bases de una nueva alianza de los diez y nueve cantones.

Los nobles ambiciosos no se contentaban con esto; aspiraban á restablecer los trece cantones y excitaron á levantarse á los de la montaña, intimando á Vaud y á la Argovia su sumisión á Berna; pero Vaud y la Argovia se negaron á ello resueltamente.

Cuando los aliados entraban en Paris y desterraban á Napoleon á la isla de Elba, restableciendo á Luis XVIII en el trono en que se sentaron sus padres, la confederación estaba á punto de disolverse, sólo mantenida por el debil lazo de la dieta de los diez y nueve cantones, reunida en Zurich el 6 de Abril de 1814. Por animosidad y por desconfianza se alzaron gritos pidiendo la separación de las partes de Suiza que habían sido diez y seis años independientes, reclamando Zoug á la Argovia parte de las antiguas bailías libres; Uri, la Levantina al cantón del Tesino; Glaris, el señorío de Sargans al cantón de Saint Gall; Pancracio, el príncipe-obispo, sus dominios y derechos en Thurgovia y en el país de Saint Gall; Glaris y Schwyz unidos, los distritos de Uznach, Gaster, Wésen y una indemnización por varios derechos antiguos; y Unterwalden, Uri y Schwyz, también unidos, una indemnización análoga por derechos que poseían en Argovia, Thurgovia y en el país de Saint Gall, á orillas del Tesino. En los grisones pedía un partido la separación de la Rhetia de la confederación helvética y hasta hubo quien pasó la montaña con alguna fuerza para reconquistar á Chiavenne

y la Valtelina, pero se contuvo ante 3.000 austriacos.

Vaud y Argovia se mantuvieron dignas de ser libres por el entusiasmo y energía de sus pueblos; y los liberales de Zurich, de Basilea y de Soleura estaban decididos á tomar las armas por ellas, contándose entre los de éstas unos 12.000 hombres ya dispuestos para el primer momento; pero Berna evitó una guerra abierta; sin embargo, ofreció á Vaud reconocer su independendencia bajo condiciones que este cantón rechazó.

La Suiza era presa de las mayores agitaciones, porque se despertaron más violentos los celos de los partidos acerca de los derechos futuros del pueblo, y del poder que alcanzarían los gobiernos, hasta indicarse motines, conspiraciones y destierros ocurridos en Friburgo, Lucerna y Soleura, habiendo pedido la última fuerzas á Berna para contener su pueblo. Pasaron los altos Alpes algunos batallones confederados para las orillas del Tesino, marchando otros al cantón de Saint Gall á apaciguar un movimiento anarquista, siendo causa de ello el abad Pancraccio que excitaba á sus partidarios y el Schwyz con intento de recobrar á Sargans y á Uznach.

Los tronós de Europa acababan de apagar el incendio que amenazó devorarlos y no podían dejar ni una chispa que pudiera encenderlo otra vez; y para eso se reunieron los ministros de todas las grandes potencias en Viena con el fin de establecer las bases de una paz sólida, mientras estaba corriendo sangre todavía en algunos puntos de Suiza y sus cárceles se hallaban atestadas de presos.

Los aliados habían autorizado á la república de Ginebra para adherirse como cantón independiente á la confederación helvética, así como al Valais y al principado prusiano de Neuchatel, y el 12 de Setiembre admitió la dieta en la alianza helvética á estos tres cantones



á petición de ellos. Mas no cesando los odios y alborotos en Suiza, los reyes y ministros que se hallaban en Viena se propusieron mediar para extinguir las rencillas é hicieron que se les presentasen diputados de la confederación para el arreglo. El 20 de Marzo de 1815, después de oidas todas las partes, se pronunció la decisión de los árbitros. Los soberanos reconocieron no sólo el acta de alianza que la mayoría de los cantones suizos adoptó el 8 de Setiembre de 1814 sino la integridad de los diez y nueve cantones existentes, á los cuales se agregarían los de Ginebra, de Neuchatel y del Valais, ascendiendo desde entónces á veintidos el total de ellos. Al cantón de Vaud se agregó el valle de Dappes que tomó Francia en indemnización al de Berna, Bienne y el obispado de Basilea, menos lo cedido á los cantones de Basilea y de Neuchatel; al cantón de Uri la mitad de los peajes de la Levantina; al abad Pancracio y sus dependientes 8.000 florines de pensión, y á los distritos interiores de Appenzell y cantones de Schwyz, Uri, Zoug, Glaris y Unterwalden medio millón de francos por sus antiguos derechos, pagadero por los cantones de Argovia, Vaud y Saint Gall. Se arregló la amortización de la deuda helvética, que llegó á 3.500.000 francos, y las indemnizaciones á Berna por los derechos señoriales que tuvo en el cantón de Vaud, quedando por estas y otras prudentes medidas zanjadas las mayores cuestiones que agitaban á la Suiza. Sólo quedaron desatendidas las reclamaciones de los grisonos, pues no se les devolvieron la Valtelina, Chiavenne ni Bosmio, que pasaron al Austria, y ni siquiera se indemnizó á los particulares de los bienes en la Valtelina que injustamente les fueron confiscados y vendidos en una revolución.

El 27 de Mayo de 1815 fué firmada esta declaración por los ministros de Espana, Francia, Inglaterra, Austria, Portugal, Rusia, Prusia y Suecia, aceptada por la

dieta helvética; y las potencias citadas reconocieron la república federal de los veintidos cantones que comprende el territorio limitado por los Alpes y el Jura, comprometiéndose las mismas solemnemente á respetar la neutralidad é inviolabilidad de ella en toda guerra incidente en lo sucesivo de los soberanos.

La población de los pequeños cantones en los altos Alpes, falta de instrucción y de industria, con escasos recursos pero también sin necesidades, no se cuidaba de la cosa pública, sino de apacentar sus ganados en la montaña pasando la existencia de los hombres primitivos, y con levantar la mano una vez al año ante el *landammann* en la elección de funcionarios públicos ó la adopción de leyes dejaba terminada su misión política, y lo demás era cuenta de los magistrados y eclesiásticos; pero abajo de las montañas, donde residía la ciencia, el comercio y la industria, había otras necesidades por satisfacer, y el pueblo sufría, y sufría en silencio, porque la alianza, que los monarcas llamaron *santa*, pesaba enormemente sobre la libertad de Europa, y no había que reclamar derechos, sino aceptar lo que de buena voluntad querían conceder las recientes autoridades.

Los hombres del poder eran en su mayoría ambiciosos y á fin de asegurar las prerogativas gubernamentales se hicieron una promesa mútua redactada en forma de pacto federal, pacto que sancionaba solemnemente la coexistencia de veintidos cantones soberanos y de cincuenta y nueve conventos de ambos sexos; pero de un texto vago y cómodo para corroborar el cantonalismo. No habiendo en Suiza vasallaje, éste reapareció en todas partes en forma más encubierta, y para complemento, el estado del príncipe de Neuchatel fué recibido entre los cantones en el mismo rango que ellos y cuando el convento de Einsiedeln obtuvo bajo su dominio á los habi-

tantes de Reichenburgo, cantón de Schwyz, nadie protestó.

Uno tras otro paso de cuestiones improcedentes y de tenaces reservas hechas por los diputados, el mismo aislamiento antiguo de los cantones faltos de fuerza como antes, volvía la confederación al año 1798. Todo era motivo de cuestiones, la unidad de moneda, la libertad de comercio, la de establecerse en cualquier punto de Suiza, y no se llegaba á un acuerdo. Por otra parte los jefes de los cantones rehusaban tenazmente todo sacrificio en bien público, pero se prestaban á cualquier exigencia extranjera de que les resultara provecho personal. Se negaba asilo al desgraciado extranjero perseguido en su país ó desterrado por política, ínterin Francia en 1816, los Países Bajos en 1818 y Nápoles en 1819 pagaban regimientos suizos en defensa de los tronos contra los pueblos. Catorce años se emplearon en vano para fundar un obispado nacional, cuando el papa en 1815 separó de *motu proprio* el de Constanza de gran parte de la Suiza católica, y al fin tuvieron que unirse unos cantones á la diócesis de Coira y otros á la de Basilea, cuya silla se estableció en la ciudad de Soleura en 1828. Cuando los soberanos santamente aliados acordaron oponerse á la libertad de la prensa, los gobiernos se apresuraron á satisfacer sus deseos según sus caprichos, estableciendo previa censura, enormes derechos de timbre, considerando al periódico como un objeto de lujo útil al presupuesto de ingresos. El Valais y Friburgo admitieron en el país á los jesuitas y les permitieron la enseñanza, alzándose la autoridad eclesiástica al par del poder secular dispuesta á auxiliarlo ó á provocarlo. En fin, la libertad de Suiza era puramente nominal y á todo el mundo se le aparecía ya el espectro de su ruina.

El tejido de mentiras urdido por la vagabunda Clara Wendel y su banda respecto del magistrado de Lucerna

Keller, que murió en las ondas del Reuss, reveló la mala administración de justicia en varios cantones y no se aprovecharon las revelaciones para mejorarla. La escasez y la carestía de los víveres en 1817 produjeron enfermedades por malos alimentos, muriendo de hambre muchos desgraciados y, no obstante, los gobiernos agravaron el mal prohibiendo la exportación de los productos de su suelo.

No existía, por último, confederación, sino cantones ligados por acuerdos ó divididos por represalias.

Por más que entre los magistrados los había honrados y amantes de su país y que tendían al bien por todos los esfuerzos humanos, no lo conseguían por la envidia que introducían el pacto federal y las constituciones viciosas de los cantones. Dueños del poder excesivo que el pacto dió á los cantones una colección de hombres ambiciosos y astutos, se hicieron orgullosos y soberbios, cuya irresponsabilidad los hizo arbitrarios y su constante permanencia en los cargos acarreó el favoritismo. El poder ejecutivo influyó en todo, en la representación nacional, en los consejos, en los tribunales. La antigua aristocracia se levantó, pero sin el prestigio de recuerdos pasados y con solo un baño de democracia, que no tardó en desaparecer. Los cantones no podían con las contribuciones de numerario y de sangre, la administración estaba corrompida, la justicia era sólo para el rico, los derechos políticos para ciertas pandillas y sobre todo pesaba el abuso de autoridad de los funcionarios y la tendencia aristócrata y opresiva del gobierno.

Si las pequeñas repúblicas caminaban cada vez más divergentes, en cambio el pueblo iba convergiendo para acabar con la opresión y la impotencia de Suiza, demostrándolo ya en la *Sociedad del bien público*, ya en las reuniones anuales de los estudiantes en Zofinguen, en

la *Sociedad de Sempach* en 1822, en la *Sociedad helvética*; y á pesar del recelo creciente del gobierno con ellas, la prensa, perseguida, comprometida fué adquiriendo, á pesar de todo, mayor calor y cada vez leída con más avidez. En los mismos consejos se oyeron conceptos animosos, aislados primero y luego numerosos, pidiendo que el gobierno se encerrase en la legalidad.

Desde la Santa Alianza en 1815, la Suiza no dejó de sufrir en el espacio de 15 años, hasta que al cabo de ellos el pueblo se cansó y en las orillas del Tesino pidió y obtuvo en 1829 la reforma de la Constitución, y en 1830 los grandes consejos de los cantones de Vaud y de Lucerna consintieron lo mismo. El gran consejo de Zurich, anticipándose á la demanda, para amenguar las quejas, cedió algunas de sus prerogativas.

Para indicar la marcha que se habían propuesto los gobiernos citaremos el hecho siguiente:

El general de la Harpe, á quien debió en 1798 su emancipación en gran parte el país de Vaud y en 1814 su independencia el cantón, presentó una proposición en 21 de Mayo de 1825 para que fijase en un reglamento la marcha que habría de seguir la comisión electoral, y el gran consejo declaró que no había lugar. El 6 de Mayo del año siguiente hizo otra para examinar los vacios y defectos de la constitución, la cual fué desechada, con infracción del reglamento vigente y de todas las formas protectoras de la libertad del parlamento.

Comenzó á indicarse el descontento por habilllas reservadas, y luego sobreponiéndose al silencio habitual de la timidez política que reinó desde 1814, por manifestaciones bien ostensibles. La prensa fué eco de los verdaderos republicanos, y cuando en 1826 fué intérprete de la mayoría, ya se impuso.

A la petición de M. Samuel Clavel, el 13 de Mayo de 1823, para modificar la forma de elección de los repre-

sentantes, se abrió al fin una discusión que ocupó las sesiones del 21 y del 22, pero fué desechada por 117 votos contra 39.

En 1829 se pidió que se modificara la constitución y particularmente el sistema electoral en una reclamación suscrita por 4.197 ciudadanos firmantes, y después de un debate que duró los días 21 y 22 de Mayo de 1829 recayó la misma decisión del año anterior, por 87 votos contra 35. Una mayoría más numerosa todavía de 110 votos contra 40 se opuso á que se enviaran las reclamaciones á una comisión examinadora, aunque así lo disponía el reglamento, lo cual dió mucha mayor fuerza á la opinión liberal, y como se anunciaban aún muchas más, el consejo de estado propuso al gran consejo el 8 de Mayo de 1830 algunas variaciones en la Constitución, que discutidas, en varias sesiones, fueron aprobadas sin enmiendas el 26 siguiente.

La constitución no era alterada en su base por tales modificaciones, pues se reducían á que la comisión electoral se reemplazara por sorteo y á que en vez de durar doce años las funciones legislativas sólo durasen seis; pero en cambio los consejeros de estado lo serían por doce años antes de estar sometidos á reelección, de modo que la preponderancia del consejo de estado creció considerablemente por tal desproporción entre las funciones del poder ejecutivo y de la representación nacional, que era uno de los males que la opinión pública atacaba enérgicamente; así el pueblo recibió con la mayor frialdad la revisión constitucional hecha que no satisfacía á sus aspiraciones y ni aún indicaba que se entraba en el camino de las mejoras.

Los gobiernos proseguían su marcha confiadamente bajo la protección de la santa alianza y si algo los alarmaba, no eran las críticas de los ciudadanos libres; pero un acaecimiento inesperado los dejó suspensos y

los hizo pensar. Carlos X, rey de Francia, miembro de la Santa Alianza, violó el juramento real prestado á su nación, y después de rudos combates en las plazas de Paris los días 27, 28 y 29 de Julio de 1830, tuvo que salir al destierro y la Santa Alianza se quebrantó, porque Bélgica y Polonia se alzaron contra sus príncipes, á imitación de Francia, é Italia y Alemania se agitaron también.

Libre el pueblo suizo del temor extranjero, varios ciudadanos se reunieron, primero en corto número, creciendo luego hasta verificarlo á millares, en los cantones de Argovia, Thurgovia, Zurich, Basilea, Saint Gall, Vaud, Berna, Lucerna, Friburgo, Soleura, Schaffhausen, Schwyz y distritos exteriores de Appenzell, pidiendo todos la reforma constitucional en sentido liberal por medio de elegidos del pueblo, y asustados los gobiernos, sin apoyo de sóberanos extranjeros, tuvieron que ceder á la opinión de la democracia. Las concesiones se hacían con lentitud, por los unos con el interés de acertar y por los otros con timidez ó por astucia, de modo que el pueblo se amotinó en varios puntos, como en Saint-Gall, Frauenfeld, Friburgo y Lausana, y aún en los cantones de Argovia y de Schaffhausen se acudió á las armas; pero en todos se respetaron las personas y las propiedades en general, sin apelar á la tea incendiaria como en Paris, Varsovia, Bruselas, Módena y otras partes.

Algunas semanas después varios cantones reunidos en asambleas constituyentes de elección popular en Friburgo, en Soleura y Baden, se ocupaban en satisfacer los deseos del país; pero la nobleza de Berna, entonces directorio federal, vacilaba todavía en desprenderse de las prerogativas que adquirió diez y seis años antes por la astucia ó por el apoyo de los extranjeros, esperanzada en la desunión de los cantones, ó en la guerra ú otro incidente fortuito, como en efecto apare-

cieron algunas fuerzas austriacas á lo largo de la frontera suiza, en Voralberg, en el Tirol y en Italia.

Por la seguridad interior el directorio convocó una dieta en Berna, y en ella se facultó á constituirse cada cantón por sí y una movilización de 60 á 70.000 hombres, á la cual respondió el país tan pronto, que apenas anunciada excedió en mucho el número de los alistados á los fijados por el decreto. Muchos ya licenciados pidieron formar cuerpos francos. Otro acuerdo de la dieta fué dirigir á los gobiernos extranjeros una declaración de neutralidad en caso de guerra, y ellos respondieron dando á los confederados seguridades de paz y de amistad, golpe al cual la nobleza ya no resistió y se confesó vencida y sometida al inevitable destino, aparentando sucumbir con grandeza de alma. Entonces se formó la asamblea constituyente reclamada por el pueblo.

No faltaron provocaciones, insultos ni burlas por parte de los caídos á fin de mover á una guerra civil, pero la llama del desprecio les azotó el rostro porque la Suiza los oyó con una calma llena de dignidad, y siguió resuelta el camino de su regeneración.

A mediados del año de 1831 estaban aceptadas y en vigor las constituciones democráticas de la mayor parte de los cantones, fundadas todas en los mismos principios, si bien satisfaciendo necesidades diferentes. Sus principios fueron: residir la soberanía en el pueblo; igualdad de derechos y deberes políticos; independencia de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial; corta duración en el desempeño de cargos; publicidad de las sesiones de la representación nacional; libertad de la prensa, garantía de la propiedad y otros.

Los cantones arriba citados fijaron así los derechos del pueblo y las atribuciones de las autoridades y los gobiernos; los funcionarios públicos, los grandes consejos y los tribunales ejercieron sus cargos según la



antigua constitución hasta el día en que legalmente fué ejecutoria la nueva.

Sólo Schwyz, Neuchatel y Basilea faltaron á la calma en los solemnes momentos que se describen. En el primero, los jefes del distrito interior, única parte de la república que se llamaba *el antiguo país libre de Schwyz*, negaban la igualdad de derechos á los habitantes de los *distritos exteriores*, concedida ya en 1793 en los días de lucha antes de desaparecer la antigua confederación; pero en 1815, con cierta destreza, resucitaron las rancias prerogativas antiguas, y aunque ofrecieron corregir la constitución en este punto, nunca lo cumplieron. Aún en este distrito exterior no existía la igualdad de cargas y derechos, porque los llamados *nuevos habitantes* no tenían las mismas prerogativas que los otros, aunque estuvieran domiciliados desde tiempo inmemorial en el país, y fueron inútiles las súplicas de los lesionados y la intervención de todas maneras de la confederación. Cansados de lucha los distritos exteriores, la Marche, Ensiedeln, Pfäeffikon y Kusnacht, con autorización de la dieta, formaron república separada el 6 de Mayo de 1832, con su constitución particular dividiéndose así el cantón ya pequeño de Schwyz en dos estados, pero al menos, sin efusión de sangre, lo cual no sucedió en Neuchatel y Basilea.

Neuchatel pertenecía al rey Federico Guillermo de Prusia, del cual era príncipe, y trató de explorar los deseos de su principado por medio de un plenipotenciario encargado de aliviarle en las cargas de que se quejaba; pero al marchar el plenipotenciario al lado del rey pidió el principado constituirse en república como los de los cantones suizos, aconsejando las personas honradas que se hiciera pacíficamente. Más unos cuantos imprudentes se apoderaron por sorpresa del castillo, el 12 de Setiembre de 1831, del cual fueron arrojados el 27 del

mismo por las tropas federales llamadas por el gobierno, porque la constitución del cantón de Neuchatel estaba garantida por el pacto federal y no podía ser anulada sin consentimiento del príncipe y de la mayoría de los ciudadanos. Los revoltosos fueron amnistiados y los federales se retiraron. Pero el 17 de Diciembre repitieron el ataque, y derrotados por las tropas del gobierno nuevamente, los prisioneros ya no fueron sometidos á la justicia de un gobierno prudente, sino á la venganza de los vencedores y expiaron su crimen en calabozos, con multas y por destierros.

La cuestión de Basilea fué bastante más dura. La mayoría de las municipalidades solicitó del gobierno que le restituyese derechos que la ciudad les había conservado en otro tiempo, y pedían al efecto una asamblea constituyente de elección popular. El gran consejo, formado principalmente de los de la ciudad, hizo por sí una constitución, reservándose varios derechos que disputaban desde 1815, y los consejeros del campo abandonaron la sala de sesiones después de haberseles negado la igualdad de derechos políticos y de cargos. Ambos partidos se pusieron en armas y se estableció en Liestal un gobierno provisional de los del campo. El gobierno hizo marchar tropas de la capital, y después de varios encuentros, en Enero de 1831, los del campo fueron dispersos, arrojadas las autoridades revolucionarias y los prisioneros atados conducidos á Basilea expuestos á los insultos y al escarnio. Después de presentar la constitución á las municipalidades bajo la presión del terror, y votada por escrutinio su aceptación, procedió el gobierno á juzgar á los fugitivos y á los prisioneros. La intervención de los otros confederados y las súplicas en pró de los presos fueron vanas; Basilea fué terrible con ellos, pero á su vez se hizo odiosa por sus rencores, y los cantones de Berna, Argovia, Zurich,

Soleura, Thurgovia y Appenzell preparaban las armas para vengar á los del campo de Basilea; esta aumentó sus fortificaciones, reforzó su guarnición con tropas á sueldo y se presentó más insultante y altanera provocando á los del campo que entraban en ella, violando la correspondencia, y por sospechas maltratando á propios y extraños en calles y casas. Los del campo, reducidos ya al último extremo, se pusieron en defensa y en cada aldea se contaba su partido de la ciudad y su antagonista del campo, reduciéndose todo á tumulto é indisciplina.

El 21 de Agosto de 1831 salieron nuevamente las tropas de la ciudad, llevando piezas de artillería, con dirección á Liestal, foco de la insurrección; más se tocó á somatén lo mismo en el valle que en la montaña, y el pueblo enfurecido, con desprecio de la muerte, acometió al ejército mercenario, y después de darle un rudo escarmiento, lo encerró en la ciudad.

La terquedad y dureza de Basilea para esta nueva acometida llenó de indignación á toda Suiza y fué preciso que la dieta dispusiera que las tropas federales ocuparan el cantón. Casi todos los estados de la confederación retiraron la garantía ilimitada que tenían dada á la constitución de la soberbia Basilea, que á pesar de la sangre que derramaba de los suyos se atrevió á acusar de perjura á la confederación y arrojó del seno de su república á cuarenta y cinco municipalidades rebeldes, contra las protestas del directorio, en 22 de Febrero de 1832. Contra este paso sin ejemplo, verificándose la extraña coincidencia de que el mismo 22 de Febrero en que el gran consejo de Basilea rompía su carta por su determinación con las cuarenta y cinco comunidades, el gran consejo de Vaud votaba por mantener la garantía, de modo que Basilea misma la hizo imposible, y el 14 de Abril siguiente el poder legislativo

del cantón de Vaud, fundado en el decreto de Basilea de 22 de Febrero lógicamente, retiró la garantía. Aún hizo más la rencorosa Basilea. Con pretexto de apoyar á las municipalidades adictas y realmente por vengar su descalabro de Liestal, envió al campo fuerzas asalariadas en cuanto se retiraron los federales. Rodeando por territorio extranjero, contra la neutralidad proclamada por Suiza, llegaron á Gelterkinden en la noche del 6 de Abril de 1832. Mas el toque de somatén, previno la sorpresa con un levantamiento general y maltratadas, dispersas y acuchilladas tuvieron que huir por segunda vez, dejando muchos muertos y sólo la derrota de Basilea pudo contener la ira de los cantones limítrofes. Basilea, triste pero no humillada por este segundo revés, se encerró otra vez en sus baluartes y murallas, cerró las puertas á las tropas federales que venían en nombre de la paz y rechazó á los comisarios que envió la dieta á Zofingue para reconciliar á los partidos divididos. Al fin la autoridad suprema federal, reunida en Lucerna, viendo la tenacidad de los de la ciudad de Basilea, determinó la subdivisión del cantón en dos partes llamadas *ciudad de Basilea* y *campo de Basilea*, correspondiendo á la primera la ciudad y diez y seis municipalidades, que aunque dispersas en el campo eran adictas á la ciudad, y á la segunda correspondieron cincuenta y tres municipalidades que bajo su constitución particular fueron recibidas en la alianza de la confederación y con el beneficio de la garantía federal.

Recomendada la paz á entrambas partes se retiraron las tropas de ocupación, quedando Basilea en extremo desesperada y al parecer de los otros capaz de separarse de Suiza ó de trabajar para disolver la confederación; pero los cantones, por no quebrantarla, ni atraer una intervención extranjera, usaron de suma templanza á fin de poner en práctica los acuerdos de la dieta.

Los enemigos del pueblo, utilizando esta doble consideración y concibiendo esperanzas atrevidas, se desataron contra las nuevas instituciones democráticas por medio de la prensa, de la cátedra, del confesionario, usando de la mofa, de la caricatura y de cuantos medios sugiere una guerra sañuda. Los defensores de la libertad respondían fundando asociaciones defensivas y organizando reuniones populares.

Los enemigos de las instituciones explotaban los antiguos cantones del pié y de las gargantas de los Alpes, que espectadores indiferentes de las luchas interiores de los otros, ó doblegados á sus superiores eclesiásticos, se inclinaban á Basilea y á todo enemigo de la igualdad política, llegando algunos á negar la garantía federal á las últimas constituciones, cuyo proceder lastimó á los otros cantones; y Zurich, Berna, Lucerna, Soleura, Saint Gall, Argovia y Turgovia, por consejo de sus diputados en la dieta de 1832, se pusieron de acuerdo en el llamado concordato de los Siete, para apoyar mutuamente sus constituciones liberales; y como esta asociación constituía la mayor parte del pueblo suizo, desconcertó á sus adversarios, pero no destruyó sus malos propósitos.

Los jefes de la aristocracia de Berna conspiraban secretamente para alzarse en el momento posible y producir en ella la devastación y el incendio, á cuyo fin se hicieron clandestinamente de gente que venía licenciada de Francia y de otros miserables de los que entregan sus brazos al mejor postor. Tenían depósitos de armas, municiones y cuanto el caso exigía; pero unos soldados imprudentes ó ébrios revelaron la trama y la hicieron fracasar el mes de Agosto de 1832. Hubo muchas prisiones, de los que no pudieron escapar á tiempo, y para evitar otra tentativa, el gobierno distribuyó armas á las municipalidades, sin exceptuar artillería, para

defensa de sus vidas y de sus instituciones. El pueblo abrió los ojos y vió qué interés inspiraba á la ambiciosa cuanto corrompida aristocracia, que á su impotencia añadió con este acto el sello de la vergüenza.

Al mismo tiempo la ciudad de Basilea y su gobierno se aliaron con los jefes de los cantones de Uri, Schwyz, Neuchatel, Unterwalden y el Valais que protestaron contra el acuerdo de los siete anteriores. En gran parte de la confederación se reclamó contra los vicios del pacto federal como contrarios á los principios fundamentales de la mayor parte de los cantones y poco en armonía con las necesidades de una federación; y para obrar mancomunadamente Basilea invitó á una conferencia á sus amigos políticos en Sarnen, capital de Unterwalden, á la cual asistieron el 14 de Noviembre de 1832, excepto el Valais, á causa de discordias interiores, resolviéndose en ella adherirse al pacto de 1815, no reconocer como confederados al campo de Basilea ni al Schwyz exterior, ni mandar diputados á la dieta á que ellos asistiesen; y esto último se cumplió en breve, al reunirse en Marzo de 1833 en Zurich la autoridad suprema para examinar un proyecto de pacto debido á una comisión federal de Lucerna, pues no asistió diputado alguno de la liga de Sarnen, y reuniéndose los de esta en Schwyz declararon ilegal á la dieta y que los cantones de Uri, Unterwalden, ciudad de Basilea, Neuchatel y Schwyz, aunque en minoría, no se someterían á las decisiones de la mayoría.

Los diputados cantonales reunidos en Zurich se indignaron de este atrevimiento, rompiendo el pacto con pretexto de atender fielmente á su letra y hubieran tomado una medida rigurosa si hubiesen contado con instrucciones para ello.

Un acaecimiento grave ocurría al mismo tiempo, que

ocasionó conflictos á los cantones poniéndolos en discordancia.

Sofocada por Rusia una insurrección formidable de Polonia, andaban errantes muchos desgraciados polacos buscando asilo, huyendo de la venganza de Rusia. Suiza compadecida los recibió mientras se trasladaban á Francia que les abría sus puertas, pero no hallando en ella lo que esperaban de su hospitalidad, muchos se dirigieron á Bélgica y otros á Portugal al servicio del rey D. Pedro que disputaba la corona á su hermano D. Miguel. Como unos quinientos se establecieron en Berna, pues los otros cantones les negaron la entrada, como Francia les negaba su vuelta á ella. En vano acudieron los polacos á invocar la generosidad de la Helvecia y Berna á pedir que le ayudasen á soportar la costosa carga; los otros estados se evadieron, unos como pobres y otros como recelosos de que los emigrados fueran auxiliares de la conspiración alemana que acababa de estallar en Francfort-sur-Mein, y aún hubo quien dudó si Berna los habría llamado ó contra los nobles inquietos ó contra los cantones que se oponían á las reformas de Suiza en sentido liberal.

En 1.º de Julio de 1833 se reunía la dieta en su sesión anual para someter á la aprobación de los cantones el proyecto de pacto que acababa de revisar, al mismo tiempo que en la ciudad de Schwyz los plenipotenciarios de la liga de Sarnen, siendo cada vez mayor la divergencia entre unos y otros. No obstante, á instancias de los grisonos los confederados trataron de reconciliar al Schwyz con los distritos exteriores y á la ciudad y el campo de Basilea. Señalado el 5 de Agosto, prometieron todos los estados enviar sus diputados, incluso los de Sarnen, pero estos con doblez.

Los enemigos de la situación juzgaron al pueblo tan ductil como en otro tiempo y se crecieron mucho cuan-

do el 7 de Julio el pueblo del cantón de Lucerna rechazó el proyecto de pacto, temiendo al partido radical y al clerical, y creyendo la división y la lucha inevitables pensaron un golpe de mano fuerte y vigoroso que la iniciase. Los emisarios empezaron á agitarse y Schwyz y Basilea se armaron secretamente y con gran actividad.

En la noche del 30 de Julio y al toque de somatén, salieron de Schwyz 600 hombres con artillería, mandados por el coronel Abyberg, á sorprender á Kusnacht, aldea de los distritos exteriores, sobre el lago de los cuatro cantones; hicieron prisioneros y contra la intimación de Lucerna trataron de continuar su expedición, lo cual no tuvo efecto porque envió esta 1.000 hombres á la frontera á fin de evitarlo. Apenas supo el 1.º de Agosto la dieta que se había quebrantado la paz, llena de justa cólera mandó 20 batallones á atacar á Schwyz, seguidos de plenipotenciarios, revocó la mediación dispuesta, y en una proclama manifestó al pueblo el atentado que iba á castigar. A los tres días de este hecho supo también que Basilea había hecho á las órdenes del coronel Vischer una salida contra los del campo con la guarnición y habitantes de la ciudad, dirigiéndose el 3 de Agosto con 12 cañones sobre Mouttenz. Habían incendiado á Pratteln y matado á muchos indefensos. Al marchar sobre Liestal, en la espesura del bosque de la colina de Vehrli, cerca de Frankendorf, los esperaban unos bravos campesinos, y apenas llegaron los de Basilea encontraron la muerte, porque los del campo, en su rabia, persiguieron á los dispersos después de una completa derrota, y para nadie hubo misericordia, quedando por tierra el orgullo de Basilea. En la noche de este día de la derrota y cuando la dieta aún ignoraba los hechos, mandó 10.000 hombres de ocupación á la ciudad y al campo de Basilea en cuanto supo la violación de la paz; el 4 de Agosto entraban en



Schwyz los batallones federales y el 10 en la ciudad de Basilea, cuyas fuerzas disolvieron la liga de Sarnen ó intimaron la asistencia de diputados á la dieta. Vacilando Neuchatel se apresuró á obedecer antes de la salida de 10 000 hombres que se enviaban á sus fronteras.

Esta energía devolvió la paz á Suiza, acobardando á todos los enemigos, porque no la habían conocido en el antiguo régimen.

Los ministros de Rusia, Austria, Prusia, Baviera y Cerdeña, se trasladaron al punto á Zurich para interceder por Basilea, y los más exaltados en política pedían un castigo ejemplar á los autores de la ruptura de la paz, juzgados por consejo de guerra, degradados y sujetos á pena de muerte. Pero la autoridad federal se colocó prudentemente en el medio, y sin el horror de la severidad tampoco alentó con la impunidad. El 19 de Setiembre se unieron bajo la constitución misma al distrito interior de Schwyz los distritos exteriores, y el 17 de Agosto fué separada Basilea con algunas aldeas de la derecha del Rin del resto del campo; se estableció en la ciudad de Arau un tribunal para distribuir los bienes del estado entre las dos administraciones en que el cantón fué dividido, y se fijó la parte de los gastos de la ocupación militar por la confederación, y los dos cantones que se ocuparon. Retiradas las tropas federales se cerró la sesión de la dieta el 16 de Octubre.

La conducta prudente y vigilante del gobierno en esta ocasión salvó la libertad del país, tranquilizó los ánimos y abrió una era de paz después de tantos siglos de lucha entre los habitantes de Suiza que los ha hecho, si no brillar con aparato estruendoso, lo que es más positivo, envidiados por su felicidad de la Europa entera, y respetados por su cordura y patriotismo.

Sin embargo, el fuego de las luchas no estaba completamente extinguido, y aunque más débil, existía ba-

jo las cenizas. El movimiento liberal, avivado en los últimos años, tuvo por blanco especial la instrucción pública, la reforma de la educación; así es, que se empezó por fundar seminarios de profesores que produjesen un magisterio apto; en 1832, en Kussnacht (Zurich), en 1833 Kreuzlingen, en Turgovia, y Munchenbuchsée, en Berna, y en otros muchos puntos como Soleura y Vaud, se establecieron, el primero bajo la dirección del doctor Tomás Scherr, alma de las reformas de la educación del pueblo, cuyo proyecto sobre el plan de enseñanza sirvió de modelo á los demás cantones, así como el de Orelli, para una escuela superior, sirvió en 1833 para la de Berna. Los cantones católicos, sobre todo, pudieron manifestar su liberalismo en el reglamento de asuntos eclesiásticos, y los curas liberales Alois y Cristobal Fuchs, trataron de emancipar la iglesia de la influencia de Roma. Lucerna fué gran propagandista de la idea liberal; delegados de Lucerna, Soleura, Berna, Campo de Basilea, Saint Gall, Argovia y Turgovia, reunidos en Baden en 1834, protestaron contra las pretensiones de la curia, y pidieron un arzobispado suizo, separar al nuncio de la jurisdicción episcopal y del registro del estado sobre las disposiciones eclesiásticas y su vigilancia de los seminarios de sacerdotes, y restringir en general la jurisdicción eclesiástica. Los conventos perderían su autonomía sometidos á los obispos y al pago de impuestos, y se reclamó también la abolición de la nunciatura.

Se comprende que el clero combatió estos proyectos, así es, que los ultramontanos (defensores del papado), sublevaron al Jura bernés, movimiento penoso de dominar para Berna, los extranjeros los ayudaron y no se llevó á cabo la determinación de la conferencia; pero la tolerancia obtuvo más defensores, porque las exigencias de la iglesia hizo aumentar la energía de los

gobiernos, y de ello resultó, que la Argovia entregó al Estado la administración de sus conventos y que Saint Gall extinguiese el convento de Pfaeffers. Si la revisión de la alianza no obtuvo resultados por la oposición que encontró, en cambio las ideas de progreso avanzaron mucho; el comercio se extendió, la industria se perfeccionó y el país se cubrió de una red de magníficos caminos.

## CAPÍTULO XXXIII

### Restablecimiento de la nueva confederación.

(Desde el año de 1836 al 1848.)

Marchaban unidos en el progreso los partidos liberales, pero el de los radicales se separó de ellos pidiendo innovaciones con más empuje contra los conservadores ó reaccionarios que no dejaban de trabajar al pueblo, llegando á dominar al fin en Schwyz. A consecuencia de haber sido nombrado landammann Abyberg en 1834, el jefe conservador más activo, en 1836 fueron llamados los jesuitas, á cuyo paso y demás intrigas se opusieron los liberales, y excitándose vivamente ambos partidos, estalló la ruptura en la reunión del consejo general de 1838 con motivo de la distribución y empleo de los bienes comunales, y de la lucha resultó que el país fuese desarmado por Lucerna; pero quedando vencedores los conservadores, Abyberg continuó siendo landammann. Esto era tanto más extraño, cuanto que Zurich se creía el más radical de los cantones, por más que sus reformas, á veces poco pensadas, cau-

saron algún descontento y ya en 1832 amenazó la reacción, incendiando el populacho una fábrica, impidiendo así la celebración de la dieta de Uster.

Sobre todo, lo que halló más oposición fué el empeño de los hombres de Estado por separar la enseñanza de la influencia de la iglesia y por anular la estrecha ortodoxia que pretendía sustraerse cobardemente á las exigencias de la razón y del libre examen. El reemplazo del *Maestro de escuela* (obra religiosa), del catecismo y del testamento por otras más adecuadas redactadas por Scherr, estuvo para causar una insurrección creyéndose comprometida la salvación del alma, atizado el fuego por miembros laicos y eclesiásticos de familias opulentas de Zurich; pero el gobierno y el consejo de instrucción pública seguían su marcha liberal y nombró al doctor David Strauss para la vacante en la universidad de la cátedra de teología, llevando así la tendencia liberal á la más alta institución del país. El doctor Strauss en una crítica, *Vida de Jesús*, del nuevo testamento, tuvo la audacia de despojar á Cristo del caracter sobrenatural, de modo que su nombramiento se creyó un atentado contra la iglesia y el cristianismo. El fabricante Hürlimann-Landis, muy apegado á la aristocracia, formó un comité de agitación y el gobierno, empuqueñecido, invalidó el nombramiento de Strauss antes de su llegada á Zurich. Pero pronto se vió que las aspiraciones del clero y de los nobles, representados por Hürlimann-Landis, el doctor Bluntschli, el doctor Rahu-Escher y otros, eran de un levantamiento en masa preparado para el 9 de Setiembre, á fin de obligar al gobierno á dimitir y disolver el gran consejo, que se reunía en aquel día, esparciéndose la voz calumniosa de haber llamado el gobierno tropas extranjeras. En la noche del 5 de Setiembre de 1838 el pastor Bernardo Hirzel, de Pfäffikon, hombre ambicioso y arrebatado, hizo tocar á somatén y al ama-

necer se precipitaban en la ciudad numerosas turbas armadas del Oberland y de otras partes del cantón. El gobierno, aterrizado, dimitió y el doctor Bluntschli formó uno aristocrático y otro consejo de instrucción. Scherr tuvo que dejar el seminario; la intolerancia y la persecución se pusieron á la orden del día y hasta el mismo Zurich, renegando de su historia liberal, hizo la apostasía de separarse del concordato de los Siete. La culpa de esto, á la verdad, estaba en la páfida aristocracia, que con la hipócrita máscara de la piedad secundaba al clero que no quería desprenderse de la enseñanza del pueblo, así como también en algunos hombres de Estado que por su vida depravada y escandalosa tendían á desacreditar su obra inspirada por el más noble deseo.

El ejemplo de Zurich no tardó en aportar fatales consecuencias buscando el alto Valais su apoyo para someter al bajo Valais contra la decisión de la dieta, oprimiendo el gobierno al partido radical en el Tesino, y provocando un alzamiento de los ultramontanos del Jura en el cantón de Soleura. Pero, en lo general, la reacción no lo consiguió todo: las dos partes del bajo Valais se unieron por una constitución más avanzada; Franscini subió al poder con el partido radical en el Tesino y en Soleura sofocó el gobierno la insurrección. Leu d'Ebersol, tan rico como ignorante, y Constantino Siegwart Müller, secretario de Estado, estaban en Lucerna al frente de los ultramontanos, los cuales siendo de los más radicales antes de apostatar Zurich, se hicieron de repente los más reaccionarios; á ellos se debió en Enero de 1841 la adopción de una nueva constitución favorable al clero, por la cual se separaba Lucerna del concordato de Baden y del de los Siete. En la Argovia y en los años 1840 y el siguiente, el convento de Muri y muchos otros excitaron una insurrección en la bailía libre al tratarse de una

nueva constitución liberal; pero en Enero de 1841 el gobierno, por una moción del director del seminario, Agustín Keller, atacó enérgicamente el corazón de la reacción y resolvió abolir los conventos. El partido ultramontano gritó diciendo que esto era un ataque al tratado de 1815, el nuncio también protestó apoyado por los cantones primitivos y por el emperador de Austria, descendiente de los fundadores de Muri, y como la dieta temiese la reproducción de la evolución de Zurich, que arrastró al archiliberal Baumgarten, cedió en parte y restableció algunos conventos.

Sin embargo, la situación cambió de nuevo. Los periódicos de Zurich, órganos del partido radical, *El Republicano* y *El Mensajero del País*, no en vano hablaron de las pretensiones de los conservadores y recordaron el gran día de Oster cuando el 22 de Noviembre de 1830 se hizo la consagración de la soberanía del pueblo, y á su llamamiento respondió una asamblea de 20 000 hombres en Schwamendingen en Agosto de 1841 resolviendo sostener con vigor al gobierno de la Argovia, y en 1843 la mayoría de los cantones se comprometieron á lo mismo, excepto los dominados por el clero, el Valais, Lucerna, Uri, Friburgo, Schwitz y Unterwalden que protestaron é hicieron una segunda alianza por separado después de la de 1832 en favor, decían, de los derechos lesionados de la Suiza católica, y bajo la amenaza de una separación completa. A la cuestión de los conventos vino á enlazarse la de los jesuitas, que luchando en todas partes contra las ideas liberales, excitaron á los reaccionarios (viejos suizos) á tomar las armas en el Valais en 1843 contra *los jóvenes suizos*, que vencidos en un combate sangriento fueron perseguidos cruelmente; la libertad de la prensa y el derecho de asociación fueron restringidos considerablemente y se estableció una nueva constitución provechosa al clero y á los jesuitas

El 24 de Octubre de 1844 llamó á estos también Lucerna confiándoles la enseñanza superior.

La reacción hostigó tanto que al fin el partido liberal estalló y Fellenberg llamó á las armas para librar al Valais de los jesuitas, manifestando á la dieta Agustín Keller que la influencia funesta de la orden amenazaba ahogar toda idea republicana. El pueblo, con un buen sentido, hizo una tentativa infructuosa con voluntarios de Argovia y de Lucerna para apoderarse de la ciudad y lanzar á los jesuitas, y luego se reunió en Asamblea en los cantones de Berna y de Zurich, pidiendo la expulsión de ellos á la dieta y la revisión del tratado de alianza. El 3 de Enero de 1845, en Untertrass, cerca de Zurich, una asamblea de 20.000 hombres dió una proclama que produjo mucha sensación, y en el país de Vaud destituyeron el gobierno, reemplazándolo por otro radical. Berna, Zurich, Vaud y Argovia, pidieron unidas la expulsión de los jesuitas, pero aún la mayoría de los cantones se opuso á ello. En Lucerna los ultramontanos triunfantes, siguiendo su política de represión, hicieron expatriarse á muchos liberales que buscaron un refugio en los otros cantones, y aunque la dieta recomendó templanza, la desatendieron y ya exasperados los cantones de Argovia, Campo de Basilea, Soleura y Berna, trataron de apoderarse de Lucerna por medio de voluntarios al mando de los coroneles Ochsenbein y Rothpletz. El 31 de Marzo de 1845 fracasaron en su tentativa por falta de unidad y de disciplina, dando lugar á que Lucerna aumentara su saña, condenando á 700 personas al destierro y ejecutando á muchas, después del asesinato de Leu e d'Ebersol el 20 de Julio de 1845. De los condenados á muerte pudo salvarse por la fuga á Schwyz el doctor Steiger y entre los desterrados fué el doctor Pfyffer. No menos altivos los cantones aliados de Lucerna, establecieron un consejo de guerra

después de un contrato de defensa mútua, usurpando la autoridad á la confederación.

Entre tantas angustias Berna y Zurich seguían siendo los baluartes de la libertad de Suiza. El gran consejo de Berna, compuesto de muchos radicales, tuvo que conceder en Julio de 1846 una nueva constitución al pueblo que pedía derechos más latos y mayor representación, y Zurich contaba al frente de su gobierno al doctor Favre, jefe del liberalismo, habiendo tenido que retirarse el gobierno de Setiembre. Más cuando en 1846 deliberaba la dieta sobre la actitud de la liga particular faltaban dos votos á la mayoría de los cantones contra los jesuitas y el Sonderbund, sin alcanzar el partido liberal mayoría hasta que en Ginebra subieron al poder los radicales con su jefe Jayme Fazy y se le arrancaba á los de Saint Gall y Baumgarten al vencer los liberales, creyéndose entonces la oportunidad de disolver el Sonderbund, como aconsejó en un discurso el presidente Ochsenbein el 5 de Julio de 1845 y lo votó la asamblea con gran regocijo de todo el pueblo suizo. A este hecho siguió un decreto contra los jesuitas, apoyándose en la decisión precedente de 1832, y se nombró una comisión para examinar el proyecto de revisión.

Como la liga de Sonderbund se preparaba para la guerra confiada en los extranjeros y casi retando á la dieta, ésta decidió apoyar con la fuerza su decreto después de vanas tentativas de conciliación, pero con calma para completar sus instrucciones, reuniéndose por última vez, entre el ruido de las armas, el 18 de Octubre; y como los delegados de Sonderbund insistiesen sin éxito pidiendo la revocación de los últimos decretos y el restablecimiento de los conventos, abandonaron la sala el 29 siguiente con la mayor irritación. La dieta dió el mando de los 98.000 hombres que abrían la campaña al general Dufour, militar



de la escuela de Napoleon Bonaparte, ya experimentado en las guerras del imperio, y dirigió una proclama recomendando á los confederados la unión en la lucha que emprendían contra los que en 1813 abrieron las puertas de la patria á los ejércitos extranjeros, negando la garantía á las instituciones liberales, trabajando sin cesar para la reacción, que sublevaron el Jura y otros puntos de Suiza y excitaron á la Argovia para una insurrección ultramontana llamando á los jesuitas en Friburgo, el Valais, Schwyz y Lucerna, y cuyo triunfo haría perder á los suizos poco á poco todas las instituciones de que dependían su libertad, sus progresos intelectuales, su fuerza y su honor.

El ejército contrario, al mando del general Salis-Soglio, de los grisonos, se componía de 37.000 hombres de Sonderbund y 47.000 del Lansturn, ejército falto de unidad y bajo un general muy inferior á Dufour, el cual con una pericia admirable, llevó las operaciones con gran rapidez, apoderándose de Friburgo el 14 de Noviembre y preparándose enseguida para atacar á Lucerna, como lo llevó á cabo el 25 del mismo mes sin efusión de sangre, merced á una hábil maniobra del comandante de división Ziegler, de Zurich, que haciendo bajar la montaña por sus tropas á paso de carga, cayó sobre los de la liga que esperaban junto á Gislicon, los cuales atónitos se rindieron, siendo por otra parte batidos cerca de Meyerscappel. Sometidos los demás cantones, salieron desterrados los jesuitas, se establecieron gobiernos provisionales y se renovaron las constituciones cantonales.

Terminada esta guerra y vencidos los enemigos en el interior del país, faltaba sólo para la revisión vencer las resistencias extranjeras, porque había de contarse con las firmantes del tratado de 1815 y sólo Inglaterra parecía dispuesta y aún animada para consentirla, pues ya en

Enero de 1848, al acabar la lucha Francia, Austria y Prusia, abogaron por la soberanía cantonal á favor de los cantones vencidos, y cuando se tropezaba con el obstáculo de un retroceso repugnante al país, vino en auxilio el movimiento de París en Febrero de 1848 que debía influir en la política de los países inmediatos y de consiguiente impedía la intervención extranjera sin peligros de los asuntos interiores de Suiza. La comisión encargada del proyecto de revisión no levantó mano ante la necesidad de representar el pueblo suizo en la confederación, pero variaban las opiniones sobre las ventajas de la unidad de la representación nacional y sobre el grado de posibilidad de esta unidad, conviniéndose al fin en un término medio entre los principios nacional y cantonal ó entre el sistema de la unidad y el de la confederación, como estuvo en la mediación, tomándose el sistema de dos cámaras como en la América del Norte, según aconsejaron Troxler, Fazy y Munzinger.

El objeto capital era la garantía de la soberanía del cantón restringida por el poder federal, siendo la alianza salvaguardia de las libertades y derechos de los confederados y para contribuir al bien común, además de á la independencia de la patria para con el exterior y al orden y paz interior. El derecho de declarar la guerra, de ajustar la paz, de contraer alianzas y de hacer contratos y tratados de aduanas y de comercio residía sólo en la confederación, quedando prohibidas las alianzas particulares y contratos políticos entre los cantones; la confederación intervino en las relaciones comerciales entre los cantones y con el extranjero y en las turbulencias de ellos; garantizaba los derechos inalienables de igualdad ante la ley, inviolabilidad del domicilio, libertades religiosa y de la imprenta y los derechos de petición y de asociación. Arreglaba las aduanas, la acuñación de moneda, los correos, los pe-

ses y medidas y los contingentes de los cantones para el servicio militar. También fué de su cargo la fundación de una Universidad, de una escuela politécnica y de otras instituciones de utilidad nacional, así como de su sostenimiento.

Esta lógica centralización fué el freno de las ideas separatistas y del antiguo egoísmo cantonal y el fundamento de la reunión de fuerzas en una resultante única, la fuerza nacional.

El poder legislativo residía en dos consejos, el nacional en representación del pueblo suizo, y de los estados en la de los cantones. Cada veinte mil ciudadanos elegían un miembro del nacional por mayoría de votos y cada cantón del mismo modo dos miembros del de los estados; mas era preciso el acuerdo de ambos consejos para la validez de las resoluciones.

El poder supremo ejecutivo y director se componía de siete miembros elegidos por la asamblea, siendo su presidente el de la confederación.

La administración de justicia fué cargo de un tribunal federal.

A pesar de la amplitud de esta constitución, todavía en su práctica se la juzgó insuficiente, porque mientras los cantones interiores recordaban la antigua alianza de los estados, los exteriores querían la unidad absoluta de la representación nacional y el predominio de la centralización, creyendo que para los sentimientos de unión, había que, no sólo abolir las restricciones del libre cambio y de los derechos del pueblo, sino hacer que la enseñanza y los sistemas judicial y militar dependiesen enteramente de la confederación.

En fin, esperando todos mejorar en lo sucesivo, el 12 de Setiembre de 1848, el cañón y los fuegos en las montañas anunciaron la aceptación de una constitución tan prudente como la propuesta, que reemplazaba la

antigua unión para la defensa común sólo en los momentos del peligro por la de un sistema político organizado para el progreso de la civilización y cuya fuerza estaría en la cultura y actividad del pueblo.

En la votación de esta constitución intervinieron 193.743 votantes en pro y 71.899 en contra, habiéndose abstenido casi la mitad del pueblo.

## CAPÍTULO XXXIV

### Constitución actual de la Suiza.

(Desde 1848 al presente.)

Europa contemplaba admirada esta evolución tan radical y llevada á cabo con la tranquilidad más completa en Suiza sin un tumulto, sin la sacudida de Estado alguno. fenómeno que se debió á la inteligencia superior de Dufour. El 22 de Setiembre de 1848 la dieta dejó de existir, cediendo su lugar á la asamblea federal, que designó la ciudad de Berna para su asiento como medianera entre la Suiza francesa y la alemana, no habiendo recaído en Zurich, que solo fué designada por la Suiza del Norte y la del Este.

El poder supremo recayó en Jonás Furrer, de Winterthur, presidente, y consejeros, Drucy, del país de Vaud; Munzinger, de Soleura; Franscini, del Tesino; Ochsenbein, de Berna; Frei-Herose, de la Argovia, y Naef, de Saint Gall, todos los cuales contribuyeron al establecimiento de la constitución.

Los reglamentos para aplicar las disposiciones de la ley y de las diversas partes de la administración con-

fiadas á la confederación conforman en un todo con aquella.

Para el sistema de correos se dividió la Suiza en círculos y se fijaron tasas y tarifas equitativas; las cartas llevaban timbres de diversos colores y preciosas sillas de postas cruzaban las carreteras y subían á las heladas cimas de los Alpes. El telégrafo eléctrico, establecido en 1851, ramificaba sus hilos desde la estación central en Berna á todos los puntos de Suiza, y también quedó á cargo de la confederación. Los caminos de hierro estaban bajo la vigilancia de los gobiernos cantonales, quienes otorgaban las concesiones á las empresas, si bien en 1873 pasó la vigilancia de ellos á la confederación y cuanto á ellos se refería. Se abolieron las del comercio interior sin dejar á los cantones más que los derechos de entrada del vino, del aguardiente, etc. Toda la moneda del país se acuñó con arreglo al sistema decimal, y la de cobre, níquel y plata, porque Suiza no la acuña de oro, llevó impresas las armas de Suiza con una corona de encina y la figura de la Helvecia señalando desde su trono á las montañas. A fin de aplicar el artículo relativo á las condiciones de establecimiento, se protegieron con arreglo á derecho los matrimonios mixtos, para lo cual en 1850 pidió y obtuvo el partido radical una ley para que, sin oponerse á la constitución, asegurase su completa libertad sin trabas ni impedimentos, como habían sufrido hasta entónces. En Zurich se estableció la escuela politécnica en compensación de no ser asiento de la confederación; pero el consejo desechó el proyecto de universidad federal. Se abrió el instituto en 1855, construyéndosele por la ciudad un magnífico palacio en 1864.

En fin, planteado el nuevo orden de cosas ya no reconoció adversarios; al contrario, los mismos conservadores y moderados se encariñaron tanto con él que

vinieron á ser los defensores más vivos de la constitución. Los radicales, que fundaban su gloria en la nueva unión, seguían empujando hácia el progreso para alcanzar las legítimas peticiones que antes formularon y les fueron denegadas. Veamos la nueva situación de Suiza en el exterior.

Neuchatel era aliado en el siglo xv, perteneciente á Prusia en 1707, por herencia del gran Federico su rey, y cantón de Suiza en 1814, sin reserva de los derechos de soberanía de la Prusia. A raíz de la revolución, el 1.º de Marzo de 1848 se apoderaron los republicanos por un golpe de mano del palacio real, retiraron los derechos á Prusia y proyectaron una constitución republicana, uniéndose como cantón á la confederación. Al rey de Prusia le pedían toda su atención los movimientos revolucionarios de Alemania y no se fijó en tal incidente; pero luego á su invitación los habitantes realistas recobraron el palacio, aunque nuevamente los republicanos los arrojaron de él, haciéndoles multitud de prisioneros. Entónces Prusia amenazó seriamente; pero los suizos despertaron su antiguo patriotismo y para dar la primera prueba de su regeneración, jóvenes y ancianos se aprestaron, en Diciembre de 1856 y Enero de 1857 á tomar las armas con la misma resolución y unanimidad del tiempo de sus pasadas glorias. Más al ocupar las fronteras mediaron potencias extranjeras, y sobre todo Napoleón III, emperador francés, y la cuestión tuvo un arreglo amistoso. Prusia renunció á la soberanía de Neuchatel, contentándose con el título de príncipe para su rey.

La prueba de virilidad que acababa de dar la Suiza bajo sus nuevas instituciones influyó mucho en sus relaciones exteriores; tuvo en adelante una política nacional seria é independiente á que contribuyeron todos los partidos, y hoy goza de una paz envidiable que la permite consagrarse á su desarrollo interior.

En 1849 consiguió el partido radical la prohibición de alistamientos cuando Nápoles sacó tropas Suizas para sofocar los levantamientos de la Italia, pues la constitución de 1848 sólo se oponía á las nuevas contrataciones; pero en 1859 se prohibió á todo suizo entrar en la milicia extranjera, poniendo fin al comercio de sangre suiza tan impropio de un país republicano, trata que databa ya de cuatro siglos. Mayores que el de Prusia fueron los conflictos con Francia á consecuencia de las vejaciones que la hizo sufrir Napoleón III sobre el asilo que daba á los refugiados franceses, so pretexto de favorecer á los agitadores de aquel país, de lo que se vengó con la restricción del libre comercio en la frontera, el año de 1858; pero á la enérgica protesta del consejo federal se suavizaron las medidas que impedían la circulación. Luego en el año de 1859, en la guerra de Austria con la Italia, Napoleon ofreció su concurso á Víctor Manuel si le cedía la Saboya; y como el tratado de Viena comprendía en la neutralidad suiza las provincias saboyanas de Chablais y Faucigny en 1536 conquistadas por Berna y luego restituidas, Suiza tenía derecho de ocuparlas militarmente en tiempo de guerra. El gobierno federal encargó al general Dufour de cubrir la frontera meridional de la confederación y Napoleon, aunque muy irritado, aparentó aprobar las medidas tomadas para seguridad de la Saboya septentrional; pero agentes del clero y de la Francia consiguieron que Saboya votase su anexión á Francia y el 24 de Marzo de 1860 se consumó el hecho. En un arranque de indignación el pueblo suizo quiso impedirlo con las armas; pero el consejo federal, viendo que el deber de la neutralidad con los dos países vecinos constituía una carga para Suiza y que las otras potencias ni aún protestaban, creyó lo más prudente dejar el asunto.

No fué lo mismo en la cuestión del Dappenthal. Fran-

cia se lo anexionó y el Congreso de Viena lo restituyó á Suiza; pero la primera, sin renunciar á él, lo ocupaba militarmente y cometía mil violaciones de territorio. Suiza pidió la reparación de estos hechos y en 1862 obtuvo la repartición del país, comprometiéndose Francia á no exigirle impuesto alguno ni construir en él participación alguna.

Suiza practicaba la neutralidad con sus vecinos libremente y con conocimiento de causa y contaba con los medios necesarios para sostenerla; así se vió en 1866 en la guerra entre Prusia y Austria al tratarse de cubrir la frontera del Sudeste en que las tropas federales ocuparon el Valle de Munster. Todo el ejército se iba á poner en pié de guerra y como terminó enseguida la lucha, se hizo innecesaria esta medida. En la guerra franco-alemana Suiza declaró su neutralidad armada cerrando su territorio á los ejércitos beligerantes, con aplauso de toda la Europa, y colocó 50.000 hombres á las órdenes del general Herzog, de Argovia, en las fronteras del Norte y del Oeste, y en Febrero de 1871 todo el ejército de Bourbaki compuesto de 80 á 100.000 hombres, habiendo sido completamente derrotado, cayó en el territorio y fué desarmado. Suiza llenó todos los deberes de la hospitalidad con los asilados, mostrando la mayor nobleza socorriendo al desdichado soldado. Suiza comprendió entónces la necesidad de un ejército instruido, numeroso y bien pertrechado, pero ningún partido quiso la carga de tal armamento, diciendo que su misión era asegurar los beneficios de la paz y que irradiansen fuera, y entónces concibió la magnífica idea de que la locomotora penetrase en las entrañas del San Gotardo, idea á que en 1869 han concurrido la Alemania y la Italia. Otras construcciones de este género hubieran sido de más provecho material para los cantones; pero el consejo federal, lleno de amor á su patria,



ha preferido dejar otro monumento de su gloria en la obra colosal de la perforación del San Gotardo para la cual ha decretado por parte de la Suiza la suma de veinte millones de francos.

El ultramontanismo, esa lima social de todos los tiempos, trabajaba á los cantones y era preciso afirmarles su libertad. En 1850 sucedió en Berna á los radicales, cuyo jefe era Staempfli, un gobierno retrógrado que atacó el seminario de Munchenbuchsée y desterró á Grunholzer, de Zurich, á imitación del poder de Setiembre en Zurich; en Saint Gall se opusieron á la revisión de la constitución los ultramontanos y combatían la escuela cantonal; en Friburgo no se consolidaba el gobierno liberal establecido por la constitución de 1847 y los gobiernos de Carrard, Wuilleret y Perrier restablecieron en 1857 los conventos y el sistema de los jesuitas en el gimnasio, después de dar al obispo y al clero sus privilegios y muy crecidamente, y para contrarrestar esta corriente de retroceso se constituyó en 1858 en Laugenthal la *Sociedad de Helvecia* para luchar contra el ultramontanismo y la reacción y la mejora intelectual de Suiza. En 1860 los cantones habían avanzado ya mucho en la vía del progreso y casi todos revisado sus constituciones, y los liberales de Saint Gall en 1861 comprendían en su constitución la elección del gran consejo por circunscripciones políticas en vez de por distritos, la enseñanza á cargo del Estado, el veto perfeccionado y otros adelantos; en Argovia obtuvieron en 1863 los judíos los derechos civiles y en el mismo año Campo-Basilea el pueblo eligió el consejo de gobierno.

Los gobiernos liberales habían conseguido con su amplitud el incremento del comercio y de los bienes materiales, y como siempre, este hecho fué en menoscabo de las reformas liberales, porque los gobiernos se ocu-

paron más de la materia financiera que de la suerte del pueblo y de combatir el monopolio de las compañías de ferro-carriles, y más adelante llegó á ser motivo de queja el servicio de los poderes á los intereses particulares y la tiranía de los funcionarios y del capital. Crecía el descontento al ver acumularse la riqueza en corto número de personas, mientras crecían las necesidades en las más, y el pueblo tuvo que pedir disminución del servicio de las armas, enseñanza gratuita, rebaja del precio de la sal, restablecimiento del impuesto progresivo y otras medidas que suavizaran la condición material del pueblo, lo cual se alcanzó en la revisión de las constituciones de algunos cantones. También se concedió al pueblo el derecho llamado *referendum*, esto es, de votar en todas las leyes y resoluciones. En Campo-Basilea el año 1863, en Turgovia el de 1869, en Berna y Argovia en 1870 y luego en Turgovia se concedió la *iniciativa* además, esto es, el derecho de proponer leyes. Entónces todos los esfuerzos convergieron á obtener la reorganización de la Unión dándola más cohesión y más centralización donde la hacía falta, pidiéndose también que los principios democráticos introducidos en los cantones, *veto*, *referendum* é *iniciativa* lo estuviesen en la Unión, intentándose por primera vez en 1866, con ocasión de un tratado de comercio con Francia, en el cual se daba más latitud al establecimiento del domicilio y al ejercicio de profesiones; más al votar se desecharon todos los proyectos de nueve artículos excepto el que concedía á los judíos como á los cristianos el derecho de domicilio.

Especialmente en la guerra franco-prusiana se vió la necesidad de la unidad en los sistemas militar y judicial, por lo que en 1872 el mismo gobierno concibió el proyecto de una nueva constitución más conforme con el progreso y con la democracia, y más centrali-

zadora, estableciéndose un sólo ejército, un derecho común y que el *referendum* y la *iniciativa* los otorgase la confederación al pueblo; y por esta tendencia extremada el proyecto fué desechado, habiendo obtenido, sin embargo, cerca de la mitad de los votos, unos 250.000, por lo cual sus partidarios no perdieron la esperanza de llevarlo á cabo. Como sabían por experiencia que la mejor propaganda es la de las asociaciones, fundaron una titulada *Sociedad popular* que reunía á los afectos á la revisión, cualquiera que fuese el partido y el idioma, para luchar contra los adversarios, cada vez más audaces y arrebatados, distinguiéndose en descaro los ultramontanos, excitados al combate por el *Syllabus* (anatema de todo progreso) y por el dogma establecido en 1870 de la infalibilidad del papa. El clero llevaba la guerra á todas partes por medio de capítulos formados de *Viejos católicos*, que se titulaban, para resistir todo cambio de lo existente antes de la declaración de infalibilidad; y las discusiones que esto provocaba, eran una razón más para la revisión, que se hacía tanto más necesaria cuanto los ultramontanos más apretaban. Los gobiernos tuvieron que reprimirlos y así el padre Mermillod que se hizo, *motu proprio*, obispo de Ginebra fué arrojado del país; los estados del obispado de Basilea destituyeron por insubordinado al obispo de Lachat, en Soleura; Berna hizo lo mismo con más de sesenta sacerdotes en las tierras del Jura, centro de conspiraciones papistas, por oponerse á la autoridad del estado; el Nuncio, por no respetar las negociaciones opuestas al *Syllabus* y á la infalibilidad fué expulsado de Suiza por el gobierno federal. Así los mismos ultramontanos unieron las manos de los liberales y radicales, federalistas y centralistas, franceses y alemanes, acabando la reconciliación en 1873 por un nuevo proyecto de constitución tan progresista como prudente,

cuya constitución obtuvo 340.000 votos contra 198.800, el 19 de Abril de 1874, recibida con los corazones palpitantes de gozo y celebrada por salvas de artillería y hogueras en señal de regocijo.

Esta constitución estableció en toda su extensión la libertad de comercio, la libre circulación, la libertad de establecimiento y del matrimonio; dió las bases de un sistema militar fuerte, con unidad de dirección y de instrucción; libertad ilimitada de conciencia; prohibió toda violencia contra los disidentes y abolió la jurisdicción eclesiástica. A la Unión se le reconoció el derecho de velar por que en los cantones hubiese escuelas primarias para una instrucción suficiente, gratuita y obligatoria, bajo la dirección del estado, perteneciendo al poder legislativo la ejecución, y para que ésta fuera más popular decidió que los derechos de la Unión fueran votados por el pueblo cuando ocho cantones suizos ó 30.000 electores lo pidiesen.

Esta organización política es la que hoy tiene Suiza, llegando después de tantas convulsiones y reveses, por su fé y su patriotismo, al estado intelectual, industrial y social que se va á exponer.

El entusiasmo por la instrucción intelectual se ha apoderado del gobierno y de toda la nación; no se omiten gastos para la instrucción; hay multitud de sociedades que se ocupan de las cuestiones de educación y circulan buenos libros para la juventud y para el pueblo; los municipios costean magníficos edificios y muy bien situados para las escuelas, y el profesorado está muy bien retribuido para el digno desempeño de sus funciones. Hay escuelas profesionales, de artes y oficios, de dibujo y de agronomía para artesanos y labradores; el cantón de Zurich ha sido el primero, en 1874, en abrir el primer Technicum Suizo. También hay muchas escuelas para educación de la mujer, porque la cultura

intelectual y moral de ella es la medida del estado intelectual y moral de la nación.

En 1868 poseía Suiza 3.000 bibliotecas públicas, según Heite, y en 1870 se publicaban 227 periódicos políticos, 44 de ellos diarios, y 180 hojas científicas, literarias, industriales y de edificación, sin contar las oficiales.

Las condiciones topográficas y geológicas de Suiza, lejos del mar, falta de hierro, carbón y otras materias parece que la hubieran condenado á carecer de industria; pero todo lo ha superado por una rápida apropiación de los métodos del trabajo, por las aplicaciones de la mecánica y buscando la salida de productos al otro lado de los lagos.

Construída la primera vía férrea de Zurich á Baden, hubo una paralización hasta 1850 y particularmente desde 1856 se establecieron las líneas de la empresa del Nordeste arrancando de Zurich para Arau, Romanshon, Schaffhausen y Lucerna; de la vía central en Berna, para Basilea, Otten, Arau Otten-Berna, Otten Bienne y Otten Lucerna; de Suiza occidental, para Bienne Neuchatel, Ginebra, Berna, Lausana, y las de *Vías reunidas* arrancando de Saint Gall para Coira, Winterthur, y Coira Rapperswyl-Zurich, poseyendo una red á que sólo exceden en Europa las de Inglaterra, Bélgica y Luxemburgo.

Los buques de vapor que cruzan los lagos también son en número sorprendente desde 1850.

La industria de la seda en Basilea, Zurich, Argovia, Saint Gall, Schaffhausen, Berna y los cantones interiores, se halla al nivel de las de Francia, Inglaterra y de Austria. La relojería de Ginebra, Neuchatel y Vaud, es solicitada por todo el mundo, habiéndose fabricado en 1856 el número de 11.000.000 de relojes de bolsillo. Las industrias de las pajas, de máquinas y herramientas es también considerable, y sobre todo, la del algodón, rivaliza

con la de Inglaterra. En el decenio de 1850 á 1860, ha celebrado tratados de comercio con todos los estados de Europa, con América, con Australia, y aún en 1868 con China y con el Japon.

En punto al comercio, baste decir, que la exportación á Ultramar habiendo sido de 20.000.000 de francos en 1835, ha llegado á ser en 1868 de 219.000.000, y que en 1845 el comercio suizo era de 185 francos por cabeza, cuando los de Austria, Francia y Bélgica, estaban representados respectivamente por los numeros 16, 71 y 107, según Schew.

Por último, ese mónstruo horripilante para algunos, de la asociación La Internacional que desde tanto tiempo asusta á Europa, tiene tranquilo al gobierno de Suiza con sus miles de obreros que se complacen en decir por el *Journal de Zurich* á los internacionalistas: «Queremos primero ser confederados, seguir siéndolo y acatar como primera ley política de un suizo el amor de la pátria y la fidelidad á su causa.» De la *Sociedad de Grütli*, fundada en Ginebra en 1838, para educación y libertad del pueblo, salió la voz, que tanto obedecerían á los ultramontanos de Roma como á los jefes de la Internacional, y que la situación de los trabajadores suizos no tendría otro juez que sus propias reflexiones y la experiencia de todos. Es verdad que en Suiza se adelanta el gobierno á las reclamaciones de los obreros, de sus patronos, disminuye las cargas y horas de trabajo, arregla jornales, etc., y el obrero está educado para su patria.

Expuestos los hechos culminantes de este pueblo notable, que tanta sangre ha vertido hasta lograr su independencia del extranjero y su libertad interior, vamos á dar una idea del estado á que lo ha conducido su constitución definitiva, aún repitiendo algo de lo ya tratado á causa de su gran interés.

Por la idea que hemos dado del territorio de Suiza en el cuerpo de la historia descrita se ha podido deducir que sólo en los valles es donde se obtiene alguna producción agrícola, y en las faldas de las montañas. Así la cosecha de granos en Lucerna, Friburgo, Soleura y Schaffhausen es la única que alcanza á cubrir las necesidades de sus respectivos cantones; en los demás, el trigo extranjero figura por una tercera parte del consumo. En las montañas se encuentra el arbolado hasta á unos 2.000 metros de ellas; luego siguen los líquenes, cubriendo las rocas, y por último, la región superior, triste y miserable, que sólo ofrece á la vista negros abetos, y sobre ellos una ancha cinta de nieves y de hielos hasta una altura prodigiosa. A ún la hermosa talla y gran fuerza del hombre y del ganado en los valles se va anulando en las alturas. Aunque se producen buenos cereales, arroz, algodón, cáñamo, naranjas y otros muchos frutos, apenas bastan para el consumo interior, y la principal riqueza agrícola consiste en la cría de ganados lanar y vacuno, á causa de la abundancia y bondad de los pastos, debidas á la fertilidad del suelo. La industria manufacturera consiste en:

*Acero y acero meteórico*, de Schaffhausen, que compite con el de Inglaterra.

*Armas*, del cantón de Berna.

*Curtido y pieles*, del mismo, de Vaud, de Zurich, de Ginebra y de Basilea.

*Encajes*, de Couvert, de Motiers, de Lode, de Fleuner, y de otros puntos del cantón de Neuchatel.

*Guantes*, de Basilea y de Liesthall.

*Hilo de lino y cáñamo*, de Lucerna, de Appenzell exterior y de otros puntos.

*Lienzos de lino y cáñamo*, riquísimos, denominados *de Constanza*, de Argovia, de Thurgovia, de Saint Gall y de Appenzell exterior.

*Lienzos de algodón*, de Zurich, de Argovia, de Glaris, de Saint Gall y de Appenzell exterior.

*Paños sencillos*, de Zurich, de Berna, de Lucerna, de Glaris y de Basilea.

*Platería*, de Ginebra, de Basilea, de Saint Gall y de Neuchatel.

*Papeles blanco y pintado*, de Basilea, de Zurich, de Berna, de Lucerna, de Soleura y de Zoug.

*Porcelana*, muy apreciada, de Vaud y de Zoug.

*Relojes de bolsillo y bisutería*, de Ginebra, de Chaux-de-Fond, en el cantón de Neuchatel, de Loche, de Bienne y de Porrentruy en el cantón de Berna y de Veray en el de Vaud.

*Relojes y útiles de madera*, del Valle de Joux y de varios puntos del cantón de Berna.

*Sombreros y otros artículos de paja*, principalmente de los cantones de Argovia y de Lucerna.

*Tejidos de algodón y sedería*, de Schaffhausen, margen derecha del Rhin y Tesino.

*Telas y cintas de seda*, de Basilea, de Zurich, de Gersau y de Ginebra.

*Instrumentos de matemáticas*, los solicitados del célebre Schenk, de Berna.

*Instrumentos de música*, de Glaris.

Estos artículos constituyen el comercio de exportación y además, bueyes, vacas y becerros, queso, manteca, sebo, lenguas saladas, espíritu de guinda, extracto de genciana, frutas secas, maderas de construcción, carbón, plantas medicinales y pólvora, ascendiendo el comercio interior á unos 675 millones de pesetas anuales y el exterior á 450 millones.

Hace poco, según Barcia, se contaban en Suiza 475.000 vacas, 85.000 bueyes, 290.000 becerros, 105.000 caballos, 423.000 carneros, 347.000 cabras y 318 000 cerdos, representando un valor total de 120 000.000 de pesetas.



Las minas son de oro, plata, cobre y zinc, en corta cantidad, mármol, jaspes, granito, cristal de roca, alabastro, hulla, cobalto, bismuto, azufre, antimonio, níquel y sal gema; pero las de hierro son en mayor número y producen anualmente unos 200.000 quintales métricos, representando un valor aproximado de cinco millones de pesetas.

La principal importación de Suiza consiste en trigo, arroz, sal, bacalao, arenques y otros pescados salados; vino, aguardiente, frutas secas de puntos meridionales, tabaco, seda, algodón, maderas tintóreas, azúcar, café y otros géneros coloniales; paños finos, útiles de hierro y de cobre, libros y muebles de lujo.

Los principales puertos por los cuales hace Suiza su comercio, son: el de Basilea, á orillas del Rhin, y el de Ginebra, en el lago de este nombre, á la salida del Ródano; pero además tiene otros para cabotaje, como los de Bonneville, en la orilla occidental del lago de Bienne; Berna, en la orilla izquierda del Aar; Schaffhausen, en la margen derecha del Rhin; Friburgo, sobre el Savine; Zoug, en el lago Zubergal al Este y el de Zoug al Oeste; Sion, á la orilla del Sionne y cerca de la margen derecha del Ródano; Morat, en su lago; Saint Gall, en la orilla izquierda del Steinach; Glaris, en la margen izquierda del Linth; Neuchatel, en la orilla de su lago y embocadura del Seron; Appenzell, á orilla del Sitter, y Argovia, bañada por cuatro rios navegables, uno de ellos el Aar, que desagua en el Rhin.

Los bancos y establecimientos de crédito se hallan en las principales plazas de comercio, que son: Basilea, Berna, Friburgo, Ginebra, Lausana, Saint Gall y Zurich.

Aunque ya se ha indicado al tratar de la última constitución, debemos insistir sobre la organización actual de los poderes públicos en Suiza, que es la siguiente:

La autoridad de la confederación reside en tres poderes: 1.º La *Asamblea federal*, compuesta de dos secciones, el *Consejo nacional* y el *Consejo de los Estados*; 2.º El *Consejo federal* ó poder ejecutivo; 3.º El *Tribunal federal*.

A la confederación en general incumbe el derecho de declarar la guerra, firmar la paz, celebrar tratados internacionales y las administraciones de aduanas y Correos, la acuñación de moneda y la fabricación y venta de la pólvora.

El Consejo nacional se compone de diputados elegidos cada tres años por el pueblo, uno por cada 20.000 almas; el Consejo de los Estados lo forman 44 representantes, dos por cada cantón, cuyos dos Consejos ó Asamblea federal, como autoridad suprema, asume el poder legislativo; nombra los individuos del Consejo y del Tribunal federal, al canciller, al general en jefe del ejército, al jefe del estado mayor general y á los agentes diplomáticos y sanciona los tratados internacionales. Se reúne una vez al año en sesión ordinaria, y en extraordinaria por convocatoria del Consejo federal. Los dos consejos de esta Asamblea deliberan con separación y se reúnen para los objetos indicados.

El Consejo federal ó poder ejecutivo se compone de siete miembros, nombrados por tres años en la primera sesión de cada Consejo nacional, siendo su *presidente* el de la confederación, con un vicepresidente, anualmente elegidos. Los ministerios son: de Política, de Interior, de Justicia y Policía, de Guerra, de Hacienda, de Comercio y Aduanas, y de Comercio y Obras públicas, á cargo cada uno de un miembro del Consejo federal.

El Tribunal federal consta de 11 miembros nombrados cada tres años por la Asamblea federal, y funciona, ya como Tribunal supremo en los crímenes de

alta traición, violación de la Constitución y delitos políticos, ya como civil en las cuestiones entre los cantones, entre la confederación y un cantón y entre la confederación y las corporaciones ó los particulares.

A los veinte años cumplidos de edad es todo suizo elector y elegible, excepto los eclesiásticos.

La Constitución federal se puede revisar en todo tiempo; pero por desacuerdo entre las dos secciones de la Asamblea ó cuando 50.000 ciudadanos lo reclamen se somete el asunto á la votación del pueblo.

La Suiza está siempre organizada militarmente, por servicio obligatorio de todos los varones hasta la edad de 44 años. En 1879 contaba 211.765 hombres en el ejército regular y 91.783 en la reserva. La confederación no tiene ejército permanente, y el que tiene sobre las armas, los gendarmes inclusive, es muy reducido; pero cada cantón tiene siempre dispuesto su contingente de guerra, hasta preparado en escuelas militares.

Suiza no tiene fortalezas ni plazas de guerra; está confiada enteramente á la terrible fortificación natural que le ofrece su territorio y al valor indomable de sus naturales.

La instrucción pública en Suiza es obligatoria, bajo pena de multa y aún de cárcel á los padres, siendo la enseñanza gratuita en todos los grados para los pobres.

Sostiene tres universidades, en Basilea, Zurich y Berna, organizadas como las alemanas; dos academias, una en Ginebra y otra en Lausana; una escuela politécnica en Zurich, y ocho liceos, en Lucerna, Friburgo, Soleura, Schaffhausen, Sion, Lugano, Einsiedeln y Coira.

*FIN*



# ÍNDICE

	Páginas.
INTRODUCCIÓN.....	3
CAPÍTULO I.—Tiempos primitivos, empresas de los helvecios y su unión á los cimbrios.....	5
CAP. II.—Dominación de los romanos en Helvecia...	10
CAP. III.—Helvecia invadida por nuevos extranjeros. (Desde el año 300 al 659 de J. C.).....	17
CAP. IV.—Dominación de los francos en Helvecia y principio en ella del Cristianismo. (Desde el año 550 al 900).....	22
CAP. V.—Helvecia bajo el imperio de Alemania. (Desde el año 909 al 1391).....	25
CAP. VI.—Juramento de Grutli, Guillermo Tell. (Año de 1307).....	40
CAP. VII.—1.º de Enero de 1038.—Batalla de Mongarten.—Lucerna en la confederación. (Desde 1307 á 1334).....	43
CAP. VIII.—Victoria de Berna sobre la nobleza cerca de Laupen.—Cambio de la Constitución de Zurich.—Alianza perpétua de la Confederación. (Desde el año 1336 al 1366).....	45
CAP. IX.—Crece el territorio suizo.—Derrota de los ingleses.—Ruina del conde de Kiburgo. (Desde el año 1360 al 1385).....	56
CAP. X.—Batallas de Sempan y de Næfels. (Desde el año 1385 al 1402.).....	59
CAP. XI.—Glorias de los de Appenzell. (Años desde 1413 á 1411).....	66
CAP. XII.—Conquista de la Argovia por los suizos.—Baillíos comunes. (Año de 1412 hasta el 1418).....	71
CAP. XIII.—El Valais contra el señor de Raron.—Batalla de Arbedo. (Años de 1419 al 1426).....	75
CAP. XIV.—Origen de la alta liga en la alta Rhetia.—	

ÍNDICE

Páginas.

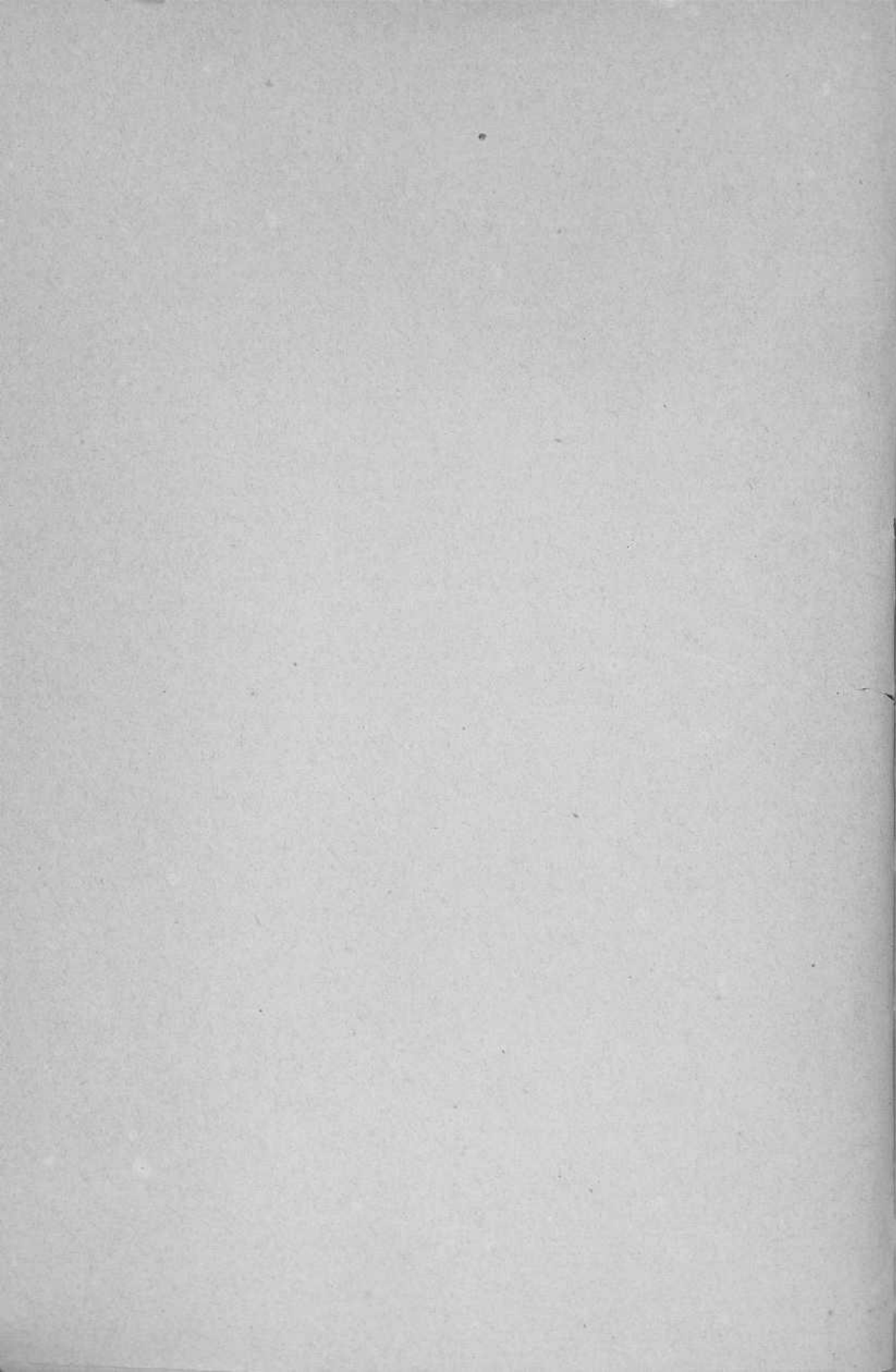
Liga de la Maison Dieu y la de las diez jurisdicciones. (Desde el año 1426 al 1443).....	80
CAP. V.—Guerra de los confederados con Zurich.—Batalla de San Jáime.—Devastación de Rheinfelden y Friburgo bajo la Saboya.—La Thurgovia viene á ser baillía común de la confederación. (Desde el año 1443 al 1468).....	88
CAP. XVI.—Unión de las tres ligas de la Rhetia.—Discordia en Berna.—Guerra de Borgoña.—Friburgo es libre. (Años desde 1469 á 1477).....	98
CAP. XVII.—Jornada de Giornico.—Friburgo y Soulera en la confederación.—Muerte de Juan Waldmann en Zurich. (Desde 1478 á 1500.).....	106
CAP. XVIII.—Rudeza de costumbres.—Guerras mercenarias de los suizos. (Desde el año 1500 al 1525)...	116
CAP. XIX.—Excisión religiosa en Suiza. (Desde el año 1519 al 1530).....	120
CAP. XX.—Guerra de Cappel.—Ginebra se separa de la Saboya.—Berna se apodera del país de Vaud. (Desde el año de 1531 al 1558).....	128
CAP. XXI.—Odios religiosos en las baillías italianas, Grisones y otros lugares.—Cuestión por el calendario.—Alianza de Boromeo. (Desde el año 1558 al 1586).....	136
CAP. XXII.—Levantamiento en Mulhouse.—Los dos distritos de Appenzell se separan.—Intento del duque de Savoya contra Ginebra.—Tumultos en Bianna.—Peste en Suiza. (Desde 1587 á 1610).....	141
CAP. XXIII.—Guerra civil entre los Grisones.—Desastre de Plurs.—Matanza de la Valtelina. (Desde el año 1610 al 1621).....	146
CAP. XXIV.—Los grisones bajo el yugo austriaco y su nueva emancipación. (Desde el año de 1621 al 1640).....	153
CAP. XXV.—Turbulencias en la confederación durante la guerra de los treinta años.—Se consolida la independencia de Suiza respecto del imperio germánico. (Desde el año de 1618 al 1648).....	161
CAP. XXVI.—Sublevación de los campesinos de Basilea, Berna, Lucerna y Soulera. (Desde el año de 1648 al 1655).....	166
CAP. XXVII.—Guerra religiosa y otras.—Tockenbur-	

go pierde sus libertades.—Paz de Arau. (Desde el año de 1656 al 1712).....	174
CAP. XXVIII.—Lucha interior en la Suiza.—Cuestión Massner y tumultos en Zurich, Schaffhausen y obispado de Basilea.—Los Rudos y los Dulces. (Desde el año de 1713 al 1740).....	187
CAP. XXIX.—Conjuración de Henzi en Berna.—Alzamiento en el valle de la Levantina.—Decadencia de la confederación.—La sociedad helvética. (Desde el año 1740 al 1770).....	204
CAP. XXX.—Intrigas de los distritos interiores de Appenzell y agitaciones en Friburgo. (Desde el año de 1770 al 1796).....	215
CAP. XXXI.—Término de la antigua confederación.—Los franceses en Suiza.—Confederación de veintidos cantones. (Desde el año 1797 al 1813).....	238
CAP. XXXII.—Anuncio de mediación.—Confederación de veintidos cantones. (Desde el año de 1813 al 1835).....	252
CAP. XXXIII.—Restablecimiento de la nueva confederación. (Desde el año de 1836 al 1848).....	273
CAP. XXXIV.—Constitución actual de la Suiza. (Desde 1848 al presente).....	282











Se halla de venta en las principales librerías, en la Sucursal de *El Liberal*, Alcalá, 16, en la Administración de *El Annunciador Universal*, Hortaleza, 76, y en casa del autor, San Bernardo, 108, al precio de *dos pesetas cincuenta céntimos* en rústica, y de *cuatro pesetas* en tela à la holandesa, con plancha y título en negro. Tapas sueltas con plancha y título en negro, *una peseta*.

---

Queda hecho el depósito que marca la ley.

OS

HUIS OORJA  
DE

SUNN

-E. GOMH/DE

CADIX